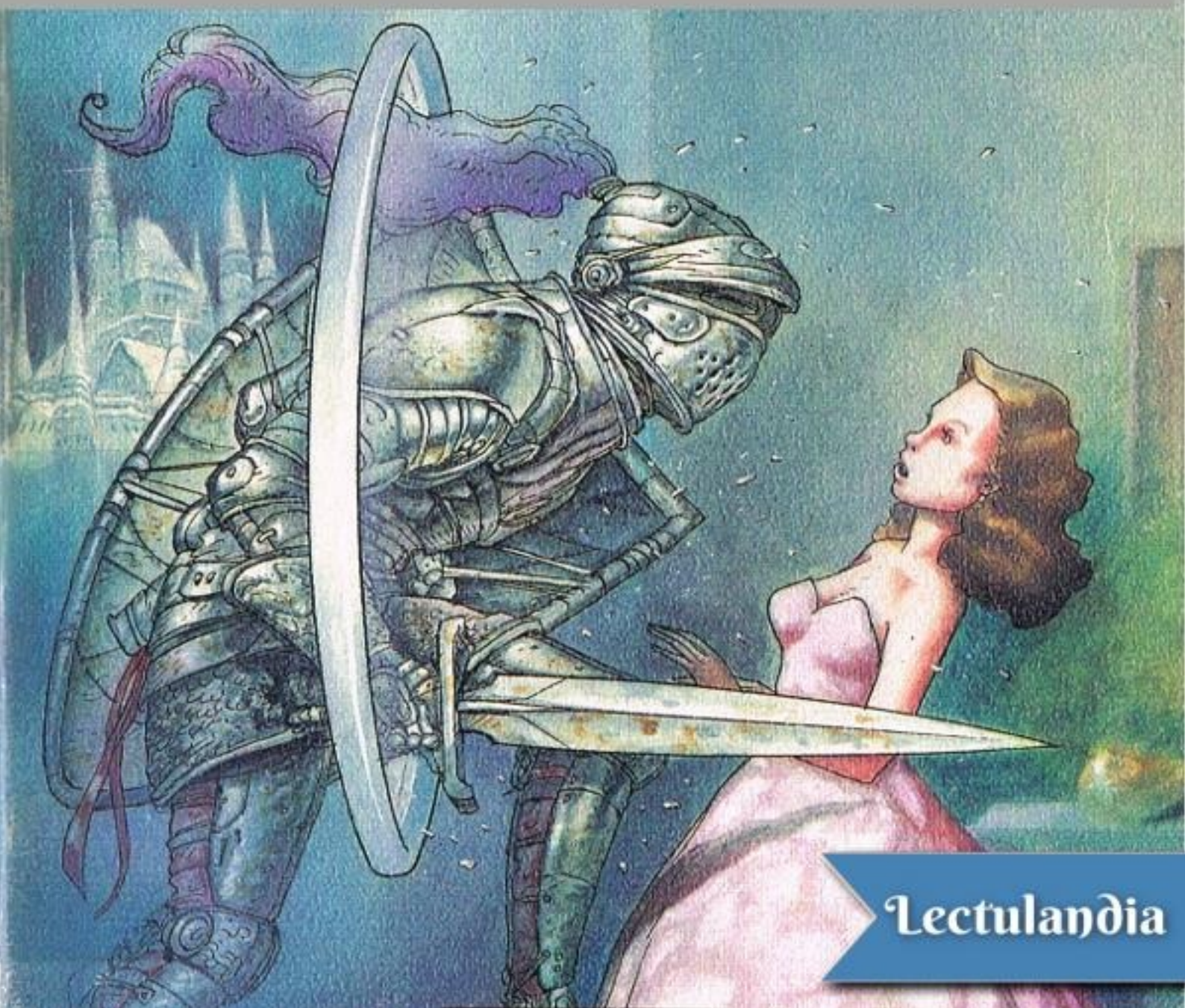


Stephen R. Donaldson

ESPEJO DE SUS SUEÑOS

La última gran obra de fantasía del celebrado autor de las famosas **Crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo**



Lectulandia

Terisa Morgan se consideraba una mujer vulgar. De hecho, a veces incluso dudaba de la realidad de su propia existencia. Secretaria en una destartalada misión frecuentada por viejos y miserables, llevaba una vida anodina y solitaria. Por eso, aquella noche, mientras se preparaba para pasar otra deprimente velada sola, sufrió la mayor sorpresa de su vida cuando, al mirarse en uno de los muchos espejos que cubrían las paredes de su apartamento y le daban un poco más de sentido a la realidad de su vida, observó al otro lado a un apuesto joven. Y la sorpresa fue mayor aún cuando se dio cuenta de que no se trataba de un reflejo, sino que el joven estaba realmente al otro lado. Y la sorpresa se convirtió en estupor cuando el espejo se hizo bruscamente añicos, y de pronto aquel extraño joven estuvo en su misma habitación...

Así se inicia otra gran fantasía de Stephen R. Donaldson, el cual nos sumerge en un escenario mágico donde la Imagen es algo a lo que hay que temer, los espejos no son lo que parecen, y donde la terrible necesidad de todo un reino, Mordant, hace que la Cofradía de Imageros acuda desesperadamente a otro universo en busca de un campeón que les ayude a solventar su terrible problema. Sólo que este campeón no es el que esperaban, y, además, es una mujer...

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

El espejo de sus sueños

La necesidad de Mordant - 1

Ciencia Ficción - Grandes Éxitos (Ultramar) - 85

ePub r1.0

R 21.03.14

Título original: *Mordant's Need: The Mirror of Her Dreams*

Stephen R. Donaldson, 1986

Traducción: Domingo Santos

Ilustraciones: Antoni Garcés

Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: R

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Ross McGuire Donaldson
por amor
risas
y la suficiente dignidad

Impregnada en el vacío de sus sueños
del marco de un espejo vacío
un hombre cabalga a través.
—John Myers Myers, Silverlock—

Prologo

Terisa y Geraden

La historia de Terisa y Geraden empezó de una forma muy parecida a una fábula. Ella era una princesa en una alta torre. Él era un héroe venido a rescatarla. Ella era la hija única de la riqueza y el poder. Él era el séptimo hijo del señor del séptimo Care. Ella era hermosa desde el pelo castaño rojizo que coronaba su cabeza hasta las puntas de los blancos dedos de sus pies. Él era apuesto y valeroso. Ella era mantenida prisionera por un encantamiento. Él era un intrépido rompedor de encantamientos.

Como en todas las fábulas, estaban hechos el uno para el otro.

Desgraciadamente, sus vidas no eran tan sencillas.

Por ejemplo, la alta torre de ella era un lujoso edificio de apartamentos en Madison, a unas pocas manzanas del parque. Disponía de dos dormitorios (uno de ellos una «habitación de invitados», completamente amueblada y completamente sin usar), un espacioso salón con una impresionante vista al oeste, un comedor separado con una larga mesa de madera negra pulida donde se hubieran reflejado encantadoramente las velas si ella hubiera tenido alguna vez una razón para encenderlas, y el tipo de immaculada cocina moderna que aparece en los catálogos de remodelado de viviendas.

Su casa le costaba a su padre lo que la gente con la que trabajaba hubiera calificado como «una pequeña fortuna», pero valía hasta el último centavo. Los guardias de seguridad en el vestíbulo y las cámaras de televisión de circuito cerrado en los ascensores la mantenían segura; y, puesto que vivía allí, no estaba vagabundeando pasivamente por su casa, contemplándole a él y a sus socios comerciales y a sus mujeres con aquellos grandes ojos castaños y tristes que parecían demasiado inertes, o incluso demasiado estúpidos, para expresar lo que él veía en ellos: la conciencia de una falta de amor que consideraba todos aquellos mimos y gastos como una forma de desatención. Así que él se sentía feliz de librarse de ella.

Y ella pensaba que ella, a su vez, se sentía feliz de vivir allí porque todas las facturas estaban pagadas, y podía permitirse el lujo de trabajar en la única cosa en la que se sentía competente, el único trabajo en el que creía que su vida valía para algo: era la secretaria de un moderno asilo de beneficencia, una misión encajada en un pequeño gueto a sólo quince minutos a pie desde las brillantes ventanas y la gloria reflejada de su edificio de apartamentos; y mecanografiaba cartas con suaves explicaciones y peticiones, cartas vagamente desesperadas, para el viejo desorientado que dirigía la misión.

También creía que era feliz de vivir donde vivía porque había podido decorar ella

misma las habitaciones. Aquello había sido un proceso lento porque no estaba acostumbrada a tanta libertad, a tanto control sobre su entorno; pero, al final, lo que resultó fue que su dormitorio, su sala y su comedor quedaron decorados completamente con espejos. Los espejos tenían una seductora belleza que le hablaba..., pero no era ése el motivo. El motivo era que no había virtualmente ningún ángulo en el apartamento desde el que no pudiera verse a sí misma.

Así sabía que existía.

Cuando dormía, su mente quedaba vacía, tan desprovista de sueños como una lámina de cristal. Y, cuando estaba despierta y se movía a través de su vida, no captaba ninguna diferencia en absoluto con nadie. Incluso los hombres que podían considerarla hermosa o deseable no parecían verla cuando pasaban a su lado por la calle, tan inexistente era para ellos. Nada a su alrededor, o en ella, se reflejaba sobre ella misma. Sin sueños —y sin ningún efecto—, no tenía ninguna evidencia de que fuera un ser material, que estuviera realmente presente en su mundo.

Sólo sus espejos le decían que estaba allí: que tenía un rostro capaz de expresión, con unos ojos castaños redondos, blandos y tristes, una nariz bien perfilada, y el asomo de una hendidura como un hoyuelo en su barbilla; que su cuerpo era de un tipo que las revistas alababan; que tanto su rostro como su cuerpo hacían lo que se requería de ellos.

Era completamente inconsciente del encantamiento que la retenía prisionera. Después de todo, no era más que un hábito mental.

En cuanto a Geraden, estaba un poco en mejores condiciones.

Era sólo un Apr de la Cofradía de Imageros —es decir, un aprendiz—, y le había sido adjudicada una tarea que hubiera sido una amenaza para un Maestro. De hecho, la opinión de la Cofradía estaba ampliamente dividida acerca de su elección. Algunos de los Maestros insistían en que aquella tarea le correspondía a él porque todas sus interpretaciones del augurio parecían implicar que él era la única elección posible, el único entre ellos que podía tener éxito. Otros argumentaban que debía serle dada la tarea porque era el único de su clase que era completa e irremediamente sacrificable.

Aquéllos que afirmaban que el acto de traer a la existencia un campeón era inherentemente inmoral eran considerados secretamente serviles aduladores del viejo senil, el Rey Joyse..., y de todos modos eran sólo una pequeña minoría dentro de la Cofradía. Al parecer, todas las interpretaciones del augurio indicaban que el reino no podía ser rescatado de aquel peligro en el que se hallaba inmerso sin acceder a un campeón traído a la existencia a través de la Imagería. Pero cómo debía producirse esa traslación —y, de hecho, quién debía ser ese campeón— era menos seguro.

Los Maestros que consideraban a Geraden sacrificable tenían buenas razones para

ello.

Después de todo, no sólo era el mayor de los Aprs que servían a la Cofradía: era la persona de mayor edad que nunca hubiera servido a la Cofradía sin adquirir las habilidades suficientes para convertirse en un Maestro. Aunque apenas había cumplido los veinticinco años, era lo bastante mayor como para parecer ridículo por el hecho de haber fracasado en conseguir la casulla de Maestro.

Era tan torpe con las manos que no podía confiarse en él para mezclar la arena y el tinte sin derramar algo y estropear las proporciones; tan torpe con los pies que no podía caminar por el gran laborium que se había acondicionado en las reconvertidas mazmorras de Orison sin tropezar con las cuidadosamente dispuestas varillas, rodillos y aparatos de los Maestros.

Incluso el conejil Maestro Quillón, que había sorprendido a todo el mundo echando a un lado su modestia natural y expresando en voz alta su opinión (como hubiera debido hacer el Rey Joyse, si no estuviera dormido la mitad del tiempo) contra la inmoralidad inherente de arrancar a algún campeón fuera de su propia existencia a fin de servir a la necesidad de Mordant..., incluso Quillón había sido oído murmurando que si Geraden hacía el intento y fracasaba, la Cofradía tendría al menos la ventaja de librarse de él.

En realidad, su capacidad para el desastre hacía debatible todo el punto ético central.

Normalmente, el Maestro que había fabricado aquel cristal en particular era quien simplemente podía abrirlo para traer al campeón a la existencia. Pero Geraden había demostrado una y otra vez ser incapaz de la más simple traslación. En consecuencia, tendría que hacer exactamente lo que el Rey Joyse había solicitado: tendría que meterse en el cristal para ir al encuentro del campeón, para suplicar la ayuda del campeón.

Sus ventajas eran un corazón voluntarioso, una absoluta determinación, y una lealtad adscrita normalmente a los cachorrillos. Su pelo corto color avellana se rizaba encima de su recia frente; su rostro hubiera recibido el beneplácito de un rey; y el entrenamiento de haber sido educado con seis hermanos lo había hecho rudo, valiente, y poco inclinado a albergar rencores. Pero su expresión se veía estropeada por un casi perpetuo fruncimiento de ceño de embarazo y disculpa, ocasionado por las pequeñas desventuras y el conocimiento extraviado que siempre pisaban sus talones. Su instintivo anhelo hacia las cuestiones y el potencial de la Imagería era tan potente que su constante estupidez dejaba una sensación lóbrega en su espíritu que amenazaba con hacerse permanente, hasta que la Cofradía lo eligió a través del augurio y el sentido común para enviarlo en la misión de salvar el futuro de Mordant.

Cuando eso ocurrió, recuperó su entusiasmo. Donde antes había trabajado para

los Maestros con voluntad, ahora lo hizo con fervor, realizando todas las cosas que su arte solicitaba..., mezclando la arena y el tinte con sus propias manos de modo que el cristal se convirtiera en él, alimentando el horno con madera cortada por él mismo, modelando el molde y volviendo a modelarlo una docena de veces hasta que encajara exactamente con el que enmarcaba el espejo en el que los Maestros observaban a su campeón elegido, derramando el ardiente líquido mientras la sangre martilleaba como una plegaria en sus venas, espolvoreando los polvos de óxido especialmente molidos y mezclados. A cada fallo de atención, error o desgracia, gruñía, se maldecía a sí mismo, pedía disculpas a todo el mundo que estaba a su vista..., y volvía a dedicarse al trabajo, con la esperanza cantando en él mientras el sudor empapaba sus ropas y le dolían todos los músculos.

No tenía más idea que Terisa de hallarse bajo un encantamiento. Y, aunque lo hubiera sabido, no le hubiera importado, tan consumido se sentía por la oportunidad que los Maestros le habían proporcionado..., una oportunidad que podía ser muy bien una sentencia de mutilación o incluso de muerte.

Ella no era el campeón que la Cofradía había elegido.

Ella ni siquiera habitaba el mismo mundo que ese campeón.

En teoría al menos, el espejo de Geraden hubiera debido ser completamente distinto.

1

La llamada

La noche antes de que Geraden acudiera a por ella, Terisa Morgan tuvo un sueño..., uno de los pocos que era capaz de recordar en toda su vida. En él, oyó el sonido de cuernos débiles con la distancia, llegaron hasta ella a través del límpido aire por encima de las colinas cubiertas por una nieve reciente, como la llamada que su corazón había estado esperando siempre. Sonaron de nuevo..., y, mientras tendía el oído para escucharlos, otra vez. Pero no se acercaron.

Deseaba ir hacia ellos. Más allá del bosque donde parecía estar sentada o echada como si el frío no pudiera alcanzarla vio el borde de las colinas: quizá los cuernos — y aquéllos que los hacían sonar— estuvieran al otro lado. Sin embargo, no se movió. El sueño le mostró una escena que nunca antes había visto; pero siguió siendo quien siempre había sido.

Luego, a lo largo del borde cubierto de nieve de los riscos, aparecieron unos jinetes a la carga. Mientras los caballos luchaban por adquirir velocidad, sus belfos arrojaban vapor, y sus patas aplastaban la nieve hasta que los secos y ligeros copos parecían hervir. Pudo oír el crujir del cuero en sus remaches el furioso jadeo y las ahogadas maldiciones de los jinetes: el risco enviaba todos los sonidos, tan afilados como un trozo de cristal, hacia el bosque. Deseó bloquear aquellos ruidos, oír de nuevo los cuernos, mientras los tres hombres giraban bruscamente alejándose de las colinas y lanzaban surtidores de nieve hacia los árboles..., directamente hacia ella.

Cuando sus rostros se enfocaron en ella vio su feroz odio, el deseo de derramar sangre. Largas espadas parecieron fluir fuera de sus vainas en las manos alzadas de los jinetes. Iban a clavarla contra la nieve allí mismo donde estaba.

Permaneció inmóvil, aguardando. El aire vibraba con el frío, tan duro como una bofetada y tan penetrante como astillas. En el sueño, no estaba en absoluto segura de que le importara ser muerta. Aquello traería un fin al vacío de su vida. Su único pesar era que nunca oiría los cuernos de nuevo, nunca descubriría por qué sonaban para ella con aquella temblorosa nota.

Entonces, de entre los árboles de negros troncos detrás de ella, apareció un hombre que se interpuso entre su cuerpo y los jinetes. Iba desarmado, sin armadura parecía llevar solamente una voluminosa chaquetilla de ante marrón, pantalones del mismo material, botas de piel, —pero no vaciló en enfrentarse a los caballos. Mientras el primer jinete hacía oscilar su hoja, el hombre dio un salto de costado hacia las riendas de la montura; y el caballo perdió el equilibrio y arrojó a su jinete frente al segundo atacante. Caballo y jinete cayeron al suelo, alzando una nube de

nieve tan densa como bruma.

Cuando una leve brisa aclaró su visión, observó que su defensor había arrancado la espada del primer jinete y atravesaba con ella al segundo. Se movía con una torpeza desesperada que indicaba que no estaba familiarizado con el arte de la lucha; pero no vaciló. Con un furioso asalto, arrojó al primer jinete contra el tronco de un árbol antes de que el caballista pudiera golpearle con su largo puñal.

Observando fascinada, Terisa vio que el tercer jinete se situaba encima del joven que estaba luchando por ella: su montura en posición firme, la empuñadura de su espada firmemente sujeta con ambas manos. Aunque no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, supo que debía actuar. Por simple decencia y gratitud hacia su defensor, si no por otra razón, debía lanzarse ella misma contra el jinete. Éste no la miraba; seguramente sería capaz de alcanzar su cinturón y tirar de él fuera de su silla antes de que golpeará.

Pero no lo hizo. En el sueño, un pequeño y vejado fruncimiento de ceño surcó su frente mientras contemplaba su propia pasividad. Aquélla era la historia de su vida, aquel mudo no hacer nada..., la única cualidad que podía adscribir a su incierta existencia. ¿Cómo podía actuar? La acción era para aquéllos que no dudaban seriamente en su propia presencia en el mundo. Durante los más de veinte años de su vida, sus oportunidades de acción habían sido tan pocas que típicamente no las había reconocido hasta que ya habían pasado. No sabía cómo hacer que sus miembros la arrastraran hacia el jinete.

Sin embargo, el hombre que luchaba por ella no lo hacía por ninguna razón que ella pudiera ver excepto el hecho de que estaba siendo atacada. Y no se había dado cuenta del peligro: todavía seguía intentando arrancar su hoja del cuerpo del jinete que acababa de derribar, y estaba vuelto de espaldas.

Sobresaltándose a sí misma y al jinete y al intenso frío, gritó:

—¡Cuidado!

El esfuerzo de la advertencia la hizo sentarse con un sobresalto. Estaba aún en la cama. Su grito había hecho que le doliera la garganta, y un pánico desacostumbrado latía en sus venas.

Se reconoció a sí misma en los espejos de su dormitorio. Iluminada por la pequeña luz que dejaba encendida toda la noche en un hueco en la pared al lado de la cama, apenas era algo más que una sombra en los espejos que la rodeaban; pero era ella misma, la sombra que siempre había sido.

Y, sin embargo, mientras su pulso seguía latiendo alocadamente y un hilillo de sudor resbalaba por su rostro, creyó oír más allá de los reconfortantes ruidos de la ciudad una distante llamada de cuernos, demasiado débil para estar segura..., y

demasiado íntima para ser ignorada.

Por supuesto, nada había cambiado. Se levantó a la mañana siguiente cuando sonó el despertador; y su apariencia en sus espejos era tan lánguida y despeinada como de costumbre. Aunque estudió su rostro en busca de algún signo de que era lo bastante real como para que unos hombres montados a caballo la odiaran tan fieramente, parecía tan vacía de significado como siempre..., tan carente de marcas de experiencia, decisión o impacto que se sorprendió ligeramente de descubrir que aún era capaz de arrojar algún reflejo. Seguro que se estaba desvaneciendo poco a poco. Seguro que una mañana despertaría, se miraría a sí misma en el espejo, y no vería nada. Quizá, pero no hoy. Hoy tenía exactamente el aspecto que recordaba de siempre..., hermosa, pero sin ninguna finalidad, y ligeramente teñida por el pesar.

Así que se duchó como de costumbre, se vistió como de costumbre con el mismo tipo de falda lisa y púdico suéter que su padre prefería para ella, tomó su desayuno como de costumbre —mirándose en los espejos entre mordisco y mordisco de tostada—, y se puso un impermeable antes de abandonar su apartamento para ir al trabajo. No había nada fuera de lo ordinario en su aspecto, ni en el aspecto de su apartamento cuando salió, ni en la bajada en el ascensor hasta el vestíbulo del edificio. Lo único fuera de lo ordinario era cómo se sentía.

Para sí misma, tan privadamente que nada de ello se reflejó en su rostro, siguió recordando su sueño.

Fuera, la lluvia caía intensamente sobre la calle, inundando los desagües, siseando como granizo en los techos de los coches, ahogando los ruidos del tráfico. Desanimada por el grisor del aire y la humedad, se ató un pañuelo de plástico sobre la cabeza, pasó junto al guardia de seguridad (que la ignoró, como de costumbre), y salió a la lluvia por la puerta giratoria.

Con la cabeza baja y la concentración puesta en la acera, avanzó en dirección a la misión donde trabajaba.

Sin advertencia alguna, creyó oír de nuevo los cuernos.

Se detuvo involuntariamente, alzó sobresaltada la cabeza, miró a su alrededor como una mujer asustada. No eran cláxones de coches: eran instrumentos de viento como los que emplearía un músico o un cazador. El acorde de su llamada era tan lejano y tan fuera de lugar que no era posible que lo hubiera oído, no en aquella ciudad, con aquella lluvia, mientras la hora de mayor intensidad del tráfico llenaba las calles luchando contra el agua. Y, sin embargo, la sensación de haber oído el sonido hacia que todo lo que veía pareciera más nítido y menos deprimente, más importante. La lluvia tenía la fuerza de un decidido limpiador; el estriado gris de los edificios se parecía menos a la desesperación y más al elusivo potencial de la frontera entre el día

y la noche; la gente que pasaba apresurada por su lado en la acera era impulsada por el coraje y la convicción antes que por el disgusto ante el tiempo o el miedo por sus empleos. Todo a su alrededor tenía un aroma de vitalidad que nunca antes había visto.

Luego, la sensación se desvaneció; y se dijo que no era posible que hubiera oído el sonido de unos intensos cuernos llamando directamente a su corazón; y el aroma había desaparecido.

Abrumada y triste, reanudó su empapado camino hacia el trabajo.

En la misión, su día estuvo más lleno de cosas monótonas que de costumbre. En la oficina administrativa, sentada ante su escritorio, con la antigua máquina de escribir agazapada ante ella como un animal de mal genio, halló un mensaje del Reverendo Thatcher, el viejo que dirigía la misión. Decía que los costes de fotocopias de la misión eran demasiado altos, así que por favor mecanografiara doscientas cincuenta copias de la carta adjunta, además de sus otras tareas habituales. La carta iba dirigida a la mayor parte de las organizaciones filantrópicas de la ciudad, y contenía otra petición de dinero, arropada en la habitual futilidad del Reverendo Thatcher. Apenas era capaz de leer lo que mecanografiaba; pero, por supuesto, tenía que hacerlo una y otra vez para asegurarse de que no se equivocaba.

Mientras tecleaba, tuvo la sensación de que se volvía físicamente menos sólida, como si estuviera empezando a disolverse lentamente a causa de la inutilidad de lo que estaba haciendo. Al mediodía había memorizado la carta; y contemplaba, en un estado casi de suspensión, la línea de letras que iba formando la máquina, aguardando cada nuevo carácter porque demostraba que ella estaba aún allí, y no podía decir honestamente que esperaba que apareciera.

Ella y el Reverendo Thatcher comían normalmente juntos..., por decisión de él, no de ella. Puesto que ella permanecía siempre tranquila y observaba su rostro con atención, el hombre probablemente pensaba que era una oyente que simpatizaba con lo que él decía. Pero la mayor parte del tiempo ella apenas oía sus palabras. Su charla era como sus cartas: no había nada que se pudiera hacer al respecto. Ella permanecía tranquila simplemente porque era la única forma en que sabía cómo actuar; observaba su rostro porque esperaba que traicionara alguna indicación de su propia realidad..., algún parpadeo de interés o concentración que pudiera indicarle que estaba realmente presente con otra persona. Así que permanecía sentada con él en una esquina del comedor de beneficencia que la misión tenía en su sótano, y ella mantenía su rostro vuelto hacia él mientras él hablaba.

Desde una cierta distancia parecía calvo, pero eso se debía a que su moteada piel rosa se veía claramente a través de su fino y pálido pelo, muy corto. Las venas de sus sienes eran prominentes y parecían frágiles, con el resultado de que cada vez que se agitaba parecía como si fueran a estallar. Hoy esperaba que rehiciera su última carta,

que había mecanografiado ya casi doscientas veces. Aquél era su esquema habitual: mientras engullían el insípido y poco alimenticio almuerzo proporcionado por la cocina, él le contaba cosas que ella ya sabía acerca de su trabajo, y su voz temblaba cada vez que volvía a la inutilidad de lo que estaba haciendo. Esta vez, sin embargo, la sorprendió.

—Señorita Morgan —dijo, sin siquiera mirarla—, ¿le he hablado alguna vez de mi esposa?

De hecho no lo había hecho, aunque se refería a ella a menudo. Pero Terisa conocía algo de su historia familiar a través de la anterior secretaria de la misión, que había abandonado el trabajo derrotada y disgustada. De todos modos, dijo:

—No, Reverendo Thatcher. La ha mencionado usted, naturalmente. Pero nunca me ha hablado de ella.

—Murió hará unos quince años —dijo él, aún pensativo—. Pero era una mujer estupenda, cristiana, fuerte, Dios haya dado descanso a su alma. Sin ella yo hubiera sido débil, señorita Morgan..., demasiado débil para hacer lo que era necesario hacer.

Aunque no había pensado de cerca en la cuestión, Terisa lo consideraba un hombre débil. Sonaba débil ahora, incluso cuando no estaba hablando de su fracaso en conseguir algo mejor para la misión. Pero también sonaba melancólico y entristecido.

—Recuerdo los tiempos..., oh, fue hace muchos años, mucho antes de que usted naciera, señorita Morgan. Yo acababa de salir del seminario —sonrió más allá de su hombro izquierdo—, con todo tipo de honores, ¿querrá creerlo? Y acababa de servir como ministro ayudante en una de las mejores iglesias de la ciudad.

»Por aquel entonces, deseaban que me quedara allí como ministro asociado. Con la ayuda de Dios me las había arreglado bien allí, y me dieron la oportunidad de convertirme en uno de sus pastores permanentes. Puedo decírselo, señorita Morgan: aquello era muy gratificante. Pero, por alguna razón, mi corazón no estaba tranquilo con ello. Tenía la sensación de que Dios estaba intentando decirme algo. ¿Sabe?, justo por aquel entonces había oído hablar de que esta misión necesitaba un nuevo director. No deseaba el trabajo. Siendo como era un hombre débil, me sentía complacido con mi posición en la iglesia. Era bien recompensado por mi trabajo, tanto financiera como personalmente. Y, sin embargo, no podía olvidar esta misión. Era cierto que la iglesia me llamaba para que la sirviera. Pero ¿qué quería Dios que hiciera?

»Fue la señora Thatcher la que resolvió mi dilema. Puso una mano en su cadera, como hacía siempre cuando quería que se la tomara en serio, y me dijo: “Vamos, no seas tonto, Albert Thatcher. Cuando Nuestro Señor vino a este mundo, no lo hizo para servir a los ricos. Esta iglesia es un lugar estupendo..., pero si te marchas, podrán

escoger entre otro centenar de hombres adecuados para reemplazarte. Ninguno de esos hombres pensará en acudir a la misión”.

»Así que vine aquí —concluyó—. A la señora Thatcher no le importaba que fuéramos pobres. Sólo le preocupaba que hiciéramos todo lo posible por servir a Dios. Eso es lo que hecho, señorita Morgan, durante cuarenta años.

Normalmente, un comentario como aquél hubiera sido un prelude a otra de sus largas exposiciones acerca sus interminables y a menudo infructuosos esfuerzos por mantener la misión viable. Normalmente, ella hubiera escuchado aquella exposición protegiéndose contra ella con un muro de acero, a fin de que su propia irrealidad, frente a la necesidad de la misión y su penuria, no la abrumara.

Pero esta vez lo que oyó fue el lejano grito de los cuernos.

Traían consigo la orden de la caza y la llamada de la música, dos sonidos diferentes que formaban un acorde en su corazón, mezclándose de tal modo que deseaba saltar dentro de sí misma y gritar una respuesta. Y, mientras los oía, todo a su alrededor cambió.

El comedor de beneficencia ya no parecía sucio y miserable; parecía bien dispuesto, un lugar de decidida dedicación. Los zarrapastrosos hombres y mujeres de pelo gris sentados en las mesas ya no se veían reducidos a meros desechos humanos de hombros caídos: ahora absorbían esperanzas y posibilidades junto con su sopa. Incluso los bordes de las mesas eran más nítidos, más tangibles e importantes, que la formica ordinaria y el tubo de hierro cromado. Y el propio Reverendo Thatcher había cambiado también. La pulsación que latía en sus sienes no era la agitación de la inutilidad: era el fuerte ritmo de su determinación de hacer el bien. Había valor en su rosada piel, en las gastadas arrugas de su rostro, y el enfoque de sus ojos era tan distante porque estaba clavado no en la futilidad, sino en Dios.

El cambio duró sólo un momento. Luego ya no pudo oír los cuernos, pese a que los ansiaba; y el aire de derrota rezumó lentamente de vuelta a su entorno.

Abrumada por la pérdida, creyó que iba a echarse a llorar si el Reverendo Thatcher iniciaba otra de sus exposiciones. Afortunadamente, no lo hizo. Tenía que hacer algunas llamadas telefónicas, esperaba contactar con algunas personas influyentes en su pausa para el almuerzo; así que se disculpó y se fue, sin darse cuenta de que, por un momento, se había visto rodeado por un halo de fascinación a los ojos de ella. Terisa volvió a su escritorio casi agradecida; ante su máquina de escribir, podría seguir golpeando las teclas y ver demostrada su existencia en los negros caracteres que imprimía sobre el papel.

La tarde pasó lentamente. A través de la única y desnuda ventana podía ver caer aún la lluvia, empapándolo todo hasta que incluso los edificios al otro lado de la calle parecieron como cartón mojado. Las pocas personas que se apresuraban arriba y

abajo por las aceras quizá llevaban impermeables, o tal vez no: el agua que caía parecía borrar la diferencia. La lluvia golpeaba fuera de la ventana; la melancolía se infiltraba a través del cristal. Terisa se descubrió tecleando los mismos errores una y otra vez. Deseaba oír de nuevo los cuernos..., deseaba volver a experimentar el aroma y la nitidez que venía con ellos. Pero no habían sido más que el residuo de uno de sus infrecuentes sueños. No podía recapturarlos.

A la hora de volver a casa, dejó su trabajo a un lado, metió los hombros bajo su impermeable, y se ató el pañuelo de plástico a la cabeza. Pero, cuando ya estaba lista para irse, vaciló. Movidada por un impulso, llamó a la puerta del pequeño cubículo que utilizaba el Reverendo Thatcher como oficina particular.

Al principio no oyó nada. Luego, el hombre respondió débilmente:

—Pase.

Abrió la puerta.

En el cubículo había sólo el espacio justo para ella y una silla plegable entre el escritorio y la pared. El asiento del reverendo, al otro lado del escritorio, estaba tan bloqueado por los archivadores que cuando intentaba levantarse apenas podía extraerse de su nicho. Cuando Terisa entró en la estancia, estaba contemplando con mirada vacía el teléfono, como si el aparato hubiera sorbido toda su atención y sus esperanzas.

—Señorita Morgan. ¿Se marcha ya?

Ella asintió.

Él no pareció darse cuenta de que ella no había dicho nada.

—¿Sabe? —dijo, con voz distante—, hoy llamé a cuarenta y dos personas. Treinta y nueve simplemente no quisieron escucharme.

Si ella dejaba que el impulso que la había traído hasta allí se disipara, tendría muchas menos razones para creer en su propia existencia; así que dijo, casi bruscamente:

—Siento lo de la señora Thatcher.

En voz muy baja, como si ella no hubiera cambiado de tema, el hombre respondió:

—La echo mucho en falta. Necesito que ella me diga que estoy haciendo lo correcto.

Porque quería que él la mirara, Terisa dijo:

—Está haciendo usted lo correcto. —Mientras lo decía, se dio cuenta de que realmente lo creía. El recuerdo de los cuernos había cambiado aquello para ella, si no otra cosa—. Antes no estaba segura, pero ahora sí lo estoy.

Los vagos ojos del hombre, sin embargo, permanecieron fijos en el teléfono.

—Quizá, si llamo a su hermano —murmuró para sí mismo—. Hace un año que no ha hecho ninguna contribución. Quizá me escuche esta vez. Seguiré intentándolo.

Mientras marcaba el número, ella abandonó el cubículo y cerró la puerta. Tenía la impresión de que no iba a volver a verlo de nuevo. Pero intentó no permitir que aquello la preocupara: a menudo sentía algo parecido.

El camino de vuelta a casa fue peor de lo que había sido el camino al trabajo. El viento era más fuerte y azotaba la lluvia contra sus piernas, a través de cualquier hueco que podía encontrar o practicar en su impermeable, se metía por entre las rendijas de su pañuelo hasta su rostro. A la media manzana, sus zapatos estaban llenos de agua; antes de que hubiera recorrido la mitad del camino, su suéter estaba empapado, frío y pegajoso contra su piel. Apenas podía ver hacia dónde se dirigía.

Pero conocía automáticamente el camino: la costumbre la llevó de vuelta a su edificio de apartamentos. Su acristalada fachada parecía bajo la lluvia como un salpicado charco de oscura agua, que no reflejaba nada excepto la idea de la muerte en sus profundidades. Los guardias de seguridad la vieron llegar, pero no la consideraron lo bastante interesante como para abrirle la puerta. Entró al vestíbulo, arrastrando consigo una ráfaga de viento y una rociada de lluvia, y se detuvo por unos momentos para recuperar el aliento y secarse el agua del rostro. Luego, sin alzar la vista, se encaminó hacia los ascensores.

Ahora que ya no caminaba aprisa, empezó a sentirse helada. Había un espejo en una de las paredes del ascensor: se quitó el pañuelo de la cabeza y estudió su rostro mientras subía a su piso. Sus ojos tenían un aspecto especialmente grande y vulnerable contra la fría palidez de su rostro y el débil azul de sus labios. Entonces, esto al menos de ella era real: podía palidecer a causa del viento y la humedad y el frío. Pero el helor era demasiado profundo para que aquello le diera ánimos.

Mientras salía del ascensor y se dirigía por el enmoquetado descansillo hacia su apartamento, supo que iba a pasar una mala noche.

En sus habitaciones, con la puerta cerrada y asegurada por dentro y las cortinas cerradas para dejar fuera la sensación de que se hallaba debajo de la superficie del charco que había visto en las ventanas desde fuera, encendió todas las luces y empezó a desvestirse. Los espejos le mostraron su propia imagen: estaba pálida de pies a cabeza. La humedad que se había metido en su carne la hacía parecer tan blanca como la cera.

Las velas estaban hechas de cera. Algunas muñecas eran de cera. La cera era utilizada para hacer moldes de vaciado. Pero no para la gente.

Aquella iba a ser una muy mala noche.

Nunca había sido capaz de hallar la prueba que necesitaba en sus propias sensaciones físicas. Podía creer fácilmente que una sombra era capaz de sentir frío, o calor, o dolor; sin embargo, no existía. De todos modos, tomó una ducha caliente, con la intención de librarse del frío. Se secó cuidadosamente el pelo y se puso una blusa de franela, unos suaves y gruesos pantalones de pana y unos mocasines de piel de oveja para mantener calientes los pies. Luego, en un esfuerzo por mantener alejados sus problemas, se obligó a prepararse y comer la cena.

Pero sus intentos de cuidar de sí misma tuvieron el mismo efecto que de costumbre..., es decir, ninguno. Una ducha, ropas cálidas y una comida caliente no podían arrojar el frío fuera de su corazón..., un detalle que consideraba como no importante. De hecho, eso era parte del problema: nada de lo que le ocurría importaba en absoluto. Si muriera de pulmonía se convertiría en una inconveniencia para otras personas —para su padre, por ejemplo, o para el Reverendo Thatcher—, pero para ella misma no significaría la menor diferencia.

Aquella iba a ser una de esas noches en las que podía sentirse a sí misma desvanecerse de la existencia como un sueño anodino.

Si se sentaba donde estaba y cerraba los ojos, ocurriría. Primero oiría a su padre hablar más allá de ella, como si ella no estuviera allí. Luego observaría el comportamiento de la servidumbre, que la trataba como una invención de la imaginación de su padre, como alguien que sólo vivía y respiraba porque él así lo decía, antes que como un individuo real y presente. Y, luego, su madre...

Su madre, que era tan ella misma como la pasividad, la no existencia, el talento, la experiencia y la determinación podían hacerla.

Mentalmente, si cerraba los ojos, Terisa sería una niña de nuevo, de seis o siete años de edad, y entraría cojeando en el enorme comedor donde sus padres recibían a varios de los socios comerciales de su padre vestidos con sus mejores galas... Entraría en el comedor porque se había caído por las escaleras y se había arañado la rodilla y estaba horrorizada ante lo mucho que sangraba, y su madre la miraría sin verla en absoluto, miraría directamente a través de ella sin más expresión en su rostro que la de una figura de cera, y haría que todo careciera de significado.

—Ve a tu habitación, niña —le diría con una voz tan vacía como un agujero en su corazón—. Tu padre y yo tenemos invitados. —Aprende a ser como yo. Antes de que sea demasiado tarde.

Terisa había estado luchando durante años por creer en ella misma. No cerró los ojos.

En vez de ello, fue al salón y arrastró una silla hasta situarla cerca de la más cercana pared de espejos. Se sentó en ella, con las rodillas apretadas contra el cristal, el rostro tan cerca de él que corría el riesgo de provocar un velo de humedad entre

ella misma y su reflejo. En esa posición, examinó cada línea y rasgo y parpadeo de su imagen. Quizás así fuera capaz de mantener su realidad en una sola pieza. Y, si fracasaba, al menos sería capaz de verse a sí misma llegar al final.

La última vez que había sufrido uno de esos ataques había permanecido sentada contemplando su propio reflejo hasta bien pasada la medianoche, cuando la sensación de que se estaba evaporando la había abandonado al fin. Ahora estaba segura de que no duraría tanto. La otra noche había soñado..., y en el sueño había sido tan pasiva como lo era ahora, tan incapaz de hacer nada excepto mirar. El suave dolor de aquel reconocimiento la debilitó. Creía poder distinguir ya los bordes de su rostro difuminarse fuera de la realidad.

Sin ninguna advertencia previa, vio a un hombre en el espejo.

No estaba reflejado en el espejo: estaba dentro del espejo. Estaba detrás de su sorprendida imagen..., y avanzaba como si estuviera flotando en un torrente.

Era un hombre joven, quizá sólo unos pocos años mayor que ella, y llevaba una amplia chaquetilla de ante, pantalones marrones y botas de piel. Su rostro era atractivo, aunque su expresión era estúpida por la sorpresa y la esperanza.

La estaba mirando directamente a ella.

Por un instante su boca se abrió en silencio, como si estuviera intentando gritar algo a través del cristal. Luego agitó los brazos. Pareció como si perdiera el equilibrio; pero sus movimientos expresaban una autoridad que no tenía nada que ver con caer.

Instintivamente, ella dejó caer la cabeza sobre su regazo y la cubrió con los brazos.

El espejo delante de ella no hizo ningún ruido cuando se rompió en mil pedazos.

Sintió la lluvia de cristales de la pared, notó las pequeñas astillas clavarse en su blusa cuando volaron más allá de ella. Como un chorro de hielo, tintinearón contra la pared opuesta y cayeron sobre la moqueta. Una breve ráfaga de viento tan fría como el invierno sopló hacia ella junto con los cristales rotos, luego cesó.

Cuando alzó la vista, vio al joven tendido de bruces en el suelo al lado de su silla. Un polvo de pequeños fragmentos de cristal hacía brillar su pelo. En aquella postura, parecía como si hubiera efectuado una zambullida al interior de la habitación a través de la pared. Pero su pierna derecha, desde medio tobillo hacia abajo, no estaba. Al principio pensó que estaba aún dentro de la pared: su tobillo y su bota parecían limpiamente cortados en el mismo plano de la pared. Luego vio que en realidad el final de su pierna se hallaba a unos cinco centímetros de ella.

No había sangre. No parecía sufrir dolor.

Con un sonoro suspiro, se alzó ligeramente del suelo para poder mirarla. Su

tobillo derecho parecía estar encajado allá donde estaba; pero el resto de él se movía normalmente.

Tenía el ceño intensamente fruncido. Pero, cuando sus miradas se cruzaron, el rostro del joven se hendió en una impotente sonrisa.

—Soy Geraden —dijo—. Se supone que no es aquí donde debería estar.

El sonido de cuernos

Sin darse cuenta exactamente de lo que estaba haciendo, Terisa echó su silla hacia atrás y se puso en pie. Retrocedió involuntariamente. Sus pies envueltos en mocasines produjeron un débil sonido crujiente cuando pisaron los fragmentos de cristal dispersos por el suelo. La pared allá donde había estado pegado el espejo estaba llena de manchas y descolorida: parecía sucia. Los restantes espejos le trajeron ecos de sí misma. Pero mantuvo los ojos fijos en el hombre tendido de bruces frente a ella.

La estaba mirando sorprendido, con la boca muy abierta. Su sonrisa no se desvaneció, sin embargo, y no hizo ningún intento por ponerse en pie.

—Lo he hecho de nuevo, ¿verdad? —murmuró—. Juraría que lo hice todo bien..., pero cualquier Maestro puede efectuar este tipo de traslación, y de alguna manera he vuelto a equivocarme.

Debería sentir miedo de él: comprendía claramente esto. Su brusca aparición allí en su sala era algo violento e imposible. Pero, en vez de miedo, sólo sentía desconcierto y maravilla. El joven parecía poseer la extraña habilidad de ir más allá de la lógica, de la normalidad. En su sueño, ella no había tenido miedo de la muerte...

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó tan suavemente que apenas pudo oírse a sí misma—. ¿Qué quieres decir con que no estás donde se supone que deberías estar?

Inmediatamente, la expresión del joven se hizo contrita.

—Lo siento. Espero no haberte asustado. —Había tensión en su voz, un miedo o una excitación propias. Pero, pese a esa tensión, sonaba amable, incluso gentil—. No sé lo que fue mal. Lo hice todo correctamente, lo juro. Pero no se supone que debería estar aquí. Estoy buscando a alguien... —entonces, por primera vez, apartó los ojos de ella—... completamente distinto.

Mientras su mirada escrutaba la habitación, su mandíbula colgó y su rostro se llenó de alarma. Reflejado de vuelta desde todos lados, retrocedió, encogiéndose como si hubiera sido golpeado. Los anudados músculos de su garganta estrangulaban un grito. Un pánico fundamental pareció abrumarle; por un segundo se agitó en la moqueta, rastreando, frente a ella.

Pero luego, al parecer, se dio cuenta de que no había sufrido daño. Alzó la cabeza, y el miedo en sus rasgos cambió a sorpresa y a maravilla. Se miró a sí mismo en los espejos, como si hubiera sido transformado.

Atraída por sus intensas e inexplicables reacciones, ella le observó sin hablar.

Al cabo de un largo momento él volvió su atención hacia ella. Carraspeó con un esfuerzo. En un tono de refrenada calma artificial, dijo:

—Veo que tú también utilizas espejos.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Terisa.

—No sé de qué estás hablando —dijo—. No tengo ni la menor idea de lo que estás haciendo aquí. ¿Cómo sabes que yo no soy la persona correcta?

—Buena pregunta. —Su sonrisa se hizo más amplia. Parecía como si disfrutara de la visión de ella—. Por supuesto, no puedes serlo. Quiero decir, ¿cómo sería posible? A menos que todo el mundo haya interpretado mal los augurios. Quizás esta habitación me arrastró lejos de donde debería estar ahora. ¿Sabías que yo iba a intentar esto?

Terisa no deseaba repetirse. En vez de seguir mencionando que no tenía la menor idea de lo que él quería decir, preguntó:

—¿Por qué no te levantas? Pareces un poco ridículo, tendido así en el suelo.

Una cosa acerca de él la complació de inmediato: parecía oírla cuando ella hablaba, no simplemente cuando parecía encajar con su línea de pensamientos.

—Me gustaría —dijo él, algo tímidamente—, pero no puedo. —Hizo un gesto hacia su truncada pierna derecha—. No van a soltar mi tobillo. Será mejor que no lo hagan. Si lo hicieran, nunca podría regresar. —Su expresión hizo eco de los mercuriales cambios de dirección en su mente—. Aunque no sé cómo voy a enfrentarme a ellos cuando regrese. Nunca creerán que no he vuelto a equivocarme.

Estudiándole aún en busca de algún signo de que lo que estaba ocurriendo tenía sentido, ella preguntó:

—¿Has tenido este mismo problema antes? Él asintió hoscamente, luego agitó la cabeza.

—No este problema exactamente. Nunca antes había intentado trasladarme yo mismo.

El hecho es que comúnmente no se hace. La última vez que puedo recordar fue cuando el Adepto Havelock se volvió loco. Pero ése fue un caso especial. Estaba utilizando un cristal plano..., intentando trasladarse sin ir realmente a ninguna parte, si entiendes lo que quiero decir.

Miró de nuevo a su alrededor.

—Por supuesto que lo entiendes. Cristal plano. —Inspiró, como si sus espejos fueran algo maravilloso—. Encantador. Y no te has vuelto loca. Yo no me he vuelto loco. No tenía ni la menor idea de que existieran Imageros como tú.

»En cualquier caso —resumió—, la teoría de la traslación inter-Imagen es sólida, y hay montones de casos registrados. Aunque la mayoría de la gente simplemente no desea correr el riesgo. Puesto que yo hice el espejo..., si recorro todo el camino, es probable que ellos no puedan traerme de vuelta. Sólo un Adepto puede utilizar los espejos de otras personas..., y Havelock está loco.

»Pero eso no importa. —Eché a un lado su disgresión—. Parece simplemente que no he conseguido hacerlo funcionar.

»El hecho —concluyó— es que nunca he sido capaz de hacer que funcione nada. Por eso me eligieron..., parte de la razón, al menos. Si algo iba mal y yo no volvía, no perderían a nadie valioso.

Abrumada ante aquella conversación, su entrenamiento con el Reverendo Thatcher acudió en su ayuda. El hombre le había enseñado a que hiciera las preguntas que él esperaba o deseaba.

—¿Dónde se supone que deberías estar? —Se estremeció de nuevo—. ¿Quién se supone que debería ser yo?

Él pensó unos instantes en aquello, mordisqueándose el labio. Luego respondió:

—Será mejor que te lo diga. El augurio podría haber sido mal interpretado. Un Imagero como tú podría ser exactamente lo que necesitamos. Y, si estoy en lo cierto... —La miró ardientemente y empezó a explicarse.

»Todo el mundo ha estudiado el augurio. Algo de lo que vemos en él puede estar equivocado. Muestra una y otra y otra vez que la única forma en que Mordant puede salvarse es si alguien se mete en un espejo y trae ayuda del otro lado. Por alguna extraña razón, ese “alguien” soy yo. Desgraciadamente, el augurio no me muestra trayendo de vuelta ninguna “ayuda”. En vez de ello, muestra a un hombre inmensamente poderoso en alguna especie de armadura..., un guerrero o campeón de otro mundo. No muestra si salvará o destruirá Mordant, pero él es inconfundible. Y, más o menos simultáneamente al augurio, simplemente apareció la Imagen en uno de los espejos del Maestro Gilbur. A juzgar por lo que pudimos ver, tenía aproximadamente dos veces tu altura, en su armadura, y poseía suficientes armas mágicas como para derribar montañas. Parecía perfecto.

»Por supuesto, el Maestro Gilbur podría simplemente haberlo trasladado para nosotros. Algunos de los Maestros pensaron que eso es lo que se debería hacer..., y desafiar así al Rey. Pero el augurio es explícito. Se supone que tienen que enviarme a algún lugar. Algo respecto a mí es crucial. Al parecer. —Se encogió de hombros—. Hubo una gran cantidad de discusiones. El Maestro Quillón dijo que yo debía ir. Pero el Maestro Eremis dijo que obligarme a trasladarme yo mismo fuera de la existencia era tanto como una sentencia de muerte..., y normalmente no suele ser tan serio respecto a nada. Eso me sorprendió. No me gusta el Maestro Eremis, y creí que yo

tampoco le gustaba a él. Pero al final la Cofradía decidió dejarme intentarlo.

»Así que hice el espejo..., lo hice y lo hice, hasta que todos pudimos ver perfectamente al campeón en él, y los Maestros dijeron que era correcto. —Frunció el ceño, desconcertado—. Trabajé tan duro en ello. Juraría que es un duplicado exacto del original. Pero cuando me metí en él —sus ojos se cruzaron con los de ella, y se encogió de hombros—, aparecí aquí.

Ella aguardó hasta que él hubo terminado; pero ya sabía lo que se suponía que debía decir a continuación.

—Así que ahora piensas que el augurio fue mal interpretado. Decían que tenías que conseguir a alguien. No decían quién era ese alguien.

Él asintió lentamente, contemplando su rostro como si ella pudiera convertir en realidad lo que estaba diciendo.

—Esta vez puede que la Cofradía esté equivocada.

Él asintió de nuevo.

Sin ninguna razón lógica, ella seguía sin sentir miedo.

—Así que, cuando hiciste lo que mostraba el augurio, viniste donde se suponía que debías venir, no donde había decidido la Cofradía.

Al cabo de un momento, él dijo suavemente:

—Sí. No tiene ningún sentido, ¿verdad? Es imposible. Un espejo no puede trasladar algo que no muestra. Pero, no importa lo mucho que haya enredado las cosas, no puedo dejar de pensar en que tú tienes que haber hecho algo. Tú tienes que haberme traído hasta aquí. —Apartó la vista, luego volvió a mirarla intensamente—. Tienes que haber tenido alguna razón.

Su observación restableció la realidad lógica de la situación, alejó la ilusión de que ella estaba teniendo una conversación comprensible. ¿Una conversación comprensible con un hombre que había caído en su sala procedente de ninguna parte, destrozando uno de sus espejos en el proceso? Deseaba responderle: Nada de esto tiene nada que ver conmigo. Pero nunca había aprendido a decir cosas como aquella en voz alta. A menudo sentía un estremecimiento de vergüenza y una sensación personal de desvanecerse cuando pensaba en ellas. Pero en vez de ello, buscando una escapatoria al dilema, o al menos una forma de escapar de la habitación, a fin de poder apartarse de la influencia de los intensos ojos castaños de Geraden, dijo:

—¿Te gustaría una taza de té? Consiguió su atención.

—Creo que me gustaría —su sonrisa era a la vez avergonzada y complacida—, pero desgraciadamente no sé lo que es el «té».

—Traeré un poco —dijo apresuradamente ella—. Serán sólo unos minutos. —

Retuvo para sí misma su alivio y se dirigió hacia la cocina.

Antes de que hubiera dado tres pasos, él dijo con un tono completamente distinto, una voz fuerte y formal, y sin embargo extrañamente suplicante:

—Mi dama, ¿me acompañarás a Mordant para salvar al reino de la destrucción?

Sorprendida, ella se detuvo y volvió la vista hacia él.

De inmediato, la expresión del joven se hizo contrita y azarada.

—Lo siento —dijo—. No tengo derecho a hacerte peticiones. Pero de pronto tuve la intensa sensación de que, si abandonabas esta estancia, no ibas a volver.

Tan pronto como él hubo dicho aquello, ella se dio cuenta de que una de las razones por las que deseaba ir a la cocina era para alcanzar el teléfono. Deseaba llamar a seguridad y decirles que había un hombre loco en su apartamento balbuceando cosas extrañas acerca de espejos y traslaciones y campeones.

—¿Tienes a menudo esas sensaciones? —Dudó, mientras intentaba pensar en qué debía hacer.

Él se encogió de hombros; su expresión mantuvo la forma de su pregunta formal.

—No a menudo. Y siempre resultan equivocadas. Pero confío en ellas de todos modos.

Tienen que significar algo. —Dudó por un momento, luego dijo—: Una de ellas me hizo aprendiz de la Cofradía. No sé por qué..., realmente no me ha hecho ningún bien. He sido Apr durante casi diez años, y nunca he conseguido llegar más allá. —Su tono era muy bajo; ella captó en él furia antes que autocompasión—. Pero sigo teniendo la fuerte sensación de que *debo* convertirme en un Maestro. No puedo dejar de intentarlo.

—Pero dijiste que deseabas un poco de té.

—No supe que tenía miedo hasta que tú empezaste a irte.

—No voy a ir a ninguna parte —respondió lentamente ella—. Volveré en unos minutos.

Se encaminó de nuevo hacia la cocina. Definitivamente, iba a llamar a seguridad. Aquello había durado demasiado.

—¡Mi dama! —exclamó él inmediatamente. Su voz era fuerte, extrañamente imperiosa—. Te lo suplico.

Ella intentó proseguir, pero sus pasos se frenaron por voluntad propia. Se detuvo junto a la puerta de la cocina.

—Si me giro y doy un brusco tirón, mi dama —dijo él suavemente—, es muy probable que consiga liberar mi tobillo. Entonces estaré enteramente aquí, sin ninguna posibilidad de regreso. Y los Maestros no sabrán dónde estoy, puesto que lo

que ellos ven en el espejo es al campeón. Entonces estaré perdido aquí para siempre, a menos que por alguna casualidad o milagro moldeen otro espejo que me muestre a ellos. Si, de hecho —añadió para sí mismo— *estoy* realmente en alguna parte, y no perdido en el propio cristal, como insiste el Maestro Eremis.

»Pero lo haré —prosiguió con más intensidad— antes de permitir que te marches sin haberme escuchado.

Por un momento, ella permaneció allá donde estaba. Se dio cuenta de que se inclinaba hacia adelante, en un intento de dar el siguiente paso que la llevaría fuera de su vista y al refugio de la cocina. Sin embargo, su atracción la empujó hacia atrás como si hubiera apoyado una mano sobre su hombro.

Después de todo, se preguntó a sí misma en un esfuerzo por pensar con lógica, normalmente, ¿qué ocurriría si llamaba a seguridad? Los guardias acudirían y se llevarían a Geraden. Si podían..., si conseguían liberar su pierna. Y luego tendrían que soltarle. Quedaría libre para seguir atormentando su vida. A menos que ella formulara acusaciones precisas contra él. Si lo hacía, tendría que enfrentarse de nuevo a él como acusadora, y sería responsable de lo que le ocurriera. Quizá tuviera que verle varias veces. Y seguro que tendría que explicárselo todo a su padre. De cualquier forma, estaba involucrada con él.

No sentía el menor deseo de presentarse ante un tribunal —ni ante su padre— y decir que un hombre al que jamás había visto antes había irrumpido en su sala a través de uno de los espejos y le había pedido que salvara algo llamado «Mordant».

Se dio lentamente la vuelta para enfrentarse al joven. Por primera vez desde que la había sobresaltado con su inesperada llegada, estaba asustada. Pero era un problema que tenía que resolver, y seguridad no era la solución que deseaba. Intentó mantener una voz tranquila y dijo:

—Nada de esto tiene sentido para mí. ¿Qué es lo que quieres que oiga?

—Mi dama... —De inmediato, el embarazo y el alivio le hicieron parecer diez años más joven—. Lo siento —dijo de nuevo—. Lo he hecho todo mal. Por la forma en que he hablado, es probable que pienses que los espejos han destruido mi mente. Que es lo que deberían haber hecho. Sigo sin comprenderlo. Pero, por favor...

Se había alzado un poco sobre sus manos y rodillas. Ahora tiró de su torso hacia arriba, de modo que quedó arrodillado, erguido, entre los fragmentos de cristal. Reprimiendo su confusión y su vergüenza, consiguió reflejar algo parecido a la dignidad.

—Por favor, no juzgues Mordant por mí. La necesidad es real. Y es urgente, mi dama. Partes del reino han empezado ya a morir. La gente está muriendo..., gente que no tiene nada que ver con la Imagería o con los reyes y que solamente desea vivir su

vida en paz. Y la amenaza aumenta cada día. Alend y Cadwal nunca han estado exactamente tranquilos. Ahora están formando ejércitos. Y el Rey Joyse no hace nada. El corazón lo ha abandonado. Los hombres sabios huelen la traición en todas partes.

»Pero el peligro más grave no procede del Gran Rey de Cadwal o del Monarca de Alend. Procede de la Imagería. —La pasión se iba acumulando en él mientras hablaba—. En algún lugar del reino, en algún lugar donde no podemos descubrirlos, hay Imageros renegados, Maestros de los espejos, y están abriendo sus cristales más y más a todo tipo de horror y maldad. Están experimentando con Mordant, intentando descubrir en sus espejos qué ataques y maldades serán más virulentos para la paz, la estabilidad y la vida que el Rey Joyse forjó en su juventud. Y esos Maestros parecen no temer al caos que viene con los incontrolados poderes desatados.

»Antes de que termine este invierno, el reino empezará a desmoronarse. Entonces habrá guerra en cada mano, guerra de todo tipo, y todas las cosas buenas estarán en peligro.

»Mi dama —dijo, mirándola fijamente—, no tengo ningún poder para obligarte. Y, aunque lo tuviera, sería un error utilizarlo. Y tú no eres el campeón que espera la Cofradía. He sido un torpe tan grande toda mi vida que mi presencia aquí puede ser simplemente otro de mis desastres.

»Pero es posible que esté en lo cierto. Tú comprendes los espejos. —Hizo un gesto hacia la habitación a su alrededor—. Puede que seas la ayuda que necesitamos. Y, si lo eres, estamos perdidos sin ti.

»Por favor. ¿Vendrás conmigo?

Ella lo miró, con la boca abierta y la mente alterada. *Muriendo. Guerra. Todo tipo de horror y maldad. Estamos perdidos sin ti. ¿Qué, yo?* Ella nunca había oído hablar de Mordant..., o de Cadwal, o de Alend. Los únicos países que conocía que aún tenían reyes estaban a miles de kilómetros de distancia. Y nadie hablaba en ninguna parte de espejos como si fueran puertas a distintos tipos de realidad. *Puede que seas la ayuda que necesitamos. ¿De qué estaba hablando aquel hombre?*

Tan cuidadosamente como pudo, dijo:

—Esto no tiene ningún sentido. Sé que estás intentando explicarme algo, pero no funciona. Nada de esto tiene nada que ver conmigo. —Ni siquiera sabes mi nombre—. No puedo ayudarte.

Pero Geraden sacudió la cabeza, rechazó su protesta.

—No lo sabes seguro. No sabes...

Bruscamente, sus ojos se entrecerraron como si le hubiera golpeado un nuevo pensamiento, y escrutó su rostro.

—¿Eres feliz aquí?

—¿Que si soy...? —La inesperada pregunta le hizo desviar la vista de él, como si la hubiera insultado..., o avergonzado. Sin advertencia previa, su miedo se vio reemplazado por un deseo de echarse a llorar.

Miró atentamente al espejo más cercano, intentando tranquilizarse. Geraden ocupaba todos los reflejos, sin embargo, aunque ella no deseaba verle. Desde donde estaba, no había cristal o ángulo que no reflejara hacia ella la imagen del joven.

Pese a lo extraño de todo aquello, su reflejo parecía más real que él mismo.

—¿Eres necesaria? —le preguntó.

Vaya pregunta. Miró profundamente a sus propios ojos en el espejo y se pellizcó el puente de la nariz para retener las lágrimas. Ella era probablemente el hecho más reemplazable en la vida del Reverendo Thatcher. Si se evaporaba, él notaría inmediatamente su ausencia; pero su preocupación duraría sólo hasta que encontrara una nueva secretaria. Y podían transcurrir días e incluso semanas antes de que su padre se diera cuenta de que ella había desaparecido. Entonces organizaría un enorme follón, ofrecería recompensas, acusaría a la policía de negligencia, haría despedir los guardias de seguridad..., pero sólo para ocultar el hecho de que realmente no le importaba, en uno u otro sentido, lo que le hubiera ocurrido a ella.

Y ella no pertenecía a nadie más.

—¿Estás...? —Él dudó un instante, luego insistió—. Discúlpame. Tengo la intensa sensación de que no eres feliz. No *pareces* feliz. Y no veo a nadie más aquí. ¿Estás sola? ¿Estás comprometida? —Al menos tuvo la decencia de sonar azarado—. ¿Estás enamorada?

Se sintió tan sorprendida —y él se agitaba de una forma tan intensa— que se echó a reír.

Estaba al borde de las lágrimas; pero reír frente a él era algo mejor que llorar. El hecho de que no estuviera llorando le permitía volverse de sus reflejos y enfrentarse directamente a él.

—Lo siento. —Tuvo alguna dificultad en reprimir su risa—. Supongo que esto no resulta fácil, hallándote en tu posición. Hubieras debido hacer que ataran una cuerda a tu cintura, en vez de que te sujetaran por un pie. De esa forma, al menos podrías ponerte en pie.

—Mi dama —habló de nuevo formalmente el joven, y su voz pareció apoderarse otra vez de ella—, no eres feliz aquí. No eres necesitada. No eres amada. Ven conmigo. —Tendió una mano hacia ella—. Eres una Imagera. Es posible que mi espejo fuera formado para ti de la pura arena de los sueños.

—No soy una Imagera —respondió ella—. No sueño muy a menudo.

Su protesta, sin embargo, fue automática, no urgente. Apenas se escuchaba a sí misma. Puesto que sus sueños eran tan raros, causaban en ella una profunda impresión.

Y en su sueño ella había permanecido pasiva y sin importancia mientras tres jinetes cargaban contra ella para matarla y un hombre al que no conocía arriesgaba su vida para salvarla. Un hombre como Geraden. Todo lo que no le gustaba de ella la empujaba hacia atrás: su irrealidad, su miedo hacia su padre y el castigo, su incapacidad de tener el menor efecto significativo sobre su propia vida. Pero Geraden seguía tendiendo su mano hacia ella.

No podía dejar de darse cuenta de que aquella mano estaba herida por pequeños cortes y magulladuras en varios lugares, y que una de sus uñas estaba desgarrada. Sin embargo, consideró que era una buena mano..., recia y que inspiraba confianza.

Le hizo pensar en cuernos.

Su llamada la empujaba hacia delante.

—Pero —prosiguió, y cada palabra fue una sorpresa para ella, conjurada por una inesperada música surgida del dolor en su corazón—, creo que me gustaría descubrir lo que ha estado ocultándose durante todo este tiempo al otro lado de mis espejos.

En respuesta, el rostro del joven se iluminó como un amanecer.

3

Traslación

—No lo creo —murmuró Geraden para sí mismo—. No lo *creo*. —Luego, un instante más tarde, dijo excitado—: Rápido, antes de que cambies de opinión. Coge mi mano.

Ella tampoco lo creía. ¿Qué estaba haciendo? Pero la excitación de él la hizo sentir deseos de reír de nuevo. Y en su recuerdo los cuernos sonaron claramente, resonando sobre la fría nieve pese a la distancia y las colinas interpuestas..., llamándola.

Rápidamente, a fin de no tener tiempo de cambiar de opinión, avanzó hacia el joven y depositó su mano sobre la de él.

De inmediato se sintió cohibida.

—¿Es eso todo? —preguntó—. ¿No tienes que agitar los brazos o pronunciar unas palabras mágicas o algo así?

La sonrisa de él se hizo más amplia y feliz mientras aferraba su mano.

—Esto es todo. Las invocaciones y los gestos ya han sido hechos. Y la habilidad nace, no se hace. Todo lo que tienes que hacer es avanzar conmigo. —Se equilibró sobre la rodilla de su truncada pierna, apoyó su pie izquierdo tras él—. Y —su expresión se hizo ligeramente más sobria— vigila donde pisas.

Empezó a empujarla hacia atrás, arrastrándola con él.

Mientras lo hacía, su tobillo derecho fue desapareciendo centímetro a centímetro: el plano vertical siguió estacionario, de modo que él deslizó su rodilla hacia atrás y más y más de su pierna desapareció. Parecía estar usando su pie y su pierna para tantear un lugar tras de sí..., un lugar que no existía.

Cuando su pierna derecha estuvo lo suficientemente asegurada atrás, consiguió enderezar su rodilla. Sonrió e hizo un gesto a Terisa con la cabeza, empujándola suavemente hacia él, y consiguió ponerse casi en pie.

—Lo hallarás más fácil —dijo— si cierras los ojos. —Entonces apoyó el peso de su cuerpo sobre la otra pierna.

En aquel momento su rostro se llenó de desánimo cuando perdió el equilibrio y empezó a caer.

Su caída la empujó a ella hacia delante, hacia la pared..., hacia el plano donde primero su pierna y ahora todo su cuerpo parecía estarse desvaneciendo. Instintivamente, intentó soltarse. Pero, aunque agitó los brazos en busca de apoyo, las manos de él la sujetaban fuertemente en un abrazo del que no podía librarse. Intentó gritar, adelantar un brazo para amortiguar el impacto...

Lo último que vio de su apartamento fue el manchado yeso al que había estado pegado su espejo roto. Mientras estaba todavía intentando liberar el grito de pánico atrapado en su garganta, su ansia marginal de aferrarse a la realidad fracasó y se desvaneció de la existencia.

Inmediatamente pasó a una zona de transición donde tiempo y distancia se contradecían. Captó la eternidad en un instante..., o quizá captó un instante que duró una eternidad. Su caída se convirtió en un enorme y prolongado descenso desde las alturas del mundo, pese a que no la arrastró más allá de medio paso hacia delante. Estudió íntimamente la repentina oscuridad, pese al hecho de que fue tan breve que apenas pudo haberla observado.

Y luego, con la misma sensación de instantánea eternidad, de enorme brevedad, vio de nuevo a Geraden: pareció restallar de vuelta a la existencia como si hubiera sido iluminado a la vida por la brusca iluminación naranja de lámparas y antorchas.

Lo reconoció..., e inmediatamente lo olvidó.

Él estaba cayendo aún, con el rostro tenso por la consternación; había calculado mal el paso que había dado hacia atrás. Y su mano aún seguía sujetando la de ella. No podía recobrase. Aunque hubiera podido sujetarse a algún lado, quizá no hubiera tenido la fuerza suficiente para detener su caída hacia las grises losas de piedra.

Así que aterrizó encima de él. Puesto que todavía estaba intentando situar sus brazos entre ella y el impacto, plantó accidentalmente un codo contra el estómago de él cuando ambos golpearon el suelo. La boca del joven se abrió en una boqueada y el aire brotó como un torrente de sus pulmones. Pero su cuerpo la protegió: rebotó sobre él y cayó de nuevo. Como resultado de ello, quedó tendida de espaldas a su lado, con el rostro vuelto hacia el enorme y viejo techo abovedado de piedra.

Por un momento, la distorsión perceptual tuvo el efecto de la ceguera: miró hacia arriba como si no hubiera observado la diferencia entre aquel lugar y su apartamento. Más allá de sus pies, y a dos pasos de distancia de su posición tendida en el suelo, se alzaba un enorme espejo con un marco de madera pulida. El espejo era casi tan alto como ella; estaba teñido de un color que sólo se reflejaba en los bordes de su superficie; en vez de ser completamente plano, tenía una ligera curvatura ondulante. A algún nivel, se dio cuenta de que lo que veía reflejado en el espejo no era el techo encima de ella o la pared detrás de ella. Tampoco era la sala de su apartamento. Sin embargo, en otros sentidos, no era más consciente del espejo de lo que lo era de la piedra sobre la que estaba tendida.

Luego, claramente, oyó a alguien decir:

—¿De dónde la sacaste?

—Eras invisible en el espejo. ¿Cómo lo hiciste?

—¿Adónde fuiste?

Lentamente, en medio de su aturdida sorpresa, se filtró la información de que estaba tendida en el suelo en el centro de un círculo de hombres.

¿Qué?, pensó en silencio, como si su garganta estuviera bloqueada por el asombro. Un círculo de hombres. ¿Dónde?

Debía haber veinte o treinta, todos mirándola desde arriba. A la primera ojeada vio que algunos de ellos eran viejos y otros no: pero todos eran mayores que ella. Llevaban una amplia variedad de capas y mantos y sotanas y justillos..., ropas cálidas para compensar la frialdad del aire. Cada uno de ellos, sin embargo, llevaba una casulla de satén amarillo rodeando su cuello.

Algunos de ellos la miraron con sorpresa y horror. Aquéllos eran también sus sentimientos.

—¡Estúpido! —raspó uno de ellos. Y otro murmuró—: ¡Esto es imposible!

Otros estaban riendo.

Al lado de ella, Geraden boqueaba en busca de aire. Una delicada tonalidad púrpura se extendía de su crispado cuello y subía por las tensas líneas de sus mejillas.

—Bien, Apr —dijo uno de los hombres que reían a través de su regocijo—, éste ha sido otro espléndido desastre. —Era alto, recio pese a su delgadez. Su nariz era demasiado grande; sus mejillas demasiado afiladas, demasiado planas hacia sus orejas; su pelo negro formaba una revuelta masa en la parte de atrás de su cráneo, dejando la parte delantera calva. Pero el humor y la inteligencia en sus pálidos ojos lo hacían sorprendentemente atractivo. Iba envuelto en una capa muy negra, que llevaba con un aire de informalidad. Los extremos de su casulla colgaban como si fuera a retorcerlos en cualquier momento—. Con todo el reino en peligro, te enviamos en busca de un campeón para que nos salve. Pero para ti esto no significa más que otra oportunidad para coquetear un poco.

»Mi dama —prosiguió, dirigiéndose ahora a Terisa—, es posible que hayas encontrado al joven Geraden lo bastante atractivo como para que te traiga hasta aquí. Pero ahora que *estás* aquí, creo que descubrirás que Mordant tiene mejores hombres que ofrecer. —Con un alegre floreo, le hizo una profunda reverencia y extendió una mano para ayudarla a levantarse.

Mordant, hizo eco ella, con la misma torpe e impresionada sorpresa. Lo consiguió. Realmente me trajo a Mordant.

Geraden consiguió inspirar aire más allá del nudo de su estómago.

Instintivamente, Terisa se volvió hacia él. Al mismo tiempo, sin embargo, uno de los hombres que no se habían reído se agachó al lado de Geraden. Aquel hombre tenía el rostro con el color y la textura de una tabla de pino. Sus cejas eran tan densas

y rígidas como helechos, pero no tenía pelo en ninguna otra parte de su cabeza. El volumen de su cuerpo parecía ser casi tan grande como su altura.

—Qué vergüenza, Maestro Eremis —murmuró, mientras colocaba un enorme brazo bajo la cabeza y los hombros de Geraden para sostener al joven mientras luchaba por recuperar el aliento—. Busca alguna otra causa para regocijarte. Lo que ha ocurrido aquí es o un desastre, o un milagro. Ciertamente, no tiene precedentes. Necesita ser tomado en serio.

La sonrisa del Maestro Eremis se extendió hasta medio camino de sus orejas.

—Maestro Barsonage, no tienes sentido del humor. ¿Qué puede hacer ningún hombre o Maestro con las caídas de culo y confusiones del Apr Geraden excepto echarse a reír? —Volvió de nuevo su atención a Terisa. Su ofrecimiento de ayuda seguía firme—. ¿Mi dama?

—No podemos echarnos a llorar, Maestro Eremis —respondió una voz gutural desde el círculo—. Tú mismo has admitido que estamos condenados si no hallamos el campeón que nos ha sido augurado. No me preocupan el Rey Joyse y su insignificante reino —ante aquello, el hombre grueso que sostenía a Geraden emitió un sonido silbante por entre sus dientes—, y no me importa que se sepa. Dejemos que se sumerja en la senilidad, y dejemos que Alend y Cadwal se destrocen entre sí por el derecho a reemplazarlo. Pero *nosotros*, la Cofradía de Imageros, no tenemos otra esperanza. Este malogrado Apr simplemente nos ha fallado.

Terisa deseaba volverse para ver quién había hablado. Pero fue retenida por la sonrisa y los ojos y la mano tendida del Maestro Eremis. Estaba mirándola a ella, *a ella*, como si fuera real..., como si estuviera realmente presente en aquella alta estancia de piedra, donde el aire tenía un aroma a invierno y la luz procedía de lámparas de aceite y unas cuantas antorchas; imposiblemente presente allá cuando no tenía ningún derecho físico a estar en ningún lugar en absoluto excepto de vuelta a su apartamento, contemplándose a sí misma sola ante los espejos.

El magnetismo de aquella mirada la embrujaba. No podía rechazarlo; le proporcionaba la existencia tangible de la que siempre había dudado. Le devolvió la mirada, con sorpresa y maravilla, y dejó que cogiera su mano y la ayudara fácilmente a ponerse en pie.

—Estáis equivocados —tosió Geraden. Su color estaba mejorando. Intentó sentarse con la ayuda del Maestro Barsonage—. Todos vosotros. Ella es la correcta.

La reacción fue intensa e inmediata: la mayoría empezaron a hablar a la vez.

—¿Qué? ¿Una mujer? Imposible.

—¿Estás ciego? Mírala. Ni siquiera está *armada*.

—Éste no es el campeón que fuiste enviado a buscar. ¿Crees que somos tan

estúpidos como tú?

—¡Pero esto lo demuestra! Pensad en las implicaciones. El Rey Joyse y el Adepto Havelock tienen razón. Ellos *están* vivos.

—Dejad tranquilo al muchacho. Estoy seguro de que esto no fue más que otro accidente.

La voz gutural añadió:

—Qué tontería. No seamos irresponsables. Has arruinado nuestra confianza. No intentes ocultar tu fracaso fingiendo un éxito. —Terisa vio ahora al que hablaba: era un hombre corpulento de gibosos hombros, manos que parecían lo bastante fuertes como para partir piedras, una barba blanca salpicada de negro, y un carnoso ceño permanentemente fruncido en su rostro. Dirigiéndose a los demás Maestros, concluyó —: Argumenté y argumenté que no hubiéramos debido confiar nuestras esperanzas en este desventurado cachorro, pero las votaciones estuvieron en contra mía. Éste — señaló con un dedo tan grueso como el mango de un martillo a Terisa— es el resultado.

El Maestro Eremis se echó a reír de nuevo e hizo un gesto apaciguador. Pero, antes de que pudiera contestar, Geraden protestó:

—No, Maestro Gilbur. —Tosió, se soltó de las manos del Maestro Barsonage y se puso en pie—. Esta vez no es culpa mía. Piensa en ello...

Desgraciadamente, el intento de ponerse en pie, hablar y toser al mismo tiempo confundió su equilibrio. Tropezó con uno de sus propios pies y cayó de lado, golpeando fuertemente a dos Imageros. Apenas consiguieron sujetarle. Varios hombres rieron a carcajadas; esta vez Terisa pudo captar lo acerbo de sus risas. Le habían visto hacer cosas así antes.

Cuando consiguió recuperar el equilibrio, su rostro estaba enrojecido y sus ojos ardían con el embarazo.

—Apr Geraden —dijo amablemente el Maestro Eremis—, las cosas no te han sido fáciles esta vez. Pero lo que está hecho está hecho..., y no estamos más cerca del campeón que necesitamos de lo que estábamos cuando empezaste. Quizá sería juicioso que no irritaras más a la Cofradía argumentando contra lo obvio.

Hoscamente, Geraden se arregló la chaquetilla.

—Lo que es obvio —empezó lúgubrementemente— es que no me he equivocado de la forma en que vosotros creéis. No habéis tomado en consideración...

—Muchacho —gruñó el Maestro Barsonage a sus espaldas—, vigila tu tono. Todos somos Maestros aquí. No se nos exige que oigamos las insolencias de un Apr.

Inmediatamente, el pesar se sobrepuso a la furia y al azaramiento en el rostro de

Geraden.

—Lo siento. No pretendía... —Lanzó una mirada miserable y contrita a Barsonage—. Pero esto es tan *importante*.

—Somos conscientes de lo que es importante —raspó el hombre corpulento, el Maestro Gilbur—. Concédenos este mínimo de inteligencia. Seremos capaces de razonar el resto por nosotros mismos.

Terisa estaba sólo marginalmente atenta a lo que se estaba diciendo. Tan pronto como Eremis dejó de mirarla *a ella*, se vio casi abrumada por una sensación de irrealidad. Nada de aquello era posible. ¿Dónde estaba realmente? ¿Era esto lo que ocurría cuando su tendencia a desvanecerse era empujada hasta sus últimas consecuencias? Se concentró deliberadamente en lo que podía ver, intentando convencerse a sí misma de su entorno.

Estaba de espaldas al espejo en un estrado de piedra: instintivamente, tuvo la sensación de que era un espejo al que no deseaba mirar. El Maestro Eremis se había situado en una actitud casi de propietario a su lado; el resto de los Imageros estaban reunidos en torno a Geraden, Barsonage y Gilbur. Y todos estaban cerca del abierto centro —ocupado por el propio estrado— de una amplia estancia redonda con suelo de losas de piedra. Las paredes y el techo eran de áspero granito gris. Varias enormes antorchas ardían en encajes tallados en las distantes paredes; pero la mayor parte de la luz procedía de lámparas de aceite que colgaban de las cuatro gruesas columnas que sostenían las altas bóvedas del techo. Dentro de la zona marcada por las columnas, el centro de la cámara estaba rodeado por una barandilla de madera tallada con bancos como asientos de coro mirando hacia dentro. Los bancos podían albergar unas cuarenta o cincuenta personas.

Éste, supuso, era el salón oficial de reuniones de la Cofradía de Imageros. Aquello parecía razonable..., lo cual era bueno. Si era razonable, también podía ser real.

Le hubiera gustado apartarse del grupo de hombres, efectuar una ligera exploración por sí misma. Pero parte de ella había oído lo que los Maestros estaban diciendo. Había oído la súplica en la voz de Geraden, el peso del sarcasmo con el que el Maestro Gilbur había respondido. Y pensar que conocía a Geraden desde hacía sólo..., ¿cuánto?, veinte minutos como máximo..., y sin embargo sentía lealtad hacia él. Había hablado con ella y la había escuchado y le había sonreído como si realmente existiera. Sus ojos se cruzaron con la enrojecida, contrita y urgente súplica de los de él, y dijo a los Maestros:

—Creo que deberíais darle una oportunidad. Tiene que haber alguna razón por la que yo acepté venir con él.

Inmediatamente se encogió en sí misma y deseó disculparse ante Geraden, porque

el Maestro Eremis dejó escapar una sonora carcajada.

—Tiene que haberla realmente, mi dama —rió—. Fue un error hablar de coqueteo, porque seguramente esto no forma parte de su atractivo como Apr. Tiene muchas virtudes, pero la *gracia* y el espíritu no se hallan entre ellas. Puesto que no tenemos ninguna razón para creer que fuiste traída hasta aquí por la fuerza, tiene que existir evidentemente alguna razón por la que estés con él. —Varios de los Imageros rieron quedamente ante el sarcasmo de Eremis; pero Geraden no pudo hacer nada excepto bajar la cabeza para ocultar su miseria—. Bien, habla, Geraden —prosiguió el Maestro Eremis—. ¿Qué es lo que crees que no hemos tomado en consideración?

Por un momento Terisa tuvo la impresión de que Geraden iba a negarse a responder. Había observado a su padre azarar profundamente a su madre en multitud de ocasiones, y la única salida que había hallado ella a su resentimiento había sido negarse a hablar. Pero Geraden echó a un lado cualquier humillación que pudiera sentir. La excitación brotó en su mirada, y dio un paso adelante casi como si fuera un salto.

—Maestro Eremis —volvió la cabeza—, Maestro Gilbur —miró de nuevo a Eremis, Terisa y el espejo—, sabéis que sólo soy un Apr, y os reís porque cometo un montón de errores. Pero no habéis pensado en lo que ella *significa*. —Hizo un gesto con la mano abierta hacia Terisa—. ¿Por qué está aquí? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

»Maestro Gilbur, tú me enseñaste cómo moldear ese espejo. Es exactamente como el que tú hiciste. Sabes que son exactamente iguales porque lo que tú ves en este espejo es lo mismo que muestra el tuyo. Son idénticos.

»Maestro Eremis, ¿has oído hablar de un espejo que pueda trasladar cosas que no muestra?

Su pregunta tomó por sorpresa a varios de los Maestros. Gilbur frunció el ceño como quien cierra un puño; la boca de Eremis se curvó pensativamente; Barsonage alzó las cejas hasta tan arriba que parecieron dirigirse hacia atrás en su cráneo. Un hombre bajito con rostro de conejo asintió vigorosamente.

Ahora Geraden estaba hablando a todos los Imageros a la vez.

—Los más grandes Maestros que conocemos nunca han sido capaces de fabricar espejos que muestren una cosa y trasladen otra. Ni el Adepto Havelock, en sus mejores tiempos, lo consiguió. Ni siquiera las historias acerca del archi-Imagero Vagel mencionan un poder tan fuerte como ése.

»Pensad en ello, Maestros. O bien hemos tropezado por accidente con el mayor logro en la historia de la Imagería. O soy el más grande Maestro desde que fue modelado el primer espejo. —Se interrumpió bruscamente y clavó directamente la mirada en Eremis.

—¿O qué, Apr? —gruñó el Maestro Gilbur—. Seguro que no esperas que engullamos ninguna de estas dos alternativas.

—O —dijo lentamente Geraden, mirando aún fijamente a los ojos de Eremis— ha intervenido otro poder. Quizá fuera el mismo poder que modeló el augurio. Me llevó a un lugar que yo no hubiera podido alcanzar con ese espejo. Un lugar donde poder encontrar el campeón que pretendía el augurio en vez del elegido por vosotros.

Casi susurraba, y sus ojos castaños brillaban intensamente.

—Ella es la que hubiera debido ser enviado a buscar. Ella es la que puede salvarnos.

Por un instante, toda la Cofradía miró en silencio a Geraden y su afirmación. Luego, el Maestro conejil anunció con una voz fina y aguda:

—Yo también lo dije. Lo dije desde un principio. Esto lo demuestra. Son reales.

—Oh, vaya —gruñó Gilbur secamente—. El Apr habla ingeniosamente, pero desafía la razón. ¿*Ella* nuestro salvador augurado? ¿*Ella* el poder para rescatarnos de que la Imagería se vuelva loca? Miradla, Maestros. ¿Cuáles son sus poderes? ¿Cómo luchará en nuestra defensa? ¿En qué forma es superior al campeón que hemos escogido?

Mientras hablaba, apuntó un grueso dedo índice hacia el cristal detrás de Terisa.

Varios de los hombres desviaron su atención hacia allá. Incluso el Maestro Eremis se volvió y lanzó una mirada al espejo.

Involuntariamente, Terisa obedeció también a la señal de Gilbur.

Su primera impresión se vio confirmada: el espejo no reflejaba nada que ella pudiera ver allí..., o que hubiera visto nunca.

El teñido y débilmente ondulado cristal mostraba una escena lo suficientemente distante como para ser muy grande, pero no lo bastante distante como para debilitar sus figuras primarias. En un plano medio de un paisaje árido y extraño, iluminado por el resplandor escarlata de un viejo y rojo sol, se alzaba una forma metálica que su mente etiquetó inmediatamente como «astronave». Formando un perímetro defensivo en torno a la nave había un cierto número de figuras humanoides, también metálicas: transcurrió un momento antes de que se diera cuenta de que eran realmente hombres, hombres enfundados en una especie de armaduras. Estaban siendo atacados; pero los rayos destructivos que mordían trozos enteros del paisaje sólo se reflejaban en los cascos y los petos de los defensores. No podía ver el efecto del fuego que devolvían, pero debía ser adecuado: no estaban siendo empujados de vuelta hacia su nave.

La figura central de la escena, sin embargo, no era la nave o cualquiera de los luchadores. Más bien era otro individuo revestido de metal que agitaba ocasionalmente las manos o desviaba su atención como si estuviera dirigiendo la

batalla. Iba pesadamente armado: extrañas armas colgaban de sus caderas, y sujeto a su espalda había un rifle del tamaño de un pequeño cañón. Pero, más que su armamento, era su pose lo que transmitía una abrumadora sensación de poder a través del cristal. Permanecía de pie en aquel terreno alienígena como si estuviera dispuesto a diezmar poblaciones enteras a fin de poder reclamarlo.

Terisa comprendió de inmediato que se trataba del campeón, el ser fuerte y violento que Geraden había sido enviado a buscar.

¿Qué tipo de ayuda necesitaba Mordant? El peligro, ¿era *tan* grande? ¿Y Geraden deseaba que aquellos hombres la tomaran *a ella* en serio como respuesta a sus problemas, un salvador augurado? De pronto se dio cuenta de que el Maestro Gilbur tenía razón. Si Geraden la consideraba a ella como una respuesta cuerda a un problema de aquella magnitud, estaba loco.

¿Qué tipo de locura la había poseído también a ella para sujetar su mano? Hubiera debido ir al teléfono, llamar a seguridad, y aceptar las consecuencias. La tensión de tener que enfrentarse a su padre hubiera sido preferible a la imposibilidad del lugar donde estaba ahora.

Aquello la afectó como un vahído. ¿Qué estaba *haciendo* ella allí? Se volvió del espejo en un movimiento brusco y pareció perder el equilibrio. Entonces se dio cuenta de que estaba mirando fijamente al rostro del Maestro Eremis como si le estuviera suplicando ayuda. Aunque no le conocía en absoluto, captaba su inteligencia, su fuerza, su efectividad. Su humor estaba edificado sobre la confianza, y prometía resultados incluso cuando estaba bromeando.

Por un momento sus ojos captaron su súplica, y las comisuras de sus ojos se fruncieron como si fuera a echarse a reír de nuevo. Pero no lo hizo. En vez de ello, dejó que un benévolo fruncimiento de ceño arrugara su alta frente.

—Maestros —dijo en tono meditativo—, ésta es una sutil cuestión. No debemos desecharla a la ligera. El Apr Geraden ha destacado un punto que merece ser tomado en consideración.

Por encima del gruñido de exasperación del Maestro Gilbur, Eremis prosiguió:

—Que su gusto por los campeones es sospechoso os lo garantizo. Pero hay una simple verdad en sus palabras. O bien ha tropezado por casualidad con un milagro. O se ha hecho secretamente más grande que todos nosotros. —El Maestro Eremis echó a un lado las protestas de la Cofradía con un delicado agitar de sus dedos—. O está actuando aquí un poder que no comprendemos..., y que debemos tener en cuenta.

»Propongo —continuó rápidamente— que aplacemos esta reunión por el momento. Necesitamos tiempo para pensar. La necesidad de Mordant es urgente, pero no requiere un estúpido apresuramiento. ¿Qué decís? Quizá mañana

comprendamos mejor las cosas.

»¿Maestro Barsonage?

Terisa se sintió vagamente sorprendida al oírle sugerir antes que anunciar un aplazamiento: había supuesto automáticamente que él era el líder de la Cofradía. Pero ese papel parecía pertenecer al grueso y calvo hombre con las cejas como matorrales y la piel amarilla como la madera de pino. Cuando Eremis se dirigió a él, miró a los Maestros a su alrededor por un momento, buscando el consenso. Después de que la mayor parte de ellos hubieran indicado su asentimiento, dijo:

—Es evidentemente una buena idea. Dudo que ganemos mucho averiguando si el Apr Geraden ha sido víctima de un accidente, del genio o de una intervención. Pero debemos determinar qué hacer al respecto. Aquéllos de nosotros que estamos ya cansados de argumentaciones necesitamos descansar un poco antes de enfrentarnos a ese debate.

»Nos reuniremos de nuevo mañana —concluyó bruscamente.

El Maestro Eremis sonrió su aprobación.

—Muy bien. —Entonces se volvió hacia Terisa y extendió la mano—. Mi dama, ¿quieres acompañarme? Alguien debe ofrecerte la hospitalidad de Orison. Veré que seas honorablemente alojada, como corresponde a una mujer de tu obvia importancia. —Dio a la palabra *importancia* un ligero énfasis burlón, dirigido a ella o a Geraden—. Y hay muchas cosas de las que desearía hablar contigo.

La miraba de nuevo fijamente, y ella dudó de que hubiera podido rechazar su oferta aunque hubiera querido: su firme atención era seductora e imperiosa. Parecía secar su garganta y hacer vacilar sus rodillas. Involuntariamente, reaccionó ante él como si fuera el primer hombre que jamás la hubiera mirado de aquella manera. Por todo lo que sabía, *era* el primero.

Pero cuando alzó su mano para aceptar la de Eremis, Geraden dijo bruscamente:

—Mi dama, prefiero que me acompañes. —Su actitud se había vuelto formal.

De inmediato, un absoluto silencio cayó sobre los Maestros; miraron a Geraden como si acabara de insultar a Eremis. El enrojecimiento de la piel de Geraden traicionó que de pronto acababa de darse cuenta de su audacia. Sin embargo, los músculos de su mandíbula se encajaron tercamente, y sus ojos no cedieron.

El Maestro Eremis alzó una ceja; Terisa notó que su concentración se desviaba de ella a Geraden. Pero, tras un breve parpadeo, su mirada volvió a ella.

—Ven —dijo con un tono insinuante... e imperioso—. El Apr ha representado su papel en este asunto, pero ahora debe dejar las cosas en manos de los de mayor rango, habilidad y experiencia. De todos modos, creo que no tendrás queja de mi compañía, mi dama.

Ella casi le siguió. Deseaba hacerlo, o creía que lo deseaba, o quizá no tenía la menor idea de lo que deseaba, pero, si iba con él, tal vez él fuera capaz de responder por ella a aquella pregunta.

El Apr no estaba preparado, sin embargo, para dejarla marchar.

—Mi dama —dijo, con la voz tensa por la ansiedad y la determinación—. El Maestro Eremis cree que no existes.

Su afirmación cayó en medio del silencio como un desafío personal, como si estuviera retando al Maestro a luchar.

Y un pequeño hormigueo de pánico acarició el corazón de Terisa.

La irritación reemplazó al humor en el rostro de Eremis. Apartó la vista de ella, con el ceño fruncido; su alto cuerpo pareció prepararse para una dura respuesta. Pero un instante después retrocedió un paso, recuperado su autocontrol.

—Esto no es exactamente cierto, mi dama —dijo fríamente, sin mirarla—. Creo que no existías hasta que fuiste trasladada por el espejo.

—Y en consecuencia —terminó Geraden—, cree que eres un objeto, mi dama, un artefacto de la Imagería..., una cosa que puede utilizarse, no una mujer que debe ser respetada.

Aquello fue demasiado para el Maestro Eremis.

—¡Uf! —escupió—. No discutiré el significado de la Imagería con un cachorro demasiado desventurado como para ganarse una casulla y demasiado necio como para respetar a sus mejores. —Despidió a Terisa—. Ve con él. Me proporcionará algo de distracción, si tú no lo haces.

Se dio la vuelta y echó a andar por entre el grupo de Maestros. Un momento más tarde desapareció tras una de las columnas, y Terisa oyó el sonido de una pesada puerta de madera al cerrarse.

Geraden no la miró. Su rostro estaba fijo en las piedras del suelo. Su rostro estaba tan encendido por el azaramiento que su frente estaba llena de gotas de sudor.

El viejo senil

—Arrogancia —murmuró uno de los Imageros. Otro sonrió su deleite ante la frustración de Eremis. Pero la mayor parte de la Cofradía sentía de otro modo. El Maestro Gilbur se encogió enérgicamente de hombros. El hombre con rostro de conejo frunció la nariz.

Todos miraban a Geraden.

Temblando interiormente, Terisa lo estudió también. En voz baja, con vacilación, preguntó:

—¿Qué has querido decir con que él cree que no existo? ¿O que no existía hasta que fui trasladada por el espejo? —Aquella idea le había golpeado de una forma demasiado dura, demasiado profunda. ¿Era tan evidente la incertidumbre de su existencia que incluso unos desconocidos podían apreciarla?—. Eso no tiene ningún sentido. Nada de esto tiene ningún sentido. Ni siquiera sabéis quién soy.

Inmediatamente, Geraden empezó a disculparse:

—Lo siento, mi dama. Sigo tratándote mal, cuando eso es la última cosa que deseo. —Su mirada se cruzó con la suya con una expresión de valiente desánimo..., infeliz por su terca habilidad de hacer o decir siempre las cosas equivocadas, pero decidido a enfrentarse a las consecuencias—. Hubiera debido dejarte marchar con el Maestro Eremis. No sé lo que me ocurrió.

Antes de que ella pudiera protestar que no era aquello lo que había querido decir, el Maestro Barsonage intervino:

—Apr Geraden —dijo—, tenemos poca paciencia hacia tu contrición en estos momentos.

—Lo siento —dijo de nuevo Geraden, reflexivamente.

—Es una historia que hemos oído ya muchas veces —siguió el Maestro con un tono como una barra de plomo—. Evítanosla, pues, y en vez de ello escúchame. No te ordenaré que no le hables al Rey de esto, puesto que sé que no me obedecerás. Pero te diré una cosa. Ella está aquí gracias a tu intervención. Es tu responsabilidad. Ofrécele la cortesía de la hospitalidad de Orison al tiempo que el respeto de la Cofradía. Es un misterio para nosotros, y debe ser bien tratada.

»Pero —apoyó una firme mano sobre el hombro de Geraden— no respondas a sus preguntas, Apr.

Los ojos de Geraden se abrieron mucho ante aquello. Ignorando a Terisa, Barsonage tensó la presa de su mano y su tono.

—Como el misterio que es para nosotros, constituye un peligro. No traiciones a Mordant o la Cofradía hasta que estemos seguros de ella.

La mirada de Geraden se apartó de la del Maestro. Estudió las piedras bajo los pies de Terisa y no dijo nada.

Muy suavemente, el grueso hombre insistió:

—¿Me comprendes, Apr? Soy el mediador de la Cofradía. Si te digo que te vayas, jamás volverás a ser considerado para la casulla de Maestro.

Ninguno de los demás Imageros dijo nada. Algunos de ellos parecían irritados; algunos parecían estar conteniendo el aliento. El aire en la habitación era aún demasiado frío como para que uno se sintiera cómodo en él.

El hombro de Geraden se retorció bajo la mano del mediador; luego se irguió contra la presión.

—Te comprendo, Maestro Barsonage. —Sonaba muy lejano y solitario—. La dama es mi responsabilidad.

—En todos sentidos.

—En todos sentidos.

Lentamente, el Maestro Barsonage soltó su mano.

—Admirable —murmuró—. El buen sentido vuelve a ti.

—¡Ja! —bufó el Maestro Gilbur—. Admirable, realmente. —Miraba sombrío a Geraden—. Si crees que va a mantener su palabra, Barsonage, es que te has vuelto senil.

Ante aquello, el Maestro Barsonage apoyó las manos en sus costados como duelas de barril.

—Déjame prevenirte en contra de tales afirmaciones, Maestro Gilbur. Se confía poco en nosotros..., y menos aún cuando hablas con tal desprecio. El Apr Geraden procede del honesto y honorable linaje de los Domne. Los hijos de los Domne han sido siempre de confianza.

Entonces, bruscamente, se apartó de Geraden y Terisa.

—Estas reuniones consumen demasiado tiempo —dijo con voz amistosa, a nadie en particular—. Vuelvo a retrasarme para mi comida del mediodía. —Dio una palmada a su estómago y preguntó—: Maestros, ¿os unís a mí?

Varios de los Imageros asintieron; Gilbur y otros declinaron con varios grados de cortesía. La Cofradía empezó a disgregarse a medida que los Maestros abandonaban el centro de la estancia y se dirigían hacia las puertas más allá de las columnas. Tras unas cuantas miradas por encima del hombro y uno o dos comentarios murmurados, dejaron a Terisa y Geraden solos.

Éste seguía contemplando las piedras bajo los pies de ella, como si se sintiera avergonzado.

Ella le miró parpadeante, sintiéndose vagamente estúpida. ¿Nadie iba a responder ninguna de sus preguntas? ¿Nadie iba a decirle por qué el Maestro Eremis creía que ella no existía? Seguro que tenía derecho a protestar.

Cuando era pequeña, sin embargo, había cometido ocasionalmente el error de protestar, de intentar mantener sus posiciones. *¡No es justo que tenga que irme siempre a la cama, nunca me queréis a vuestro alrededor!* Las reacciones que había recibido le habían enseñado a muy temprana edad la estupidez de lo que estaba haciendo. Sus padres habían deseado que se grabara lo menos posible en sus conciencias. Su padre, en particular, se había mostrado muy pocas veces gentil cuando ella había intentado que reparara en su existencia. Siguiendo su ejemplo, muchos de los sirvientes la habían tratado con una desnuda tolerancia. Y las numerosas escuelas privadas a las que había sido enviada tenían instrucciones específicas en lo que a ella se refería. Una niña pasiva era simplemente olvidada; una asertiva era siempre castigada. Y era el castigo lo que la había convencido de que tal vez no fuera real. A lo largo de los años, había aprendido a dejar translucir cada vez menos de sus emociones que conducían a exigencias y rechazo.

Así que, en vez de dedicarse a protestar de alguna forma, hizo lo siguiente que consideró mejor: observó el enrojecimiento de la vergüenza de Geraden y no dijo nada.

Cuando él alzó finalmente la cabeza, su aspecto era miserable.

—Lo siento, mi dama. Esto no es lo que creía que iba a ocurrir, en absoluto. Sabía que tendrían que ser convencidos..., en especial el Maestro Gilbur. Pero no pensé que ellos... —Hizo una mueca—. No es justo arrastrarte hasta esto y luego negarnos a responder a tus preguntas. Simplemente, no es justo. Y es de nuevo culpa *mía*, por supuesto.

Para conseguir que siguiera hablando, Terisa preguntó:

—¿Cómo es culpa tuya?

—No les hablé de tus espejos —murmuró él hoscamente. No parecía servir de nada recordarle que ella no podía comprender lo que él quería decir con aquello, así que preguntó:

—¿Por qué no lo hiciste? Él se encogió de hombros.

—Quería hacerlo. Pero, en el último segundo, tuve una intensa sensación... —Su voz murió, luego volvió a brotar, más fuerte—: Simplemente no confío en el Maestro Eremis. Ni en el Maestro Gilbur tampoco. No quiero decirles nada.

Terisa lo estudió por unos instantes.

—Pero sigues sin estar dispuesto a responder a mis preguntas. —Gracias a sus años de entrenamiento, su tono casi no traicionó nada de su amargura.

—No —respondió él, con una mueca—. No puedo. Ya le oíste. Creo que está equivocado, pero eso no significa ninguna diferencia. Puede echarme de aquí. He estado intentando ser un Maestro desde que tenía quince años. No puedo abandonar ahora. Lo siento —dijo de nuevo.

Con los ojos brillantes, pero incapaz de cruzar su mirada con la de ella, se detuvo. Su expresión afligida le hacía parecer más joven de lo que era..., de hecho, más joven incluso que ella misma. Inesperadamente, se dio cuenta de que no se sentía furiosa contra él, ni siquiera allá en los lugares secretos de su corazón donde mantenía ocultas sus emociones peligrosas. Parecía estar tan preocupado por ella como por él mismo. Aquél era un grado de consideración al que no estaba acostumbrada.

Como respuesta, se sorprendió a sí misma preguntando:

—¿Crees que existo?

Él la miró bruscamente, con el brillo de sus ojos desaparecido de pronto.

—Bueno, por supuesto. ¿No es evidente? De hecho, eres la prueba de lo que el Rey Joyse y el Adepto Havelock han estado diciendo todo el tiempo. Los Maestros como Eremis y Gilbur creen que los espejos crean lo que vemos en ellos. Esas cosas sólo existen cuando son trasladadas fuera del cristal. Pero eso nunca tuvo sentido para mí. Y ahora suena como una tontería..., ahora que he entrado por mí mismo en un espejo y te he encontrado a ti. —La excitación mejoró considerablemente su apariencia—. Fue una auténtica impresión, cuando crucé el cristal esperando hallar al campeón, y en su lugar te encontré a ti..., pero me convenció de que eres real. Todo en los espejos es real.

Entonces se controló; la excitación desapareció de su rostro. Se mostró distante y cauteloso, avergonzado de nuevo.

—Pero no se supone que deba responder a tus preguntas.

Terisa casi se echó a reír. Surgido de la nada, él la hacía sentirse real..., más de lo que se había sentido desde hacía mucho tiempo. Ya la había convencido de que, si conseguía que siguiera hablando, no sería capaz de rechazarla. La tomaba demasiado en serio como para rechazarla.

—Apr Geraden —dijo—, si soy real, tengo que ser importante. Aunque sea un accidente, tengo que ser importante. ¿No crees que puede ser una buena idea preguntarme quién soy?

El joven abrió mucho los ojos: la miró fijamente, boquiabierto. Al parecer, se había visto tan involucrado en su traslación y su discusión con los Imageros que había olvidado la simple cortesía de preguntarle su nombre. Darse cuenta de aquello

le hizo temblar al borde de más contrición y miseria; más disculpas.

Pero, un instante más tarde, captó el espíritu de su pregunta. Su rostro se escindió en una sonrisa; se echó a reír.

—Oh, un buen tanto para ti, Geraden —dijo, sacudiendo la cabeza en divertido horror—. Realmente estás haciendo bien las cosas hoy. —Luego retrocedió un paso, adoptó una pose de fingida dignidad e hizo una extravagante reverencia. El esfuerzo le hizo perder el equilibrio; estuvo a punto de caer—. Mi dama —entonó—, me postro humildemente ante ti. ¿Te dignarás ofrecerme el sublime honor de tu nombre y condición?

—No seas tonto —respondió ella, intentando ocultar su regocijo—. No tengo ninguna «condición». Me llamo Terisa Morgan.

—Mi dama Terisa de Morgan —prosiguió él sentenciosamente—, eres demasiado amable. Soy tu más indigno servidor. Pero, si quieres acompañarme, será una gran alegría para mí presentarte a Joyse, el fundador de la Cofradía, señor de los Dominios y Rey de Mordant.

Luego cambió a su actitud normal.

—Creo que será una buena idea que te lo presente de inmediato. Necesita saber de ti, no importa lo que digan algunos de los Maestros. Comprenderá lo importante que eres. Y puede que esté dispuesto a decirte lo que está ocurriendo aquí.

Cuando dijo esto, la actitud de ella se agrió. La referencia a «lo importante» que era colocó en su sitio su sentido de la realidad de la situación. De una u otra forma, ella era un error: era la persona equivocada. En consecuencia, sintió una repentina e irracional reluctancia a enfrentarse al Rey Joyse. Podía echarse a reír como su padre ante la idea de que ella era importante.

—Geraden —preguntó, incierta—, ¿hay realmente alguna razón para todo esto? No estaréis haciendo algún experimento conmigo, ¿verdad? Practicando vuestras traslaciones.

De alguna forma, él miró directamente a su rostro y comprendió lo que ella sentía. Su expresión se hizo de inmediato más sobria; la simpatía ablandó sus ojos.

—Mi dama, te juro por mi corazón que la necesidad es urgente. El Rey Joyse cortaría la cabeza a cualquier Imagero que hiciera de una forma frívola lo que hemos hecho contigo..., aunque hay algunos —hizo una momentánea disgresión— que tal vez lo intentarían, si no fueran refrenados por la Cofradía.

»Además —continuó—, te juro que si tu traslación es un accidente, un error de algún tipo..., haré todo lo posible por devolverte a tu propio mundo.

»Y una cosa más, mi dama. —Su tono y su mirada se hicieron más agudos—. Hallaré una forma de devolverte a tu mundo de todos modos, si el Rey Joyse o el

Maestro Barsonage o *alguien* no decide empezar pronto a tratarte un poco mejor.

Terisa miró fijamente a sus ojos y descubrió que le creía, pese a ella misma. La idea en sí era secretamente asombrosa..., que cualquier hombre, por propenso que fuera a los accidentes, la mirara y le hiciera seriamente promesas. Para disimular su asombro se apartó ligeramente de él. Luego, con un tono tan distante como pudo, dijo:

—Será mejor que me llames Terisa. No soy la «dama» de nadie. No quiero que el Rey adquiera falsas ideas. Sintió más que vio la aprobación del joven.

—Gracias —dijo él—. Creo que haces lo correcto. Tengo una buena impresión al respecto. —Apoyó tentativamente una mano sobre su brazo—. ¿Vamos?

Su atención estaba centrada en ella, como si deseara hacerle más promesas. Como respuesta, ella le ofreció la educada y no comprometedor sonrisa que había perfeccionado cuando era una quinceañera..., y gruñó para sí misma porque su respuesta a él era tan vacía como la de él a ella. Pero siguió sonriendo de aquella forma mientras asentía con la cabeza.

Él hizo un gesto más allá de las columnas.

—Por aquí, entonces.

Ella se sintió agradecida de que él soltara su brazo mientras la conducía hacia una puerta.

La puerta era una pesada construcción de madera con gruesos cerrojos y pasadores: parecía como si su intención fuera originalmente retener a la gente fuera de aquella sala..., o retenerla dentro. Dentro, decidió cuando Geraden abrió la puerta, que giró hacia fuera. Pero los cerrojos estaban dispuestos de tal modo que sólo podían ser accionados desde dentro.

Mientras el joven la conducía fuera de la sala, tropezaron con dos guardias en el corredor.

Ambos hombres eran anchos, toscos y mal afeitados veteranos, con la apariencia del duro servicio sobre sus espaldas. Llevaban cotas de malla y polainas sobre sus ropas de cuero, y cascos de acero apretadamente encajados sobre sus cabezas. Los dos llevaban largas espadas al cinto y sujetaban una pica en su mano derecha. Uno de ellos estaba marcado por una antigua cicatriz que corría desde su cuero cabelludo y bajaba por su frente, entre sus ojos, y por un lado de su nariz hasta casi su boca. El otro había perdido varios dientes.

El que le faltaban los dientes miró a Terisa de una forma nada tranquilizadora; pero el otro se dirigió a Geraden con tono familiar, preguntándole si quedaban algunos Maestros en la sala.

Cuando Geraden agitó negativamente la cabeza, el guardia relajó algo su postura.

—Entonces estamos fuera de servicio por un tiempo. Escucha, Geraden. Argus y yo tenemos un barrilito de cerveza aguardándonos. ¿Qué te parece? ¿No queréis tú y... —lanzó una sugerente mirada de reojo a Terisa— tu compañera uniros a nosotros para un trago?

—Creo, Ribuld —dijo Geraden con buen humor— que tú y Argus olvidasteis cómo se piensa el día que decidisteis ser soldados. Para tu información, mi «compañera» es dama Terisa de Morgan, y no tiene la menor intención de malgastar su tiempo bebiendo cerveza con gente como vosotros. En estos precisos momentos el Rey está aguardando para conocerla.

—Demasiado buena para nosotros, ¿eh? —murmuró Argus. Pero Ribuld le lanzó un fuerte codazo a las costillas; dio un paso atrás, con una expresión apoplética en su rostro.

Sonriendo, Geraden condujo a Terisa pasillo abajo.

—No dejes que te preocupen —dijo en voz baja el joven mientras seguían caminando—. Tienen muy mal aspecto, pero son buenos hombres. Se entrenaron con mi hermano Artagel. Voy a intentar que los asignen a tu vigilancia.

—¿Para qué necesito guardias?

—Porque... —empezó a decir él. Esta vez, sin embargo, se dio cuenta inmediatamente de lo que estaba haciendo—. Por la misma razón que no se supone que deba responder a tus preguntas. Mordant tiene demasiados enemigos. La Cofradía tiene demasiados enemigos. Y el Rey Joyse... —Se detuvo de nuevo, con una expresión de inconsciente dolor en su rostro—. Estés aquí por accidente o no, ya tienes enemigos. Puesto que soy responsable de ti, deseo asegurarme de que dispongas de guardias..., guardias que te tomen en serio. Ribuld y Argus harán eso por mí porque soy el hermano de Artagel.

Al cabo de un momento murmuró:

—El Maestro Barsonage cometió un gran error diciéndome que no respondiera a tus preguntas.

Siguió caminando en silencio junto a ella por el corredor.

El corredor era de los mismos bloques grises de granito que formaban las paredes y el techo de la sala de la Cofradía; y daba varios giros, cruzaba varias puertas, una escalera, hasta desembocar finalmente en una sala cuadrada lo suficientemente amplia como para ser un salón de baile.

Aquel lugar tenía un suelo liso, con las piedras cuidadosamente encajadas, de modo que no había huecos entre ellas; balcones alrededor de las paredes, donde los músicos podían sentarse para tocar, o desde donde los grandes señores y damas podían observar el baile; varias enormes chimeneas para proporcionar calor. En cada

esquina, unas amplias escalinatas se curvaban graciosamente hacia arriba hasta perderse de vista. Pero el lugar estaba muerto. Flotaba en él una atmósfera de desuso, incluso de abandono; la gente y los músicos, la excitación y el color que podían haberle proporcionado alegría habían desaparecido. Las chimeneas estaban frías; y la única luz procedía de estrechas ventanas muy altas sobre los balcones de una pared, con el resultado de que la sala estaba llena de penumbra. Las ventanas permitían un atisbo de tétricas nubes.

Terisa se estremeció cuando Geraden la encaminó hacia una de las escalinatas.

—Éste no es el camino directo —comentó el joven—. Pero si cruzáramos el patio estropearíamos tus ropas. —Terisa pensó que era afortunada por ir cálidamente vestida como iba. Lo que podía ver del cielo a través de las ventanas daba la impresión de que se hallaban en invierno.

La escalinata los llevó al piso de arriba. Desde allí, el joven la condujo a través de una sucesión de pasillos, cortas escaleras y salas que creaban una extraña impresión, como si el enorme montón de roca a través del que avanzaban hubiera sido construido al azar, apilando masas una encima de otra. Pero el instinto hacia los percances del joven no incluían ninguna incertidumbre acerca de dónde iba: conocía íntimamente aquel lugar.

Mientras caminaban, empezaron a encontrar más y más gente. Muchos de ellos eran guardias, de servicio o realizando oscuras misiones; pero muchos más parecían ser los habitantes del edificio. Algunos viejos se inclinaban sobre sus escobas en los corredores, barriendo pequeños montones de polvo con diligente desatención. Las muchachas se escabullían aquí y allá, llevando montones de ropas o cubos o bayetas. Los muchachos pasaban velozmente por su lado, fingiendo probablemente que estaban dedicados a algo urgente para que nadie los detuviera y los pusiera a trabajar en alguna otra cosa. En cuanto a los hombres y mujeres...

Terisa descubrió que podía estimar fácilmente su rango por sus atuendos. Todos iban vestidos con ropas cálidas; pero las fregonas y las camareras llevaban faldas de lana, chales de lana sobre sus blusas y gruesas sayas, mientras que las damas llevaban mantos hasta el suelo de tafetán o satén y suaves botas de piel, con joyas en el pelo o rodeando sus cuellos. Los sirvientes y barrenderos vestían como el propio Geraden, con chaquetillas, pantalones y botas, quizá con una larga daga enfundada en sus cintos, pero los señores llevaban sobretodos elaboradamente tejidos sobre camisas sueltas y ajustadas calzas, con sables en ornamentadas fundas a sus caderas. Y los grados intermedios de rango podían definirse inmediatamente por la presencia o la ausencia de una espada o un escote, por la longitud de un manto o los bordados de un sobretodo.

Pese a su elegancia, sin embargo, ni siquiera los más espléndidos señores y damas

parecía que se lo pasaran bien. Casi sin excepción, se comportaban como gente que vivía bajo una sombra.

Varios individuos con los que se cruzaron Terisa y Geraden saludaron a éste, bien por su nombre o por su título.

Todos ellos miraron a Terisa tan abiertamente como se atrevieron.

Al cabo de un rato, empezó a darse cuenta de que probablemente nunca habían visto a nadie como ella antes. Esta idea era sorprendente..., e inquietante.

Poco después, Geraden la condujo subiendo una serie de escaleras que giraban hacia atrás y hacia adelante como si ocuparan el interior de una torre. Conducían a una alta puerta tallada con un guardia estacionado a cada lado. Aquellos hombres tenían mejor aspecto que Argus y Ribuld, aunque no parecían menos experimentados y peligrosos; pero saludaron a Geraden con la misma familiaridad.

—Ésta es dama Terisa de Morgan —dijo Geraden—. ¿Queréis anunciarnos? Creo que el Rey deseará conocerla.

Los guardias hicieron medio disimulados esfuerzos de ocultar la forma en que la miraban insinuantemente. Uno de ellos se encogió de hombros; era su deber custodiar al rey, pero resultaba claro que no veía ninguna razón para considerar a Geraden peligroso. El otro llamó a la puerta, penetró en la estancia al otro lado y cerró la puerta a sus espaldas.

Regresó un momento más tarde.

—Podéis entrar. Pero id con cuidado. El Rey y el Adepto Havelock están jugando al brinco. Si el Adepto decide que has molestado su concentración, puede hacer algo desagradable.

Geraden dirigió al hombre una hosca sonrisa.

—Comprendo.

Su mano acarició ligeramente el brazo de Terisa, y la empujó hacia la semiabierta puerta.

La habitación en la que entraron la sorprendió. Era la primera estancia ricamente adornada que veía en aquel lugar, y, aunque era aproximadamente del mismo tamaño que su sala de estar y su comedor juntos, era cálida. Una gruesa alfombra, tejida con un dibujo abstracto de resplandecientes azules y rojos, cubría la mayor parte del suelo. La pared de piedra había sido recubierta con paneles de madera clara, y cada panel estaba elegantemente decorado, algunos con tallas, otro con un fino trabajo de taracea. En una serie de soportes de bronce clavados a la pared ardían velas; pequeños candelabros de cinco brazos se erguían sobre ornamentadas mesas en las esquinas de la habitación y a ambos lados de la repisa de la chimenea. Bajo las llamas de ésta brillaba un abundante lecho de brasas.

Dos hombres de edad estaban sentados el uno frente al otro ante una pequeña mesa en el centro de la habitación. Uno de ellos llevaba un manto de terciopelo púrpura que lo cubría como una tienda. Parecía perdido en él, como si hubiera sido cortado para él cuando era joven y poderoso y ya no le encajara ahora que su cuerpo se había encogido. Esa impresión se veía reforzada por su cabello y su barba completamente blancos, por el débil tinte azul que las venas proporcionaban a su piel, por la artrítica hinchazón de los nudillos de sus manos, y por el tono azul acuoso de sus ojos. Una pequeña corona de oro mantenía su pelo apartado de su rostro.

—El Rey Joyse —susurró Geraden a Terisa.

El otro hombre había perdido la mayor parte de su cabello, y lo que quedaba de él brotaba de su coronilla en alborotados mechones. Su nariz de halcón le daba a su rostro una ferocidad que era desmentida por el constante temblor de sus carnosos labios. Llevaba un colgante sobretodo sin ningún adorno, que alguna vez debía haber sido blanco, sin —por todo lo que Terisa podía decir— nada debajo. Pero sobre sus hombros llevaba una casulla amarilla.

—El Adepto Havelock —susurró Geraden—. Algunos de los Maestros lo llaman «el Esbirro del Rey».

Ambos hombres estaban intensamente concentrados sobre un tablero de juego colocado entre ellos. Estaba compuesto por cuadros alternos rojos y negros, pero sólo los cuadros negros eran utilizados. Sobre ellos había pequeñas piezas redondas: las del Rey eran blancas; las de Havelock, rojas. Mientras observaba el tablero, Terisa vio que Havelock hacía un movimiento, haciendo brincar uno de sus hombres sobre dos de los del Rey y retirando éstos de sus respectivos cuadros.

Estaban jugando a las damas.

El reconocimiento la sobresaltó de pies a cabezas, alterándola desproporcionadamente. Después de todo, era sólo un juego menor..., uno de los pocos a los que había jugado. Uno de los criados de su padre se lo había enseñado en su tiempo libre cuando ella tenía diez años; y habían jugado a intervalos durante casi un año, hasta que el criado perdió su trabajo. Era un hombre robusto y achaparrado con una sorprendente dulzura en sus ojos y una sonrisa infrecuente. La verdad era que a ella nunca le había gustado el juego: había jugado tan ansiosamente a él porque se había encariñado enormemente con el hombre. Su constante atención y sus pequeñas cortesías hacia ella la habían encantado por completo. Cuando el hombre fue despedido, ella reunió de algún modo el valor suficiente para preguntarle a su padre por qué, pero él se había negado a darle ninguna explicación.

—No es asunto tuyo, Terisa. Vete a jugar. Estoy ocupado.

Recordando ahora a aquel criado, sintió una inesperada sensación de pérdida, como si en su pequeño mundo acabara de sufrir una importante desgracia. La vida a

la que estaba acostumbrada le había sido arrebatada con tanta facilidad como uno cualquiera de los caprichos de su padre, y nadie iba a decirle por qué.

El juego la inquietó también por otras razones, sin embargo. Era algo familiar en un lugar donde nada era familiar. ¿Qué hacía allí? ¿Qué estaba haciendo *ella* allí? Precisamente por el hecho de que era familiar —porque no encajaba—, parecía hacer que lo que le estaba ocurriendo fuera menos real.

Geraden avanzó un paso, pero ni el Rey Joyse ni el viejo Adepto alzaron sus ojos del juego. Al cabo de un momento, carraspeó. Ninguno de los dos jugadores mostró evidencias de que reparara en su presencia. Miró a Terisa y se encogió de hombros, luego se aventuró a llamar la atención sobre sí.

—Mi señor Rey, te he traído a dama Terisa de Morgan. —Dudó unos momentos antes de añadir—: Le he dicho a ella que debías conocerla.

El Adepto Havelock siguió inclinado sobre el tablero, ignorante de todo excepto de su juego. Pero el Rey alzó la cabeza y volvió su húmeda mirada azul hacia Geraden y Terisa.

Pareció necesitar un momento para enfocar sus ojos. Luego, lentamente, empezó a sonreír.

Terisa pensó inmediatamente que tenía una maravillosa sonrisa. No contenía nada del artificial buen humor o el cálculo que cabría esperar de un gobernante. En vez de ello, iluminaba su rostro con una clara inocencia y un placer infantil: le hacía parecer un muchacho que ha hallado inesperadamente un amigo secreto. Irracionalmente, tuvo la sensación de que toda su vida hubiera sido distinta si hubiera visto a alguien sonreír así antes. No pudo impedir el devolverle la sonrisa..., y tampoco deseó hacerlo.

Con el ligero temblor de la edad en su voz, el hombre dijo:

—Si le has dicho que yo debía conocerla, Geraden, entonces seguro que debo hacerlo. Será imperdonablemente descortés si le dijeras algo que no fuera verdad a una dama así..., y yo sería igualmente rudo si no hiciera realidad lo que tú le has dicho.

Cuidadosamente, echó su silla hacia atrás y se puso en pie. Sus movimientos eran inseguros; de pie, parecía más perdido que nunca en su voluminoso manto. Pero su sonrisa seguía siendo tan pura como la luz del sol.

—Mi dama Terisa de Morgan, ¿juegas al brinco?

Terisa permanecía con los ojos fijos en el Rey Joyse, pero creyó ver con el rabllo del ojo que Geraden hacía una mueca.

Pero, por el momento, sus reacciones eran irrelevantes para ella. Animada por la sonrisa del Rey, replicó:

—No he jugado desde que era niña. —Lo cual era cierto..., si no tenía en cuenta todas las partidas que había jugado consigo misma en los años siguientes después de que el criado fuera despedido, partidas que había jugado en un esfuerzo por contentarse con su propia compañía—. Nosotros lo llamamos damas. Parece como si fuera el mismo juego.

—¿«Damas»? —El Rey Joyse pareció pensativo—. Suena como un extraño nombre.

—Luego sonrió de nuevo—. Pero no importa. Quizá cuando Havelock haya terminado de darme su acostumbrada paliza consientas en jugar una o dos partidas conmigo. Me encantaría poder esperar, aunque sea brevemente, alguna honesta victoria.

—Mi señor Rey. —Geraden sonaba tenso y preocupado, como si su presentación de Terisa al Rey Joyse estuviera yendo seriamente mal—. Le dije a dama Terisa que tú desearías conocerla porque ella ha venido hasta aquí por traslación.

La interrupción de Geraden pareció entristecer al Rey. Su sonrisa cambió a una serie de arrugas de fatiga y melancolía cuando miró al Apr.

—Ya me he dado cuenta de ello, Geraden —dijo suavemente—. No soy ciego, ¿sabes?

—Lo siento —murmuró Geraden—. Sólo quería decirte que ella es importante. Tenía que traértela. —Empezó a hablar aprisa—. La Cofradía me envió al interior del espejo esta mañana para intentar traer al campeón que ellos deseaban. Pero no lo encontré. En cambio, la encontré a ella. Puede que sea la respuesta al augurio.

El Adepto Havelock seguía ignorando a Geraden y Terisa. Examinaba atentamente el tablero, y finalmente alargó la mano y movió uno de los hombres del Rey, haciéndolo brincar por encima de uno de los suyos. Luego, triunfante, respondió demoliendo toda una línea de piezas opuestas y llegando a la última hilera, donde se coronó con serio énfasis.

Hoscamente, obligándose a hablar pese a su azaramiento, Geraden prosiguió:

—Ella demuestra que tú tenías razón desde un principio. Los espejos no crean lo que vemos. Las Imágenes existen realmente.

El Rey Joyse estudió por un momento a Geraden. Luego suspiró cansadamente y se volvió hacia Terisa.

—Mi dama —dijo—, por favor discúlpame. Parece que este impaciente joven no va a concedernos la libertad de jugar al brinco en este momento.

»Sé razonable, Geraden —prosiguió, desviando su atención de vuelta al Apr—. Sabes que estoy de acuerdo contigo. ¿Pero qué prueba realmente su presencia aquí? —El temblor en su voz persistió: sonaba como si estuviera emprendiendo una vez

más una discusión tan vieja que ya no le proporcionaba ninguna satisfacción ganarla—. ¿Seguro que no es posible que la encontraras a ella en vez de al campeón que buscabas debido a una de tus desafortunadas desventuras? ¿O tal vez has tocado una fuerza inesperada en ti mismo, y la has hallado a ella en vez de al campeón a causa de que era ella a quien deseabas encontrar? ¿En qué forma demuestra su traslación la naturaleza fundamental de la Imagería..., o los espejos?

Geraden pareció sorprendido por unos momentos ante las palabras del Rey, luego vagamente asqueado.

—Pero yo vi... —protestó incoherentemente—. No era lo mismo.

El Rey Joyse le observó con tranquilidad y aguardó a que reuniera sus pensamientos.

Con un esfuerzo, Geraden dijo lentamente:

—Yo mismo hice el espejo. Vi al campeón que se suponía que debía hallar. Estaba allí mismo, frente a mí, cuando penetré en el espejo. Pero, durante la traslación, todo cambió. Llegué a una habitación que era totalmente distinta de las Imágenes. *Ella* es totalmente distinta. Lo que tú dices es que yo la creé..., por alguna especie de accidente, ya sea porque no sabía lo que estaba haciendo o porque no conocía mis propias fuerzas. ¿Cómo es *posible* eso?

Como respuesta, el Rey se encogió de hombros..., un poco tristemente, dedujo Terisa.

—¿Quién puede decirlo? Hace siglos, nadie creía que la Imagería fuera posible. Incluso hace un centenar de años, nadie creía que la Imagería pudiera amenazar la existencia de los propios reinos que hacen uso de ella.

»Geraden —dijo, ante el dolor que se reflejó en el rostro del Apr—, no afirmo que ella *no* exista. Sólo observo que su presencia aquí no resuelve la cuestión.

Geraden agitó la cabeza y lo intentó de nuevo.

—Pero si tú piensas así, y lo das a entender bastante claramente..., entonces no puedes probar que *nada* existe. No puedes probar que yo estoy aquí hablando contigo. No puedes probar que estás jugando al brinco con nadie que no seas tú mismo. Puede que ni siquiera estés jugando excepto dentro de tu propia mente.

El Rey sonrió ante aquello, luego hizo una mueca divertida.

—Desgraciadamente, tengo la confianza de que mis partidas de brinco sean reales..., y mi oponente también. Las palizas que recibo son demasiado dolorosas para tener cualquier otra explicación.

—Muy acertado —observó inesperadamente el Adepto Havelock, sin alzar los ojos del tablero. Con lúgubre concentración, movió dos o tres de los hombres del Rey

Joyse a otros cuadros; luego, brincó con su pieza coronada sobre todos ellos, golpeando enfáticamente cada casilla como para compensar su estrábica visión—. Sólo el brinco es real. Pregúntale a cualquier filósofo. Ninguna otra cosa —agitó una mano como despidiéndoles— tiene significado.

Sin pretenderlo, Terisa sonrió ante la afectuosa sonrisa que el Rey Joyse dirigió a Havelock. La forma de jugar a las damas del Adepto dejaba claro que no estaba completamente cuerdo; sin embargo, halló que el afecto del Rey hacia el viejo Imagero era enternecedor. Observándolos, olvidó por unos instantes que aquella conversación no tenía nada que ver con ella.

Pero Geraden se sentía demasiado crispado e infeliz como para aceptar la festiva actitud del Rey.

—Mi señor Rey, esto no es un juego. El reino se tambalea, y todo Mordant aguarda a que tú hagas algo al respecto. —Fue ganando impulso mientras hablaba, hasta que su urgencia pareció derribar sus pequeñas incertidumbres, contriciones y ansiedades—. No sé por qué tú no, pero los Maestros ya no pueden aguardar más. Ellos... —Se contuvo—. *Nosotros* estamos haciendo todo lo posible por hallar una respuesta. Y la tenemos. *Creo* que la tenemos, al menos. Dama Terisa no es el campeón que estábamos esperando..., pero eso probablemente no importa. Hay una razón de que sea ella quien esté aquí en vez de quien esperábamos, y no creo que tenga nada que ver con accidentes. *No* soy un archi-Imagero disfrazado. Y los espejos no tienen mente propia.

Mientras estudiaba su intensa expresión, Terisa captó un destello de lo que lo hacía tan propenso a los accidentes. Era demasiadas cosas a la vez —un muchacho, un hombre, y todo entre medio—, y las diferentes partes de sí mismo muy pocas veces se equilibraban. Lo halló atractivo por ello. Sin embargo, la percepción la entristeció; ella misma no era demasiadas cosas, sino demasiadas pocas.

El Rey observaba también a Geraden; y las arrugas de su viejo rostro parecían apuntar una tristeza propia. Pero también sugerían interés, y quizás una especie de orgullo.

—Tanta confianza es notable —comentó. El temblor en su voz hizo que su indiferencia sonara insegura, fingida—. Has hablado de lo que has visto, Geraden. Cuéntame qué es exactamente lo que has visto que te da esta confianza.

Geraden vaciló, mirando suplicante a Terisa, como si creyera que ella sabía lo que iba a decir; como si estuviera seguro de que sería más convincente si brotaba de labios de ella. Pero, por supuesto, ella no tenía ni la menor idea de lo que tenía en mente. Al cabo de un momento, el joven volvió sus ojos al Rey Joyse.

—Mi señor Rey —dijo, su voz temblando también con determinación y alarma—, ella es una Maestra Imagera.

Ante aquello, el Rey clavó una acuosa e inescrutable mirada en Terisa..., una mirada que podía indicar sorpresa o aburrimiento.

Sin alzar los ojos hacia los demás presentes en la habitación, Havelock barrió todos los hombres del tablero y empezó a disponer una nueva partida.

—Creo —prosiguió suavemente Geraden— que su poder tiró de mi traslación, apartándola de allá donde yo creía estar yendo.

La afirmación era tan absurda que transcurrieron varios momentos antes de que Terisa se diera cuenta de que se esperaba que ella dijera algo. Entonces, irremediadamente, empezó a enrojecer bajo el escrutinio de los dos hombres.

Al borde del pánico, replicó:

—No. No, por supuesto que no. Esto es una locura. Ni siquiera sé de lo que estáis hablando.

Cuidadosamente, Geraden dijo:

—La encontré en una habitación enteramente cubierta de espejos.

—¿Y qué? —Una distante parte de su mente se sorprendió, de forma semiconsciente, de lo que la asustaban aquellas estúpidas palabras—. Todo el mundo tiene espejos. Mucha gente los utiliza como decoración. Son simples piezas de cristal..., con algo en la parte de atrás que les hace reflejar las imágenes. No significan nada.

En respuesta a su alarma, el Rey Joyse murmuró, como si intentara consolarla:

—Quizás en tu mundo sea así. Aquí la verdad es de otro modo.

Pero Geraden estaba diciendo ya, tan definitivamente como le era posible:

—Cada uno de sus espejos mostraba exactamente su Imagen. Todos mostraban exactamente *mi* Imagen. Y ella no está herida. Yo no estoy herido. Ahora yo debería estar delirando. O mi mente debería estar completamente vacía. Pero estoy perfectamente. Ella está perfectamente.

»Eran *sus* espejos.

Un asombrado desánimo frenó la boca de Terisa. Tuvo la sensación de que no podía comprender lo que se le estaba diciendo literalmente. *Cada uno de sus espejos mostraba exactamente su Imagen*. Aquí, eso no era cierto. De pronto, su asidero con los detalles normales de la vida —los hechos sencillos que mostraban que ella estaba en contacto con la realidad— se veían amenazados, negados.

Y el Rey Joyse la miró con un intenso interés que hizo que todo fuera aún peor.

—¿Es esto correcto, mi dama? —preguntó, como si ella acabara de afirmar que era alguna especie de insecto exótico—. Se cuenta la historia de que un Imagero consiguió formar por casualidad, en una ocasión, un espejo plano que mostraba el

punto exacto en el que él se hallaba. En consecuencia, se vio a sí mismo en el cristal..., y fue inmediatamente anulado. Su cuerpo permaneció donde estaba hasta que falló su equilibrio, pero su espíritu había dejado enteramente de existir. Se perdió en la traslación. ¿Cómo consigue la gente de tu mundo evitar ese destino?

Intentando aferrarse al sentido común, Terisa contraatacó:

—Eso es imposible. Los espejos no pueden hacerle ningún daño a nadie. Simplemente muestran cómo eres. Excepto que lo hacen invertido. Como una imagen en una superficie de agua. ¿No os habéis mirado nunca en una superficie de agua?

Ambos hombres la estudiaron con una expresión extraña. Adoptando un tono suave, pensativo, el Rey Joyse dijo:

—Desde nuestra infancia se nos enseña que tomemos precauciones con las Imágenes. No las buscamos.

Sin ninguna advertencia previa, el Adepto Havelock golpeó con su puño sobre la mesa, luego tomó el tablero de damas y lo arrojó hacia el techo. Las piezas hicieron un ruido como una lluvia de madera contra el granito del techo y cayeron para rebotar silenciosamente en la alfombra azul y roja.

El viejo Imagero se puso tambaleante en pie y rugió:

—¡Horror y testículos! —Sus ojos se clavaron ferozmente en el Rey y Geraden; manchas escarlatas ardieron en su rostro; sus gruesos labios se agitaron como colgantes carnosidades—. ¡Es una *mujer*! —Hizo un alocado gesto en su dirección con el dorso de la mano—. ¿Acaso vosotros y todos los Imageros de la Cofradía os habéis vuelto *ciegos*? Es una mujer, una mu-mu-mu-ger. —La saliva brotó como un chorro de su boca—. ¡Oh, mis riñones!

Como no sabía qué otra cosa hacer, Terisa permaneció inmóvil con los ojos fijos en él.

—¡Mírate! —Usando aún el dorso de su mano, golpeó al Rey Joyse en el pecho..., un golpe que era más dramático que efectivo—. ¡Y tú! —Con la otra mano golpeó a Geraden—. ¡O aquí! —Torpe pero rápidamente, se inclinó hacia el suelo como un muñeco mal articulado, luego volvió a erguirse—. ¡Y aquí! —Otra inclinación—. ¡Y aquí! —Cada vez que volvía a ponerse derecho blandía una pieza del juego en su palma abierta—. ¡Todos *hombres*, hasta el último de ellos! ¡Hasta el último de ellos!

Pero cuando su mano estuvo lleno de piezas, volvió a dejarlas caer.

—¡Por el venerable chivo del archi-Imagero! —gritó, como si las tres personas frente a él lo hubieran insultado más allá de lo que podía soportar cualquier mortal—, ¡es una *mujer*!

Moviéndose con un intento de vehemencia que sus frágiles miembros no podían

soportar, se dirigió entre pisando fuerte y arrastrando los pies hacia la puerta exterior de la habitación, la abrió de golpe, y la cerró de nuevo de un portazo sin salir. Luego, algo vacilante, recuperó el tablero del suelo y lo depositó otra vez sobre la mesa. Ignorando a los demás, ocupó de nuevo su asiento y empezó a estudiar el vacío tablero como si estuviera sumido en una intensa partida.

El Rey Joyse suspiró delicadamente.

—Lo siento —dijo Geraden.

Terisa no estaba en absoluto segura de por qué. Su corazón latía como si de alguna forma hubiera escapado de una crisis.

—No importa, muchacho —respondió el Rey, palmeando de forma ausente el hombro de Geraden, como si el Apr hubiera cometido realmente alguna ofensa menor. Por un momento, su mirada pareció desenfocarse mientras pensaba en algo..., o quizá simplemente estaba dando una rápida cabezada de pie. Luego asintió para sí mismo. Sonriendo irrelevantemente en dirección a Terisa, dijo—: Geraden, se me ocurre que es sorprendente que la Cofradía haya dejado a dama Terisa en tu compañía. Ella está aquí por Imagería..., y sé que algunos de los Maestros están celosos. Sospecho también que preferirían ocultarme lo que saben. Sin embargo, aquí estáis los dos. ¿Cómo explicas eso?

Geraden hizo un esfuerzo por mirar directamente al Rey; pero su confusión era demasiado para él.

—¿Les dijiste a los Maestros que es posible que ella sea una Maestra?

El Apr tragó dificultosamente saliva.

—No.

—Ah —dijo suavemente el Rey Joyse—. Eso lo explica, entonces. Por supuesto, la dejaron irse creyendo que era simplemente otro de tus errores. Pero ¿por qué no se lo dijiste?

Una leve rojez se esparció por el rostro de Geraden. Los músculos se agarrotaron en su frente. Su embarazo era tan agudo que casi inundó de lágrimas los ojos de Terisa. Pero el joven encajó fuertemente las mandíbulas y no respondió.

—Muchacho, puede que esto haya sido una estupidez. —La mano del Rey seguía sujetando el hombro de Geraden; su expresión era amable—. Has estado intentando..., ¿cuánto tiempo hace ya, diez años?..., convertirte en un Imagero, un miembro de la Cofradía. ¿Cómo puedes esperar tener éxito si te arriesgas a incurrir en las iras de todos los hombres que controlan el conocimiento, la habilidad y la posición que tú ansias?

—Mi señor Rey. —Geraden se obligó a dejar que el Rey viera el agudo dolor en sus ojos; una repentina dignidad lo invadió—. Si se lo hubiera dicho, me hubieran

ordenado que mantuviera todo esto en secreto de ti. Entonces me hubiera visto obligado a desobedecerles directamente..., y mis esperanzas de una casulla se hubieran perdido para siempre. —Había una corriente subterránea de amargura en su voz—. No puedo soportar la deslealtad hacia el Rey de Mordant. No puedo renunciar a mis sueños. Así que actúo como un estúpido. Ellos creerán que no vi sus espejos..., o que no comprendí el significado de lo que vi.

Como respuesta, otra de las sonrisas que habían tocado por primera vez el corazón de Terisa iluminó el rostro del Rey. Por un momento, su edad, su debilidad y su incertidumbre desaparecieron, y pareció simplemente feliz.

—Gracias, Geraden. Me complace ver tal lealtad, especialmente en un hijo de mi querido amigo el Domne. Intentaré arreglar las cosas para que no te veas perjudicado por ellas.

»Ahora —su expresión se hizo pensativa—, pensemos un poco. ¿Qué es lo mejor que podemos hacer?

»Cuéntame. —Volvió a sentarse lentamente en su silla, al otro lado de la mesa frente a Havelock. Su manto se acomodó a su alrededor como una tienda con la cumbra cortada—. ¿Cómo reaccionaron los Maestros a la llegada de dama Terisa de Morgan?

Aliviado por la actitud del Rey, Geraden se relajó visiblemente.

—Es fácil de decir. Puedes adivinarlo por ti mismo si quieres. Todo el mundo se quedó asombrado cuando surgió del cristal. El Maestro Gilbur estaba furioso. Estoy seguro de que cree que soy criminalmente perverso en vez de —hizo una mueca— simplemente desafortunado. El Maestro Eremis se mostró..., bien, regocijado.

—Entre otras cosas, sin duda —comentó el Rey—. El Maestro Eremis —explicó a Terisa— tiene un ojo para la belleza que nunca le falla.

Geraden asintió y siguió:

—El Maestro Quillon vio su aparición del mismo modo que yo, como una prueba de que tú tenías razón desde un principio acerca de la Imagería. Pero nadie le escuchó.

»El Maestro Barsonage me hizo responsable de ella. Me dijo que le proporcionara toda la hospitalidad y cortesía de Orison. Pero me dijo que no respondiera a ninguna de sus preguntas. Y aquí está ella, arrancada de su propio mundo sin otra razón que el que yo le pedí que viniera, y la llevé a un lugar que ella no tenía forma de comprender, y él me ordenó que no tuviera con ella ni la simple decencia de una explicación.

Terisa apenas le oía. Estaba preguntándose: ¿Es por eso por lo que me miró, por lo que me *miró* como si yo fuera real? La idea era tan nueva que parecía llena de

misteriosa importancia. ¿Pensó que yo era encantadora? ¿Crees tú que soy encantadora? ¿Es eso posible?

—A menos, por supuesto —indicó suavemente el Rey— que ella sea una Maestra Imagera y ya nos hubiera elegido a nosotros antes de que tú la hallaras.

Geraden frunció el ceño.

—¿Y qué importa eso? ¿No he estado diciendo desde un principio que creo que ella es una Imagera? De todos modos, aún merece...

—No. —El tono del Rey Joyse fue suave pero firme—. Estás haciendo una afirmación que puede ser injustificada.

»La orden del Maestro Barsonage no es irrazonable. Cuando el Monarca de Alend envía a su embajador para negociar nuestros tratados, y para sondear mis intenciones, comprende mucho de este mundo y mucho de mí mismo. Tenemos eso en común. Sin embargo, no le hago partícipe de todo lo que sé o pienso o espero, ni por política ni por cortesía. No le invito a los lugares secretos de Orison, o a los lugares secretos de mi corazón. Hacer eso podría ser peligroso..., demasiado peligroso para cualquier justificación responsable. Puesto que desconozco sus secretos, no puedo predecir o controlar el uso que él haría de los míos. Menos respondería cualquier pregunta que un embajador del Gran Rey de Cadwal se aventurara a formularme.

»El mismo razonamiento se aplica a dama Terisa —miró hacia ella—, si me disculpas por hablar de ti como si estuvieras ausente. —Volvió su mirada hacia Geraden y prosiguió—: Si, como ella dice, procede de un mundo en el que los espejos no tienen ningún significado, y en consecuencia es ignorante de nosotros, entonces es poco amable, en el mejor de los casos, negarle nuestras respuestas. Pero en ese caso, y observa esto, Geraden, también es una locura haberla traído aquí. Ahora no hablo de moralidad, sino de la simple cuestión de nuestra necesidad práctica. Si ella no es una Imagera, ¿qué utilidad puede tener para nosotros?

Geraden se mantuvo inmóvil y no respondió.

El Adepto Havelock siguió estudiando su tablero vacío, sordo a todo lo que se estaba diciendo.

—Por el contrario, si es una Imagera..., una Maestra de espejos lo suficientemente fuerte como para desviar tu traslación de su Imagen aparente..., entonces está aquí con un propósito propio, que nosotros no conocemos. Es como un embajador: tiene que ser respetada como ellos, y es peligrosa como ellos.

»¿Dirías, mi dama —preguntó inesperadamente a Terisa— que he resumido honestamente el dilema?

Ella se lo quedó mirando, incapaz de seguir su razonamiento. Para extraer algún sentido de él, primero tenía que presuponer la existencia de espejos mágicos que no

reflejaban lo que tenían delante de ellos, sino que en vez de ello mostraban mundos o realidades alternativos. Luego tenía que tomar en serio la noción de que sus propios espejos, los espejos de su apartamento, eran así, dándole a *ella*, Terisa Morgan, poder sobre la realidad e incluso la cordura de otra gente. Toda la argumentación se derrumbó en desatino antes de alcanzar la encumbrada conclusión que el Rey Joyse le pedía que confirmara.

Instintivamente, se volvió hacia Geraden. Era su única conexión a su propia vida, con sus hechos y sus limitaciones normales. Tú me viste, deseó protestar. Viste mi apartamento. No hay nada mágico en él. No te volviste loco. Nada de esto tiene que ver conmigo.

La atención de Geraden, sin embargo, estaba enfocada en el Rey.

—Pero si ella es tan fuerte —dijo lentamente—, una Imagera más poderosa de lo que podemos imaginar, entonces es una locura que corramos el riesgo de ofenderla. No conocemos sus propósitos..., pueden ser buenos o malos para nosotros. Pero seguro que se volverán malos si no la tratamos bien. Necesitamos su amistad, no su ira. Necesitamos ser abiertos y decentes con ella.

Sonriendo suavemente, el Rey Joyse paseó su vista del Apr a Terisa mientras Geraden hablaba. Cuando éste hubo terminado, respondió:

—Tu razonamiento tiene su mérito. Es una suerte que sólo a los gobernantes se les requiera que tomen esas decisiones.

—¿Mi señor Rey?

—Apr —dijo el Rey Joyse, con tono aún suave, pero ahora ligeramente triste también—, ésta es mi orden. Ya no eres responsable de dama Terisa de Morgan. Tu Rey te agradece lo que has hecho..., y te libra de cualquier futuro interés en el asunto. Tus deberes se hallan con la Cofradía, a la que has prestado juramento. No tendrás más razón para ver o hablar con dama Terisa, y evidentemente ninguna razón para responder a ninguna de sus preguntas.

»Puedes irte. Dama Terisa se quedará conmigo.

El rostro de Geraden se volvió blanco: si hubiera cerrado los ojos, hubiera parecido a punto de desmayarse. Pero sus ojos contradecían su palidez. Lamearon con una rápida y firme rabia que pareció hacer arder en él todo su aspecto juvenil.

—Me consideras indigno —dijo suavemente. Ante aquello, los rasgos del Rey se fruncieron en una mueca. Hizo un brusco gesto de despedida.

—Oh, márchate. —Por primera vez desde que Terisa lo había conocido, sonó como un viejo cascarrabias—. Me estás partiendo el corazón.

Los músculos del rostro de Geraden se crisparon.

—Sí, mi señor Rey —dijo entre dientes apretados. Se volvió bruscamente hacia Terisa e inclinó la cabeza—. Mi dama.

Ella no supo qué responder. Se sentía demasiado dolida..., y su dolor era demasiado real.

Se perdió en él. Geraden necesitaba una respuesta de ella; pero sus respuestas estaban ocultas bajo años de silencio y pasividad.

Cuando echó a andar hacia la puerta, uno de sus pies pisó el borde de una de las piezas esparcidas. Se torció el tobillo, trastabilló, estuvo a punto de caer. El azaramiento oscureció sus mejillas. Sus orejas eran escarlatas cuando salió.

Havelock observó al Apr irse y dejó escapar una risita con una voz aguda y alocada, como si su regocijo fuera un lugar donde la razón o la compasión no podían alcanzarle.

Cuando su risa murió, nadie habló por un momento. Luego, el Rey dijo, en un incierto intento de intrascendencia:

—Bien, dama Terisa de Morgan. Debemos pensar en ti. Debemos acomodarte confortablemente, con toda la hospitalidad que Orison puede ofrecerte, como corresponde a un huésped de tu rango e importancia. ¿Y luego quizá consientas en una o dos partidas de brinco? Realmente estoy harto de que Havelock me gane constantemente.

Geraden había sido herido por nada. No había ninguna razón para que nadie tomara precauciones contra ella. Ante su propio asombro, se oyó a sí misma decir:

—No soy tu dama. Mi nombre es Terisa Morgan, y no soy la dama de nadie. No debiste hacerle esto.

El Rey Joyse intentó sonreír, pero fracasó en borrar la tristeza de su rostro.

—Mi dama, yo soy el Rey. Te llamaré con el nombre que yo elija. Y espero que algún día comprenderás.

Con más sarcasmo del que nunca se había atrevido a usar, Terisa respondió:

—Pero no vas a explicármelo. No deseas responder a ninguna de mis preguntas.

En vez de replicar, el Rey Joyse inclinó lentamente sus frágiles huesos hasta el suelo y empezó a arrastrarse por la habitación, recogiendo las piezas del juego.

Armarios llenos de ropa

Como una niña desconcertada, Terisa sacudió la cabeza y parpadeó. Desgraciadamente, nada cambió a su alrededor. El Adepto Havelock siguió contemplando su tablero como si estuviera jugando ya mentalmente futuros juegos. El Rey siguió recogiendo las piezas dispersas, avanzando sobre manos y rodillas por la habitación.

El pánico que había estado mordisqueándole la parte de atrás de su mente se hizo bruscamente peor. No hubiera debido hablar de una forma tan sarcástica, tan agresiva.

Dependía de esta gente. Podía ser borrada de la existencia con una sola palabra. El Rey podía hacer que la arrojaran a otro de aquellos espejos, y ella terminar en algún lugar aún más imposible. El mundo del campeón elegido por la Cofradía surgió por sí mismo a su imaginación. O podía llegar a ninguna parte..., simplemente podía disolverse en el grisor, en un lugar desconocido de todo el mundo, en esa nada sin objetivo a la que había temido y contra la que había luchado durante la mayor parte de su vida.

Lo siento, pensó involuntariamente, mientras su alarma crecía. Dejádme quedarme. Seré una buena chica, lo prometo.

En aquel momento el Rey Joyse hizo un esfuerzo con sus brazos, apalancó sus piernas bajo él y se puso tambaleante en pie. Se dirigió a la mesa, dejó caer las piezas que había recogido frente a Havelock. Luego volvió su clara y benévola sonrisa hacia Terisa.

—Discúlpame, mi dama. ¿En qué estaré pensando? Soy rudo dejándote de lado de este modo. Debes estar agotada de tu traslación, ansiosa de descanso y relajamiento. ¿Tienes alguna petición especial respecto a comida o confort? ¿No? — Su disculpa parecía sincera, pero sus preguntas eran rutinarias—. Entonces llamaré a alguien para que te conduzca a tus aposentos y se ocupe de ti.

Aún sonriendo, buscó a su alrededor con un aire cada vez más desconcertado hasta que se le ocurrió deslizar una mano en un bolsillo de su manto, donde halló una campanilla de plata con un mango de madera. La hizo sonar vigorosamente. Casi de inmediato se abrió la puerta y uno de los guardias entró en la habitación.

—¿Mi señor Rey?

—Ah, gracias. —Por un instante el Rey Joyse pareció confuso, como si hubiera olvidado lo que estaba haciendo. Sus húmedos ojos parpadearon contemplando la campanilla en su mano. Luego, bruscamente, dijo—: Una doncella para dama Terisa de Morgan.

—Inmediatamente, mi señor Rey. —El guardia saludó golpeándose la cota de malla con el puño y abandonó la habitación.

Havelock volvió a preparar el tablero, aunque el Rey Joyse no había recuperado todas las piezas.

—Te pido nuevamente perdón —murmuró el Rey, sin mirar a Terisa. Se restregó el rostro con las manos, suspiró, y se dejó caer en su silla—. Mis sentidos ya no son lo que eran. —Su sonrisa había desaparecido, reemplazada por la tristeza—. Sé honesta conmigo, mi dama. ¿Tienes familia? ¿Hay alguien que se sentirá apenado por tu ausencia? No deben sufrir a causa de nuestras necesidades. Ordenaré a Geraden que encuentre algún modo de trasladar un mensaje hasta ellos, para tranquilizarlos. Pobre muchacho, eso lo mantendrá alejado de los problemas. ¿Qué mensaje deseas enviar, mi dama?

—Está... —empezó a decir, pero se interrumpió. No había nadie. No dijo eso, sin embargo. Estaba perdida en aquella situación, y su miedo y su ignorancia se alimentaban mutuamente. Sin embargo, una parte no familiar de ella estaba casi temblando de furia ante la forma en que era tratada. Carraspeó con un esfuerzo—. Sólo está mi padre.

—¿Cómo podemos llegar hasta él?

Obligada a decir la verdad, murmuró en voz muy baja:

—Nunca se dará cuenta de que he desaparecido. Cuando dijo esto, la mirada del Rey se clavó rápidamente en ella. Por un instante, Terisa fue incapaz de ver la blancura de su pelo, la debilidad de su porte, la tonalidad azul de su vieja y arrugada piel: sólo vio la directa fuerza de sus ojos. La estaba mirando como si de alguna forma ella le hubiera emocionado.

—Entonces —una flema hizo que su voz sonara ronca—, quizá desees considerar afortunado el que estés aquí.

Cuidadosamente, intentando mantener su pánico bajo control, Terisa dijo:

—No sé cómo considerarlo. No dispongo de la información suficiente. ¿Cuándo crees que estarás dispuesto a contarme lo que ocurre? —Contuvo el aliento ante la brusca oleada de alarma que acompañó a su temeridad.

—Ah, mi dama. —El Rey Joyse suspiró y abrió las manos. Sus hinchados nudillos hicieron que el gesto pareciera a la vez cansado y decrepito—. Esto seguramente depende de ti misma. ¿Cuándo aclararás la verdad de tus orígenes, tu habilidad en la Imagería, tus propósitos?

Una debilidad que parecía casi vértigo inundó su cabeza. Por alguna razón, no nubló su mente..., simplemente le hizo desear echarse.

—¿Quieres decir —dijo con voz hueca— que no vais a decirme nada hasta que

pueda probar que existo..., que no fui creada por ningún espejo..., y hasta que os muestre todo lo que sé acerca de la Imagería..., y hasta que os diga por qué aparté a Geraden de lo que creía que estaba haciendo cuando intentaba trasladar a ese campeón... —de hecho, todo cosas que no podía hacer en aquella loca situación—, y hasta que consiga que creáis en ello?

Sintió, en lo más profundo de su estómago, un mareante e inesperado deseo de echarse a reír.

El Rey no apartó su mirada. En vez de ello, las arrugas de su rostro se hicieron más y más tristes. Ella le estaba causando un dolor que no quiso explicarle. Al cabo de un momento, Terisa tuvo que desviar la vista, incapaz de seguir desafiando aquella peculiar vulnerabilidad. El sonido de alguien llamando a la puerta fue un alivio para ella.

El guardia entró de nuevo en la habitación, llevando consigo a una mujer joven.

Al verla, el Rey Joyse frunció involuntariamente el ceño, como si hubiera cometido un error; pero inmediatamente despejó su expresión.

—Saddith. Exactamente lo que necesitaba.

La mujer era más baja que Terisa, con unos ojos brillantes, nariz respingona, largo pelo moreno que caía sobre sus hombros en ondulaciones naturales y una sonrisa espontánea. Llevaba una falda rojiza que la cubría hasta los tobillos y un chal del mismo color y material sobre los hombros... Como las otras mujeres que había visto Terisa, iba preparada para el frío. Pero su blusa tenía varios botones desabrochados bajo el hueco de su garganta, y sus maduros pechos tensaban la tela. Mientras la miraba, Terisa pensó que debía ser el tipo de mujer en que los hombres se fijaban..., el tipo que nunca tenía ninguna razón para dudar de su propia realidad. El arco de sus cejas y el ángulo de su mirada sugerían que sabía lo que hacía.

Estudió rápidamente a Terisa, abrió mucho los ojos cuando observó las poco familiares ropas que llevaba, frunció ligeramente el ceño cuando hizo inventario de su rostro y silueta. Luego, casi instantáneamente, desvió su atención.

—Mi señor Rey —dijo, inclinándose en una graciosa cortesía—. Solicitaste una doncella.

—Ninguna mejor que tú —dijo él, haciendo un esfuerzo por sonar jovial—, ninguna mejor. Saddith, ésta es dama Terisa de Morgan. Es huésped de Orison. Mi dama, Saddith te atenderá como tu doncella. Estoy seguro de que te sentirás complacida con ella.

—Mi dama —murmuró Saddith, con los ojos ahora bajos—. Espero servirte bien.

Confusa, Terisa regresó a su acostumbrado silencio. No había esperado que le fuera asignada una sirvienta. Por otra parte, afortunadamente, tenía una cierta

familiaridad con la servidumbre. Al menos sabía cómo vivir con ella..., cómo pasar su tiempo sin alterar los ritmos de sus actividades, cómo mantener al mínimo sus peticiones de auténticos servicios.

—Dama Terisa utilizará los aposentos pavo real —siguió el Rey Joyse. Sonaba cada vez más y más distante..., quizá debido a la distancia en la cabeza de Terisa, quizá debido a que su propio interés estaba derivando—. Necesitará un guardarropa. Dama Elegia podrá ayudarte en eso. O mejor dama Myste..., son más o menos de la misma talla, creo. Cualquier alimento o bebida que solicite, sírveselo en sus aposentos.

»Mi dama —había vuelto sus ojos hacia el tablero y estaba estudiando las piezas —, pronto hablaremos de nuevo. Ansío probar tus proezas en el brinco.

El guardia mantenía la puerta abierta. Saddith miró expectante a Terisa. Era evidente que había sido despedida de la habitación. Pero se sentía demasiado cansada para comprender exactamente lo que eso significaba. Las tensiones de lo extraño de todo aquello la estaban abrumando. Y, ahora que pensaba en ello, hacía rato ya que debería haberse ido a la cama. Había pasado todo el día en la misión, copiando de nuevo una y otra vez aquella carta, luego había regresado a su apartamento para lo que había sabido que iba a ser una mala noche. Pero no había tenido ninguna intuición real de *hasta qué punto* iba a ser mala...

Afortunadamente, Saddith acudió a su rescate. Terisa dejó que el contacto de la doncella sobre su brazo la guiara fuera de la habitación del Rey.

Los guardias cerraron la puerta tras ella.

—Por aquí, mi dama. —Saddith hizo un gesto pasillo abajo, y Terisa echó a andar automáticamente en aquella dirección. La doncella avanzaba con la cabeza convenientemente inclinada; pero lanzaba repetidas miradas especulativas de reojo a Terisa. Mientras bajaban unas escaleras preguntó:

—¿Has hecho un largo viaje hasta Orison, mi dama? Terisa agitó la cabeza.

—No lo sé. Vine a través de un espejo... creo. —¿Cuán lejos era eso? Parecía una eternidad.

—¡Imagería! —respondió Saddith con educado asombro—. ¿Eres una Maestra, mi dama? Nunca he conocido a ninguna mujer que fuera Maestro.

Pese al sueño que la abrumaba, Terisa captó que aquella podía ser una oportunidad de conseguir algo de información.

—¿No hacen esas cosas las mujeres por aquí?

—¿Convertirse en Imageras? —La doncella rió delicadamente—. Creo que no, mi dama. Los hombres dicen que el talento para la Imagería es innato, y que sólo aquellos nacidos con él pueden esperar modelar cristales o realizar traslaciones.

Apostaría a que suponen que ninguna mujer nace con el talento. Pero ¿para qué lo necesita? ¿Para qué puede desear espejos una mujer —dirigió a Terisa una sonrisa afectada—, cuando cualquier hombre hará por ella lo que ella desee?

Desde las escaleras penetraron en un ala del inmenso edificio de piedra que Terisa no había visto antes. Muchas de las estancias que desembocaban en los largos pasillos de techo alto parecían ser habitaciones, y la gente que entraba y salía de ellas pertenecía al parecer a los rangos intermedios del lugar: mercaderes, secretarios, damas de compañía, supervisores. Terisa prosiguió con sus preguntas a la doncella.

—¿Así que tú no sabes nada sobre espejos..., o Imagería?

—No, mi dama —respondió Saddith—. Sólo sé que cualquier Maestro me dirá lo que yo deseo..., si concibo un deseo para algo que él conozca.

—Eso debe ser encantador. —Terisa creía comprender lo que estaba oyendo; pero la idea era demasiado abstracta para parecer real. Ningún hombre la había encontrado nunca a ella tan atractiva.

—Mi dama... —Saddith evaluó de nuevo la figura de Terisa, asintió para sí misma ante lo que veía—, lo mismo es cierto para ti, si decides hacer que así sea.

¿Quieres decir, pensó Terisa, que si me desabrochara la blusa el Rey Joyse me dirá todo lo que deseo saber? Se echó a reír, incapaz de contenerse.

—Quizá —dijo Saddith— en tu mundo las mujeres no tengan necesidad de ese poder. —Sonó débilmente inquieta por la idea: ¿Celosa de ella? ¿Amenazada por ella?

—No lo sé —admitió Terisa—. No tengo ninguna experiencia.

Saddith apartó rápidamente la vista; pero, antes de que su rostro se volviera, traicionó un atisbo de regocijo o desdén.

Al cabo de un rato, condujo a Terisa hacia arriba por otros tramos de escaleras hasta lo que parecía ser otra torre. Más allá de un descansillo al final de un corto corredor, llegaron a una amplia puerta de madera pulida. Saddith la abrió e invitó a Terisa a entrar sus aposentos asignados.

No necesitó un gran esfuerzo de percepción para ver por qué eran llamados los aposentos pavo real. Sus paredes estaban decoradas con una adornada profusión de plumas de pavo real, algunas colgando como penachos sobre las oscuras mesas de caoba, otras desplegadas en vistosos abanicos donde otros decoradores hubieran podido poner cuadros o tapices, otras aún formando una especie de dosel sobre la enorme y profunda cama cubierta de satén. La habitación de buen tamaño a la que entró Terisa era al parecer una sala de estar, cuyo suelo de piedra estaba cubierto por alfombras tejidas con dibujos de pavo real, los almohadones del diván y los sillones pintados con el azul y el púrpura casi negro típicos de los pavos reales; pero podía ver

el dormitorio a través de una entrada en arco a su derecha. Una puerta a su izquierda sugería un cuarto de baño.

Las lámparas situadas en torno a las paredes estaban apagadas, como lo estaban las velas en sus palmatorias sobre las mesas; pero las habitaciones estaban iluminadas por la luz del sol del atardecer que dejaba penetrar sus lanzas a través de varias ventanas acristaladas en la sala de estar y el dormitorio. Ésos, sin embargo, eran los únicos cristales visibles; aunque los buscó casi inmediatamente, Terisa no pudo descubrir ningún espejo..., ni encima del tocador en el dormitorio, ni siquiera en el cuarto de baño.

Se estremeció. Tanto el salón como el dormitorio tenían grandes chimeneas, pero ninguna estaba encendida. La luz del sol sobre las alfombras hacía brillar alegremente sus colores; sin embargo, fuera de las ventanas, el cielo parecía pálido, frío. El aire de las habitaciones era demasiado frío para que resultara cómodo. Y la ausencia de espejos parecía tener la fuerza de una premonición. ¿Cómo era capaz de decir que todavía seguía allí, que aún era real?

—Brrr —dijo Saddith—. Orison no sabía de tu llegada, mi dama, y así nadie pensó en calentar estas estancias. —Se dirigió de inmediato a la chimenea de la salita y empezó a preparar el fuego, usando madera y una caja de grandes astillas que tenía a un lado.

Terisa estudió sus aposentos. En el cuarto de baño, observó con ojos melancólicos el lavabo, la bañera y la taza del water (todos aparentemente de estaño galvanizado), así como la hábil disposición de las tuberías de cobre que proporcionaban agua corriente (pero no caliente). En el saloncito, probó los almohadones de un sillón. En el dormitorio, miró dentro de dos grandes armarios, que olían agradablemente a cedro seco pero no contenían nada. No se acercó a las ventanas, sin embargo. De hecho, se negó a mirarlas. Lo que había experimentado ya era suficientemente extraño; no estaba preparada para descubrir cómo era el mundo o el clima fuera de Orison.

Había tenido razón desde un principio: no había nada en sus habitaciones que pudiera utilizar como un espejo.

Cuando regresó a la salita, el fuego de ésta empezaba a crepitar. Saddith se puso en pie.

—Con tu permiso, mi dama, te dejo. El Rey tiene razón. Eres casi de la misma talla que dama Myste..., aunque —comentó con una sonrisa tímida— ella carece de algunas de tus virtudes. Debo hablar con ella para proporcionarte ropas acordes con tu rango. Y estoy segura de que ella podrá hacer alguna contribución también a las cosas necesarias para tu aseo.

Miró expectante a Terisa.

Transcurrió un momento antes de que Terisa se diera cuenta de que Saddith estaba aguardando a ser despedida.

No era así como la habían tratado los sirvientes de su padre. Sorprendida, y casi agradecida, reunió todo su valor para preguntar:

—¿No usáis espejos para nada excepto para la Imagería? No tienen que ser hechos de cristal. ¿Qué hay del metal pulido? Inesperadamente, Saddith se estremeció.

—Los Maestros dicen lo mismo..., pero ¿cómo podemos creerlos? Los Imageros no siempre quieren bien a las demás personas. Quizá todas las Imágenes sean peligrosas. Todo el mundo sabe que es peor que la muerte verse uno mismo en un cristal. Quizás el peligro no resida en el cristal, sino en la Imagen. —Hizo un gesto de rechazo—. No corremos el riesgo.

—Entonces, ¿cómo os miráis a vosotros mismos? ¿Cómo sabéis cuál es vuestro aspecto? ¿Cómo sabéis que sois reales? La doncella dejó escapar una risita ante aquello.

—Mi dama, veo lo que necesito en los ojos de los hombres.

Cuando Terisa le dio su permiso para retirarse con un movimiento de cabeza, Saddith se dirigió hacia la puerta. Al cabo de un momento había desaparecido.

Terisa se halló sola por primera vez desde que se había sentado frente a los espejos de su apartamento.

Se daba cuenta de que tenía mucho en que pensar, pero no fue eso lo que hizo. Se sentía abrumada por lo extraño de la situación, y deseaba escapar de ella. Evitando aún las ventanas, se dirigió al dormitorio. El aire no era aún lo bastante cálido como para animarla a quitarse sus ropas, así que simplemente deslizó los mocasines fuera de sus pies y se metió en la cama.

Aferrando fuertemente el cobertor en torno a sus hombros, se encogió en una pelota y se durmió.

Cuando despertó, pasó inmediatamente de su habitual sueño sin sueños a un estado de crisis.

No había espejos. Ningún espejo. Las paredes estaban decoradas con plumas de pavo real, y no podía verse a sí misma en ninguna parte. Las ropas de la cama estaban arrugadas, pero eso nunca había sido suficiente para decirle quién era..., cualquiera podía arrugar las ropas de una cama. Si se viera a sí misma ahora tal vez no tuviera ningún parecido con lo que esperaba, y era por eso por lo que *debía* hallar algún reflejo de sí misma, probarse de alguna forma que...

La luz había disminuido hasta casi el anochecer: apenas era la suficiente como para permitirle reconocer el lugar. Se extirpó de su miedo con un esfuerzo de

voluntad. El lugar donde estaba no encajaba con la forma en que lo recordaba. Tuvo una impresión de cambios —sutiles, insidiosos, enormes en sus implicaciones— en la forma en que la realidad había sido reacondicionada. La luz muriente fue lo primero que fue capaz de definir, y se aferró a ella porque era algo razonable, una indicación de que no había ocurrido nada más portentoso que el paso del tiempo.

Entonces se dio cuenta de que la chimenea del dormitorio estaba encendida.

No lo había sido recientemente: las llamas eran pequeñas sobre un profundo lecho de brasas; la rejilla brillaba con un alegre tono cereza; el aire era más cálido de lo que había sido antes.

Eso también podía explicarse, se dijo a sí misma, se insistió a sí misma. A juzgar por la luz, había dormido durante varias horas. Alguien había entrado y había encendido el fuego para ella mientras dormía. Era así de simple.

Pero la idea de gente cambiando cosas a su alrededor mientras dormía era demasiado aterradora para ser simple.

Dejó colgar los pies a un lado de la cama y se sentó. La suave textura entretejida de la alfombra bajo sus plantas le hizo recordar sus mocasines. Se los puso, arregló su blusa arrugada por el sueño y se levantó.

Nada terrible ocurrió. Su cuerpo parecía normal. La piedra y la caoba y las plumas no mostraban signos de disolución, de traslación. Su pánico dio unos pasos hacia atrás, y empezó a respirar un poco más fácilmente.

De acuerdo. Alguien había estado allí mientras ella dormía. Probablemente Saddith. Eso era fácil de comprobar.

Aunque cualquier movimiento parecía requerir una irrazonable cantidad de valor, se dirigió hacia el armario más cercano y lo abrió.

Estaba lleno de ropa.

Tras una primera mirada se dio cuenta de que la mayor parte de ella parecían ser trajes y mantos, pero vio también batas, faldas, blusas, chales, y un estante o dos de ropa interior. Eran el tipo de ropa que había visto que llevaban las damas de alto rango en Orison.

El otro armario estaba lleno también. Y en el tocador halló una impresionante cantidad de cepillos y peines, recipientes de cerámica conteniendo cremas y coloretes, frascos de cristal de perfume.

Su miedo dio media vuelta y se alejó, aunque se detuvo a media distancia para mirarla. Una niña que en su tiempo había disfrutado jugando con los vestidos y los cosméticos de su madre le devolvió una pequeña sonrisa. Casi pensó: Esto puede ser divertido, después de todo.

Pero luego oyó la risita de una mujer en la salita, el susurro de una voz masculina. Sobresaltada como si hubiera sido descubierta haciendo algo prohibido, corrió prácticamente fuera del dormitorio.

La mujer era Saddith, y la repentina aparición de Terisa la tomó por sorpresa: su involuntario sobresalto casi derribó la bandeja que sostenía en las manos.

—¡Mi dama! —exclamó, haciendo girar cómicamente los ojos—. Creí que todavía dormías.

El hombre era uno de los guardias que Geraden le había presentado antes..., Ribuld, el de la cicatriz que descendía por en medio de su rostro. Él también había sido sorprendido por la entrada de Terisa: su mano en el hombro de Saddith, y lo revuelto del pelo y el chal de la muchacha, sugerían que él tampoco había esperado una interrupción; de hecho, parecía que había intentado aprovecharse todo lo posible mientras las manos de Saddith estaban ocupadas con la bandeja que llevaba. Pese a todo, se apresuró a mostrar a Terisa una sonrisa que probablemente pretendía ser tranquilizadora.

En la puerta detrás de Saddith y Ribuld estaba Argus, el compañero de Ribuld.

—Esto está mucho mejor —murmuró Argus, con una sonrisa que mostró los dientes que le faltaban—. Una para cada uno.

Terisa se inmovilizó, repentinamente alarmada.

Tan pronto como Saddith recuperó el equilibrio, sin embargo, se apresuró a despejar los temores de Terisa.

—Cuidad vuestros modales, muchachos —dijo suavemente—. A mi dama no le gusta este tipo de humor. —Sin aparente esfuerzo, o malicia, golpeó fuertemente con uno de sus pies el tobillo de Ribuld.

Con un jadeo y una mueca, el hombre cojeó hacia atrás. Por un instante se sujetó la pierna con ambas manos. Luego se obligó a mantenerse erguido. Un fruncimiento de ceño, mezcla de pesar, furia y regocijo, crispó su cicatriz.

Tras él, Argus rió como un adolescente.

—Mi dama —dijo Saddith con orgullo—, no dejes que estos bribones te molesten. No son tan fieros ni tan hombres como a ellos les gusta pensar. —Argus aceptó aquella observación con abierta sorpresa; Ribuld intentó ignorarla—. Y no se atreverán a incurrir en tu desagrado. Aunque son evidentemente torpes, entre los dos poseen el buen juicio suficiente como para saber que si incurren en tu desagrado incurrirán también en el *mío*, y entonces... —dirigió a los guardias una radiante sonrisa por encima del hombro— ninguno de ellos volverá a caminar normalmente en su vida.

Esta vez, ambos hombres hicieron poderosos esfuerzos por no reaccionar.

—Ahora, mi dama —prosiguió la doncella—, te he traído algo de cena, por si quieres tomar algún alimento. Puesto que no sé lo que estás acostumbrada a cenar, he pensado que lo mejor sería empezar de una forma sencilla. Pero si esto no es de tu agrado, me apresuraré a traerte lo que pueda de lo que me pidas.

La maestría de Saddith en dominar la situación permitió que Terisa se tranquilizara. Geraden le había dicho que pretendía conseguir que aquellos dos hombres fueran asignados a ella, para su protección. Hasta entonces, no había demostrado que su juicio fuera especialmente bueno. Por otra parte, había sido aliviado de su responsabilidad hacia ella..., lo cual parecía implicar que Argus y Ribuld no estaban allí a petición suya. Con un esfuerzo de concentración, consiguió hallar su voz.

—¿Qué están haciendo ellos aquí?

—¿Esos dos? —bufó desdeñosamente Saddith—. No puedo imaginarlo. Es decir, sé exactamente *qué* están haciendo. Pero por qué han sido escogidos para hacerlo, no tengo ni la menor idea. Indudablemente el Rey Joyse le dijo al capitán de la guardia que debías ser custodiada, ya sea por protección o por honor, y el capitán mostró su escaso buen juicio asignándoles a ellos dos la tarea.

Con su áspero susurro, Argus murmuró:

—Creo que no deberíamos dejar que hablara así de nosotros, Ribuld. Cantaría una canción muy distinta si lauviéramos a ella sola.

—Si lauviéramos a ella sola, pedazo de mierda de cerdo —respondió Ribuld con igual sutileza—, ella no necesitaría actuar así. No podrías asustar a dama Terisa con tus lujuriosas atenciones. —Miró a Terisa, y cambió sus modales hasta conseguir algo ligeramente aproximado al respeto—. La verdad, mi dama, es que no estamos de servicio.

—¿No? —Saddith se mostró moderadamente sorprendida.

—El capitán no sabe que estamos aquí..., y estoy seguro de que el Rey tampoco. Estamos haciendo esto por Geraden. A primera hora de esta tarde pasó por el cuerpo de guardia y nos pidió que te vigilaráramos. Como un favor personal. No dijo qué era lo que le preocupaba, pero evidentemente estaba preocupado.

Encogió sus masivos hombros.

—Sí no nos quieres por aquí, puedes decir que nos vayamos. Tal vez lo hagamos. Pero creo que tal vez preferiríamos que antes se lo explicaras a Geraden. Puede que sea el hombre más torpe de Mordant, y demasiado joven para su edad además, pero no nos gustaría decepcionarle.

—Será mejor que digas —añadió Argus, en un intento de enunciado formal de sus buenos sentimientos que los huecos de sus dientes condenaban al fracaso— que

procede de una buena familia.

Aquella explicación dejó a Terisa con la boca abierta. No sabía qué hacer. Miró impotente a Saddith.

La doncella estudió a Terisa, miró sardónicamente a los dos guardias, luego suspiró.

—Oh, deja que se queden, mi dama. Son capaces de hacer mucho menos daño del que desean que creas. Y dudo que estuvieran dispuestos a insultar a Geraden incurriendo en tu desagrado. Como dice este pedazo de torpe —señaló a Argus con un gesto de la cabeza—, la familia del Domne está muy bien considerada..., y en especial Artagel, que se dice que posee la espada más afilada de todo Mordant. —Hizo un guiño de complicidad a Terisa—. Entre otras cosas. —Luego resumió—: Incluso el hombre más valiente palidecerá si insulta a Geraden y tiene que enfrentarse a Artagel como consecuencia de ello.

Era Geraden quien había deseado responder a sus preguntas, Geraden quien había parecido preocupado por lo que podía ocurrirle. Ahora había desafiado —o al menos desobedecido— las órdenes del Rey Joyse disponiendo una protección para ella. Como si con ello le diera un voto de confianza, murmuró:

—De acuerdo.

Como respuesta, Argus dio un codazo a Ribuld y sonrió.

—¿Qué te dije? Nos quiere. Bajo esas curiosas ropas ya ha empezado a picarle todo el cuerpo. Sólo que mi dama Terisa es demasiado caprichosa para mostrarlo todavía.

Saddith se volvió hacia él y empezó a preparar una respuesta, pero Ribuld se le adelantó agarrando a Argus por el brazo y tirando de él hacia la puerta, mientras gruñía:

—Oh, cállate, bobalicón. No hay ninguna mujer en Mordant lo bastante desesperada como para que le pique el cuerpo de deseo hacia ti. —Argus intentó protestar, pero Ribuld abrió la puerta y empujó a su compañero hacia el pasillo. En el umbral, se detuvo el tiempo suficiente para decir por encima del hombro—: Estaremos aquí fuera toda la noche, mi dama —luchando por sonar respetuoso contra sus inclinaciones naturales—, si nos necesitas para algo.

La puerta cortó en seco el estallido de risa de Argus.

Saddith hizo girar los ojos con un ridículo afecto, luego avanzó para depositar su bandeja sobre una de las mesas.

—Como estaba diciendo, mi dama, si esto no es de tu agrado, sólo tienes que decírmelo. Los cocineros de Orison son una maldita pandilla de chapuceros, pero estoy segura de que intentarán proporcionarte todo lo que deseas.

»Primero, sin embargo —prosiguió—, necesitas luz. —Se dirigió enérgicamente hacia la chimenea, encontró una ramilla entre los troncos, la prendió, y la utilizó para empezar a encender las velas y las lámparas.

Mientras la iluminación crecía a su alrededor, el débil resplandor de las ventanas pareció desvanecerse casi inmediatamente en la oscuridad, ocultando cualquier visión que Terisa pudiera tener del mundo exterior. Inesperadamente, sintió una débil decepción. Había perdido una oportunidad de mirar fuera y ver cómo era Orison, dónde y cómo estaba situado, qué tipo de entorno lo rodeaba. Antes, se había protegido contra aquel conocimiento; ahora lo deseaba. Su sueño debía haberle hecho más bien del que se daba cuenta.

Aquello explicaba también probablemente por qué parecía tener algo de hambre. Olvidó la cuestión de las ventanas y fue a mirar la comida.

Era familiar y sorprendente: tan familiar como el idioma hablado por la gente de aquel extraño lugar; tan sorprendente como el hecho de que aquella gente hablara un idioma casi idéntico al suyo. Según todas las apariencias, la bandeja contenía una gruesa loncha de jamón, aderezada con borraja y acompañada de pan moreno, queso suizo y judías verdes; la pequeña jarra contenía un pálido vino rosado. Y, de hecho, el jamón era inconfundible, del mismo modo que el pan. Bajo una inspección más detallada, sin embargo, la borraja parecía más bien tomillo, las judías verdes tenían una forma y un color ligeramente distintos del que estaba acostumbrada, y pese a su firme textura el queso sabía como tofu. El vino tenía un ligero aroma a canela.

Quizás hubiera debido temer que la comida de aquel mundo la pusiera enferma. A la vista de la creencia de Geraden de que tenía enemigos allí, quizás hubiera debido temer que la comida estuviera envenenada. Pero tales consideraciones parecían enteramente irreales. La gente a la que había conocido parecían seres humanos normales. Hablaban su idioma. Y, en lo que a ella se refería, ciertamente no era lo bastante sustancial como para ser objeto de malicia.

Sin más vacilación de la que había mostrado cruzando la habitación para examinar la comida, probó las judías verdes y descubrió que sabían a espárragos. Luego empezó con el pan y el vino.

—¿Te gusta, mi dama? —Saddith había terminado de encender las velas y lámparas tanto del saloncito como del dormitorio, y ahora estaba de pie observando a Terisa.

—Está muy bueno —respondió Terisa, como una niña obediente.

La doncella sonrió aprobadoramente.

—Entonces te dejaré ahora, mi dama. Si no quieres descansar y el anochecer se te hace largo, llámame. —Señaló el cordón de una campanilla que Terisa no había

observado porque quedaba oculto detrás de una de las exhibiciones de plumas de pavo real—. Hallaremos alguna distracción para ti. Quizá desees ayudarme a probarte algunas de tus ropas. Algunas de ellas supongo que te encajarán perfectamente. O tal vez desees otra compañía. Tanto dama Elegia como dama Myste desean conocerte, aunque ambas pensaban esperar hasta mañana a fin de que esta noche pudieras recuperarte de tu traslación. Ambas se sentirán fascinadas de conocer a una mujer Imagera.

Terisa ignoró aquella referencia a su supuesta maestría con los espejos.

—¿Quiénes son Elegia y Myste?

—Son las hijas de mi señor Rey. Tiene tres, de las que Elegia y Myste con la mayor y la más joven. La segunda, dama Torrent, vive con su madre la Reina Madin y Romish de Fayle. La Reina es la hija del Fayle.

Aquello respondía a la pregunta de Terisa. No sabía qué era Romish de Fayle, del mismo modo que no comprendía Domne o siquiera Orison. Pero ahora sabía que no deseaba conocer a Elegia ni a Myste aquella noche. No deseaba ver a nadie que suscitara más preguntas y ninguna respuesta. Sólo deseaba a Geraden..., o posiblemente (un hormigueante pensamiento) al Maestro Eremis, que tal vez la había considerado encantadora. Puesto que no podía pedirle a Geraden que corriera más riesgos por ella, declinó la oferta de Saddith.

—Creo que esta noche descansaré.

—Muy bien, mi dama. —Saddith hizo una cortés inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Pero junto a ella se detuvo, con una mano en el picaporte. Haciendo girar nuevamente los ojos, indicó a Ribuld y Argus al otro lado de la cerrada hoja. Luego mostró a Terisa el cerrojo que aseguraba la puerta desde dentro e hizo gestos de correrlo.

Terisa sonrió con alivio y gratitud.

—Gracias. Lo recordaré.

Saddith replicó con otra sonrisa y salió, cerrando suavemente la puerta tras ella.

Inmediatamente, Terisa fue a la puerta y corrió el cerrojo. A través de la gruesa madera pudo oír débilmente a Saddith, Ribuld y Argus hablar entre sí. Estuvo tentada de escuchar, simplemente porque no comprendía cómo una mujer joven podía tener aquel tipo de relación con aquellos hombres. Sin embargo, se retiró hacia la mesa donde le aguardaba la comida; y al cabo de uno o dos pasos las alegres voces se hicieron inaudibles.

Estaba sola.

Sorprendentemente, se sintió agradecida de la presencia de Argus y Ribuld al otro lado de la puerta. No eran exactamente tranquilizadores en sí mismos, pero —se dio cuenta lentamente— eran las primeras personas en aquella imposible situación que reaparecían tras una ausencia. Geraden la había atraído fuera de su propia vida a una estancia llena de Maestros, pero al poco tiempo todos ellos se habían ido. Había sido llevada al Rey, y había sido despedida de su estancia. A continuación había sido puesto a cargo de Saddith, y el Rey Joyse y el Adepto Havelock habían desaparecido en el pasado. Cada nueva persona con la que se encontraba podía haber sido creada únicamente para aquel encuentro; podía dejar de existir tan pronto como ella se dirigía hacia alguna otra.

Era concebible que absolutamente nada de aquello fuera real.

Ribuld y Argus, sin embargo, hablaban de Geraden como si tuviera una continuidad de existencia propia, aparte la de ella. Eran lo bastante sustanciales como para tener una relación con Saddith que no la incluía a ella, Terisa. En consecuencia, daban a entender que lo que le estaba ocurriendo a ella tenía continuidad, solidez, una fiable fidelidad a sus propias premisas y exigencias. Daban a entender que si fuera capaz de volver sobre sus pasos encontraría la estancia del Rey y la cámara de los Maestros allá donde las había dejado; que Geraden estaba vivo y de alguna manera activo no demasiado lejos, intentando hacer algo respecto a su preocupación por ella; que, por alocadas que fueran sus circunstancias, parecía que podía confiar en ellas tanto como había confiado siempre en su propio mundo.

Aquello era una conclusión más bien amplia que extraer de un hecho pequeño. Sin embargo, provisionalmente, la aceptó. La hizo sentirse un poco menos temerosa.

Una preocupación enteramente no metafísica la impulsó a caminar de nuevo a través de sus habitaciones para verificar que no había otras entradas. Luego se sentó y dio cuenta de su cena con al menos una aproximación al placer.

Cuando terminó de cenar, el vino le había dado una cierta somnolencia. Pero estaba aún demasiado inquieta para tomar en consideración el volver a la cama; así que decidió probarse algunas de las ropas que Saddith había traído para ella.

Muchas de ellas la frustraron: las presillas o lazos o botones o corchetes que las cerraban eran tan inconvenientes que no podía ponérselas sin ayuda. Pese a ello, sin embargo, la sorprendieron como elegantes y finamente confeccionadas. Y los mantos y batas y vestidos que consiguió ponerse por sí misma la hicieron anhelar un espejo en el que pudiera ver cuál era su aspecto. ¿Era posible que este escote o esta cintura apretada o estas mangas abombadas o este intrincado bordado la hicieran bella? Inmersa en lo que estaba haciendo, no se dio cuenta del paso del tiempo.

Se había puesto un manto color borgoña que llegaba hasta el suelo, hecho de suave terciopelo, con un ancho ceñidor y una capucha que podía echarse sobre la

cabeza y ocultar su rostro, y acababa de decidir quitárselo y volver a la cama para dormir un poco más, cuando la madera de la parte de atrás del armario frente al que estaba de pie se agitó y empezó a moverse hacia un lado.

Rozando unos contra otros, los paneles del fondo del armario se abrieron a un pozo de oscuridad.

De la oscuridad brotó una figura.

Si su intención había sido no hacer ruido, fracasó significativamente: sonidos de golpes y roces acompañaron todo su camino. La ropa colgada que bloqueaba su paso fue echada poco ceremoniosamente a un lado.

Pudo oír murmurar para sí misma a la figura:

—Tranquilo, tranquilo. —Su voz era vieja y aguda, vacilante, cuando murmuró —: Deslizarse al interior del dormitorio de hermosas mujeres. Jee jee. Oh, sigues siendo un demonio, ¿sabes? Los espejos sólo son cristales, pero la lascivia y el libertinaje permanecen.

Sólo entonces se dio cuenta de que la parte frontal del armario estaba abierta..., de que Terisa estaba de pie mirándole, con las manos sobre su boca y una expresión en sus ojos que tanto podía ser terror como hilaridad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —jadeó ella—. ¿Qué es lo que quieres?

Con sus gruesos labios temblando, el Adepto Havelock se encogió como si ella le hubiera amenazado con golpearle.

Pese a la alarma que pugnaba por brotar de su garganta, Terisa se dio cuenta del enorme conflicto entre su ascética nariz y su sibarítica boca, el desenfoque de sus ardientes ojos. Su contradictorio rostro le hacía parecer salvaje..., una apariencia agravada por los pocos mechones de pelo que quedaban en su cráneo. Y, sin embargo, parecía estar haciendo todo lo posible por calmarla. Sus manos hicieron gestos tranquilizadores; toda su actitud era no amenazadora, incluso deferente.

—Deliciosa —dijo, como si quisiera decir: Discúlpame—. Todas las mujeres son carne, pero tú eres su perfección. —No pretendía asustarte—. Ja, ja, deslizarse furtivamente en los dormitorios. —No voy a hacerte ningún daño—. Lascivia y libertinaje. —Puedes confiar en mí.

Estaba loco..., eso era indudable. Desgraciadamente, aquel conocimiento no era de mucha ayuda. Estaba loco, ¿y qué? ¿Qué podía hacer ella al respecto? No tenía la menor idea.

Mientras lo estudiaba cautelosamente, retrocedió uno o dos pasos para dejar más espacio entre los dos. Luego dijo:

—Hay dos guardias al otro lado de mi puerta. Los dos son fuertes, y tienen largas

espadas. Si grito... —dudó, y casi se sumió en el pánico cuando recordó que la puerta estaba cerrada por dentro con el cerrojo—, estarán aquí antes de que puedas tocarme.

Con las palmas extendidas, hacia ella, las manos del hombre siguieron haciendo movimientos apaciguadores. Partes de su rostro expresaban un miedo del que otras partes eran ignorantes: sus ojos giraron y su labio inferior cayó, dejando al descubierto unos amarillos y retorcidos dientes; pero su nariz y sus pómulos parecían demasiado decididos para admitir el miedo.

—Este invierno hiela mis huesos —dijo, como si fuera un alto secreto—. Nadie comprende el brinco.

Aunque estaban hablando en murmullos, se llevó un dedo a los labios. Luego se volvió hacia el armario e hizo un signo de que ella le siguiera.

—¿Quieres que me meta ahí dentro? —La tensión hizo que su voz temblara como la de él. La oscuridad tras las ropas colgadas era demasiado profunda para ser medida—. ¿Por qué?

Tan persuasivamente como le fue posible, él respondió:

—El Rey intenta proteger sus piezas. Individualmente. ¿De qué le sirve? De nada. De-na-da. Todo es estrategia. Hay que sacrificar a los hombres correctos para atrapar a tu oponente.

Mientras hablaba no dejaba de hacer gestos con la cabeza, animándola a unírsele.

—No, lo siento. —La idea de entrar en aquel lugar desconocido detrás del armario era más aterradora aún que la inesperada aparición del Adepto—. No puedo meterme ahí. —Estaba familiarizada con los espacios cerrados y oscuros. Pese a todos sus esfuerzos por olvidarlos, recordaba casi cada detalle de los tiempos en que sus padres la habían castigado encerrándola en un armario a oscuras. Había aprendido mucho acerca de su propia realidad en esas ocasiones. En uno de aquellos armarios había empezado por primera vez a sentirse desvanecer, a derivar fuera de la existencia en aquella oscuridad que lo anulaba todo—. Está demasiado oscuro.

—Jo ja ja —respondió él, y su tono era de súplica. Sólo podía mirarla con un ojo a la vez, y las arrugas de su rostro se crisparon en una súplica—. Oscuridad y lascivia. Apagamos las luces para que nadie vea como nos recreamos. No necesitas luz para ver la carne.

Rebuscó en un bolsillo de su sobretodo y extrajo un irregular trozo de cristal de aproximadamente el tamaño de su palma. Lo sostuvo de tal modo que ella no pudo mirarlo; pero tuvo la impresión de que era un espejo pequeño.

El hombre murmuró algo, pasando su mano sobre el cristal, y un haz de cálida luz amarilla tan brillante como la del sol brotó directamente de la superficie.

Brilló por todo el armario. Le mostró a Terisa que la oscuridad era un pasadizo de

piedra que se curvaba hacia abajo en el interior de la pared de la habitación.

Havelock apuntó su luz hacia el pasadizo para mostrarle a ella que era seguro. Luego le hizo de nuevo un vehemente gesto con la cabeza, pidiéndole, exigiéndole que fuera con él.

—No —repitió ella—. No puedo. No sé lo que quieres. No sé lo que intentas hacer conmigo. —Buscó alguna respuesta que pudiera penetrar en sus dementes intenciones y preguntó—: ¿Sabe el Rey Joyse que estás aquí?

Aquello fue evidentemente un error. De pronto Havelock se convirtió en el furioso viejo que había arrojado sus piezas al techo y había ido de un lado para otro en la estancia del Rey.

—¡Preocúpate de Joyse y todos sus escrúpulos! —rugió el Adepto, tan furioso que apenas fue capaz de contener su voz. Su rostro adquirió un apoplético color rojo. Y, sin embargo, consiguió dominarse: al menos retenía la cordura suficiente—. ¡Juega tan mal como sus hijas! Mujeres y estupidez.

Agitó las manos, hizo gestos que prácticamente gritaban: ¡Ven conmigo!

Para defenderse, ella respondió:

—Geraden me advirtió que el Rey tiene enemigos. ¿Estás intentando traicionarle?

Havelock se detuvo bruscamente. La miró como si ella acabara de golpearle. Por un segundo todo su rostro expresó solamente sorpresa y desánimo.

Luego, una expresión artera asomó a sus ojos.

Terisa tuvo la impresión de que el peligro se lanzaba contra ella. Pero era algo impreciso: no supo cómo reaccionar. Así que permaneció de pie donde estaba, impotente como un poste, mientras él alzaba su cristal y lo hacía brillar directamente hacia su rostro.

Era tan brillante como el sol; le hizo alzar las manos y retroceder para proteger sus ojos.

Tropezó contra la cama, casi perdió el equilibrio. Pero, antes de que pudiera caer o saltar a un lado, Havelock aferró su muñeca con una huesuda mano y tiró de ella hacia el armario.

No era tan fuerte como parecía. Si ella hubiera podido afirmar sus pies, hallar alguna palanca, hubiera conseguido soltarse. Sin embargo, él era demasiado rápido para eso.

Manteniéndola desequilibrada, la impulsó a través de la estancia, al interior del armario y hacia la abertura del pasadizo.

Unas cuantas lecciones

Tanteó con su mano libre a sus espaldas en busca de algo a lo que sujetarse. Pero soles de ceguera estallaron en su visión: fue incapaz de ver algo a lo que agarrarse. Entonces golpeó la piedra del pasadizo, y el frío aire ascendió hacia ella desde las invisibles profundidades. Havelock aminoró su marcha, dándole a sus pies tiempo de tantear las escaleras descendentes.

Probablemente Argus y Ribuld estarían dispuestos a rescatarla de aquel loco.

Desgraciadamente, su puerta estaba cerrada por dentro, y no tenía tiempo de gritar pidiendo socorro.

Sin embargo, su visión se aclaró rápidamente. El cristal de Havelock no le había causado ningún auténtico daño. Al cabo de un momento dejó de golpear contra las paredes, dejó de tambalearse en las escaleras. El Adepto tiraba de ella tras él tan firmemente como le era posible, pero ahora ella era capaz de ejercer un cierto control sobre la velocidad de su descenso.

Su cristal revelaba todo lo que había que ver de dónde se hallaban y hacia dónde iban. El pasadizo era estrecho y bajo: si ella hubiera sido más alta, se hubiera visto obligada a agacharse. Había giros bruscos y ramales cada vez que la escalera descendía otros tres o cuatro metros. Cabía suponer que los ramales conducían a otras entradas ocultas en otras suites y habitaciones.

Pero el pasadizo principal seguía hacia abajo.

La ausencia de telarañas y polvo acumulado implicaba que aquellos túneles de piedra eran usados con cierta frecuencia.

El aire empezó a ser poco a poco más frío a medida que el Adepto Havelock la arrastraba tras él.

Desacostumbrada a tal ejercicio, sus rodillas empezaron a temblar. Tenía la sensación de que llevaba bajando las escaleras desde hacía largo rato cuando el Adepto llegó a una pesada puerta de madera reforzada con hierro que bloqueaba su camino. No estaba cerrada con llave, pero él no la abrió inmediatamente. En vez de ello, tiró de la muchacha para que se acercara más a él. Luego soltó su muñeca.

Su luz, brillando sobre la puerta y los bloques de piedra de la pared, arrojó cómicas sombras sobre su rostro.

—Recuerda el brinco —susurró con voz intensa—. Ninguna otra cosa tiene significado.

Un gesto y un murmullo apagaron el cristal. En la repentina oscuridad, Terisa oyó

el susurro del sobretodo del hombre cuando éste devolvió el pequeño espejo a su bolsillo. Luego abrió la puerta y penetró en el lugar iluminado por lámparas que había más allá, como si no le importara si ella le seguía o no.

Contempló desde el umbral una enorme habitación cuadrada.

Estaba amueblada —y atestada— como un estudio de algún tipo. Una pesada columna atravesaba el centro del suelo, cuyas losas de piedra no estaban suavizadas o calentadas por ninguna alfombra u otro recubrimiento. Alrededor de la columna, sin embargo, había un cierto número de mesas, algunas de ellas inclinadas como la mesa de trabajo de un artista, otras planas y llenas de papeles y rollos de pergamino. Junto a todas las mesas había taburetes, aunque la mayor parte de ellos eran utilizados para sostener pilas de viejos libros o capa tras capa de documentos sueltos. Debajo de las mesas, el suelo estaba lleno de polvo. Al otro lado de Terisa, una entrada sin puerta conducía, aparentemente, a otras habitaciones. Cerca de la entrada había una cama de arrugadas ropas, con varias mantas arrojadas de cualquier modo por encima las manchadas sábanas grises, y sin almohada.

La luz procedía de lámparas de aceite en torno a las paredes y la columna. Su resplandor mostraba claramente los dos rasgos que la habitación que más llamaron la atención de Terisa.

A un lado había una pequeña mesa con dos sillas y un tablero. Todo ello estaba tan primorosamente tallado como el conjunto utilizado por el Rey Joyse. Pero no había ninguna pieza en el tablero.

Y las paredes estaban alineadas con puertas como aquélla por la que Havelock había entrado en la habitación. Todas estaban reforzadas con hierro y aseguradas con fuertes cerrojos.

Orison, se dio cuenta, debía estar acribillada de secretos.

Ignorándola ahora completamente, el Adepto se dirigió a la mesa de brinco, se sentó de espaldas a ella, y se inclinó sobre el tablero como si estuviera absorto en un juego.

Terisa carraspeó para hablar, luego se contuvo. Ella y el Adepto Havelock no estaban solos. Un hombre al que de algún modo no había visto al principio se volvió en su taburete, con el codo apoyado en el escritorio a su lado y la mejilla sobre su puño.

—Ah, estás aquí —dijo. Llevaba un atuendo gris sin adornos que parecía lo bastante cálido como para combatir la frialdad de la habitación (una frialdad que el Adepto no parecía sentir, pese a sus inadecuadas ropas), y que aumentaba su habilidad de mezclarse con el entorno. Pero sobre sus hombros llevaba atada la casulla amarilla de Maestro.

Terisa lo miró fijamente y se dio cuenta de que lo había visto antes. Tenía un rostro de conejo y unos ojos brillantes, una nariz que parecía fruncirse constantemente y unos dientes protuberantes. No era probable que se equivocara con él. Era el que había estado de acuerdo con Geraden en que su aparición ante la Cofradía probaba algo.

—Geraden condescendió finalmente a revelar dónde estabas —comentó, con un claro pero no severo sarcasmo—. Dama Terisa de Morgan. —No parecía particularmente impresionado. Por otra parte, su tono era educado: resultaba claro que no pretendía ofender—. Soy el Maestro Quillon.

»El Adepto Havelock... —el Maestro Quillon hizo una pausa para mirar a su alrededor—. Incidentalmente —interpoló—, éstos son sus aposentos, no los míos. Creo que tendría que buscar alguna forma de limpiarlos. Aunque tuviera que hacerlo yo mismo. —Luego volvió a lo que quería decir—. Sea como sea, sin embargo, el Adepto Havelock me ha pedido que te cuente algo acerca de la historia de Mordant..., el trasfondo, por así decir, de nuestros actuales problemas.

Apenas acabó de decir eso, la cabeza de Terisa se llenó de aire y empezó a flotar. Una repentina esperanza y alivio bailaron al unísono en su pecho. Finalmente, alguien iba a contarle lo que estaba ocurriendo.

Un momento más tarde, sin embargo, sus expectativas cayeron desde lo alto de la cabeza hasta la boca de su estómago con un sonido de plomo. ¿*Havelock* le había pedido al Maestro Quillon que hablara con ella? Bruscamente preguntó:

—¿Cómo?

El Maestro la miró interrogativamente.

—¿Cómo qué?

—¿Cómo te lo pidió él? ¿Cómo sabes lo que él quiere? El Maestro Quillon frunció la nariz y se encogió de hombros, con la mejilla apoyada aún en su puño.

—Tiene sus momentos lúcidos. Y debes recordar que ha sido así durante años. Hemos tenido tiempo más que suficiente para acostumbrarnos a él. Ocasionalmente es capaz de hacerse entender.

Bien, pensó ella, eso parecía bastante cierto..., si arrastrar a la gente escaleras abajo por la pura fuerza podía calificarse de «hacerse entender». Pero como explicación no bastaba.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó—. Suponiendo que tengas razón..., que no hayas interpretado mal lo que realmente desea..., ¿por qué hacerlo? Tanto el Maestro Barsonage —dudó brevemente ante el nombre— como el Rey le dijeron a Geraden..., no, le *ordenaron*, que no respondiera a ninguna de mis preguntas. —Lo que estaba diciendo le parecía cada vez más audaz, cada vez más peligroso. ¿Cuándo

había empezado a hablarle así a la gente? Pero su impulso la empujó hacia delante—. ¿Por qué desobedecerlos a ambos? ¿De qué lado estás?

Como respuesta, el hombre parpadeó hacia ella como si la lógica de su posición fuera evidente por sí misma. Sin embargo, fue lento en responder.

—No es tan sencillo como lo haces aparecer. Pese a su —el Maestro miró a Havelock—, hum, aflicción, el Adepto Havelock sigue siendo la cabeza nominal de la Cofradía. Y hay algunos entre los Imageros que consideran sus anteriores servicios a nosotros, y por supuesto a todo Mordant, tan grandes que sigue mereciendo gratitud y respeto, incluso obediencia. ¿Te negarías a los deseos de tu padre si empezara a actuar de una forma un tanto extraña en su vejez?

Afortunadamente para Terisa, aquello se suponía que era una pregunta retórica. Sin aguardar ninguna respuesta, el Maestro Quillon prosiguió:

—Además, hay veces en las que debes definir tus lealtades. El Maestro Barsonage es un hombre honorable que intenta ser imparcial, pero en su corazón teme testarudamente las consecuencias de cualquier decisión o acción. En cuanto al Rey Joyse... —Suspiró—. Han pasado años desde que mostró comprender significativamente lo que ocurría a su alrededor, y sus juicios son sospechosos.

Aquello no la satisfizo, pero había llevado su temeridad tan lejos como se atrevía. El viejo hábito de la reticencia y la deferencia, su coloración protectora emocional, se reafirmaron y la echaron hacia atrás. El Maestro Quillon tenía claramente intención de hablar con ella, y sin embargo temía irracionalmente que diciendo aquello hubiera condenado lo que el hombre deseaba contarle, lo que ella necesitaba saber.

Sin embargo, sus dudas se negaron a retirarse. Con cautela, adoptó un enfoque distinto.

Señaló al Adepto y preguntó:

—¿Por qué lo llaman «el Esbirro del Rey»?

Quillon suspiró de nuevo y se enderezó en su taburete.

—Mi dama... —hizo un gesto vago a su alrededor, como si de pronto estuviera cansado de todo aquello—, ¿quieres sentarte?

Obedientemente, ella localizó un taburete libre y lo acercó al escritorio al lado del de él.

No estaba acostumbrada a las ropas que llevaba..., la hicieron sentirse extraña cuando trepó al taburete, como si fuera una percha alta. Pero cuando estuvo sentada y con la espalda apoyada en el borde del escritorio se sintió bastante segura.

El Maestro Quillon empezó:

—Supondré que no sabes nada de nosotros ni de nuestros problemas. —Su

aspecto seguía siendo el de un conejo, y su nariz parecía fruncirse cada vez que reunía sus pensamientos; pero la forma en que hablaba contenía una nota de dignidad—. Si eso no es cierto, por favor, no te sientas insultada. No hay ninguna otra forma en que pueda respetar los secretos que poseas.

»Resulta difícil saber cómo o cuándo empezar. En cierto sentido, tenemos dos historias: la de los reinos y la de la Imagería, que no se convierten en una hasta un tiempo relativamente reciente, de hecho hasta que el Rey Joyse y el Adepto Havelock las obligaron a juntarse. Estoy seguro que apenas podrás creerlo, viéndolos ahora, pero en su juventud recorrían Mordant y el resto de nuestro mundo como héroes, sacudiéndolo hasta darle nueva forma simplemente porque creían que era un trabajo que debía hacerse.

»Ambas historias, sin embargo, son historias de fragmentación.

»De hecho, no existió Mordant, y tampoco la Cofradía, por supuesto, hasta que el Rey Joyse los creó. Oh, había una región que llevaba por nombre “Mordant”, pero no era más que una colección de insignificantes principados atrapados entre el antiguo poder de Cadwal al este y la nueva fuerza de Alend al norte y al oeste. Esos principados eran lo que ahora llamamos los Cares: el Care de Armigite, el Care de Perdon, y así sucesivamente..., pero en realidad eran menos sustanciales que lo que los Feudos de Alend llaman las propiedades señoriales. Sobrevivían solamente porque juntos servían como una especie de colchón entre Alend y Cadwal, que siempre estaban en guerra.

»Alend y Cadwal son realmente contiguos a lo largo de los últimos ciento treinta kilómetros o así del río Swoll, pero esa zona es infranqueable, un pantano que va hasta el mar y prosigue a lo largo de la costa... —Empezó a mirar a su alrededor mientras hablaba, y al cabo de un momento su explicación murió—. Havelock —preguntó con voz distante, como si estuviera hablando consigo mismo o no esperara una respuesta—, ¿tienes un mapa? Tiene que haber uno en algún lugar en este caos. Debería mostrarle dónde se hallan en relación entre sí esas cosas.

El Adepto Havelock no alzó la vista de su tablero. Ferozmente concentrado, dispuso de nuevo las piezas que imaginaba frente a él, y empezó a estudiar la nueva configuración.

—Bueno, no importa —murmuró el Maestro. Volvió su atención a Terisa y reanudó—: Incluso sin un mapa, estoy seguro de que comprenderás el asunto. Debido al pantano, Cadwal y Alend sólo pueden acercarse el uno al otro a través de Mordant, que es, esencialmente, una llanura fértil entre los ríos Pestil y Vertigon. Alend es demasiado montañoso..., Cadwal demasiado seco. En consecuencia, ambos han deseado Mordant desde hace siglos, tanto por sí mismo como por constituir un gran paso adelante hacia la derrota del oponente.

»Para decirlo con palabras sencillas, los principados de Mordant sobrevivieron siendo conquistados por uno y otro lado, generación tras generación..., y siempre poniéndose de lado de la que fuera de las dos potencias que estuviera ausente en aquel momento. Debido a que Mordant existía a piezas, cada pieza era tomada fácilmente, pero resultaba difícil de retener. Cadwal, por ejemplo, podía hacerse dueño del Care de Perdon, o del de Tor. Alend podía tomar Termigan o Domne. Inmediatamente, el señor del Care, el Perdon o el Tor, el Termigan o el Domne, juraban alianza eterna a su nuevo príncipe. Al mismo tiempo, empezaban a buscar formas de traicionar a ese príncipe. Así, Cadwal podía deslizarse al interior de Termigan, o Alend al de Tor, y la gente del Care era liberada, con gran regocijo. Inmediatamente, sin embargo, el nuevo príncipe reemplazaba al antiguo. Y así todo el proceso se iniciaba de nuevo, variando sólo en detalle cuando Cadwal o Alend efectuaban un esfuerzo convulsivo para conquistar toda la región. Y así resistían los Cares.

»Por supuesto, todo ese derramamiento de sangre era terrible. Naturalmente, un cierto número de hombres luchaban voluntariamente y arriesgaban sus vidas. Pero constituían una pequeña minoría de las víctimas. Los campesinos de Mordant eran constantemente mutilados o reclutados, violados o expulsados de sus tierras..., brutalizados en cualquier forma que los caprichos de los tiranos sugerían. La única razón de que Mordant no quedara totalmente despoblado era que tanto Cadwal como Alend necesitaban lo que podían hacer crecer en sus campos y en sus colinas, de modo que se veían obligados a importar mano de obra, normalmente esclavos, en especial de Cadwal, para reemplazar a los campesinos perdidos. Esos trabajadores hallaban invariablemente que la vida de campesino era mejor que la vida de esclavo o de siervo forzado, y así juraban lealtad al Care en el que se hallaban. De esa forma era renovada la población de Mordant.

»Pero tales cosas se reducían solamente a derramamientos de sangre y tiranía. La situación de Mordant se hizo mucho más difícil con la Imagería.

»¿Te estoy aburriendo, mi dama?

Terisa se sorprendió al darse cuenta de que había bostezado. El vino, un largo día, y la reacción tras el shock de la aparición y el comportamiento de Havelock, hacían que se sintiera soñolienta. Sin embargo, sacudió la cabeza.

—Simplemente me pregunto qué tiene que ver todo esto conmigo.

Un poco acerbamente, el Maestro respondió:

—«Tiene que ver» contigo porque estás aquí. Afectará todo lo que te ocurra mientras estés entre nosotros.

—Lo siento. Por favor, prosigue.

—Muy bien —dijo rígidamente Quillon. Su nariz se frunció por un momento.

»En esos días, parecía que todo hombre de importancia tuviera a su servicio, o empleara, a un Imagero de algún tipo..., o sirviera o fuera empleado por un Imagero. El propio Cadwal se vio elevado a la grandeza gracias al primer archi-Imagero. Y tan recientemente como en el siglo pasado el Monarca de Alend utilizó toda una batería de Imageros para llevar los Feudos de Alend a una confederación.

»Aquí también, la situación se vio fragmentada. El talento que puede crear un Imagero no es común, pero tampoco es raro. Y, en tiempos de guerra, parecen brotar bajo cualquier seto.

»Como resultado de ello, Cadwal ha tenido a veces ejércitos en los que *cada* capitán era secundado por un Imagero. Alend llegó a ser casi igual de poderoso. Y, por supuesto, cada señor en Mordant era defendido por un Imagero que dependía de él para apoyo, patrocinio o facilidades. Como estoy seguro que debes imaginar, el cristal que forma los espejos no es algo que pueda ser simplemente extraído de la arena que puedes encontrar detrás de alguna cabaña. Estudiar, desarrollar y usar los espejos requiere equipo, tintes, hornos y muchas otras cosas, de modo que cualquier Imagero no nacido rico se veía siempre obligado a aliarse de alguna manera con la riqueza.

»Pero estoy divagando.

»Me pregunto, mi dama —dijo lentamente—, si posees el conocimiento o la experiencia necesarios para imaginar los estragos que pueden causar una docena de Imageros, luchando entre sí y con ejércitos, además de los hombres y mujeres inocentes que resulten hallarse en su camino. Piensa en ello, si puedes. Aquí tenemos a un Imagero cuyo cristal muestra un mar de lava. A su palabra, la piedra fundida fluye hacia fuera, devorando su propia mortandad mientras avanza. Ahí se yergue un Imagero cuyo cristal muestra un alado leviatán que puede tragarse el ganado entero. A su palabra, la bestia es trasladada aquí para devastar y matar hasta que él la llame de vuelta..., o hasta que algún otro Imagero conciba un medio de matarla. Y sólo son dos hombres. Considera cincuenta de ellos, o un centenar, Imageros grandes y pequeños, todos dedicando lo que hay en sus espejos a la batalla y al derramamiento de sangre.

»Quizás en tu mundo la Imagería sea utilizada para otros propósitos. Tal vez proporcione comida para los hambrientos, agua contra la sequía, energía para mejorar al conjunto de todos los hombres. Ésa no ha sido nuestra historia.

»Una consecuencia —suspiró— es que el conocimiento de la Imagería, la comprensión de lo que es, cómo funciona, y cómo puede ser usada, ha avanzado poco de una generación a la siguiente. Los Imageros han tendido a guardar celosamente sus secretos, como protección de sus vidas, y así la diseminación de nuevas ideas,

intuiciones o técnicas ha necesitado décadas. De hecho, no hubiera ocurrido en absoluto si la fabricación de espejos no fuera lo suficientemente ardua como para requerir Aprs. Pero cada Imagero necesita ayuda, y así tiene que enseñar a algunos jóvenes con el talento necesario para que le proporcionen esa ayuda. En ese sentido, se han hecho lentos progresos.

»Es una historia bárbara, mi dama. —Esta vez, su sarcasmo iba dirigido hacia otro lado—. No somos tradicionalmente un pueblo humano o escrupuloso.

»El Rey Joyse intentó cambiarnos por completo.

»Havelock —se volvió en su taburete para mirar al Adepto—, un poco de vino sería una amabilidad por tu parte. Hablar tanto reseca mi garganta.

Havelock se levantó inmediatamente de su silla y cojeó hacia el lado opuesto de la estancia, detrás de la columna. Cuando regresó, llevaba una vasija de gres y un vaso de arcilla. El vaso tenía el aspecto de no haber sido limpiado nunca a lo largo de la última década.

Sin ceremonias, depositó la vasija al lado del Maestro Quillon y metió el vaso entre sus manos.

—Poseemos una bárbara historia —musitó el Adepto, agitando sus cejas a Terisa —, porque bebemos demasiado vino. Vino y fornicación no pueden mezclarse.

Regresó a su mesa y siguió jugando su invisible partida.

El Maestro Quillon miró malhumorado el vaso. Finalmente, lo limpió con la manga de su ropa. Murmurando para sí mismo, echó un poco de vino y le pasó el vaso a Terisa. Luego alzó la jarra a su boca y bebió.

Terisa también deseaba beber. Pero la mancha oscura que había quedado en la manga de Quillon la disuadió.

—Como decía —empezó de nuevo el hombre, mientras se secaba los labios con las puntas de los dedos—, el Rey Joyse se dedicó al trabajo de cambiarlo todo.

»Puedo explicarte muy simplemente lo que hizo. Primero conquistó todos los principados de Mordant, algunos por la fuerza, otros por la persuasión. Y, cuando hubo convertido Mordant en un reino separado y soberano, empezó a librar una extraña guerra contra Alend y Cadwal a la vez. En batalla tras batalla, incursión tras incursión, durante la mayor parte de dos décadas, no tomó ningún territorio, no reclutó ningún soldado, no masacró ningún campesino. De hecho, no hizo nada por alterar las estructuras normales de poder en ninguno de los dos países. Todo lo que hizo —el Maestro se frotó vigorosamente la nariz para que no siguiera frunciéndose — fue tomar prisioneros a todos los Imageros que pudo encontrar y los trajo aquí, a Orison. Al mismo tiempo, ofreció patronazgo universal y seguridad a todo Imagero que se le rindiera voluntariamente. Al final, los había coleccionado a todos..., o

creímos que lo había hecho. Desde las montañas occidentales de Alend hasta los desiertos orientales de Cadwal, no había Imageros en ninguna parte excepto aquí.

»Y, cuando los tuvo a todos juntos, no hizo lo que Cadwal y Alend temían desesperadamente. No intentó convertir todo aquel talento hacia la Imagería en su fuerza de lucha personal. En vez de ello, creó la Cofradía. Y la puso a trabajar..., un trabajo pacífico. Muchas de sus tareas implicaban el estudio de problemas específicos. ¿Podía ser utilizada la Imagería para aliviar la sequía? ¿Podían los espejos apagar incendios? ¿Podían los Imageros construir carreteras? ¿Extraer granito de las canteras? ¿Fertilizar el suelo?

»Las cuestiones de riqueza las dejó el Rey Joyse a Alend y Cadwal. —El Maestro Quillon estaba divagando de nuevo—. Alend tenía oro. Cadwal tenía gemas. Mordant no necesitaba nada de ello. Cosechas y ganado, comida y telas y vino, ésa era la fuerza y la riqueza de Mordant.

»Pero, por encima de todos estos trabajos, había otra misión más grande. El Rey Joyse ordenó a la Cofradía que definiera una ética para la Imagería. Ordenó a los Imageros que respondieran a la gran pregunta moral de la Imagería: ¿son los seres y las fuerzas y las cosas que surgen de los espejos creados por la traslación, o poseen una existencia anterior propia, de la que son extirpados por esa traslación?

»Todo muy sencillo, ¿no? En absoluto. —Quillon dio otro sorbo de la jarra, se secó nuevamente los labios—. Como puedes adivinar, mi dama, me siento mucho más impulsado a explicar *cómo* hizo el Rey todas esas cosas.

»Si los informes sobre él son ciertos, lo hizo, esencialmente, siendo el tipo de hombre por el cual otros hombres, y también mujeres, estaban dispuestos a morir.

»Nació en el principado que es ahora su Demesne, y se convirtió en el señor de Orison, aunque Orison era más pequeño entonces, a la edad de quince años, cuando su padre fue descubierto intentando traicionar al tirano de Cadwal que por aquel entonces retenía el principado..., fue descubierto, y mediante bueyes le fueron arrancados lentamente miembro tras miembro frente al joven Joyse y toda su familia, como si ese tipo de lección pudiera enseñarles lealtad. Él era apenas algo más que un muchacho, pero poseía ya una cualidad que hizo que un hombre fuerte y, hum, quizá sabio —miró a Havelock—, un Imagero, se convirtiera en su más fiel amigo. Lo que el muchacho hizo a partir de entonces, lo hicieron él y ese Imagero juntos.

»Lo primero que hicieron fue escapar en mitad de la noche, dejando que su familia se enfrentara a toda la irritación del príncipe de Cadwal.

»Naturalmente, esto no elevó la estima en que lo tenía su pueblo. Así que todos se mostraron más bien sorprendidos cuando regresó al poco tiempo al mando de una fuerza desde el vecino Tor, arrojó a los de Cadwal, y separó personalmente al príncipe de su cabeza.

»Resultó que Tor se hallaba por aquella época en un período de independencia. Y estaba en cierto modo más acostumbrado a la independencia que algunos otros principados, puesto que se hallaba situado con las montañas a su espalda y Perdon, Armigite, Donne y Termigan a su alrededor..., y en consecuencia resultaba difícil conquistarlo. El joven Joyse insistió ante el Tor, que por aquel entonces era también lo bastante joven como para sentirse audaz, explicándole que la única esperanza para su pueblo, y para todo Mordant, era la unión de los Cares contra Alend y Cadwal a la vez. Al Tor le gustó la idea. También le gustó el joven Joyse. Por otra parte, no le gustaba arriesgar demasiado de su Care. Así que le entregó a Joyse escasamente doscientos hombres para que los utilizara contra los más de dos mil de Cadwal.

»Joyse y su Imagero y aquellos doscientos hombres, sin embargo, necesitaron solamente tres días para liberar el Demesne. Antes del atardecer del tercer día, una nueva bandera ondeaba sobre Orison..., el estandarte de Mordant.

»Puede que te preguntes cómo consiguió eso. Sólo puedo decirte que el Rey Joyse y sus fuerzas hicieron un extenso uso de los pasadizos secretos por los que Orison ha sido siempre famoso. Al parecer —comentó el Maestro Quillon, como de pasada—, Orison fue siempre un hervidero de intrigas y contraintrigas, desde que fue erigida su primera torre. Sus ataques fueron dirigidos también desde un principio a los Imageros de Cadwal antes que a la soldadesca. De hecho, ahorró las vidas de tantos soldados como pudo. Cuando todo hubo terminado, les ofreció que eligieran entre servir con él o la libertad. Aquéllos que eligieron su servicio se convirtieron en el núcleo de la guardia que finalmente unificó Mordant, y que desde entonces ha desafiado con éxito tanto a Alend como a Cadwal durante décadas.

»Entonces, su pueblo cambió la mala opinión que tenía de él y la convirtió en un intenso entusiasmo.

»Con un apoyo considerablemente mayor ahora por parte del Tor, el joven Joyse se dedicó a liberar Perdon. Luego, los tres Cares dirigieron su atención a Armigite y a Termigan. Donne cayó ante ellos casi sin esfuerzo..., siempre había sido el último de los Cares, aunque el Demesne es más pequeño. Finalmente, en la más salvaje y costosa batalla a la que se había enfrentado hasta entonces, Joyse liberó Fayle de Alend y se convirtió en Rey.

»No adornaré este relato con detalles. Puedes imaginar, estoy seguro de ello, que todos los Cares juraron fidelidad al Rey Joyse, pero no todos mantuvieron sus juramentos, hasta que él les enseñó que debían hacerlo. Puedes imaginar que la mayor parte de sus primeros éxitos nacieron del hecho de que ni Alend ni Cadwal esperaban lo que hizo, y así las guerras auténticamente crueles por la independencia de Mordant se lucharon más tarde, cuando sus enemigos comprendieron lo que había ocurrido y se alzaron con todas sus fuerzas contra él. Baste decir que transcurrieron

veinte años antes de que el dominio de nuestro Rey sobre Mordant fuera lo suficientemente seguro como para permitirle empezar el trabajo de reunir Imageros.

»Eso fue hace treinta años —murmuró el Maestro, escrutando la boca de la jarra para ver cuánto vino quedaba—. Para aquéllos de nosotros que recordamos parte de todo ello, fue algo grande. Incluso los más jóvenes, como yo, pensaron que todo lo que tocaba el Rey adquiriría algún tipo de santidad, la estatura del heroísmo y de las grandes gestas.

El desgranar de su relato —o los efectos del vino— le estaban haciendo hablar cada vez más lentamente. Sus mandíbulas se movían indecisas, como si masticara. Quizá no sabía mucho más que debiera decirle a Terisa. O quizá simplemente estaba pensando en darle otro tiento a la jarra.

—Sigue —dijo suavemente ella. Deseaba saber cómo el Rey del relato de Quillon se había convertido en el frágil viejo que había conocido..., un hombre tan ineficaz que incluso los que le habían adorado cuando eran pequeños le desobedecían ahora casi sin ninguna razón—. Cuéntame qué ocurrió.

El Maestro Quillon hizo una mueca.

—Bien. Por supuesto, con su amigo para aconsejarle y guiarle y ayudarle, lo primero que hizo fue empezar a reunir Imageros. Y los Imageros estaban tan acostumbrados a ocultar sus secretos los unos de los otros, a considerar a todos los demás como enemigos, que la mayoría se mostraron reluctantes a ser reunidos. Además, naturalmente, Cadwal y Alend hicieron todo lo que estuvo en su poder para impedir su acceso a los recursos de la Imagería. Los tres reinos existían en un estado de guerra permanente, una guerra no declarada, pero una guerra pese a todo..., y en ocasiones el Rey Joyse tuvo que martillar a sus enemigos hasta romperlos. Pero también utilizó todo tipo posible de astucia y engaño. Sobornó. Envió pequeños grupos en incursiones relámpago. Compró mensajeros, consejeros, capitanes, cualquiera que pudiera conocer el paradero de un hombre que le interesaba especialmente. Incluso llegó hasta tan lejos como a secuestrar a las familias de algunos Imageros y retenerlas como rehenes hasta que los Imageros se rindieron. Fue un trabajo mucho más complejo y difícil que el proceso de forjar Mordant de sus separados Cares. Le costó otros veinte años.

Se detuvo de nuevo. Esta vez, sin embargo, dio un brusco trago de su jarra y prosiguió su narración.

—Pero lo más importante del trabajo había sido completado ya cinco años antes. Sólo quedaba un obstáculo. El Monarca de Alend y el Gran Rey de Cadwal, no te sorprenderá oírlo, no confiaban en el Rey Joyse. Temían lo que estaba haciendo, pese a que después de cada una de sus incursiones y batallas dejaba sus reinos esencialmente igual que como los había encontrado. A sus ojos, ése era un

comportamiento alocado, y la locura no inspira confianza en los enemigos mortales. Y, por supuesto, si él tenía Imageros y ellos no, se encontraban indefensos ante él.

»El Gran Rey de Cadwal, sin embargo, fue más impulsivo y menos escrupuloso que el Monarca de Alend en su respuesta a la amenaza. El Gran Rey Festten, que aún gobierna Cadwal desde la gran ciudad costera de Carmag, cuyos minaretes se alzan orgullosos sobre las rocas y el mar, y donde todo vicio exótico conocido del hombre es alimentado en el terreno abonado de los ricos y el poder —el Maestro Quillon no parecía tener una muy buena opinión de Carmag—, Festten empezó a reunir también Imageros. Formó una fuerza de quizá treinta hombres, cada uno de ellos poderoso en Imagería, y puso por encima de todos ellos al archi-Imagero Vagel. Además, otorgó a su campeón personal de batalla, el Monomach del Gran Rey, la responsabilidad de proteger a sus Imageros. Defendidos por las incomparables proezas del Monomach, aquella cábala se dedicó principalmente a las artes de la violencia, y a la defensa de Cadwal, y a desafiar al Rey Joyse.

Sin advertencia, el Adepto Havelock alzó la cabeza como si de pronto hubiera decidido escuchar lo que estaba diciendo el Maestro Quillon.

—Transcurrieron cinco años antes de que el Rey hallara los medios de romper la cábala —prosiguió el Maestro—. Y, entonces, la mayor parte de sus miembros tuvieron que ser asesinados. Se habían vuelto demasiado *aclimatados* —murmuró lúgubrementemente— a la árida moral y a los lujuriosos placeres de Cadwal. No podían aceptar el trasplante. Por aquel entonces, se creía que el archi-Imagero había perecido también. Pero ahora se cree que aún sigue con vida..., vivo y oculto en algún lugar, planeando maldades.

»El Monomach del Gran Rey, por supuesto, fue ejecutado por su fracaso, y fue elegido otro para ocupar su lugar.

Con un amplio movimiento de su brazo, Havelock barrió su tablero como si estuviera derribando todos sus hombres al suelo. Luego se puso en pie. Se dirigió a Terisa y Quillon, acarició la manga de la muchacha, rió lujuriosamente, y asintió en dirección a la aún abierta puerta que los había admitido al interior de aquella estancia. Cuando ella le miró, hizo girar los ojos y movió enérgicamente la cabeza.

—Tiempo y marea no aguardan a ningún hombre —dijo, como si se hallara en una de sus fases lúcidas—, pero todo el mundo aguarda a las mujeres.

—No, Havelock —dijo Quillon, con más firmeza de la que Terisa había esperado de él—. Indudablemente tú lo sabes mejor que yo. Pero voy a contarle el resto.

Por un instante, el rostro del Adepto se vio invadido por la ferocidad. Cerró fuertemente un ojo para poder fruncir el otro de forma asesina al Maestro Quillon. Pero Quillon no se inmutó, y el humor de Havelock cambió casi inmediatamente. Su expresión se relajó a una carnosa sonrisa.

—Espérame, Vagel —dijo con voz aguda, como un niño en medio de un juego—. Ahora vengo. Jee jee. Ahora *vengo*.

Guiñó un turbio ojo a Terisa, se dio la vuelta, y empezó a rebuscar algo en la mezclanza que cubría uno de sus escritorios.

El Maestro se encogió de hombros. Echó hacia atrás la cabeza, bebió lo que quedaba del vino, y depositó la jarra a su lado con un seco golpe. Sus ojos empezaban a estar algo turbios, y dos manchas rojas en sus mejillas hacían la competencia a la punta de su nariz.

—Eso fue hace diez años, mi dama —dijo con tono sombrío—. Durante cinco de esos años, estuvimos relativamente seguros. Las defensas que el Rey Joyse había creado nos mantenían relativamente a salvo. La mayor parte de Mordant vivía en una paz relativa. La Cofradía superó sus peores conflictos, tanto de personalidad como de confianza, y se unificó relativamente, en especial cuando la generación más vieja, los hombres que recordaban con añoranza cómo había sido la vida para ellos antes de que apareciera el Rey Joyse, empezó a morir. Pese a crear la Cofradía, por supuesto, el Rey Joyse no podía controlar o limitar el nacimiento del talento para la Imagería en ninguna parte del mundo. Pero tenía el control del *conocimiento* de la Imagería. El talento podía hallar salida solamente acudiendo a Orison y aceptando la servidumbre de convertirse en un Apr. Alend y Cadwal estaban bastante tranquilos. La mayoría de nosotros —su sarcasmo volvió— éramos relativamente inmunes al desorden de los asuntos domésticos del Rey.

»Durante cinco años no nos dimos cuenta, porque no queríamos darnos cuenta, de que esta chispa estaba muriendo. Quizá debido a que no le quedaba nada enorme o heroico que hacer, estaba dejando de ser el hombre que tantos de nosotros habíamos amado.

»Pero, finalmente, tuvimos que darnos cuenta. Oh, *tuvimos* que hacerlo. —El Maestro Quillon iba mostrándose más amargo por momentos—. No podíamos ignorar que algo malvado estaba corriendo libre por Mordant.

»Un Imagero había empezado a trasladar horrores y abominaciones fuera de sus espejos y a liberarlos aquí para que merodearan por el país y actuaran allá donde pudieran encontrar víctimas.

En la frialdad de la habitación, una sensación tensa se deslizó por el cráneo de Terisa y a lo largo de su espina dorsal.

—Es fácil suponer que se trata de Vagel. Es tan razonable como cualquier otra suposición. Siempre ha sido un experto en descubrir en sus cristales hombres y monstruos y fuerzas de destrucción. Y las consecuencias de sus traslaciones no han alterado nunca mucho su consciencia. Pero nadie sabe dónde halla su patronazgo, los recursos, para fabricar sus espejos.

»Suponemos que los halla en Alend o Cadwal..., pero todas sus Imágenes golpean en lo más profundo de Mordant, y es inconcebible que tales espejos puedan ser hechos en algún otro lugar y luego traídos hasta aquí a través de todas esas distancias sin que alguna noticia al respecto llegue finalmente a oídos de Orison.

»Pero, si no son Cadwal o Alend, entonces, ¿dónde? ¿Quién en Mordant se atrevería a suscitar una amenaza así contra el reino? ¿Y por qué el Rey Joyse no hace nada al respecto?

»Quizás en los primeros años del peligro fueran indicadas la paciencia y la cautela. Después de todo, los ataques no se producían a menudo. Cadwal o Alend aparecían como la fuente probable. Resultaba comprensible que el Rey estuviera aguardando a que sus espías o sus amigos descubrieran el secreto y se lo trajeran, a fin de que pudiera saber qué hacer.

»Pero los ataques se hicieron peores, y no hubo ninguna explicación. En vez de ello, sus espías y amigos trajeron noticias de que Alend y Cadwal habían sabido lo que estaba ocurriendo a través de sus espías y amigos, y que estaban reuniendo sus fuerzas para aprovecharse del peligro que planeaba sobre Mordant. Los ejércitos se están congregando al otro lado de los ríos Vertigon y Pestil. Algunas incursiones sondean los Cares, probando sus defensas. Furiosos porque se ven obligados a defenderse por sí mismos sin la ayuda del Rey Joyse, algunos de los Cares empiezan a murmurar contra él. Y las abominaciones trasladadas contra nosotros empeoran, tanto en magnitud como en frecuencia. El archi-Imagero, si se trata de él, forma espejos a una velocidad sobrenatural y en un perfecto secreto. Y el Rey sigue sin hacer nada.

»Bueno, no nada, exactamente —murmuró el Maestro, como si tuviera ácido en la boca—. Juega más y más al brinco.

»La Cofradía, por supuesto, no está ciega ante el problema. Aunque no escucháramos los mismos informes que llegan cada día a Orison, tendríamos nuestros augurios..., y hemos aprendido mucho sobre augurios desde que nuestros esfuerzos se vieron unificados.

»Podemos ver un Mordant agonizante, mi dama, masacrado por fuerzas que comprendemos, pero contra las que nuestro Rey, al fundar la Cofradía, nos prohibió actuar. No nos permitirá que nos convirtamos en un arma. Aunque no hará nada por salvar Mordant, es lo suficientemente rápido como para entrar en nuestro laborium y destrozarse cualquier cristal que ofrezca un medio de defensa. Lo único que nos permite es buscar un campeón porque aceptamos, tras mucha discusión y debate, que cualquier campeón que escogiéramos no sería trasladado involuntariamente, sino que sería abordado con persuasión y se le daría la oportunidad de negarse.

»En pocas palabras, nuestro Rey nos ha llevado al borde de la ruina. A menos que

más hombres se vuelvan desleales, y que lo hagan pronto, Mordant volverá a los días cuando no era más que un campo de batalla para Alend y Cadwal. Y si Vagel es lo suficientemente fuerte por aquel entonces, se unirá a uno y devorará al otro, y así se convertirá en el gobernante de todo el mundo.

Bruscamente, el Maestro Quillon tomó el vaso de Terisa y bebió el vino que ella no había probado. Dentro del vaso, murmuró huecamente:

—En lo que a mí respecta, no me seduce en absoluto la perspectiva.

Ella lo estaba escuchando tan atentamente que no se dio cuenta del Adepto Havelock hasta que éste tocó su manga.

Le sonreía como un sátiro.

—Lo recuerdo —susurró. Su aliento olía como el gas de los pantanos—. Lo recuerdo todo.

—Lo recuerda todo —gruñó el Maestro sardónicamente—. Los espejos nos preserven.

—Sí —siseó Havelock—. Lo recuerdo. —Su sonrisa era algo más que lasciva..., era positivamente sedienta de sangre. Quillon suspiró desconsoladamente.

—Recuerdas, Adepto Havelock —murmuró, como si creyera que estaba representando su papel en una liturgia especialmente aburrida.

—Todo.

Bruscamente, el Adepto dio un salto que hizo que su sobretodo aleteara por encima de sus rodillas de espantapájaros. Siguió con una pirueta, luego se enfrentó de nuevo a Terisa, sonriendo como un asesino.

—Recuerdo a Vagel.

»Él tenía un cristal que derramaba fuego. Yo tenía uno lleno de agua. Él tenía un cristal con una bestia ansiosa. Pero la bestia no podía respirar agua. Él tenía un arma que disparaba rayos de luz que derrumbaban paredes y convertían la carne en cenizas. Pero los rayos sólo cambiaban el agua en vapor. Recuerdo.

»Recuerdo la cámara donde lo acorralé. ¿Debo decirte cuántas velas estaban encendidas sobre la mesa? ¿Debo contar para ti cuántas piedras había en las paredes? ¿Debo medir la forma en que las sombras caían en los rincones? ¿Debo describir todo lo que vi en aquel último espejo?

»Era perfectamente plano, pero, debido a su tinte y forma, mostraba un lugar entre las escarpadas colinas y cascadas de los Feudos de Alend. Un alto sol estival ardía sobre la hierba de la pradera al pie de la colina..., y en la cascada, de modo que destellaba en la distancia. Vi mariposas de un tipo que no vienen hasta Mordant, y danzaron entre las margaritas y los dientes de león. Encima de la cascada había altos

abetos. Lo vi todo.

»Créeme, mi dama. —Miró intensamente al rostro de Terisa, pero uno u otro ojo escrutaban necesariamente la columna tras ella—. Recuerdo bien a Vagel. Oí su risa mientras se burlaba de mí, y le vi meterse en el cristal como si no tuviera nada que temer. Al principio vi una bota, luego la otra, aparecer entre la hierba, aplastando las hojas. Vi sus ropas llamear como ébano bajo el sol del verano. Vi la cascada quedar bloqueada de la vista por su hombro cuando dio uno o dos pasos por el pie de la colina.

»Luego se volvió y me hizo señas de que le siguiera.

»Me hizo señas, mi dama. —Las manos de Havelock hicieron feroces movimientos de arañar, desgarrando el aire delante de Terisa como hambrientas garras—. Me hizo *señas*, y la burla estaba aún en su rostro. Así que le seguí, aunque cualquier Imagero sabe que una traslación que no conduce a ninguna parte es una locura. —Su voz empezó a escalar agudos—. Aguárdame, Vagel. Ya vengo. Ya vengo. Ah. —Su gruñir brotó estrangulado, como un grito.

»Soy un Adepto. Abrí su cristal. Me metí en él. Pero, cuando lo hice, —su voz era ahora un agudo canturrear de falsete—, él bajó el sol desde el cielo y me lo lanzó a los ojos, y muy profundamente dentro de mí todo se hizo luz. Luz, mi dama, jee jee. Luz. —De su garganta brotaban sonidos como los de una niña pequeña encerrada en un armario, intentando reconfortarse.

El Maestro Quillon tosió. Sus ojos estaban rojos por el vino o el pesar. Dijo con voz ronca:

—Mi dama, preguntaste por qué algunos hombres lo llaman «el Esbirro del Rey». Lo hacen porque creen que es un traidor a los suyos..., a los otros Imageros.

»Bien, es cierto que traicionó a muchos Imageros para entregarlos al Rey Joyse. Para él, los propósitos del Rey eran superiores a su derecho a la libertad. Pero su mayor acto de traición fue contra los Imageros reunidos en torno a Vagel en Carmag. Fue él quien rompió esa cábala. Ocultando su identidad y lealtad, se unió al archi-Imagero como si fuera simplemente otro artesano de espejos hambriento de poder. Durante tres años, con su vida siempre en peligro mortal, sirvió y estudió junto a Vagel, representando el papel de un ávido discípulo, pero en realidad aprendiendo los planes y las defensas de la cábala. Y, cuando hubo aprendido cómo contrarrestarla, hizo saltar su trampa, admitiendo al Rey Joyse y a un escuadrón de su guardia en la fortaleza donde vivían y complotaban los Imageros.

»Pero el archi-Imagero —siguió tristemente Quillon— tenía un poder del que Havelock carecía. Era capaz, ahora lo sabemos, aunque por aquel entonces lo considerábamos imposible, de trasladarse a sí mismo *dentro* de nuestro mundo por medio del cristal plano. Cuando Havelock intentó seguir a Vagel, el retorcimiento de

una traslación que no conducía a ninguna parte le costó su mente, como ha costado la mente de todo hombre excepto Vagel que lo ha intentado. Por esa razón, creímos que el archi-Imagero había muerto cuando Havelock regresó delirando al Rey Joyse y no pudo hallarse ningún rastro de su enemigo.

»Como he dicho —suspiró el Maestro—, el Adepto Havelock tiene sus momentos lúcidos. Pero desde hace ya diez años el mejor amigo y consejero del Rey ha sido un loco.

El Adepto había estado mostrándose cada vez más inquieto durante aquellas palabras.

Cuando Quillon terminó, Havelock agitó bruscamente los brazos con violencia, como si estuviera desgarrando un velo frente a él. Luego aferró el brazo de Terisa y tiró de ella fuera del taburete, arrastrándola en dirección a la puerta abierta.

—¡Ven, mujer! —rugió—. ¡No puedo soportar el suspenso!

¿Suspenso? Los pensamientos de Terisa estaban demasiado llenos con las cosas que acababa de oír. Se olvidó de sí misma. Al parecer, no le gustaba ser arrastrada como una niña desobediente. Dio un par de rápidos pasos para mantenerse a la altura del Adepto, luego plantó los pies en el suelo y retorció su brazo en un esfuerzo por liberarse de la presa.

Fue más fácil de lo esperado. Los viejos dedos del hombre se deslizaron de su brazo; estuvo a punto de caer cuando se apartó tambaleándose de ella.

Con el corazón martilleándole —no tanto por el esfuerzo como por la impresión de su propia audacia—, Terisa se volvió hacia el Maestro Quillon.

Éste la estudió con interés, con la cabeza inclinada hacia un lado y frunciendo la nariz.

—Quiero darte las gracias —dijo ella antes de que le fallara el valor—. Esto ha sido de una gran ayuda. No lo olvidaré.

El Maestro inclinó gravemente la cabeza, como si su promesa fuera algo más grande de lo que ella se daba cuenta.

—Esto será muy apreciado, mi dama.

—No sé nada de vuestros espejos —siguió inmediatamente ella—. No soy una Imagera. Pero creo que los mundos que veis tienen que ser reales. El lugar de donde procedo no es algo que Geraden y un trozo de cristal hayan inventado por accidente.

El Maestro Quillon se alzó de hombros y su depresión volvió.

—Espero que estés en lo cierto, mi dama. Creo que es así. Pero los argumentos en la otra dirección son difíciles de refutar. Si tu mundo es real, y tú no eres una Imagera..., entonces, ¿cómo es posible que la traslación de Geraden se haya desviado

tanto?

—No lo sé —repitió ella—. Todo esto es nuevo para mí. Pero... —se sorprendió de oírse decir aquello—, voy a intentar descubrirlo.

Quizá simplemente para impedirse a sí misma decir algo más tan poco apropiado a su imagen de quién era, cedió a la impaciencia espectacularmente mímica de Havelock y se volvió para seguirle de vuelta a su pasadizo secreto.

—Nada más —murmuró sombríamente el Adepto—. Sólo el brinco significa algo. —Cuando Terisa hubo entrado en el pasadizo, cerró la puerta tras ellos. En la oscuridad, trasteó unos instantes antes de producir una luz de su pequeño cristal. Luego se apresuró hacia arriba, subiendo las escaleras tan rápido como le permitían sus viejas piernas.

Ella se dio cuenta de que las subía más fácilmente de lo que las había bajado porque ahora podía ver mejor dónde ponía los pies; pero Havelock complicaba la ascensión haciendo oscilar su luz de lado a lado e iluminando muy adelante en vez de mantenerla quieta. Estaba mostrándose más tenso por momentos. Su esfuerzo hacía que su respiración brotara entrecortada de sus pulmones, pero se negó a frenar su marcha.

—¿Por qué esta prisa? —jadeó ella a sus espaldas. Los ascensores de su edificio de apartamentos no la habían preparado para subir corriendo unas escaleras.

Él hizo una pausa en una intersección e hizo llamear su luz en todas direcciones. Luego la miró por unos instantes con el ceño fruncido.

—El problema con las mujeres —jadeó, intentando recuperar el aliento— es que nunca callan.

Cuando empezó a subir de nuevo, el corredor de piedra pareció repentinamente más estrecho, más angosto. El resonar de sus pies en los escalones adquirió el mismo ritmo que los latidos de su corazón, reverberando casi subliminalmente en las paredes. El techo se estaba haciendo más bajo. Estaba loco; era una locura como conseguía comunicar cosas que no decía. ¿De dónde había surgido aquella urgencia, aquel pánico? Terisa no comprendía por qué se apresuraba para mantener su ritmo..., o por qué intentaba contener su aliento al mismo tiempo.

Seguro que ya habían pasado sus habitaciones. No era posible que hubiera sido arrastrada tanto hacia abajo sin un mejor sentido de la distancia por su parte.

Casi chocó contra él cuando Havelock se detuvo.

—¿Qué...?

Inmediatamente, los brazos del hombre se agitaron en furiosos movimientos. Permanecía de pie con su luz apuntada a sus pies y su rostro en sombras, concentrándose duramente..., escuchando. En el reflejo de la piedra gris, ella vio que

sus labios temblaban.

Luego lo oyó: desde algún lugar muy lejano, un débil sonido de entrechocar metálico, y un pequeño grito.

Havelock escupió una perfectamente comprensible obscenidad y echó a correr escaleras arriba, haciendo oscilar la luz mientras corría.

Por una fracción de segundo, Terisa permaneció inmóvil mientras la oscuridad se apoderaba de nuevo del pasadizo. Luego echó a correr instintivamente, tan rápido como la impulsaba el miedo, tras el Adepto, tensándose desesperadamente para alcanzarle antes de que la abandonara a solas en la oscuridad.

Los roncros jadeos del hombre resonaban delante de ella, casi a su alcance. Se tensó, se tensó..., y sus dedos se aferraron en la tela de su sobretodo.

Aquello fue suficiente. Havelock dio un brusco e inesperado giro; ella pudo seguirle, guiada por la pequeña presa sobre sus ropas.

El giro los llevó hacia el resplandor de una lámpara, pero la iluminación llegó demasiado tarde. Medio latido de corazón después de que sus pies resonaran sobre tablas de madera en vez de sobre piedra, tropezó con el borde de la puerta del armario y cayó de bruces en el suelo de su dormitorio.

Había plumas de pavo real por todas partes. Flotaban en el aire, giraban sobre sí mismas en pequeños remolinos sobre las alfombras, se depositaban delicadamente en los bordes de la cama. Una de ellas derivó hasta su rostro, cegándola, mientras una voz ronca jadeaba:

—¡Mi dama! —y el hierro sonaba como un carillón.

La voz parecía la de Ribuld.

Apartó a tiempo la pluma para verlo parar frenéticamente un ataque, mientras de toda la longitud de su espada brotaban chispas.

El y Argus luchaban con todas sus fuerzas contra un tercer hombre que se mantenía en la entrada del dormitorio, bloqueándolos de ella.

Las plumas eran parte de la decoración que aquel hombre había arrancado para utilizar como escudo.

Llevaba una capa y una armadura de cuero tan negra que era difícil de ver: confundió la vista de Terisa como una sombra arrojada por una superficie irregular; todos sus movimientos parecían como el agitar de una sombra. Sólo su espada capturaba la luz, brillando malignamente cuando golpeaba las hojas de sus oponentes.

Parecía ser al menos una mano más bajo que Ribuld o Argus, y más delgado que cualquiera de los dos. Sin embargo, sus golpes eran tan fuertes como los de ellos.

Resultaba claro que no estaban ganando.

Ambos se veían ya seriamente golpeados. Argus exhibía un vivido hematoma bajo un ojo, y sus nudillos sangraban. Ribuld había recibido un corte en la unión de su cuello y su hombro. Una serie de desgarrones marcaban su cota de malla: su oponente había conseguido golpearla a voluntad.

Ahora Ribuld retrocedió ante la fuerza del ataque. Perdió el equilibrio y eso lo puso fuera del alcance de su asaltante, pero también le hizo golpear pesadamente contra el costado de la chimenea. Cayó de rodillas.

Argus intentó lanzarse hacia delante, con la espada martilleando en busca del cráneo del otro hombre. Éste era más diestro, sin embargo: su espada saltó para atrapar el golpe de Argus y devolverlo. Luego estrelló su ahora desplumado escudo contra el rostro de Argus. Antes de que Argus pudiera contraatacar, el hombre de negro le lanzó una patada a las ingles que le hizo caer de cabeza.

Cuando golpeó el suelo, se dobló sobre sí mismo, presa de incontenibles arcadas.

Tan suavemente como una sombra, el hombre se volvió hacia Terisa.

Entonces vio su rostro. Sus ojos brillaban amarillos a la luz de las lámparas; tenía una nariz como la hoja de una hachuela; sus dientes estaban desnudos en una sonrisa feral. La muchacha tuvo la indistinta impresión de que había cicatrices en sus mejillas.

Su capa pareció ondular en torno a sus hombros cuando aferró con ambas manos la empuñadura de su larga espada y alzó su hoja contra ella.

—¡Mi dama! —gritó Ribuld de nuevo.

Cargando como un ariete, se lanzó contra la espalda de su atacante.

Ella se había alzado sobre manos y rodillas, pero no podía moverse. Nada de aquello tenía ningún sentido. Sólo podía mirar mientras el hombre de negro se apartaba de ella y aceptaba el asalto de Ribuld.

Sus hojas se cruzaron tan violentamente que ella creyó poder oírlas partirse. El sonido del hierro fue estremecedor. Pero esta vez Ribuld y su espada resistieron; fue el hombre de negro el que se vio obligado a deslizar el golpe más allá de su hombro y parar el golpe de retorno.

Lo paró tan bien, sin embargo, que Ribuld tuvo que retroceder para conservar sus manos intactas.

El atacante le siguió de inmediato, golpeando contra Ribuld primero por un lado, luego por el otro. Ribuld paró los golpes con su hoja. De sus antebrazos brotaron chispas, pero no pareció sentir las quemaduras. Estaba retrocediendo de nuevo, pero esta vez bajo control, buscando una apertura.

Bruscamente, el hombre saltó, alejándose de Ribuld..., saltó hacia Argus.

Mientras Argus lo miraba horrorizado, con la boca abierta, impotente por el dolor, el hombre hizo girar su espada para rebanar la cabeza de Argus.

—¡No! —Desesperadamente, Ribuld intentó detener a tiempo a su oponente. Pero la desesperación le hizo imprudente. No tenía defensa cuando el hombre de negro cambió la dirección de su golpe. La parte plana de su espada golpeó a Ribuld en pleno rostro y lo derribó.

—Ahora, mi dama —dijo el hombre con una voz como seda—, terminemos esto.

Con su larga espada enhiesta frente a él, penetró en el dormitorio.

Por alguna razón, Terisa pensó que esta vez nadie iba a rescatarla, que ningún joven iba a aparecer surgido de sus sueños y arriesgar su vida para salvar la de ella. Si deseaba vivir, tendría que hacer algo para salvarse a sí misma..., gritar pidiendo ayuda, saltar en pie y huir a los pasadizos secretos de Orison, algo. Sin embargo, estaba como perdida, incapaz de comprender por qué nadie podía atacarla con aquel odio, incapaz de moverse.

Afortunadamente, en el último momento el Adepto Havelock surgió cojeando de su escondite en el armario y disparó su cristal a los ojos del asaltante.

El hombre lanzó un rugido de dolor y retrocedió. Por un instante, permaneció con los antebrazos cruzados sobre sus ojos, su espada apuntando al techo. Luego gruñó una maldición.

Aunque evidentemente no podía ver nada, bajó su espada y avanzó de nuevo, tanteando el aire en busca de alguien a quien golpear.

En la otra habitación, Argus se alzó hasta quedar en una posición agachada, intentó coger su espada.

—Ahora —gruñó en medio de su dolor, listo para matar—. Ahora te tengo.

El atacante de Terisa se inmovilizó. Si hubiera podido ver a Argus, hubiera sabido que estaba a salvo: Argus apenas era capaz de arrastrarse. Pero el hombre no podía ver. Vaciló momentáneamente mientras escuchaba los sonidos que producía Argus; luego se apartó de Terisa, dio un inmenso y acrobático salto que lo llevó más allá de Argus y Ribuld, y halló su camino hacia la puerta. Un segundo más tarde había desaparecido.

Gruñendo, Argus sacudió la inerte forma de Ribuld.

—Ve tras él, estúpido. No dejes que escape.

Terisa miró a su alrededor, demasiado aturdida para pensar en una secuencia lógica. Ribuld y Argus habían intentado defenderla..., y casi habían resultado muertos por su causa. La madera de la puerta estaba astillada en torno al cerrojo. Si el hombre recuperaba su visión y volvía... El Adepto estaba loco, por supuesto, pero en

cualquier caso comprendía hasta cierto punto lo que había ocurrido a su alrededor.

—Havelock —murmuró vagamente—, ¿sabías que esto iba a pasar?

No estaba allí. Ya se había marchado. La puerta oculta en la parte de atrás del armario estaba cerrada.

Las mazmorras de Orison

Los acontecimientos de la siguiente media hora tuvieron asomos confusos y tonos de imprecisión. Los nervios de Terisa estaban crispados como cuerdas mal pulsadas, y los latidos de su corazón se negaban a recuperar su ritmo normal. Con tanta adrenalina en sus venas, debería haber estado más alerta, tener un mejor asidero sobre lo que estaba ocurriendo. Pero todo parecía huir de su lado tan pronto como enfocaba en ello su atención. La realidad se había convertido en arena que se deslizaba entre sus dedos.

—Pide ayuda —tosió Argus en su dirección. No se había movido del lado de Ribuld; estaba inclinado junto a su compañero, apenas capaz de sostenerse con sus brazos—. Si vuelve...

Aquello probablemente quería significar algo. ¿Acaso no había estado pensando ella lo mismo? Pero ahora no estaba segura.

Su instinto le decía simplemente que echara a correr. Utilizar el pasadizo secreto del Adepto y hallar su camino de vuelta junto al Maestro Quillon. Deseaba unos brazos cálidos a su alrededor. Deseaba a alguien que supiera lo que estaba haciendo para que se ocupara de ella. Seguro que el Maestro Quillon sería capaz de confortarla. Así supo que estaba haciendo la cosa más difícil que había hecho nunca cuando pasó junto a Ribuld y Argus y se dirigió hacia el cordón de la campanilla tras una de las exhibiciones de plumas. Desde allí, quedaba expuesta a la puerta abierta. Pero no sabía qué otra cosa hacer para pedir ayuda.

Tiró del cordón de satén tan fuerte como se atrevió. Luego regresó a su dormitorio.

Un impulso que no comprendió de inmediato le hizo arreglar las ropas del armario y luego cerrar la puerta, ocultando el pasadizo secreto.

Antes de mucho rato —o quizá después de largo tiempo, según como se sentía en aquel momento— respondieron a su llamada. Pero no Saddith. La mujer que apareció en el umbral tenía el aspecto de una sirvienta; era mayor que Saddith, desaliñada por el sueño y el vestirse apresuradamente, y no de muy buen humor. Sin embargo, tras una mirada a Ribuld y Argus y a las plumas esparcidas y la rota puerta, olvidó su irritación y volvió a salir corriendo.

Por un momento, Terisa pudo oírla chillar en la distancia:

—¡Aquí, guardias! ¡Ayuda!

—Estúpida mujer —murmuró Argus entre dientes. Ribuld se estaba agitando. Sus

manos frotaron su rostro, luego se apartaron del hematoma en su frente.

—Hija de un macho cabrío —gruñó—. ¿Quién *era* ese bastardo? —Se alzó débilmente sobre un codo y observó la habitación. Cuando vio a Terisa, dejó escapar un suspiro de alivio y volvió a dejarse caer al suelo.

—Me estoy muriendo —murmuró Argus con voz espesa—. El muy jodido me hizo polvo la hombría.

—Olvídalo —respondió Ribuld con tono postrado—. No va a cambiar tu vida.

Poco después, Terisa oyó el martilleo de botas claveteadas contra las piedras del corredor..., muchas botas. Blandiendo su espada, un hombre vestido como Ribuld y Argus entró en tromba por la puerta. Llevaba cinco compañeros a sus espaldas, todos preparados para la lucha: parecían ansiar la violencia, como los tres jinetes en su sueño. Pero no había ninguna lucha a la vista. Registraron rápidamente la habitación, luego se reunieron en torno a los defensores de Terisa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó uno de ellos, sorprendentemente jocos—. ¿Encontrasteis finalmente a una mujer más dura que vosotros?

Antes de que Argus o Ribuld pudieran contestar, otro hombre entró con paso fuerte en la habitación. Respiraba autoridad desde su pelo corto y teñido de gris hasta su agresiva mandíbula, desde sus cuadrados hombros hasta sus secos pasos, aunque era más bajo de Tensa..., más de un palmo más bajo que cualquiera de los hombres que le rodeaban. Iba vestido como ellos, con el añadido de un cinto púrpura colgado en bandolera de uno de sus hombros sobre su cota de malla y una banda púrpura anudada encima de sus rígidas y grises cejas. Sus ojos brillaban perpetuamente, y su boca estaba curvada en una especie de sonrisa, como si hiciera mucho tiempo que hubiera olvidado cualquier otra expresión.

Registró la estancia, evaluando la situación, luego se dirigió hacia Terisa e inclinó rígidamente la cabeza ante ella.

—Mi dama —dijo. Pese a su aspecto tranquilo, su voz la hizo sentir deseos de retroceder—. Soy el Castellano Lebbick, comandante de Orison y de la guardia de Mordant. Hablaré contigo dentro de un momento.

Se volvió inmediatamente hacia Argus y Ribuld. Sin alzar la voz, hizo que sus palabras sonaran como un latigazo.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Los dos hombres se pusieron penosamente en pie. Incómodos, intentaron explicar la situación. Como un favor personal, el Apr Geraden les había pedido que mantuvieran un ojo atento a dama Terisa de Morgan, en caso de que se hallara en dificultades. Desconocían qué tipo de dificultades. Pero estaban fuera de servicio, así que decidieron hacer lo que se les había pedido. No ocurrió nada durante largo rato.

Luego, un hombre vestido de negro apareció en el corredor. Se dirigió hacia ellos y les dijo que le dejaran entrar, que tenía que tratar unos asuntos con dama Terisa. Cuando le preguntaron cuáles eran esos asuntos, desenvainó su espada, abrió la puerta de un golpe, e intentó matarla. Al no conseguirlo, abandonó su intento y huyó.

Escuchándoles, Terisa se dio cuenta de que ni Argus ni Ribuld sabían que ella había estado fuera de sus aposentos. De hecho, ninguno de los dos había visto al Adepto Havelock. Debido a ello, no podían explicar la huida de su atacante. Mirando hacia Terisa, como si creyera que ella era la responsable, Argus murmuró algo acerca de una luz, luego retrocedió ligeramente ante la forma en que le miró el Castellano Lebbick.

Ignorándola, el Castellano envió a los seis guardias fuera de la habitación para despertar al resto de la guardia e iniciar un registro en busca del hombre de negro.

—Aunque —murmuró mientras se marchaban— lo más probable es que a estas alturas esté ya a medio camino del olvido. Entonces volvió su atención a Ribuld y Argus.

—Veamos si aclaramos las cosas. Luchó contra vosotros dos, y os alejó lo suficiente de la puerta como para abrirla rompiéndola. Llegó hasta tan lejos como la puerta del dormitorio. Derribó a uno de vosotros e inutilizó al otro. Luego le entró pánico y huyó. Indudablemente se sintió aterrorizado por la forma tan fácil en que os había vencido. Quizá todo el mundo que sirve al Rey es como vosotros. Me sorprende que no cayera muerto de miedo.

Ribuld y Argus bajaron sus cabezas.

—¿Mi dama? —preguntó hoscamente Lebbick.

Terisa no respondió. Ahora comprendía por qué había cerrado el armario. Havelock había corrido el riesgo de irritar tanto al Rey como a la Cofradía proporcionándole un retazo de la historia de Mordant, y ella no quería traicionar lo que había hecho por ella.

—Muy bien —gruñó el Castellano—. Dejemos eso por el momento. Explicad eso, cabezas de buey —pidió a Argus y Ribuld—. ¿Por qué no le dijisteis a nadie lo que estabais haciendo aquí? Por las estrellas, he pasado toda mi vida entrenando trozos de carne muerta para que comprendieran la importancia de las comunicaciones y el acceso a los refuerzos. Si creáis que Geraden tenía suficientes razones para pensar que la dama podía estar en peligro, ¿por qué no tomasteis la simple precaución de arreglar las cosas de modo que pudierais pedir inmediatamente ayuda?

El hematoma en su frente dio a Ribuld una excusa para situar una mano delante de su rostro.

—No creímos a Geraden. Tú ya lo *conoces*. Simplemente le estábamos haciendo

un favor. En honor a Artagel.

—Mierda de cerdo —bufó el Castellano Lebbick—. Yo os *diré* por qué no se lo comunicasteis a nadie. Si informabais a vuestro capitán de lo que estabais haciendo a fin de disponer refuerzos, él me informaría a mí..., y yo le informaría al Rey. Puesto que el Rey no había considerado necesario enviar guardias a proteger a la dama, quizá esto le hiciera preguntarse —la voz del Castellano sonaba capaz de helar la sangre— qué *asuntos* os impulsaban a mezclaros en sus decisiones.

—No pretendíamos ofender a nadie —protestó Argus—. Nosotros sólo...

—Lo sé. Ahorradme vuestras excusas. Yo me ocuparé de Geraden. *Vosotros* informad a vuestro capitán. Contadle todo esto..., y consideraos afortunados de que no os meta entre rejas. Marchaos.

Argus y Ribuld obedecieron, sin atreverse siquiera a gruñir. Ninguno de los dos miró a Terisa. Cuidadosamente —pero con rapidez bajo la furiosa mirada del Castellano—, recuperaron sus espadas y cojearon fuera de la habitación.

—Ahora, mi dama —Lebbick se volvió hacia ella—, quizá podamos discutir este asunto un poco más abiertamente. Estoy seguro de que el Rey Joyse se sentirá aliviado de saber que fuiste capaz de rechazar a tu atacante, sola y sin ayuda, después de que dos de mis guardias fracasaran. Pero tal vez le guste saber cómo lo hiciste. Y estoy seguro de que deseará saber qué hay en ti que provoca este tipo de ataque en mitad de la noche.

Avanzó un paso hacia ella, haciendo sobresalir más su mandíbula.

—¿Quién eres, mi dama? Oh, conozco la historia..., Orison no mantiene en secreto cosas como ésta. El Apr Geraden te trajo aquí mediante una traslación accidental. Pero ¿quién *eres*? —Sus ojos se clavaron en los de ella, penetrantes como punzones—. ¿Qué juego intentas jugar con mi Rey?

Sonaba tan furioso que Terisa se echó a temblar.

Otro paso lo llevó más cerca de ella. Si extendía su puño derecho y la apuntaba con su pesado índice, sabía exactamente qué ocurriría a continuación. Empezaría a balbucear: Lo siento no quería hacerlo no lo volveré hacer lo prometo por favor no me castigues *no sé lo que hice mal*.

Otro guardia entró fortuitamente en aquel momento en la habitación y se cuadró. Era un hombre joven, y su miedo al temperamento del Castellano Lebbick se reflejaba en todo su cuerpo.

—Disculpa, Castellano, señor —dijo con un hilo de voz—. No pretendía interrumpir.

»Traigo un mensaje del Rey.

Lebbick inspiró profundamente y cerró los ojos, como si se estuviera controlando con gran dificultad. Luego se volvió de espaldas a Terisa.

El guardia tragó dificultosamente saliva y miró al Castellano como un pájaro atrapado por una serpiente.

—Un mensaje del Rey —gruñó venenosamente Lebbick, con voz rasposa—. Dijiste que tenías uno. Intenta recordar.

—Sí, señor, Castellano, señor. Un mensaje del Rey. Ha detenido la búsqueda.

—¿Qué? —El restallar de un látigo.

—El rey ha detenido la búsqueda, señor.

—Bien, eso tiene sentido. En tiempos como éstos, un asesino potencial en el castillo es un problema trivial. ¿Dio alguna *razón* para detener la búsqueda?

—Sí, señor. —La piel del guardia parecía tiza—. Dijo que no le gustan todas esas carreras por ahí en mitad de la noche.

Por un momento, los hombros del Castellano Lebbick se hundieron ante el ultraje. Pero habló suavemente.

—¿Eso es todo?

—No, señor. También dijo —parecía como si el guardia se hubiera sentido más feliz perdiendo de golpe el sentido— que desea que dejes tranquila a su invitada. —Y retrocedió involuntariamente, como si esperara ser golpeado.

El Castellano hizo girar su brazo, pero no golpeó al guardia. Se dio una palmada a su propio muslo. Gruñó algo muy en lo hondo de su garganta. Luego emitió un ruido como si escupiera.

Bruscamente, se volvió de nuevo hacia Terisa.

Como el guardia, ella retrocedió.

—Mi dama, quedas advertida —dijo—. Soy el Castellano de Orison. Soy responsable de muchas cosas, pero por encima de todo de la seguridad del Rey. Sufre de una fe innatural en su propia inmortalidad. Yo no sufro esa aflicción. —Sus mandíbulas masticaron las palabras como si fueran cartílagos—. Le obedeceré tanto como sea posible; luego, tomaré el asunto en mis propias manos.

Giró sobre sus talones y se alejó pisando fuerte.

Cuando pasó junto al guardia, se detuvo lo suficiente para decir:

—Quiero que la dama sea protegida. Esta vez, hacedlo bien. —Y, en la puerta, se detuvo de nuevo—. Mantenedla encerrada esta noche. Haré que reparen la cerradura por la mañana.

Luego desapareció.

El guardia dirigió a Terisa un apocado encogimiento de hombros —medio pesar por su propia timidez, medio disculpa por la brusquedad del Castellano— y siguió a su comandante fuera de la estancia, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Cuando se fue, pareció llevarse con él todo el valor que quedaba en la habitación.

Sin advertencia previa, todo se convirtió en alarma. Manteniendo sus ropas firmemente apretadas, Terisa se apresuró hacia la puerta para escuchar. Oyó claramente las voces de varios hombres fuera de sus aposentos: estaban dando las órdenes y haciendo los arreglos necesarios para mantenerla protegida..., o custodiada. Todavía se sentía vulnerable, impotente. Un total desconocido había intentado matarla. Trasladó con urgencia una silla y la apoyó contra la puerta formando cuña. Luego colocó otra silla del mismo modo dentro de su armario para bloquear el pasadizo de Havelock.

Después de eso, no supo qué hacer.

Durante largo rato no consiguió relajarse ni concentrarse. El Gran Rey Festten había hecho ejecutar a su Monomach por su fracaso cuando el Adepto Havelock traicionó a los seguidores del archi-Imagero. Havelock había perdido su cordura cuando intentó perseguir a Vagel al interior de un cristal plano. El Maestro Quillon estaba dispuesto a contarle historias como aquéllas, pese a que tanto el Rey Joyse como la Cofradía lo habían prohibido. Por alguna razón, el Castellano Lebbick no confiaba en ella.

¿Cómo podía estarle ocurriendo todo aquello?

Pero más tarde, inesperadamente, sintió una extraña sensación de alegría. Al parecer, Geraden la había traído a un lugar donde ella *importaba*. El hecho de que estuviera allí significaba una diferencia. El Castellano Lebbick la tomaba lo suficientemente en serio como para mostrarse furioso con ella. El Maestro Eremis la había *mirado*. Incluso era concebible que pensara que era hermosa.

Eso nunca le había ocurrido antes.

Finalmente, fue capaz de dormirse.

La luz del sol que penetraba por sus ventanas la despertó a la mañana siguiente. Al principio dudó de todo. ¿No era aquélla la cama de su apartamento, el lugar donde pertenecía? Pero el sol hizo brillar las alfombras del suelo, resplandeció en los adornos de pavo real de las paredes, iluminó las plumas esparcidas por el hombre de negro. Todo lo que recordaba era real, al menos.

La luz del sol tenía el pálido color del frío. Y el aire fuera de sus mantas era helado. No había pensado en avivar los fuegos antes de meterse en la cama, y se habían apagado durante la noche. Contuvo la respiración, apartó las cálidas mantas y

se metió apresuradamente en el grueso manto de terciopelo que había llevado la noche anterior. La piedra parecía hielo bajo sus pies desnudos: cojeó con un pequeño jadeo hasta alfombra la más próxima.

Cuando miró hacia las ventanas, dudó. No estaba segura de sentirse preparada para ver lo que había fuera. La visión podía confirmar o negar toda la situación.

Por otra parte, se sentía vagamente estúpida por haber pospuesto tanto tiempo la cuestión. Cualquiera con un asomo de curiosidad humana normal hubiera mirado fuera casi inmediatamente. ¿De qué tenía miedo?

Incapaz de definir qué era lo que temía, se dirigió hacia la ventana del dormitorio.

Los paneles en forma de rombos de grueso cristal —cada uno del tamaño de su mano— estaban emplomados al marco. Un toque de escarcha bordeaba el cristal allá donde el sello de plomo era imperfecto, delineando varios de los rombos. Pero el cristal en sí era claro, y le mostró un mundo lleno de invierno.

Desde su altura podía ver hasta una considerable distancia. Bajo el incoloro cielo y la débil luz del sol, las colinas cubiertas de nieve ondulaban el terreno hasta el horizonte. La nieve parecía densa..., tan densa que daba la impresión de que hacía inclinar los árboles, curvándolos hacia la dormida sábana de las colinas. Donde los troncos y las ramas de los árboles se mostraban entre la nieve, eran negros y recios, pero tan pequeños contra el amplio fondo blanco que sólo servían como puntuación, haciendo que el invierno y el frío fueran más evidentes.

Cuando se dio cuenta de lo alta que estaba, sin embargo, su vista se contrajo a su entorno más inmediato.

Estaba realmente en una torre..., y cerca de su parte superior, a juzgar por su posición relativa con respecto a las demás torres que podía ver. Había cuatro, incluida la suya, una en cada esquina de la enorme y errática estructura de Orison; y contrastaban con el resto del castillo, como si hubieran sido construidas en una época distinta, planificadas por una mente distinta. Todas eran cuadradas, todas de la misma altura, todas rematadas con parapetos almenados..., tan agresivas como puños alzados contra el cielo.

Su obvia regularidad hacía que la gran masa de Orison pareciera algo construido al azar: desorganizada, absorbida en sí misma y de escasa confianza, llena de trampas.

De hecho, la forma general del castillo era completamente regular en sus líneas exteriores. Orison era rectangular, construido en torno a un enorme patio abierto. Terisa podía verlo claramente porque sus ventanas daban encima de uno de los brazos largos del rectángulo. Un extremo del patio —el más alejado de su torre— estaba ocupado por lo que sólo pudo considerar que era un bazar: un amplio conglomerado

de tiendas y cobertizos, tenderetes y tiendas, carros llenos de forraje..., todo caótico, todo rodeado por el humo de docenas de fuegos donde se cocinaban cosas.

El otro extremo del patio parecía lo bastante grande como para servir de terreno de desfiles..., siempre que el desfile no se desmadrara. Allí había hombres a caballo, niños jugando, y grupos de gente yendo o viniendo del bazar, pisoteando la nieve y el barro.

Por grande que fuera el patio, sin embargo, la estructura de Orison era lo bastante alta como para mantenerlo en sombras a aquella hora de la mañana. El aire debía ser tremendamente frío: Terisa observó que incluso los niños no permanecían fuera mucho tiempo.

El otro rasgo regular del castillo era su fachada exterior. Puesto que su ventana miraba por encima del patio, no podía ver los detalles de las paredes, pero podía ver que Orison no tenía defensas exteriores: él era su propia fortificación. El edificio en sí estaba construido de cruda piedra gris, que presentaba desde todos lados una dura y no adornada superficie al mundo exterior.

Dentro de sus líneas generales, sin embargo, el castillo parecía como si hubiera sido diseñado más bien para la conveniencia de sus secretos que para el acomodo de sus habitantes. Techos de pizarra de todo tipo se inclinaban en todos ángulos, arrojando sus aflujos al patio interior. Docenas de chimeneas sin ningún parecido entre sí arrojaban humo a la brisa. Algunas secciones de la estructura eran altas y cuadradas; otras, bajas y apelotonadas. Algunas partes tenían balcones en vez de ventanas; otras sostenían palos de los que colgaba ropa a secar.

No pudo resistirse a la conclusión de que el Rey Joyse había añadido las cuatro torres a su sede ancestral, decretado la forma en que Orison debía crecer, y luego olvidado todo, dejando que un cierto número de indolentes constructores se expresaran a voluntad.

Ahora, al menos, comprendía por qué había hallado tan confuso el camino de Geraden y Saddith a través del castillo. Pasillos truncados y repentinas intersecciones, escaleras impremeditadas y giros necesarios formaban parte de la construcción básica de Orison.

Por todo lo que podía ver, el único camino al patio desde el exterior era a lo largo de un camino que cruzaba un enorme conjunto de puertas en el brazo largo del rectángulo que tenía debajo de ella. Esas puertas estaban al parecer abiertas, admitiendo carros tirados por bueyes al patio. Pero el ángulo de visión no le permitía ver si las puertas estaban custodiadas.

Mientras estudiaba la escena, su aliento empañó el cristal. Lo limpió con la manga de su manto. Luego tocó con sus dedos uno de los paneles. El frío extendió un pequeño halo de vapor condensado sobre el cristal en torno a la yema de cada uno de

sus dedos; un agudo y delicado helor penetró en su piel. Eso, más que el inmenso peso de la piedra amontonada de Orison, hizo que todo lo que veía le pareciera tangible, convincente. Estaba realmente en aquel lugar, fuera el que fuese..., y significara lo que significase. Ella estaba allí.

Al poco tiempo, sus meditaciones fueron interrumpidas por una llamada en la puerta del saloncito. Puesto que no deseaba quedarse allí indefinidamente, dando vueltas a los mismos pensamientos una y otra vez, fue a responder a la llamada. En su camino hacia la puerta, sin embargo, dudó de nuevo. ¿Tenía intención de abrir realmente aquella puerta y admitir a quienquiera que fuese que estuviera aguardando al otro lado? Alguien intentaba matarla. Podía estar ahí fuera, aguardando.

Pero ¿qué otra elección tenía? Ninguna, si deseaba averiguar algo más acerca de lo que le estaba ocurriendo. O si deseaba el desayuno.

Su corazón empezó a latir un poco más al ritmo que debería —al ritmo adecuado para una mujer cuya vida está en peligro— cuando apartó la silla de la puerta y abrió ésta.

Dos guardias a los que no había visto nunca antes la saludaron.

Saddith estaba con ellos, sujetando una bandeja con un extremo apoyado en su cadera.

El brillo en sus ojos y una característica inclinación de su cabeza señalaban el espíritu con el que había estado conversando con los guardias; su blusa estaba desabrochada hasta un nivel más bajo, dejando asomar atisbos de placer cada vez que movía los hombros. Pero tan pronto como vio a Terisa su expresión se volvió contrita y solícita.

—Mi dama, ¿estás bien? Dijeron que lo estabas, pero no sabía si creerles. Esa mujer y yo cambiamos nuestro turno para la noche. No sabía que pudieras ser atacada..., o que ella pudiera ser tan tonta. Hubiera debido quedarse contigo. Te he traído el desayuno. Sé que estás trastornada, pero tienes que comer. ¿Crees que podrás intentarlo?

Terisa recibió el aluvión de palabras de la doncella y parpadeó. Se sentía aliviada al ver a Saddith de nuevo. Saddith era tangible; era real.

—Sí —dijo, cuando Saddith hizo una pausa esperando una respuesta—. Tengo hambre. Y me temo que he dejado que se apagaran los fuegos. Por favor, entra.

Con un asentimiento de cabeza y un guiño a los guardias, Saddith deslizó su bandeja frente a ella y entró en el saloncito.

Cuando Terisa cerró la puerta, oyó a los guardias reír quedamente entre sí.

Saddith también lo oyó.

—Esos dos —dijo con alegre desdén, mientras apartaba a un lado los platos de la cena para dejar sitio a los del desayuno— dudaron de mí cuando les dije que cuando te vieran sus rodillas se harían agua..., sin contar lo que les ocurriera al resto de ellos. Ahora saben que les dije la verdad.

Luego señaló una silla al lado de la mesa donde había colocado la bandeja.

—Por favor, siéntate y come, mi dama. Las gachas te calentarán mientras enciendo de nuevo los fuegos. Luego creo que deberemos buscar algo mejor que ponerte.

Terisa aceptó la silla. Todo cuidadosamente dispuesto para su delectación, encontró uvas, pan moreno, una porción de tarta de queso muy amarilla, y un humeante bol que parecía contener gachas de trigo entero. Recordando su cena de la otra noche, empezó a comer rápidamente, haciendo una pausa de tanto en tanto para gozar de la combinación de la tarta de queso y la dulce uva.

Saddith no dejó de hablar mientras trabajaba en la cercana chimenea.

—¿Cómo era ese hombre de negro que te atacó? —preguntó. Parecía excitada y complacida acerca de algo—. Orison ya está lleno de rumores. Era más alto que Ribuld, y tan fuerte de pecho que mis brazos tal vez no pudieran rodearle. Tenía rostro de cazador, y porte de cazador, con bastante energía en sus manos y caderas como para batir a Ribuld y Argus como si fueran chiquillos. —Por un momento se sujetó los pechos. Luego suspiró como con añoranza—. Eso dicen los rumores. ¿Cómo era realmente, mi dama?

Lentamente, insegura de lo que iba a decir hasta que lo dijo, Terisa respondió:

—Era terrible.

—Quizá si yo no hubiera cambiado mi turno hubiera tenido la suerte de verle. — Saddith pensó en aquello por unos momentos, con una expresión interrogadora en su rostro. Luego se echó a reír—. No. Estuve mejor donde estuve.

Terisa había pasado el tiempo suficiente escuchando al Reverendo Thatcher como para conocer una insinuación cuando la escuchaba, así que preguntó educadamente:

—¿Dónde estuviste?

La alegría chispeó en los ojos de Saddith.

—Oh, no debería decírtelo. —E inmediatamente se dirigió con paso enérgico al dormitorio para encender el fuego de allí.

Pero casi al momento asomó la cabeza por la puerta para preguntar:

—¿Recuerdas lo que dije por la noche, mi dama? «Cualquier Maestro me dirá lo que yo deseo..., si concibo un deseo hacia algo que él conozca». Quizá pensaste que estaba fanfarroneando. —Desapareció de nuevo. Durante un minuto, Terisa la oyó

trabajar en el fuego. Luego volvió al saloncito—. Seré sincera contigo, mi dama. No cambié el turno con nadie. Le pedí a esa mujer a la que viste que cuidara de ti para poder tener así la noche para mí..., sin interrupción.

»Y te aseguro que no perdí la oportunidad. —Saddith sonrió—. Pasé la noche con un Maestro.

Terisa nunca había oído hablar a nadie así antes; la novedad de la experiencia le hizo preguntar:

—¿Te dijo lo que querías saber?

Ahora fue el turno de Saddith de mostrarse sorprendida.

—Mi dama, no compartí su cama porque yo careciera de conocimientos. —Rió suavemente ante la idea—. La compartí porque es un Maestro.

Sacudió la cabeza y volvió al dormitorio.

Inesperadamente, Terisa se dio cuenta de que no podía concentrarse en el desayuno. La franqueza de la doncella la inquietaba. Le hacía recordar que no sabía casi nada acerca de los hombres..., acerca de las cosas que les hacen a las mujeres; acerca de lo que les gusta. Nunca había sido un objeto de deseo o ternura.

Apartó la bandeja a un lado, se dirigió al cuarto de baño e hizo todo el uso que fue capaz de soportar del jabón y el agua fría. Luego, con la piel hormigueando debajo de sus ropas, se reunió con Saddith frente a los armarios para buscar un atuendo adecuado.

Al parecer por casualidad, Saddith eligió el armario que no contenía la silla bloqueando sus paneles traseros. Casi de inmediato eligió un vestido violeta sencillo pero llamativo que parecía lo bastante largo como para barrer el suelo.

Dudosa, Terisa dijo:

—No estoy segura de poder llevar este color. ¿No sería mejor si simplemente usara mis propias ropas?

—Por supuesto que no, mi dama —respondió Saddith, firme pero amablemente—. No sé cómo están consideradas esas cosas allá de donde vienes, pero aquí resulta evidente que tus ropas no encajan. Tampoco desearás insultar a dama Myste, que ha sido muy generosa. Mira. —Colocó el vestido delante de Terisa—. No es el mejor de todos los colores para tus ojos —comentó analíticamente—, pero encaja con tu piel. Y acentúa con gran ventaja tu cabello. ¿Quieres probártelo?

Sintiéndose de inmediato un poco excitada y algo estúpida, Terisa se encogió de hombros.

Saddith le mostró la serie de corchetes que cerraban el vestido por la parte de la espalda. Entonces Terisa se quitó su manto y se pasó el pesado vestido escarlata por

encima de la cabeza. Le iba un poco justo; la anterior observación de Saddith de que dama Myste «no tiene algunas de tus virtudes» parecía significar que tenía los pechos más pequeños, los cuales, por otra parte, quedaban generosamente realzados por la línea del ceñido escote del vestido. Pero era cálido. Y parecía halagador de una forma que Terisa no podía definir.

Deseaba un espejo. Quería verse a sí misma. La expresión en los ojos de Saddith —medio aprobación, medio evaluadora inseguridad, como si Terisa pareciera ahora más atractiva de lo que la doncella había pretendido—, significaba algo, pero no tenía el mismo efecto que un espejo.

Para los pies de Terisa, Saddith escogió un par de borceguíes ribeteados de piel con firmes suelas. No encajaban exactamente con el vestido; pero también eran cálidos, y el vestido era lo bastante largo como para ocultarlos.

Estaba empezando a darle las gracias a la doncella cuando oyó otra llamada a la puerta.

Saddith fue a responder. Terisa la siguió más lentamente.

La puerta se abrió para revelar a Geraden al otro lado.

Había una expresión fruncida y pálida en torno a su boca y ojos; dos brillantes manchas rojas punteaban sus mejillas, como embarazo o temeridad agravados por la fiebre. A primera vista su aspecto parecía miserable: debía haber pasado una mala noche. Pero, cuando vio a Terisa, su rostro se hendió en aquella desvalida y feliz sonrisa que recordaba de su primer encuentro.

La miró durante un largo momento; y ella le devolvió la mirada; y él sonrió como un cachorrillo enamorado. Luego carraspeó.

—Mi dama, tienes un aspecto maravilloso.

La reacción de ella fue más compleja. Le alegraba verle: en parte porque, como Saddith, el Adepto Havelock y los demás, había vuelto, demostrando su capacidad para una existencia continuada; en parte porque creía que ella le gustaba (era difícil estar segura porque tenía tan poca experiencia); en parte porque era una de las pocas personas allí que parecían preocuparse acerca de lo que ella pensaba o sentía. Se notó inmediatamente inquieta por su apariencia de aflicción. Y por su presencia al otro lado de su puerta. El Rey Joyse no sólo le había ordenado al Apr que no respondiera a sus preguntas: también le había dicho: *No tendrás más razón para ver o hablar con dama Terisa*. Geraden había demostrado ya que era leal a su Rey..., y sin embargo estaba allí, en directa desobediencia.

Y nadie le había dicho nunca antes que su aspecto era maravilloso.

Enrojeció, y al darse cuenta de ello enrojeció aún más. Con un gesto hacia su vestido dijo:

—Tengo la sensación como si fuera a un baile de disfraces.

Mirando primero a Terisa, luego a Geraden, luego de nuevo a Terisa, Saddith dejó escapar una pequeña risita.

—¿Qué es un baile de disfraces, mi dama? —preguntó para disimular su regocijo. Terisa intentó controlar su confusión.

—Es una fiesta donde la gente se viste con ropas extravagantes y finge ser alguien que no es en realidad.

Por alguna razón, su respuesta trajo la tensión de vuelta a los ojos de Geraden.

—Oh, mi dama —dijo de inmediato Saddith, como si ésa fuera la reacción que se esperaba de ella—, tiene que ser enormemente divertido. Pero, si me disculpas, devolveré tus bandejas a las cocinas. Por favor, llámame siempre que me necesites. Si no llamas antes de ello, vendré cuando dama Elegia o dama Myste pidan verte.

»En cuanto a ti, Apr Geraden —dijo con tono de amable regocijo, mientras reunía los platos y los llevaba hasta la puerta—, un consejo amistoso. Las mujeres no suelen admirar a los hombres que permanecen delante de ellas con la boca abierta.

Abandonó riendo la habitación y cerró la puerta con el pie.

Pero Geraden ignoró la salida de Saddith. Miraba a Terisa con una intensidad que igualaba el color de sus mejillas. Preguntó en voz muy baja:

—¿Estás fingiendo ser alguien que no eres, mi dama? ¿Qué es lo que pretendes? Ella apartó la cabeza para desviar su mirada.

—Creí haberte dicho que me llamaras Terisa. —Aquello era absurdo. ¿Por qué se sentía tan excitada? ¿Y por qué le hacía él aquellas estúpidas preguntas, cuando debía estar corriendo el peligro de recibir un serio castigo por desafiar al Rey?—. No estoy fingiendo nada. Simplemente llevo este vestido porque dama Myste me lo ofreció y Saddith dijo que se sentiría insultada si lo rechazaba.

Entonces se enfrentó a él.

—Geraden, ¿qué estás haciendo aquí? El Rey Joyse te dijo que no me vieras. Vas a tener problemas.

Ante aquello, una apenada sonrisa hizo que la boca del joven se frunciera.

—Ya tengo problemas. Y no es probable que se vuelvan peores.

»Has conocido al Rey Joyse. Estos días, ya no castiga a nadie. No creo que tenga valor para ello. O quizá ya nada le importe demasiado. Lo peor que puede hacer es ponerme en manos del Castellano Lebbick. —Geraden suspiró—. Supongo que Lebbick es un buen hombre. Artagel dice que lo es. Pero no es exactamente gentil. Y ya se ha echado sobre mí. Porque les pedí a Ribuld y Argus que te protegieran. —Aquélla era la mente de su aflicción: el Castellano Lebbick debía haber retumbado

sobre él—. Pasó la mitad de la noche en ello. Yo no dejé de disculparme, pese a que ambos sabíamos que yo tenía razón.

Bruscamente, se encogió de hombros.

—Al menos, ya no le tengo miedo. Después de esta noche, todo lo que puede hacer es encerrarme. Pero no es probable que le haga eso al hijo del Domne..., no sin una mejor razón. —Dejó que las tensas arrugas de su rostro se relajaran lentamente, y su sonrisa se hizo más amplia—. Por un tiempo, al menos, no tengo nada de qué preocuparme.

Terisa sintió que se le encogía el corazón; podía adivinar lo que significaba ser reprendido por el Castellano.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. ¿Por qué te hizo eso? ¿Qué cree que hiciste mal?

—Bueno —meditó Geraden—, supongo que tiene razón en ello. Quiere saber por qué creía que podías ser atacada, cuando al parecer la idea no se le ocurrió a nadie más en Orison. Es su trabajo saber todo lo que ocurre aquí. ¿Qué es lo que yo sé que él no?

—¿Qué le dijiste?

Bufó suavemente.

—La verdad. Mordant se halla sitiado por la Imagería. El Rey Joyse no deja que la Cofradía luche..., pero, aunque lo hiciera, los Imageros se hallan tan divididos que posiblemente no serían capaces de realizar nada. Cadwal y Alend están ansiando una ocasión de atacarnos. Y, mientras tanto, el Rey ha empezado a actuar como un hombre que se ha dejado la cabeza en la otra habitación. ¿Quién en su sano juicio *no* desearía mantener custodiado a alguien tan importante como tú?

El Apr exhibió de nuevo una torcida sonrisa.

—Al Castellano Lebbick no le gustó nada cuando le dije todo eso.

Estaba mostrando una actitud serena, pero su rostro aún parecía tan pálido como la cera en torno a las manchas de color en sus mejillas. Terisa dijo, con el deseo de confortarle:

—Puedo imaginar lo que debió ser. Estuvo aquí un momento ayer por la noche. Una vez todo hubo terminado.

—Lo sé. —Sin transición, su expresión se volvió apática, casi melancólica—. Eso fue otra cosa que deseaba que yo le explicara. ¿Cómo conseguiste salvarte, después de que tanto Argus como Ribuld fueran derrotados? ¿Y por qué no respondiste a la pregunta cuando él te la formuló?

»También tiene razón en ello, mi dama. —Empezó a caminar frente a Terisa, sin mirarla—. Ni siquiera Artagel podría derrotar a Argus y Ribuld juntos. Puede que por

su aspecto no lo parezcan, pero en realidad son muy buenos. Y tú te libraste por ti sola de un hombre que los venció a ambos. ¿Tienes alguna idea del tipo de conclusión que habrá extraído Lebbick de ello?

—No —jadeó ella—. No tengo la menor idea respecto a nada de lo que dices.

—Bueno, te lo explicaré. Cree que te hallas confabulada con ese hombre. O mejor, que ese hombre se halla confabulado contigo. Se abrió camino hasta aquí dentro por la fuerza para encontrarse contigo por alguna razón..., quizá para transmitirte un mensaje, o para hacerte saber qué preparativos se han hecho por parte de tus aliados. Pero ni siquiera es necesario ir tan lejos. Quizá *no seáis* aliados. Pero te libraste de él sin sufrir ningún daño. Eso requirió *poder*. —La misma noción pareció ofenderle al punto de la náusea—. Intenté decirle que era imposible. Quería protegerte. Pero cuando lo examinas a fondo... —Dejó de pasear arriba y abajo y se detuvo frente a ella, con ojos turbados—. No tengo ninguna razón para creer que sea imposible. Excepto que tú no dejas de afirmarlo.

—¿Qué quieres decir? —protestó Terisa—. Por supuesto que es imposible. —Ella sólo había querido mostrarse conmisericordiosa con él; no había pretendido admitir nada que pudiera forzarla a traicionar al Adepto Havelock y al Maestro Quillon—. No sé nada acerca de Imagería, ni de Mordant, ni de... —Vio de nuevo en su mente una loca sonrisa, tan afilada como el odio, y una nariz como la hoja de una hachuela, y unos ojos amarillos—, de ese hombre que intentó matarme.

—Mi dama —contraatacó él—, ¡te hallé en una habitación llena de espejos! Y era una habitación donde ninguna traslación conocida hubiera podido llevarme..., a menos que fueras tú quien hiciera la traslación. Estabas sentada en una silla justo delante del cristal, y me estabas mirando, concentrándote en mí. Creí incluso poder sentir que me llamabas.

»Mi dama —repitió con tono miserable y suplicante—, quiero creerte. Quiero confiar en ti. Pero no sé cómo.

Terisa no tenía mucho tiempo para ajustarse a las nuevas reglas y emociones de su situación; la absoluta seriedad de la reacción de Geraden la tomó por sorpresa. No estaba preparada para la forma en que se sintió afectada, no por su argumentación, sino por su aflicción.

—Lo siento. No sabía que sintieras así al respecto. Ven aquí.

Se dio la vuelta y se dirigió con paso rápido al dormitorio, hacia el armario con la puerta oculta.

Seguía sin intención de traicionar al Adepto Havelock y al Maestro Quillon. No tenía forma alguna de evaluar ninguna de las facciones conflictivas o exigentes con las que ya se había enfrentado en Orison, no tenía forma alguna de saber en qué lado

podía desear realmente estar. Pero lo que Havelock y Quillon habían hecho por ella era mejor que el tratamiento que había recibido de la Cofradía o del Rey, y no pensaba pagar la amabilidad con la delación.

Cuando Geraden se reunió con ella, abrió el armario y le mostró la silla que había encajado allí. Luego la retiró para dejarle ver la puerta secreta.

—Oh —dijo él, incómodo—. Te dieron uno de éstos.

—No sabía que estaba aquí cuando me adjudicaron estos aposentos —empezó a decir ella—. Pero, en mitad de la noche... —Tragó saliva convulsivamente, esperando ser capaz de decir lo suficiente sin decir demasiado—, el Adepto Havelock entró por esta puerta. No creo que deseara asustarme, pero se puso a hablar del brinco y... —dudó un instante—, y de lascivia hasta que sentí deseos de gritar. Y estaba aquí cuando ese hombre atacó. Y el Adepto Havelock tenía una pieza de espejo que arrojaba una intensa luz. Cuando ese hombre hubo acabado con Argus y Ribuld, vino hacia mí. Pero el Adepto Havelock hizo brillar la luz en sus ojos. Quedó cegado. Tuvo que olvidarme y retirarse.

Se enfrentó al asombro de Geraden de la mejor manera que pudo.

—Probablemente hubiera debido decirle algo de esto al Castellano. Realmente, no quería ponerte en dificultades. Pero el Adepto Havelock me salvó. Y parecía desear que yo mantuviera en secreto lo que había hecho. Cuando me di cuenta de que Argus y Ribuld no le habían visto, decidí no decirle a nadie que él estaba aquí.

Entonces, cambiando bruscamente de tema, prosiguió:

—Y no soy una Imagera. Donde me encontraste, los espejos no hacen lo que hacen aquí. —No estaba dispuesta a sufrir el azaramiento de intentar explicarle por qué había decorado su apartamento con espejos, pero tenía preparado otro argumento—. Cuando llegaste a mi habitación, debiste darte cuenta de los cristales rotos. Estaban por toda la moqueta. Tú incluso tenías algunos en tu pelo.

»Tú hiciste eso.

Él abrió mucho la boca.

—¿Yo?

—Dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo —recitó ella—. Tu traslación te llevó al mismo espacio que ocupaba mi espejo. Si yo intentaba trasladarte, entonces mi acción fue un fracaso. El cristal quedó roto, arruinado, de modo que yo no sería capaz de enviarte a ti de vuelta o de ir contigo. Pero el cristal no es así allá de donde vengo. No hay nada mágico en él. Cuando tú llegaste, simplemente se rompió.

»¿Te das cuenta? Te estoy diciendo la verdad. La traslación fue desde tu lado. Te he estado diciendo la verdad durante todo el tiempo.

Durante un largo momento, él permaneció con el ceño intensamente fruncido mientras absorbía lo que ella acababa de decir. Luego, lentamente, empezando en su boca y subiendo lentamente hasta sus ojos, una sonrisa iluminó su rostro.

—Por supuesto —jadeó, irradiando maravilla hacia ella—. No hubiera debido ponerte en duda. Claro que vi los cristales rotos. ¿Por qué no pensé...? —su aflicción pareció disolverse con cada frase, y el peso de la preocupación se hizo más ligero—. Hubiera debido darme cuenta por mí mismo.

Exuberante por el alivio, apoyó las manos en los hombros de ella y se acercó para darle un beso en la mejilla. Pero su entusiasmo le hizo perder el equilibrio; falló en su intento, y se golpeó el pómulo contra el de ella.

—Oh, lo siento, lo siento —balbuceó, con inmediato pesar.

Retrocedió, agitó ambas manos como para asegurarle que no había pretendido hacerle ningún daño—. Lo siento, mi dama. Por favor, perdóname. —Entonces se llevó una mano a la boca—. Oh, siempre lo estropeo todo. Creo que me mordí la lengua.

Terisa se frotó el pómulo; el golpe la había sobresaltado más que dolido. Secretamente, deseó que él intentara besarla de nuevo. Sin embargo, se sentía tan perdida como él. Lo mejor que pudo hacer fue decirle con burlona severidad:

—Apr Geraden, si no empiezas a llamarme Terisa ahora mismo, le diré al Castellano Lebbick que forzaste tu entrada a mis aposentos e intentaste dejarme inconsciente de un golpe.

Él se echó a reír ante aquello. Su risa era fuerte y limpia, y borró de ella la mayor parte del pesar.

—Mi dama —dijo finalmente—, nunca he llamado a una mujer como tú por su nombre de pila en toda mi vida. Tengo al menos tres hermanos que siguen considerándome lo suficientemente joven como para darme una azotaina..., y estoy seguro de que intentarían dárme la si me oyeran llamarte cualquier cosa excepto «mi dama», no importa lo mal que tú me trataras. Sé paciente. Es probable que puedas decir que aún tengo mucho que aprender.

Ella también tenía mucho que aprender. Pero sabía lo suficiente como para decir:

—Lo intentaré —y le sonrió como si supiera mucho más.

Se sintió aliviada al ver que él parecía más feliz..., y al ver que había escapado tan fácilmente del tema de Havelock.

Por un momento él permaneció de pie allí, mirándola en silencio, gozando con lo que veía: su sonrisa, la forma en que caía su pelo contra la tela escarlata sobre sus hombros. Luego agitó la cabeza y se recompuso. Pasó una mano semiconsciente por su pelo, se tocó el pómulo y dijo:

—En realidad, no tengo ninguna razón oficial para estar aquí. Simplemente se suponía que debía enviarte un mensaje, y aunque tal vez sea discutible el que te lo entregue personalmente, puedo argumentarlo. Si alguien pregunta, por eso vine.

»La Cofradía desea que sepas que no tienes que asistir a su reunión de hoy. Es una forma educada de decirte que no eres invitada. Quieren hablar de ti, y no desean —hizo una mueca divertida— verse cohibidos por tu presencia mientras lo hacen.

»De hecho, yo tampoco estoy invitado. No quieren tener que pasar toda la reunión discutiendo con un simple Apr.

Mientras hablaba, su tono y su actitud se hicieron más serios. Cuando hizo una pausa fue con un aire de vacilación, como si no estuviera seguro de cómo reaccionaría ella a lo que deseaba decir.

—Mi dama —murmuró lentamente—, estoy desobedeciendo ya al Rey, como muy bien señalaste. Y, realmente, no creo que pueda meterme en más problemas. Así que creo que —su mirada descendió hasta el suelo como, si se estuviera obligando a no mirarla—, puesto que todos los Maestros se hallarán en su reunión, y no es probable que nadie más nos detenga... —involuntariamente, sus ojos se alzaron de nuevo hasta los de ella, y vio tensión y expectación en sus pupilas—, podría intentar responder a algunas de tus preguntas mostrándote el laborium. Allá es donde se guardan los espejos de la Cofradía.

Su audacia la hizo contener el aliento. Era peligroso burlar la autoridad: sabía muy íntimamente aquello. La gente que desobedecía era castigada. Se obligó a expulsar el aire de su pecho y preguntó:

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —Luego, dándose cuenta de su aparente ingratitud, añadió—: Quiero decir, es demasiado. Demasiada gente está ya furiosa contigo. Si haces eso por mí...

Se detuvo.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —dijo él. Su franco rostro proyectó una sobria intensidad que sugería que no estaba haciendo el ofrecimiento a la ligera..., que había pensado en todas sus implicaciones mucho más claramente que ella—. Empecé a pensar en ello cuando el Rey Joyse hizo interrumpir la búsqueda. Si ni siquiera puede ser molestado para permitir que sus guardias encuentren a un hombre que te atacó... —Su voz se desvaneció en un incómodo encogimiento de hombros. Ella vio en sus rasgos lo profundamente que le había decepcionado el Rey—. De todos modos, no es tan peligroso como parece. Después de todo, no estoy ofreciendo proporcionarte el tipo de información que podrías utilizar..., si fueras un enemigo de Mordant. Si eres una Imagera, ya estarás familiarizada con todo lo que pueda mostrarte. Y si no lo eres, no serás capaz de hacer nada con lo que averigües.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque te lo debo. Soy quien te trajo aquí. Si eres la persona equivocada, o aunque seas la persona *correcta* pero no desees ayudarnos, es responsabilidad mía devolverte allá de donde viniste. Quiero que comprendas lo suficiente acerca de la Imagería como para saber lo que significa.

Se detuvo, hizo acopio de todo su valor y prosiguió:

—Pero eso no es todo. Aunque desees volver..., y yo deseo llevarte de vuelta, los Maestros no lo permitirán. Aunque decidan que eres realmente la persona equivocada, no podrán ignorar la importancia de lo que representas. No te dejarán marchar.

»Ahora —dijo cuidadosamente—, mientras ellos están reunidos, puede que sea nuestra única posibilidad de alcanzar el espejo correcto e intentar devolverte a casa.

»No quiero que te vayas —añadió inmediatamente—. Creo que eres exactamente la persona que necesitamos. No sé cómo ni por qué, pero lo eres. Si desees irte, te suplicaré que te quedes. Pero —suspiró— tienes derecho a irte, si quieres. Sería inmoral retenerte aquí contra tu voluntad.

La sorprendió. La cuestión de si le resultaría posible regresar a su apartamento, a su trabajo en la misión, a sus infrecuentes cenas con su padre, no le había parecido particularmente sustancial. Otros asuntos habían dominado su atención. Pero, detrás de la relativamente tentativa superficie de su ofrecimiento, Geraden le estaba preguntando algo fundamental.

Bajó la vista hacia su vestido, hacia la intensa tela escarlata contra su piel y al ceñido escote. ¿Ya?, protestó. Es demasiado pronto. No estoy preparada.

Sin embargo, el riesgo que él estaba dispuesto a correr en nombre del *derecho* de ella exigía una respuesta distinta.

—Iré contigo —dijo, aunque su pulso era intenso en su garganta y sentía la cabeza ligera—. Puede que sea una buena idea saber cuáles son mis elecciones.

Geraden sonrió desoladamente.

—En ese caso, es mejor que vayamos ahora. Si nos retrasamos, puede que perdamos nuestra oportunidad. No hay forma de decir exactamente cuánto durará esta reunión.

Terisa deseó poder sostenerse en su brazo para afirmar su equilibrio. Tuvo una imagen mental de mujeres vestidas con ropas semejantes sujetándose a los brazos de fuertes jóvenes y con aspecto feliz, sintiéndose apoyadas y seguras. Pero él le hizo un educado gesto de que le precediera; ella inclinó la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Él abrió la hoja por ella, luego la cerró a sus espaldas. Fuera, saludó a los guardias

por su nombre, y éstos le respondieron en un tono de amistosa conmiseración, como si lo supieran todo de su prueba con el Castellano. Pero no hicieron ningún gesto de seguirles.

Terisa se detuvo vacilante, sintiendo que el miedo volvía ella, y les miró por encima del hombro.

—No te preocupes —respondió Geraden a su preocupación—. Nadie va a atacarte en Orison a plena luz del día. —Sobre aquel punto parecía confiado—. Nadie se atreverá.

Ella deseaba preguntarle cómo podía estar seguro. Pero éste era su mundo, no el de ella. Debía confiar en lo que él le había dicho.

Se dirigió cuidadosamente hacia las escaleras.

Durante un tiempo, ella y Geraden no hablaron. Mientras él la guiaba a través de los pasillos y corredores, Terisa creyó reconocer el camino que Saddith había utilizado el día anterior. Basándose en lo que había visto desde sus ventanas, supuso que el destino de Geraden se hallaba en el lado opuesto de enorme rectángulo abierto que era Orison: para alcanzarlo sin tener que atravesar el lodo y la nieve del patio, debía llevarla siguiendo todo el perímetro. De nuevo encontraron buen número de hombres y mujeres de todo rango. Pero ahora, en vez de mirar a Terisa, se apartaban deferentemente de ella e inclinaban con respeto la cabeza, como si sus ropas la señalaran como una gran dama a la que no conocían.

Cada saludo la hacía sentirse más cohibida. No estaba acostumbrada a que la gente reparara en ella de aquel modo. Pan distraerse, le preguntó a Geraden si los asesinos solían vagabundear por Orison durante la noche.

—En realidad no. —Sensible al tono de su pregunta, la enfocó humorísticamente—. No es común, en absoluto. Si lo fuera, el Castellano Lebbick estaría subido por las paredes. Se toma sus deberes *muy* en serio.

—Entonces, ¿por qué el Rey Joyse ordenó cesar la búsqueda ayer por la noche? —Mientras hablaba, recordó lo extraña de las órdenes que habían sido transmitidas a Lebbick: *Al Rey no le gustan todas esas carreras por ahí en mitad de la noche*. Y sin embargo, sabía exactamente lo que debía esperar de su Castellano..., y había pensado lo suficiente en Terisa como para protegerla del celo de Lebbick—. Me dio la impresión de que los ataques eran algo que ocurría constantemente..., que no valían la molestia de intentar una persecución.

Geraden agitó la cabeza una sola vez, con el ceño fruncido.

—Orison *siempre* ha estado seguro..., desde que el Rey Joyse conquistó el Demesne. Yo hubiera esperado que llamara a toda la guardia, en vez de dejar que ese hombre escapara. —Un momento más tarde, sin embargo, admitió—: Pero éste es un

lugar imposible donde buscar. Tiene demasiadas habitaciones. No creo que nadie sepa cómo están todas interconectadas. Y, luego, también hay los pasadizos secretos. Si conocía algún lugar por donde meterse, se hubiera necesitado un milagro para encontrarle.

¿Incluso después de que Havelock lo cegara?, se preguntó ella. Pero no formuló en voz alta la pregunta.

—Lo que me *gustaría* saber —dijo Geraden después de meditar preocupadamente unos instantes— es: ¿Cómo supo dónde encontrarte?

Aquello era algo que a Terisa no se le había ocurrido.

—¿Cómo me encontraron Argus y Ribuld?

—No es lo mismo. Ellos sabían que habría sido adjudicado alguien a tu servicio, de modo que preguntaron entre las doncellas hasta que supieron que Saddith se había ofrecido voluntaria. Entonces todo lo que tuvieron que hacer fue localizarla. Nadie estaba intentando mantener en secreto dónde estabas. Pero ¿cómo supo *él* dónde era? Es un asesino oculto en Orison. ¿Con quién podía hablar? Tuvo que haber hablado con alguien. Debió hacerlo. —Más lentamente, dijo—: Tiene un aliado viviendo aquí. Alguien que puede hacer preguntas sin que nadie sospeche. O de lo contrario...

—¿O de lo contrario?

Empezaron a bajar una escalera hacia un nivel inferior, cruzaron la base de una de las torres, y siguieron rodeando el patio.

—O de lo contrario —dijo él con voz raspante—, es alguien del propio Orison. Vive aquí como los demás..., y presumiblemente sirve al Rey, o hace como que sirve al Rey..., y luego, por la noche, se desliza de un lado para otro en sus intentos asesinos. Incluso tal vez sea alguien a quien yo conozca.

—¿Es posible eso?

Él se encogió rígidamente de hombros.

—Orison es un lugar grande. Y está abierto todo el tiempo en especial a cualquiera que viva en el Demesne. Nadie le sigue el rastro a toda la gente que hay por aquí. Aunque el Castellano Lebbick lo intenta, por supuesto. —Sus pensamientos estaba en otro lado—. Mi dama, será mejor que mantengas los ojos abiertos. Si ves a alguien que se parezca a él, comunícalo inmediatamente.

Asustada por la perspectiva, Terisa dedicó unos cuantos minutos a escrutar atentamente cada rostro que veía buscando signos de ojos amarillos y mejillas llenas de cicatrices y violencia. Pero, poco a poco, se dijo a sí misma que debí calmarse. El hombre sería un estúpido si se dejaba ver en lugares donde ella pudiera encontrarle. Y, si lo hacía, ella no tendría que hacer ningún esfuerzo especial para reconocerle. Podía verle de nuevo, en cualquier momento que deseara, con sólo cerrar los ojos.

Luego, otra escalera les condujo hacia abajo hasta el enorme salón vacío, la sala de baile en desuso que habían cruzado el día antes. Había varias entradas al salón; pero reconoció el corredor que conducía a la sala de reuniones de la Cofradía.

El aire se hizo más frío.

—En los viejos días —comentó Geraden mientras la guiaba por el corredor—, antes de que el Rey Joyse unificara Mordant y antes de que Orison fuera construido tan grande como es ahora, esto eran las mazmorras. Por aquel entonces, la mitad de cada castillo debía ser mazmorras. Pero el Rey Joyse entregó todas las cámaras de tortura, la mayor parte de las celdas; y un salón que acostumbraba a ser una especie de sala de guardia, a la Cofradía. Todo ese espacio se convirtió en el laborium. —Había una nota de orgullo en su voz—. Has visto la vieja sala de interrogatorios. Ahí es donde los Maestros celebran sus reuniones. Nos mantendremos alejados de ella.

Terisa recordaba la escalera descendente; pero rápidamente se sintió perdida entre las puertas y giros que siguieron. No tenía la menor idea de dónde estaban cuando él abrió otra de aquellas recias puertas reforzadas con hierro que caracterizaban las mazmorras, y un resplandor de luz y calor acudió a su encuentro.

Aquella debía ser la sala de guardia: parecía lo suficientemente amplia como para albergar a un centenar de personas durmiendo. Ahora, sin embargo, no contenía ninguna cama. En vez de ello, estaba ocupada por dos grandes y rugientes hornos contruidos como hornos de cuba; la leña para el fuego estaba apilada en hileras; había montones de arena finamente tamizada; sacos de cal y potasa; conducciones de piedra y moldes de diversas formas pulidos hasta conseguir una lisura metálica; bancos de trabajo equipados con balanzas, botes, fuegos pequeños, retortas; bandejas de hierro y rodillos de arcana función; y estanterías tras estanterías fijadas a las paredes y cargadas con todo tipo y número de jarras de cerámica en una plétora de tamaños y colores.

Trabajando en la habitación había varios hombres jóvenes vestidos como Geraden: atendían los hornos, pulían piezas de piedra, medían y volvían a medir pequeñas cantidades de polvos de las jarras, limpiaban toda la suciedad que creaban y generalmente sudaban ante el calor. Uno de ellos les vio y saludó con la mano. Geraden le devolvió el saludo, luego cerró la puerta, sellando el ruido y el fuego de la sala que había brotado al corredor.

—No desearás entrar aquí dentro —dijo—. Arruinaría tu traje. Pero ahí es donde hacemos el cristal para nuestros espejos. Los Aprs realizan la mayor parte de su trabajo aquí. Si un muchacho desea ser Imagero, pero no tiene el poder para ello en su sangre, su incapacidad se muestra generalmente aquí, antes de que los Maestros le enseñen ninguno de sus auténticos secretos. Los que empiezan efectúan las tareas más serviles, como mantener los hornos a una temperatura constante. Los más

adelantados aprenden a mezclar tintes y a preparar moldes.

—¿Es eso lo que tú haces cuando no estás desobedeciendo al Rey?

Él hizo una mueca, luego la convirtió en una irónica sonrisa.

—Lo era. La ventaja de ser mayor que todos los demás Aprs es que sé ya todo lo que a ellos se les enseña. Lo único que ocurre es que no parece que haga nada a derechas. Así que ahora soy una especie de sirviente formal de los Maestros. Normalmente asisto a todas las reuniones, no porque a ellos les importe lo que yo pienso, sino porque puedo realizar encargos, llevar mensajes, cosas así. No confían en mí para que lleve cristal. —Terisa creyó captar un tono de tristeza detrás de su sonrisa—, así que eso lo hacen ellos mismos.

Sin embargo, no se permitió ensimismarse en las consecuencias de su instinto natural para la torpeza.

—Vamos —dijo con voz alegre—. Quiero mostrarte algunos espejos.

Tocó su brazo; y de nuevo ella deseó sujetarse a él, en busca de ánimo y apoyo. La excitación que parecía sentir él ante la perspectiva de los espejos la afectaba de una forma extraña: la hacía desear demorarse..., la volvía reluctante a enfrentarse a un riesgo que podía ser más peligroso que cualquier otro de los que conocían.

—¿Qué es lo que hacen los Maestros? —preguntó débilmente.

—Sobre todo investigación. —Sus ojos escrutaron el camino que se abría ante ellos y destellaron—. Se supone que están buscando pruebas de que las Imágenes tienen o no tienen realmente una realidad independiente. Pero algunos de ellos prefieren más imaginar cómo predecir qué Imagen mostrará una configuración y un color particulares de un cristal. La mayor parte de la investigación se hace simplemente por el método de tanteo. Desgraciadamente, la Cofradía no ha demostrado ser mucho mejor en las predicciones que en las pruebas. Como una meta más alcanzable, los Imageros como el Maestro Barsonage están intentando determinar hasta qué punto tiene que variar un espejo con respecto a otro antes de que muestre una Imagen completamente desconectada.

»Pero la Cofradía se dedica también a la investigación práctica. Eso también fue idea del Rey Joyse. Deseaba que la Imagería fuera útil para algo además que para la guerra y la ruina. No hace tanto tiempo se hicieron algunos progresos importantes... —Geraden tragó saliva, frunció el ceño para sí mismo y admitió—: En realidad, el Maestro Eremis los hizo. Modeló un cristal que muestra una Imagen donde no parece ocurrir nada excepto llover. Nada en absoluto. La Cofradía comprobó el agua, y era potable. Así que ahora tenemos una buena solución local para la sequía. Ese espejo puede ser llevado a cualquier lugar donde las cosechas se estén agostando y proporcionarles el agua que necesitan. —Siendo honesto con un hombre que no le

gustaba, el Apr dictaminó—: Fue un gran descubrimiento.

»Más recientemente, por supuesto —añadió, aún con menor entusiasmo—, hemos pasado la mayor parte de nuestro tiempo preocupándonos por el colapso del Rey Joyse.

Quizá para librarse de pensamientos incómodos, guió con paso rápido a Terisa hacia delante.

Al fondo del corredor, junto a la intersección con un pasillo, llegaron a una pesada puerta como la de una celda. El paso de Terisa vaciló; la puerta estaba custodiada. Pero Geraden le dirigió una sonrisa tranquilizadora, saludó casualmente a los guardias, y uno de ellos saludó apreciativamente a la dama del traje escarlata mientras el otro abría la puerta, dejándoles entrar a ella y a Geraden a una pequeña y bien iluminada habitación como una antesala, con entradas en las enormes paredes que conducían a otras habitación.

—Esto eran celdas —explicó Geraden—, pero los Maestros las hicieron reconstruir para tener un lugar donde pudieran ser exhibidos los espejos..., y protegidos.

Cuando los guardias hubieron cerrado la puerta tras él, Terisa susurró:

—¿Por qué no nos han detenido?

Él sonrió.

—Es un asunto de protocolo: el laborium se halla bajo el mando de la Cofradía. El Maestro Barsonage no dio órdenes de mantenernos alejados de aquí porque nunca se le ocurrió que pudiera traerte hasta este lugar.

»Vamos.

Su excitación aumentaba. Se volvió para conducirla a través de la entrada más próxima, y su pie pisó el largo dobladillo de su vestido, y cayó hacia la pared, como si intentara despanzurrarse los sesos contra la piedra.

En el último instante, sin embargo, consiguió convertir su caída en un giro. Golpeó la pared con el hombro con un audible impacto; pero esto no le impidió saltar de nuevo inmediatamente en pie..., disculpándose profusamente.

—No te preocupes por mí —dijo ella suavemente, expresando preocupación para evitar echarse a reír—. ¿Estás bien? El joven se irguió con un esfuerzo.

—Mi dama, si me hiciera daño cada vez que hago algo estúpido, habría muerto antes de cumplir los cinco años. Esto es lo peor de ser un desastre así —continuó a regañadientes—. Causo todo tipo de daños a todo y a todos los que me rodean, pero nunca me hago daño a mí mismo. No parece justo.

Por un momento, ella no pudo evitar echarse a reír. Luego se tragó su risa.

—Bueno, a mí no me has hecho ningún daño. Me alegro que tú tampoco te lo hayas hecho.

Él la miró como si su visión le hiciera olvidar por qué estaban allí.

—Gracias, mi dama —dijo, suave e intensamente. Pero recobró de inmediato su compostura.

—Probémoslo de nuevo. —Con elaborado cuidado, se apartó de ella y cruzó la entrada más próxima hacia la sala que había al otro lado.

Terisa le siguió, y se halló en una estancia que había sido ampliada uniendo tres o cuatro de las celdas. La luz procedió de un buen número de lámparas de aceite que no producían humo. Aparte las lámparas, sin embargo, y los esbeltos pedestales que las sostenían, la estancia no contenía nada —ninguna decoración en las paredes, ninguna alfombra en el suelo— excepto tres objetos altos ocultos bajo ricas cubiertas de satén.

Alegremente, Geraden tiró de la primera de las cubiertas, dejando a la vista un espejo.

Como el único otro espejo que Terisa había visto en Orison —el que la había traído hasta allí—, éste era casi tan alto como ella; el cristal no era completamente plano ni completamente transparente, y no era perfectamente rectangular; estaba sujeto a un marco de madera hermosamente pulida que le proporcionaba una segura base sobre el suelo, que le permitía sin embargo ser inclinado hacia uno u otro lado y hacia arriba o hacia abajo.

Además, el espejo no reflejaba nada de la piedra o las lámparas que tenía enfrente. Ni siquiera mostraba a Geraden.

Lo que mostraba era un insondable paisaje marino bajo un brillante sol. Por un instante, Terisa tuvo la convicción de que la Imagen era simplemente una pintura brillantemente realizada para crear la ilusión de tres dimensiones. Pero las olas del mar se movían. Rodaban hacia ella desde la distancia hasta llegar demasiado cerca para poder seguir siendo vistas. Pequeñas crestas de espuma remataban las olas y se disolvían ante sus ojos.

La Imagen era tan real que hizo que su estómago se contrajera.

—El Maestro Barsonage lo modeló hace varios años —explicó Geraden—. Es el tipo de espejo sobre el que el Rey Joyse desea que se concentre la Cofradía. Algo útil, práctico. El Maestro Barsonage estuvo buscando un mundo de agua..., una Imagen que Mordant pudiera utilizar en caso de sequía. O de incendio. La historia es que extrapolo este cristal de un espejo más pequeño que el Adepto Havelock tuvo en una ocasión. Si eso es cierto, es un logro sorprendente..., reproducir con exactitud cada inflexión de curva y color y forma a una escala tan distinta. —Recorrió con los dedos el borde del marco, en un acariciante gesto de admiración. Mientras volvía a cubrir el

espejo, añadió—: Desgraciadamente, el agua tiene demasiada sal para nuestro suelo y cosechas.

Terisa agitó la cabeza con mareado asombro, como si su cerebro estuviera algo suelto dentro de su cráneo, y le siguió a la siguiente estancia.

Era aproximadamente del mismo tamaño que la que acababan de abandonar. Estaba iluminada de una forma similar, con lámparas montadas sobre pedestales. Pero contenía cuatro espejos en vez de tres, cubiertos por satén.

—No pretendo darte ninguna conferencia —estaba diciendo Geraden—. Si eres realmente una Imagera, te aburriré. Y si no lo eres, simplemente te confundiré. Fréname si me lanzo demasiado.

Ella meditó unos instantes, luego seleccionó un espejo.

Cuando él lo destapó, la muchacha dejó escapar un involuntario jadeo y retrocedió unos pasos.

Desde el cristal la miraban unos ojos tan grandes como sus manos.

Era una mirada hambrienta, y los dientes debajo de ella parecían gotear veneno mientras la boca babeaba en su dirección. Tuvo la impresión de un cuerpo parecido al de una gigantesca babosa detrás de los ojos y la boca, la impresión de un oscuro espacio como una caverna rodeando el cuerpo..., pero no pudo apartar la mirada de aquellos ojos para confirmar el resto de la Imagen. Eran unos ojos que deseaban, unos ojos insaciables, devoradores...

Geraden se inclinó hacia la esquina inferior del espejo y apretó fuertemente el marco.

Los ojos retrocedieron de inmediato unas docenas de pasos, y Terisa se dio cuenta de que ahora los contemplaba parpadeando horrorizada desde una distancia más segura. Resultaba evidente que estaba contemplando una especie de enorme animal parecido a una babosa asomado a la boca de una cueva.

—Así es como ajustamos el foco. —Geraden apretó de nuevo el marco: la imagen retrocedió más. Luego tiró ligeramente de un ángulo, y la Imagen se desvió en esa dirección, revelando el flanco de la montaña donde se abría la cueva—. El alcance es limitado, por supuesto. Pero, una vez construido un auténtico espejo, uno que funcione, en vez de arrojar simplemente distorsiones hacia todos lados podemos contemplar toda la Imagen, en este caso toda la montaña, ajustando el foco. Si tenemos la paciencia suficiente.

Se alzó y volvió a echar la cubierta sobre el cristal. Terisa apenas se dio cuenta de la oscuridad que se acumulaba en torno a su estado de ánimo.

—La historia es que el Rey Joyse capturó este espejo durante sus guerras por la independencia de Mordant. El Imagero que lo hizo ya había trasladado —se

estremeció— esa abominación, que estaba atareada devorando todo un poblado, cabaña por cabaña.

»Pero eso fue en los días anteriores a que el Adepto Havelock perdiera el juicio. Cuando el Rey Joyse capturó el espejo intacto, el Adepto Havelock fue capaz de invertir la traslación.

»La Cofradía fue fundada para mantener la Imagería bajo algún tipo de control. Para que no fuera construido ningún otro espejo como éste.

Terisa sintió debilidad en sus brazos y piernas y la cabeza como llena de aire.

—¿Cómo —preguntó débilmente— puede algo así atravesar el cristal?

—Oh, el tamaño no es problema. Los Imageros descubrieron hace mucho tiempo que, una vez un espejo alcanza un cierto tamaño, aproximadamente el que ves en éstos, puede trasladar cualquier cosa. Nadie sabe exactamente cómo funciona. Pero, si consiguieras enfocar un espejo al lugar preciso en el momento preciso, podrías conseguir que lo atravesara toda una avalancha.

»Vamos.

Sin mirarla, echó a andar hacia otra habitación.

Con la sensación visceral de que la bestia-babosa iba a alzar por sí misma la tela que la cubría y avanzaría tras ella, Terisa le siguió. ¿Mordant estaba siendo amenazado por cosas como *aquella*? ¿Había allí gente lo bastante loca o malvada como para trasladar cosas *así*? Entonces Geraden estaba terriblemente equivocado. Mordant no la necesitaba a ella. Necesitaba al campeón del espejo del Maestro Gilbur. Y todos los hombres con armadura que luchaban a sus órdenes. Y todas las armas de su nave.

Avanzó pisando los talones de Geraden porque toda la situación era una locura y tenía que salir de allí cuanto antes.

El joven la condujo a una estancia más grande que las anteriores: al parecer, habían utilizado una o dos celdas más para construirla. Seis espejos cubiertos se alzaban sobre el liso suelo de piedra, pero cuatro de ellos habían sido colocados apoyados contra las paredes, dejando sitio en el centro para los dos restantes. Esos dos eran del mismo tamaño. Parecían tener la misma forma bajo sus cubiertas.

Mientras estudiaba los espejos, el rostro de Geraden se crispó en un fruncimiento inconsciente de ceño.

—Normalmente guardamos aquí los espejos planos —dijo, mirando hacia una de las paredes laterales—. Ésta es la estancia de exhibición más grande, y tenemos más de ellos que de ningún otro tipo. Pero los Maestros hicieron que algunos fueran retirados para dejar sitio a esos dos. La Cofradía está realizando muchos experimentos con cristales planos, intentando hallar alguna forma de utilizarlos..., o

al menos de comprenderlos.

Bruscamente, se dirigió hacia uno de los espejos apoyados contra la pared.

—Mira. —Su voz sonaba irritada, Terisa no supo decir por qué—. Te mostraré lo que le ocurrió al Adepto Havelock.

Tiró con un gesto brusco de la cubierta del espejo que tenía delante.

Involuntariamente, Terisa retrocedió.

No ocurrió nada terrible.

El espejo parecía de hecho plano. Su color, la arena de la que estaba hecho, la ligera irregularidad de los bordes..., supuso que todas esas cosas determinaban la Imagen que mostraba el espejo. Pero, debido a que éste era plano, su Imagen existía en este mundo en vez de en algún otro distinto.

Algo de aquella escena parecía vagamente familiar.

—Es peligroso —murmuró Geraden—. No sé quién lo modeló, pero si fue un accidente constituyó un peligro hacerlo. Y, aunque no fuera un accidente, constituye un peligro conservarlo.

Terisa estaba contemplando lo que parecía ser un lugar donde se unían varios caminos. Los caminos estaban profundamente cubiertos de nieve, por supuesto, y sólo estaban señalados por las roderas marcadas por el paso de los carros. Pero hileras de desnudos árboles despojados por el invierno hacían los caminos más evidentes de lo que lo hubieran sido contra un fondo blanco plano. La Imagen era tan vivida que pudo ver el frío mordiendo las extendidas ramas de los árboles.

Por otra parte, no tenía la menor idea de por qué era peligroso.

¿Había visto aquellos mismos árboles en aquella intersección desde su ventana, aquella misma mañana?

Aparentemente, sí.

—Puedes ver este lugar desde tus aposentos —explicó Geraden—. Es donde el camino que parte de Orison enlaza con el del sur hacia el Care de Tor, con el del nordeste hacia Perdon, y con el del noroeste hacia Armigite. Pero ¿para qué se molestaría alguien en modelar un cristal que muestra un lugar que podemos ver desde aquí? Si aparece alguien por él no nos advertirá de nada. Como digo, puede que se tratara de un accidente. O tal vez alguien quiso producir un espejo que mostrara el propio Orison..., y sólo falló por tan poco.

—¿Quién lo hizo? —preguntó ella. Él se encogió de hombros.

—Alguien que deseaba espiar al Rey Joyse.

»Pero lo que lo hace peligroso, más peligroso que la mayoría de los espejos planos, es el hecho de hallarnos tan cerca de ser capaces de vernos a nosotros mismos

en él. Si lleváramos este espejo fuera y lo colocáramos en el lugar que muestra, podríamos vernos a nosotros mismos en la Imagen. Y entonces estaríamos perdidos para siempre, borrados..., atrapados en una traslación que se nos llevaría sin movernos ni un centímetro del lugar donde estuviéramos.

Dejó caer la cubierta al suelo y retrocedió unos pasos para estudiar el espejo.

—Supongo que somos afortunados de que no fuera eso lo que le ocurriera al Adepto Havelock. *Él* fue afortunado, al menos. Simplemente se ha vuelto loco..., no ha desaparecido. Pero, si intentáramos usar este espejo ahora, si intentáramos trasladarnos a nosotros mismos hasta el cruce de caminos..., terminaríamos como él. Las tensiones destruirían nuestra mente.

»Nadie sabe exactamente por qué. —Empezaba a sonar más y más irritado, furioso consigo mismo—. Los que creen que las Imágenes no existen, que los espejos crean lo que vemos, argumentan que las tensiones se producen por el hecho de crear un lugar que se parece exactamente a un lugar real. Esperas la realidad y no la consigues, y tu mente estalla.

—¿Y si las Imágenes fueran reales?

—Entonces es la propia traslación la que produce el daño. Supongo que podría decirse que la traslación es demasiado poderosa para utilizarla de una forma tan simple. Si deseas ir de aquí a allí —hizo un gesto hacia la escena en el espejo—, necesitas un caballo, no la Imagería. Puesto que no estás utilizando el auténtico poder de la traslación, ésta rebota contra ti en vez de llevarte sano y salvo hasta donde quieres ir.

»Sea como sea, algo así es lo que le ocurrió al Adepto Havelock. —Geraden se volvió de espaldas al cristal, y entonces ella captó el destello de ira en sus ojos—. Por eso los Maestros quieren comprender los espejos planos. Son tan peligrosos..., y tan fundamentales.

»Vamos —gruñó—. Ya he arrastrado demasiado los pies.

Bruscamente, se dirigió hacia los dos espejos en el centro de la estancia.

Ahora empezaba a comprenderle. Estaba furioso porque se hallaba sumido en un profundo conflicto: estaba actuando contra sus propios deseos al mismo tiempo que contra los del Rey, obligándose a sí mismo a hacer lo que creía que era correcto pese a su creencia de que Mordant la necesitaba a ella.

Y estaba corriendo el riesgo de ser acusado de traidor a fin de proporcionarle a ella una oportunidad de volver a casa.

Pese al calor de su traje, una sensación helada la atravesó de pies a cabeza cuando Geraden tiró de una de las cubiertas, y reconoció el cristal que estaba en la sala de reuniones de la Cofradía el día antes..., el espejo que la había traído hasta allí.

Su imagen era a la vez distinta e igual. La lucha había cesado. Las figuras metálicas habían ampliado su perímetro defensivo y estaban manteniéndolo. Pero el extraño paisaje, iluminado por su viejo y rojo sol, era idéntico, lo mismo que la alta nave en el centro de la escena.

Como sus hombres, la figura enfundada en una armadura que dominaba la Imagen se había movido: ahora recorría el perímetro, deteniéndose brevemente en cada punto defensivo como para comprobar cómo estaban situadas sus fuerzas. De nuevo, su poder era casi palpable a través de la distancia entre los mundos. Tenía el aspecto de un hombre acostumbrado a conquistar continentes enteros casi cada día, como algo normal.

Geraden la miró atentamente, midiendo su reacción. Luego alzó el satén que cubría el segundo espejo.

Terisa vio de inmediato que era idéntico al primero. La forma era la misma; el tinte era exacto; la curvatura no mostraba ninguna diferencia. Incluso los curvados y pulidos marcos de madera eran indistinguibles. Y, sin embargo, las Imágenes no eran idénticas. Bajo una luz teñida de rojo, contra un fondo desolado, un incoloro casco de metal con una impenetrable placa facial miraba en su dirección, como si los ojos ocultos tras ella la estuvieran estudiando fríamente.

Transcurrió un momento antes de que se diera cuenta de que ambos espejos mostraban la misma escena: el primero reflejaba la nave desde una cierta distancia, mientras que el segundo mostraba al comandante de la defensa en un extremo primer plano. Contemplando ambos espejos, pudo ver que cada uno reflejaba exactamente los movimientos de la cabeza recubierta por el casco del comandante: sólo la perspectiva era distinta.

Geraden murmuró en voz baja:

—Es una lástima que no podamos oír los pensamientos a través del cristal. Ayudaría incluso que pudiéramos oír su lenguaje. Pero, por supuesto, la mayoría de los Maestros creen que no hay ahí ni pensamientos ni lenguaje que oír.

Ajustó cuidadosamente el foco del segundo espejo hasta que duplicó el primero. Luego retrocedió para situarse al lado de Terisa. Siguió evitando su mirada.

—Yo hice uno de éstos —dijo—. El que utilizamos ayer. Es un duplicado. El Maestro Gilbur creó el original. Pero yo no podía utilizar el suyo. Los Imageros averiguaron hace mucho tiempo que hay alguna especie de interacción esencial entre un espejo y el talento del hombre que lo ha moldeado. Así que hice una copia. —Bufó lúgubremente—. Me tomó medio año porque siempre hago las cosas mal.

»¿Puedes decir cuál es cuál?

Ella negó con la cabeza. La cuestión no le importaba. Lo único que le importaba

ahora era su preocupación y su oportunidad. Quizá fuera realmente posible volver a su mundo, a su apartamento y a su trabajo y a su padre...

... pese a que el hombre a su lado deseaba que se quedara. Lo deseaba tan intensamente que el pensamiento de dejarla marchar le dolía en lo más profundo.

—En realidad —murmuró Geraden—, nadie puede. Pero el Maestro Gilbur y yo no tenemos ningún problema. Cualquiera Imagero puede sentir siempre su propia obra. El que modelé yo hace que mis nervios hormiguen. —Señaló hacia el espejo de la izquierda—. Es éste.

»Mi dama... —Por fin se obligó a mirarla de frente. Mantenía los brazos fuertemente cruzados sobre su pecho, como si quisiera impedir tenderlos hacia delante. Su ceño fruncido se había convertido en un nudo de preocupación y dolor—. ¿Estás segura de que deseas hacerlo?

—Geraden... —Ahora que él había aceptado finalmente mirarla de frente, fue ella quien deseó desviar sus ojos. Nunca había aprendido a negarse a las peticiones de otras personas. Si hacía lo que se esperaba de ella, o se le pedía, o incluso se le sugería, al menos podría encajar con las circunstancias. Pero ella no pertenecía a aquel lugar. Nada de aquello tenía sentido.

De la mejor manera que pudo, dijo:

—Por favor, compréndelo. No soy una Imagera. Nada de esto puede tener nada que ver conmigo. Tú no me obligaste a venir. Simplemente me pediste que viniera, y yo vine. No sé por qué —admitió—. Supongo que simplemente deseaba creer que mi vida no tenía que ser de la forma que era. No deseaba simplemente *sentarme* allí. Pero ahora sé que cometí un error. Vosotros no me necesitáis. Necesitáis a ese campeón. Creo que lo mejor que puedo hacer es volver allá de donde vine.

—Es tu derecho. —Tras su decepción, su voz contenía una nota de dignidad e incluso de mando que ella recordaba vívidamente. La importancia de lo que estaba diciendo iluminó sus ojos—. Pero *eres* necesaria aquí. La paz de Mordant será la primera cosa buena en perderse..., y la más pequeña. A su debido tiempo, la Cofradía se verá pervertida, y Orison será demolido piedra tras piedra, y lo que quede del reino se verá reducido a la nada a través de la traición y el derramamiento de sangre.

En algún punto de su voz, o de sus palabras, ella oyó un recuerdo de cuernos que apeló a lo más profundo de los sueños de su corazón y lo cambió todo.

—Tú nos diste esperanzas —prosiguió él—. Dices que no eres una Imagera. Quizá no lo seas. O quizá simplemente no sepas que lo eres. Tal vez aún no te des cuenta de que eres más poderosa que cualquier campeón.

»No puedo explicarlo..., pero creo que estás aquí porque *debes* estar aquí.

»Y —de pronto, su voz volvió a la normalidad y su mirada se veló— tú das

sentido a mi vida. Mientras pueda creer en ti, todo valdrá la pena.

Su insistencia hubiera debido repelerla, asustarla. Era tan irrazonable. ¿*Ella* necesaria? ¿*Ella* poseedora de un poder? ¿*Ella* dando sentido a su vida? No. Era más fácil creer que ya se había perdido definitivamente, había desaparecido en sus propios sueños. O nunca había existido..., la traslación la había creado.

Sin embargo, lo que él deseaba y ofrecía la emocionó. Su súplica y el recuerdo de los cuernos la emocionaron.

—¿No estamos yendo un poco precipitadamente? —dijo, insegura—. Todavía no sabemos si esto va a funcionar. Primero debemos averiguarlo, antes de empezar a preocuparnos por todo lo demás.

Él la estudió fijamente, intentando evaluar sus emociones. Luego asintió.

—Tienes razón, supongo. —Movido por una repentina decisión, dijo—: Toma..., coge mi mano. Iré yo primero, sólo por si acaso algo va mal. —Y, al mismo tiempo, se acercó a su espejo—. Tú puedes anclarme.

Terisa era cada vez más consciente de lo frío del aire en la habitación. Miró la mano de él, el cristal, las duras líneas de determinación en su rostro. Ahora que ella había dejado las cosas claras, se dio cuenta de que estaba dudando.

—¿No deberíamos pasar primero por algún tipo de ritual? —Su ambivalencia parecía absurda, pero no podía controlarla. Tan pronto como hacía algo que se parecía a tomar una decisión, perdía la confianza en sí misma—. Tiene que haber algunos polvos mágicos, o conjuros, o algo... ¿No?

—¿Así es como hacéis la Imagería en tu mundo? —preguntó él con ojos brillantes.

—No, por supuesto que no. Quiero decir, nosotros no tenemos Imagería. Te lo he dicho mil veces. No conocemos la magia. —Notó que sus mejillas enrojecían—. Simplemente pensé que necesitarías alguna preparación.

Él hizo un visible esfuerzo por destensarse un poco.

—Lo siento. No pretendía incomodarte. La Imagería se halla en la forma en que están hechos y modelados y coloreados los espejos. Ésa es la preparación. Luego, o funciona o no funciona, según la persona que lo intenta tenga o no el poder. Si deseáramos trasladar algo fuera de nosotros, eso sería distinto. Hay palabras y gestos que desencadenan el proceso. Pero no estamos actuando de esa forma. En estos momentos, todo lo que tenemos que hacer —intentó una sonrisa, no lo consiguió— es *hacerlo*.

Extendió de nuevo su mano hacia ella.

Esta vez, ella la cogió.

Lo que estaba haciendo la hizo sentirse enferma.

Él la atrajo hacia el espejo y se sujetó al marco con su mano libre, para mantenerlo —o mantenerse él— firme.

—Primero meteré la cabeza —murmuró, pensando en voz alta—, y echaré una mirada. Luego volveré, y tú puedes decidir qué hacer a continuación. Sujétame fuerte —añadió—. Mientras mantengamos un contacto firme entre los dos, podrás entrar y salir del espejo del mismo modo que yo.

Bruscamente, avanzó su cabeza hacia la superficie del *espejo*.

Y su cabeza desapareció, tan limpiamente cortada como si su cuello hubiera sido golpeado por un cuchillo. Más allá del plano del cristal, la Imagen de su nuca bloqueó parte del paisaje y la nave.

Instintivamente, ella se echó hacia atrás para contrarrestar su peso.

Geraden había avanzado con demasiado impulso: estaba perdiendo el equilibrio, empezaba a caer. Su mano tiró del marco del espejo, cambiando el foco del reflejo. Mientras caía hacia delante, ella vio que uno de los defensores armados apuntaba una vibrante lanza de luz hacia él.

De alguna forma, consiguió tirar de él hacia atrás. Geraden salió del cristal y se apartó tambaleante de él, luego consiguió mantener el equilibrio con los pies abiertos y las rodillas ligeramente dobladas.

Todo el color había desaparecido de sus mejillas: estaba tan blanco como masa de harina. El pánico y la sorpresa inundaban sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Me disparó —susurró roncamente el Apr—. Estuvo a punto de alcanzarme.

—Lo vi. Vi tu nuca.

—Cristales y perdición. —Tragó saliva varias veces—. Si hubiera ido allí la primera vez. En vez de encontrarte a ti. Me hubieran matado antes de que pudiera abrir la boca.

Terisa sintió que empezaba a dolerle el corazón cuando las implicaciones la alcanzaron. El espejo que había llevado de una forma imposible a Geraden hasta ella cuando hubiera debido situarle frente al campeón había hecho ahora lo que se suponía que debía hacer.

—No puedo creerlo. —Aquel espejo era su única puerta a casa. Estaba atrapada allí—. Quiero intentarlo.

—¡Mi dama! —La sorpresa y el miedo de Geraden cambiaron instantáneamente a horror—. ¡Te dispararán! Puede que no fallen la segunda vez.

—Vamos. —Sin pensarlo dos veces, aferró una de sus manos y tiró de él hacia el

espejo. Estaba atrapada allí para siempre. No había ninguna otra forma en que pudiera volver a su propia vida—. Tengo que intentarlo.

Él se soltó de su presa, luego clavó sus manos en los hombros de ella y la sacudió.

—¡No! —Le estaba gritando—. ¡No voy a permitir que te suicides!

—¡Tengo que intentarlo! —respondió ella, gritando también. Era muy posible que nunca le hubiera gritado de aquel modo a nadie en toda su vida—. ¡Suéltame!

Se apartó de él, giró en redondo hacia el espejo..., y pisó el dobladillo de su propio traje. Incapaz de detenerse, cayó, como si se lanzara de cabeza contra el cristal.

Al parecer, él consiguió sujetarla con una mano justo a tiempo para hacer posible la traslación. En vez de estrellar su cabeza contra el cristal, pasó a su interior.

La transición pareció más corta esta vez: no tuvo tanto impacto sobre ella como la que la había sacado de su apartamento. Fue rápida e intemporal, enorme y pequeña, como si la eternidad le hubiera guiñado un ojo mientras la efectuaba; pero esta vez su familiaridad creó en ella una impresión mayor que su extrañeza.

Luego aterrizó tan bruscamente como para que se le cortara el aliento en el flanco de una colina recubierta de densa hierba salpicada de flores silvestres.

Más exactamente, su cuerpo, de cintura para arriba, aterrizó sobre la hierba. Debía estar tendida con su estómago cruzando la parte inferior del espejo, apoyada sobre su marco, porque estaba limpiamente cortada a la altura del ombligo: todo más allá de aquella plana y limpia sección había desaparecido. Podía sentir sus piernas. Le proporcionaban una sensación de movimiento. Alguien las estaba sujetando. Pero las había dejado en otro mundo.

Este mundo era cálido y olía a primavera. Una suave brisa hacía que las brillantes flores danzaran y refrescaran el contacto de la luz del sol sobre su pelo; el cielo era tan azul que parecía estimulante. La colina descendía a su derecha hacia un rápido arroyo casi tan grande como para ser llamado un río. El agua discurría como cristal sobre el dorado fondo de sus rocas y arena y gorgoteaba alegremente al pasar.

Vio entonces que se hallaba en un valle que se cerraba abruptamente en el terreno que se alzaba empinado ante ella. A unos pocos cientos de metros de distancia, el valle se convertía en una estrecha garganta, casi un precipicio, que ascendía hacia las montañas allá en la distancia; y su corte marcaba a la vez un acceso y un protegido umbral a los altos, escarpados e imponentes pilares de piedra como centinelas que las colinas habían instalado a ambos lados del arroyo. A la sombra de lo escarpado de sus paredes, el desfiladero parecía oscuro y secreto..., y también invitador, como un lugar donde alguien podía ocultarse y sentirse seguro.

Su corazón se puso a latir inmediatamente con rapidez. Puesto que había crecido y se había educado en una ciudad, muy pocas veces había visto un lugar tan hermoso antes. Por un momento se quedó simplemente allí, saboreando el aroma de la hierba primaveral, contemplando el color de las flores silvestres.

No tardó, sin embargo, en pensar en Geraden. Aquél no era el extraño paisaje donde hombres revestidos con armaduras disparaban rayos de fuego a la gente. Y, ciertamente, no era su apartamento. Deseó mostrárselo a él.

Demasiado maravillada para decir nada, empezó a arrastrarse hacia atrás.

A medida que lo hacía, más y más de su cuerpo fue desapareciendo más allá del plano de traslación. Y Geraden estaba tirando sin ninguna ceremonia de ella, intentando ayudarla. Su pecho desapareció; luego sus hombros.

Poco después se hallaba apoyada con manos y rodillas en el suelo, delante del espejo.

La piedra bajo sus palmas estaba fría. El aire de la habitación era frío. Incluso la luz de las lámparas parecía fría.

La escena en el cristal apenas había cambiado. El comandante estaba conferenciando con el defensor que había disparado contra Geraden. Quizás estaban intentando comprender la cabeza de hombre que había aparecido inesperadamente y luego se había esfumado ante sus ojos. Tal vez pensaran que se enfrentaban a algún nuevo truco de la gente contra la que estaban luchando, los nativos del planeta.

—Mi dama —jadeó Geraden, como si hubiera estado luchando ferozmente por la vida de ella—, ¿estás bien? ¿Qué ocurrió? No pude verte. No pude ver que te dispararan. No parecieron darse cuenta de que tú estabas allí. ¿Qué ocurrió?

—Geraden...

Estaba tan impresionada y sentía tanto frío que apenas podía alzar el peso de su cuerpo sobre sus brazos, situar sus piernas bajo ella. El cambio había sido demasiado brusco, demasiado completo. La había dejado jadeante y desconcertada. ¿Primavera...? ¿Un arroyo danzando a la luz del sol...? No, no allí. No en aquella mazmorra de piedra reconvertida. Y no en el espejo donde unos hombres violentos discutían su trabajo.

En algún lugar dentro de ella la traslación proseguía aún, seguía produciéndose. Ahora, sin embargo, sabía lo que significaba. Las dudas se acumularon en sus nervios: estaba al borde del fracaso. Era la sensación de desvanecerse, de perder existencia, concentrada hasta proporciones de crisis: era el puro momento en el que iba a perder su presa sobre sí misma, sobre la realidad, sobre la vida. Hacia esto era hacia lo que había estado cayendo desde el momento en que había empezado a sentirse insegura de su propio ser.

Ahora le estaba ocurriendo de nuevo.

Aunque Geraden estaba inclinado a su lado, pidiéndole con urgencia saber qué era lo que había visto, no podía centrar su atención en él. Estaba contemplando el espejo que él había dejado sin cubrir, el espejo plano que mostraba un cruce de caminos bajo una alfombra de nieve...

La Imagen de aquel espejo había cambiado.

La forma en que lo miraba hizo que Geraden se volviera hacia él.

Cuando vio el espejo, jadeó.

—Eso es imposible. ¿Cómo has hecho...? —Luchó por controlar su desconcierto—. *Conozco* ese lugar. He estado allí..., prácticamente crecí allí. Acostumbráramos a jugar en ese sitio cuando yo era un muchacho. Lo llamábamos el Puño Cerrado. Se halla en el Care de Domne. No está a más de diez kilómetros de Houseldon. —A través de su confusión y su sorpresa, su voz sonaba complacida—. Ese valle, en su parte más profunda, es un revoltijo de rocas. Un lugar estupendo para escalar. Y tiene que haber un centenar de pequeñas cuevas y lugares secretos donde esconderse. Jugábamos constantemente...

Ella le creyó: acababa de estar allí. Reconoció los contornos del terreno, la forma del valle. La ladera de la colina estaba blanqueada por la nieve, el hielo estrangulaba el arroyo, los pilares de piedra estaban escarchados con manchones blancos en su cabellera gris. Pero la escena era la misma. Sólo la estación había cambiado; la primavera se había convertido en invierno.

Ahora Geraden la miraba como si ella hubiera hecho algo maravilloso.

—Mi dama —dijo, con voz llena de admiración—, no sé cómo lo hiciste. No es posible. Los espejos no pueden cambiar sus Imágenes. Pero lo hiciste. De algún modo.

»Eres una Imagera. Ya no hay duda de que eres una Imagera. Nada así ha sido conseguido antes. Es una gran cosa para nosotros que estés aquí.

El color había vuelto a sus mejillas.

Ella no tenía la menor idea de por qué él había saltado a la conclusión de que ella era la causa de aquel cambio imposible. Por el momento, sin embargo, aquello era secundario. Todavía no podía pensar en ello. Otras cosas la abrumaban.

Acababa de ver la misma escena en dos espejos distintos. Una escena que él decía que era real. Pero la había visto en dos estaciones diferentes. Uno de los espejos estaba equivocado.

Estaban en invierno, no en primavera. El espejo que mostraba el Puño Cerrado en primavera estaba equivocado.

Una sensación de desvanecimiento drenó su corazón. Era el espejo de Geraden. El espejo que la había traído hasta allí. Aquel espejo reflejaba Imágenes que no existían.

Cuando se dio cuenta de que ella también era una Imagen que no existía, estuvo a punto de caer de nuevo de rodillas.

Varios encuentros

—¿Por qué no es posible? —Su voz sonaba pequeña y débil, su cabeza daba vueltas.

La excitación se había apoderado de Geraden; no parecía darse cuenta de lo alterado de su estado.

—Nadie sabe cómo cambiar Imágenes. No es posible. La Imagen es parte del espejo. Pero tú acabas de hacerlo. Eres el campeón augurado.

Él no sabía lo que ella había visto en el otro espejo. *Su* espejo. No sabía que ella tenía la prueba de que no existía. Sus manos hicieron gestos inconscientes, apartando aquellas ideas. Las implicaciones eran horribles.

Por otra parte, no se *sentía* horrorizada. Se sentía distante, como si estuviera flotando. La sensación de que se estaba desvaneciendo se hizo más fuerte. O quizás ahora era más agudamente sensible a ella. No tenía ni idea de por qué aún seguía presente en la habitación con él.

El espejo que la había traído hasta allí mostraba Imágenes que no eran reales.

—Has dicho que es un sitio real, ¿no? Pero yo nunca había visto ese lugar antes. —Su voz tenía un tono quebradizo; un ligero asomo de histeria. Estaba luchando por recuperar la sensación de que existía—. Nunca he estado allí. No puedo cambiar Imágenes si no sé cómo. —Cruzó los brazos, apretando fuertemente sus codos, e intentó sonar tranquila—. De otro modo, sería fácil volver a mi apartamento.

Aquella argumentación le hizo pensar, pese a su excitado estado. Meditó sobre ello, con el ceño intensamente fruncido.

—Pero *tienes* que haberlo hecho tú. Si no lo has hecho..., eso sólo me deja a mí. Yo ni siquiera puedo hacer traslaciones sencillas. Nunca he sido capaz de conseguir algo así.

—¿Lo has intentado alguna vez? —Ya no importaba lo que dijera. Su vida estaba deshilachándose más y más.

Él la miró fijamente: durante unos breves segundos pareció tomar en serio su pregunta.

Luego agitó la cabeza.

—No, por supuesto que no. Es una insensatez. Una Imagen es una parte fundamental del propio cristal. Por eso los espejos poseen un alcance tan limitado. No pueden ser enfocados lejos de donde están. —Bruscamente, miró más atentamente el cristal—. Pero éste lo ha hecho —murmuró, desconcertado—. Cambió mientras nosotros estábamos aquí, en esta misma habitación. Así que no es ninguna insensatez.

Uno de nosotros tiene que haberlo hecho. —Retrocedió unos pasos, abstraído, profundamente inmerso en sus pensamientos—. A menos que haya alguien en Orison que tenga tanto poder como para eso. Y esté aquí.

—Eso es absurdo, Apr Geraden —comentó una voz quebradiza—. Lo imposible es imposible. Tiene que haber otra explicación.

Geraden se volvió en redondo.

Terisa se volvió también, como si regresara flotando de muy lejos.

En una de las puertas estaba el Maestro Eremis.

Llevaba la misma capa negra bajo su casulla que le había visto el día anterior. Se sintió sorprendida de nuevo ante lo poco convencionalmente atractivo que era: su larga y fina nariz, sus hundidas mejillas, hacían que su rostro tuviera el aspecto de una cuña; el denso pelo negro que colgaba en la parte de atrás de su cráneo realzaba lo despejado de su alta frente calva. Pero, en su caso, las convenciones perdían su significado habitual. Era alto, delgado y fuerte, sus pálidos ojos brillaban con inteligencia y humor, la sonrisa de sus labios prometía secretos. La forma en que la *miraba* hizo que Terisa contuviera el aliento.

Le había dicho que la consideraba atractiva.

Sin advertencia previa, su pulso empezó a latir excitadamente debajo de su piel. Inexplicablemente, la sensación de que se estaba desvaneciendo perdió su urgencia.

Tan agradecida como si acabara de ser rescatada, aguardó a ver lo que pensaba hacer él.

El Maestro Eremis contempló el cambiado espejo por un momento, con el ceño fruncido por la concentración.

—Sí —murmuró—, eso es imposible. —Entonces volvió su atención a Terisa y Geraden.

»Refresca mi memoria, Apr. Quizá recuerde incorrectamente. ¿Te ordenó o no te ordenó el Maestro Barsonage que no facilitarás ningún conocimiento a la dama?

Geraden clavó su vista en el suelo y no respondió.

El Maestro Eremis avanzó despreocupadamente. Antes de trasladarse a su propio apartamento, Terisa había visto una amplia variedad de hombres con la reputación de poderosos, los invitados de su padre; pero ninguno de ellos había proyectado la dominante confianza del Maestro Eremis. Sólo la presencia de su padre había sido comparablemente efectiva..., y sus modales habían sido considerablemente menos atractivos. Le faltaba la chispa de alegría o pasión que hubiera hecho comprensible para ella el que su madre se hubiera casado con él. Mientras se acercaba, Eremis se dirigió a Geraden, pero el interés que brillaba en sus ojos y en la sonrisa de sus labios

iba dirigido a ella.

—Bueno, no importa. Creo que fue una orden estúpida. La primera regla de la buena cortesía es no negarle nada a una mujer hermosa. De todos modos, eres afortunado de que el resto de los Maestros estén demasiado interesados en su debate como para mostrarse vigilantes. El Maestro Barsonage podría arrancarte de tu puesto si supiera lo que has hecho. Pero no lo sabrá de mí.

—Gracias —murmuró Geraden de mala gana. La repentina aparición del Maestro parecía haberle reducido a la estatura de un hosco muchachito.

Eremis miró a Geraden.

—¿Mi indulgencia no te complace? Me gustaría poder persuadirte de que no tienes ningún amigo más verdadero que yo en la Cofradía. Ya sabes que me opuse a la decisión de dejarte intentar un acercamiento a nuestro campeón elegido. ¿Crees que lo hice porque te desprecio a ti o tus habilidades? Estás equivocado. El campeón es peligroso. Me opuse por tu seguridad, Geraden.

—Hubiera podido sentirme más agradecido si lo hubiera comprendido así —dijo Geraden apretando los dientes, sin dejar de mirar al suelo—. ¿Para qué te sirve mi seguridad?

—¡Qué vergüenza! —rió el Maestro—. La amargura no es un buen comienzo. — Se situó detrás de Geraden y apoyó las manos como un padre cariñoso sobre los hombros del Apr. Desde su posición, dirigió a Terisa una sonrisa conspiradora—. Tu seguridad no me «sirve» de nada personalmente. Pero valoro tu inteligencia..., y tu testarudez. No me gustaría ver esas cualidades malgastadas.

»Además —dio un apretón y una palmada a los hombros de Geraden—, el hecho de que estés a salvo significa que ahora puedes presentarme de una manera formal a ésta... —su mirada abandonó los ojos de ella y descendió a la línea de su escote, donde se detuvo deliberadamente unos momentos antes de volver a su rostro— deliciosa dama.

Rígidamente, Geraden dijo:

—Estoy seguro de que ya conoces su nombre.

—Ah, pero no lo he oído de tus labios. Tú eres su trasladador. Como observó el Maestro Barsonage, eres responsable de ella. —La forma peculiar en que miraba a Terisa hizo que la debilidad que ésta sentía fuera más agradable—. Quiero que me presentes a ella como corresponde.

Geraden desvió la vista hacia Terisa. Su boca estaba crispada en una mueca. Sin embargo, se dobló.

—Mi dama, permíteme presentarte al Maestro Eremis. Su hogar es Esmerel, uno de los más renombrados castillos de Tor. —Estaba tan rígido como una barra de

hierro—. Maestro Eremis, ésta es dama Terisa de Morgan. —Luego, en un tono de reprimida ferocidad, añadió—. Es huésped del Rey Joyse y se halla bajo su protección. El Castellano Lebbick la mantiene bien custodiada.

Eremis se echó a reír una vez más.

—Geraden, tienes tan poca gracia como un chiquillo. —Dio otra palmada a los hombros del Apr y se apartó de él—. Pero quiero mostrarte mi amistad de una forma que te sorprenderá.

»Ahora —prosiguió, volviendo su atención a los espejos—, hay la cuestión de cómo pueden cambiarse las Imágenes. Dudo que se haya producido una sustitución. —Acarició ligeramente el plano cristal con las yemas de sus dedos—. Al mismo tiempo, un cambio más fundamental es algo inconcebible. Esto requiere profunda meditación.

Sin embargo, no parecía estar interesado en pensar en la cuestión por el momento.

—Mientras tanto —dijo inesperadamente, mirando de nuevo a Geraden—, me pregunto naturalmente qué te inspiró E traer a dama Terisa hasta aquí. Tu espejo y el de Gilbur estaban descubiertos. Esto me conduce a sospechar que tenías algún proyecto de permitir que ella nos abandonara..., o de demostrarle que su partida es imposible. Rechazo lo primero. Es absurdo. Ni siquiera tú, Apr, te atreverías a poner en peligro tu vida, tu futuro en la Cofradía y la supervivencia de Mordant, sólo para deshacerlo todo al día siguiente.

Geraden se enfrentó a la mirada del Maestro sin vacilar, pero los músculos de su mandíbula se agarrotaron.

—En consecuencia, llego a la conclusión de que su partida es ahora imposible. Se ha producido algún cambio dentro de espejo que ha cerrado la puerta que tú abriste, ¡de alguna manera!, para traer a dama Terisa hasta aquí.

»Pero eso también es imposible. —Sonrió, como si la idea le complaciera—. Tenemos imposibilidades por todos lados. Es un desafío para ti, Apr. Como espero haber dejado claro, aprecio tu inteligencia. Tu capacidad para el desastre aparece en la práctica antes que en la teoría. Considera esta cuestión: ¿Es teóricamente posible proyectar o transponer la Imagen de un espejo a otro? —Sonaba como un maestro planteando preguntas de las que conocía ya las respuestas—. ¿Explica eso las imposibilidades que parecen rodear a dama Terisa?

»Estudia el asunto y hazme saber tus conclusiones. Por mi parte, llevaré la cuestión a la Cofradía. Conseguirás grandes méritos si alcanzas una respuesta antes de que lo hagan los Maestros.

Antes de que Geraden pudiera responder, el Maestro Eremis derivó su conversación a Terisa.

—Y ahora, mi dama —dijo, volviendo a sus modales anteriores—, quizá tengas la amabilidad de acompañarme a mis aposentos. El espacio que me adjudica Orison no es espléndido, pero puedo ofrecerte hospitalidad y confort. —De una forma a la vez casual e intensa, se acercó más a ella—. Hay muchos asuntos de los que creo podemos hablar provechosamente.

Su sonrisa y su proximidad parecían tener intensas implicaciones masculinas que hicieron que la sangre afluyera al rostro de Terisa. Estudió la expresión del hombre hasta que notó que su respiración se aceleraba y no pudo apartar la vista.

—No te molestaré, Apr, requiriendo tu asistencia —murmuró el Maestro por encima del hombro—. Tienes responsabilidades mucho más apremiantes de las que ocuparte.

Tendió una mano hacia ella. Sus dedos eran largos y delgados, dedos de artista, de delicados nudillos y yemas para acariciar y sondear y probar. Su dedo índice tocó la piel de su hombro en el borde de su traje, y siguió suavemente la tela hacia abajo hacia el hueco entre sus pechos.

—¿Nos vamos, mi dama?

Involuntariamente, los labios de Terisa se abrieron como si le estuvieran aguardando. Se sentía demasiado hipnotizada y maleable como para moverse, prendida en su magnetismo y la luz de sus ojos. Pero si él la hubiera rodeado con su brazo, se hubiera ido con él a cualquier parte.

—Maestro Eremis —la voz de Geraden era tan tensa que crujía—, ¿qué está debatiendo la Cofradía? Si los Maestros están intentando llegar a una decisión acerca de dama Terisa, nosotros tres deberíamos estar allí. Sé mucho más de ella de lo que sabía ayer. —Sonaba a la vez desesperado y furioso, pero mantuvo el control—. Y es posible que ella desee hablar por sí misma.

El Maestro alzó una ceja; una comisura de su sonrisa se crispó.

—Apr Geraden —dijo suavemente, sin apartar la vista de Terisa o el dedo de la V de su vestido—, esto es insufrible. He dicho que podías marcharte. Si te sientes incapaz de crecer, regresa a Houseldon y pídele al Donne que vuelva a ponerte entre tus juguetes y niñeras. Orison no es un lugar para niños.

—Maestro Eremis —el tono de Geraden hizo que Terisa mirara hacia él. Vio en su rostro una incipiente dureza, una capacidad para la fuerza que aún no había terminado de enfocarse—. Me he equivocado en muchas cosas. He cometido un gran número de errores. Pero nunca he servido mal a la Cofradía. —Una secreta ferocidad ascendía tras sus palabras—. Algo imposible ha ocurrido en esta habitación. Los Maestros deben saber lo que he averiguado..., lo que dama Terisa puede decirles. ¿Qué están debatiendo?

—¡Tintes y plata, muchacho! —Eremis se apartó secamente de Terisa—. ¿Eres ciego además de sordo? —Al cabo de un instante, sin embargo, se contuvo—. Oh, muy bien —gruñó—. Quizá, si te respondo, te sentirás satisfecho y nos dejarás solos.

»Porque están confusos y son inefectivos, esos pomposos Imageros llegarán hoy, tras muchas protestas, consideraciones, recriminaciones e inspiraciones, a la sorprendente conclusión de que no es posible llegar a ninguna conclusión respecto a dama Terisa de Morgan. Tú no puedes explicar si llegaste a ella por accidente o por poder. En consecuencia, es imposible que sepas si el poder era tuyo o de ella. Y no puede confiarse en nada de lo que ella diga. Si ella es real en su propia existencia, y no una creación de la Imagería, entonces tendrá una razón propia detrás de cada una de sus respuestas. Seguramente sus motivos no serán los mismos que los nuestros. Y si de hecho fue creada por el cristal, como me parece evidente a mí, entonces todas sus razones y respuestas estarán moldeadas por el Imagero que hizo que tú la encontraras. Alguien que ha decidido permanecer en secreto porque es un obvio enemigo de la Cofradía y de Mordant.

»En consecuencia, no puede tomarse ninguna decisión inteligente respecto a ella mientras el asunto siga así.

»Anticipo ya que los Maestros llegarán a esta notable conclusión dentro de una o dos horas..., mucho antes de que el Maestro Barsonage corra el peligro de perderse más de una comida.

»Mañana debatirán qué acción debe tomarse en este dilema. Y por aquel entonces yo ya habré hablado con ellos respecto a las últimas imposibilidades de dama Terisa.

»¿Estás satisfecho, Apr?

Geraden siguió sin enfrentarse a la mirada del Maestro. Sus fuerzas parecían haberle abandonado. Con la cabeza baja y los hombros hundidos, parecía como si estuviera a punto de empezar a patear furiosamente contra el suelo de piedra. Pero no cedió terreno. Terisa observó particularmente que no aceptaba ser despedido de aquella habitación.

—Puedes olvidar los accidentes —dijo, con la voz ahogada por la forma en que mantenía la cabeza—. El espejo que la trajo aquí ha sido cerrado. Está actuando un poder. Y tiene algo que ver con dama Terisa.

»Ella dice que no es una Imagera. Ella dice que *no hay* Imageros en su mundo. Ella utiliza la palabra *magia*..., dice que no hay magia en su mundo. Y, cuando yo estuve allí, vi pruebas de que no fue ella quien me atrajo.

»Pero eso no quiere decir que no haya un poder *aquí*.

Terisa se sobresaltó ante aquel argumento. Cuando el Maestro Eremis desvió su atención de ella, empezó a recobrar parte de su habilidad de pensar. Como resultado

de ello, deseó haber le podido decirle a Geraden lo que vio en su espejo antes de que él intentara discutir con nadie. Su prueba podría salvarlo de mostrarse como un estúpido ante los demás.

Desgraciadamente, ahora ya era demasiado tarde para salvarle.

—Creo —siguió el Apr, hablando ahora de una forma más lenta y tensa— que hay en ella algo crucial. La necesitamos. Sé que yo no tengo ningún tipo de talento no descubierto. No la hubiera encontrado si ella no fuera de vital importancia.

Entonces alzó la vista hacia el otro hombre. Parecía estarse mordisqueando la cara interna de su mejilla para mantener su firmeza. Su expresión era ansiosa y avergonzada, pero su mirada no flaqueó.

—Maestro Eremis, creo que ella es demasiado importante para convertirse simplemente en otra de tus mujeres.

—¡Insolente cachorro! —escupió el Maestro. Por un instante pareció crecer, hacerse más alto, como si estuviera preparándose para lanzar un golpe.

De pronto, sin embargo, estalló en una carcajada.

—¡Oh, Geraden, Geraden! —rió—. ¿Acaso es una maravilla que te quiera bien? No tienes precio. Dime, muchacho —su voz tenía un tono de regocijo, como si estuviera burlándose—. ¿Es realmente posible que mires a esta dama —señaló a Terisa con un amplio gesto de su mano— y *creas* que puede ser simplemente «otra mujer» para cualquier hombre? —Echó hacia atrás la cabeza y se rió de nuevo, fuerte y sonoramente.

Aquello era lo que tenía de malo su padre, por supuesto. Jamás reía. De una forma extraña, el regocijo del Maestro Eremis llenó a Terisa de tristeza. Significaba una pérdida. Si ella hubiera crecido en una familia donde la gente riera, las cosas hubieran podido ser completamente distintas. Ella hubiera podido ser completamente...

Casi de forma inevitable, su pesar le trajo de vuelta la sensación de que se estaba desvaneciendo.

Había permanecido con ella pese a la mirada del Maestro, pese a su contacto. Ahora se estaba haciendo más fuerte, y cambiaba: la seguridad se estaba transformando en peligro. Le hizo volver la cabeza, como si supiera lo que estaba ocurriendo.

Con repentino horror, vio que el cristal plano que Geraden había descubierto estaba cambiando.

Mientras lo miraba con la boca abierta, la imposible Imagen del Puño Cerrado se moduló como si el espejo fuera un caleidoscopio invernal. Sangrando sobre sí mismo, el riachuelo se convirtió en caminos; los pilares estiraron sus miembros y se

extendieron como árboles; la nieve virgen de la ladera se desmoronó en roderas y barro. Al cabo de sólo un momento, la escena se hizo inconfundible: era la intersección en las afueras de Orison, donde se unían los caminos de los Cares; era el espejo original, la Imagen real.

Esta vez, sin embargo, había jinetes en el camino del nordeste. Al menos diez hombres a caballo espoleaban sus monturas y formaban una nube de nieve a su alrededor como si estuvieran frenéticos por alcanzar Orison.

Como si fueran perseguidos.

—Mi dama —jadeó Geraden, abrumado.

Luego exclamó:

—¡Cristales y astillas!

El Maestro Eremis miró también al espejo con ojos brillantes; pero no dijo palabra.

Surgida de la nada, una forma negra saltó como un predador sobre uno de los jinetes. Era pequeña, apenas mayor que un cachorro en comparación, demasiado pequeña para hacerle daño. Sin embargo, comunicaba su fuerza y su furia como un grito a través de la distancia. El jinete alzó desesperadamente los brazos y cayó de su caballo como si estuviera gritando.

Ninguno de sus compañeros volvió hacia atrás para ayudarlo. Se limitaron a espolear más fuertemente sus monturas hacia el castillo. Su caballo quedó abandonado junto al camino y huyó con un frenético trote, desapareciendo más allá del borde del cristal.

Un helado puño estrujó el estómago de Terisa y lo retorció duramente.

Estaba tan asustada que no se dio cuenta de que ya no se estaba desvaneciendo.

Otra forma negra apareció de la nada.

Toda la escena pareció avanzar hacia ella en el momento en que la forma saltaba. Geraden se había dirigido al borde del espejo: estaba ajustando su foco, acercando la Imagen. Ahora pudo ver que la forma era una masa redondeada y llena de protuberancias con cuatro miembros tendidos como garfios y unas mandíbulas terribles que ocupaban más de la mitad de su cuerpo. Saltó de la invisible percha donde debía haber estado posada y golpeó a un jinete en el pecho. Inmediatamente, sus miembros se aferraron; sus mandíbulas se abrieron y empezaron a devorar.

El espejo mostró claramente la agonía del hombre mientras caía hacia atrás en un inútil esfuerzo por evitar que su corazón fuera arrancado de su cuerpo. La mancha de sangre silueteó su figura sobre la nieve, que empezó a empaparse rápidamente de ella.

Geraden señaló a uno de los jinetes y exclamó:

—¡El Perdon! ¡Va a resultar muerto!

—¡Quizá no! —respondió el Maestro Eremis—. Han conseguido poner una cierta distancia entre ellos y ese ataque. Si pueden superar el alcance del espejo que traslada a esas abominaciones, estarán a salvo.

Terisa no podía decir cuál de los jinetes era el Perdon. Todos ellos le parecían iguales, aferrados por un helado miedo y cabalgando desesperadamente para salvar sus vidas; los ojos de sus caballos llameaban con un absoluto pánico. La muchacha contuvo su respiración en inconsciente alarma, intentando prepararse para la próxima forma negra que saltaría del vacío aire, intentando soportar la visión de aquellas mandíbulas.

Pero el Maestro Eremis tenía razón. Desde aquel momento hasta que los jinetes desaparecieron de la Imagen, fuera del alcance de su cristal plano, ningún otro resultó atacado.

Geraden permanecía con los puños crispados a sus costados, jadeando entre crispados dientes.

—Gracias a las estrellas. Gracias a las estrellas.

La presión en su pecho hizo que Terisa dejara escapar un tembloroso jadeo. Bruscamente, sintió deseos de vomitar. No podía hallar palabras suficientes para calmar su náusea.

—¿Qué *eran* esas cosas?

El Maestro Eremis se encogió de hombros.

—Las cosas trasladadas como ésas no tienen nombre para nosotros. Se me ocurre una pregunta mucho más interesante. —El fuego en sus ojos era ansioso, ávido—. Según mis últimos informes, el Perdon se negó a abandonar Scarping porque creía que los asuntos a lo largo del Vertigon requerían su atención constante: rumores de Cadwal, espías infiltrados, barruntos de ejércitos, incursiones de bandidos. Sin embargo, ahora está aquí. ¿Qué ha ocurrido para arrojarlo fuera de su Care?

Sin aguardar una respuesta, sujetó el brazo de Terisa. Brusco por la concentración, la apartó de Geraden y de los espejos.

—Ven conmigo. Quiero una explicación.

Geraden les siguió con una expresión desolada en su rostro.

Las largas piernas del Maestro Eremis marcaron de inmediato un ritmo rápido; Terisa tuvo dificultades para mantenerse a su altura. Al cabo de un momento, sin embargo, el hombre pareció darse cuenta de su esfuerzo. Acortó un poco sus zancadas, le sonrió, y sujetó su brazo para que ella pudiera apoyarse en él.

Incluso entonces, Terisa se alegró de que el Maestro no intentara hablar con ella.

Gran parte de su atención era consumida por la necesidad de retener sus náuseas.

La condujo fuera de las mazmorras y hacia arriba, cruzando la sala de baile no utilizada y adentrándose en los salones principales de Orison, a lo largo de la ruta de Geraden del día anterior hacia la torre donde el Rey Joyse tenía sus aposentos. Se detuvo en una amplia habitación parecida a una sala de espera frente a las escaleras de arriba. Sólo la ocupaban unas cuantas personas, y la mayoría de ellas tenían la expresión reservada y humilde de los peticionarios..., una expresión que reconoció casi automáticamente porque la había visto tantas veces en la misión. Pero había más guardias de los que recordaba. Le dijeron rápidamente al Maestro Eremis que el Perdon estaba ya con el Rey Joyse.

También dejaron muy claro que nadie más había sido invitado a aquella reunión.

Casi inmediatamente, el Castellano Lebbick entró a largas zancadas en la habitación y se encaminó hacia las escaleras.

El Maestro Eremis se soltó de Terisa y se acercó al Castellano.

—¿Es cierto, Lebbick? —Su estatura dominaba a su bajo interlocutor; su intensa curiosidad no podía ocultar un aire de superioridad—. ¿Está aquí el Perdon? Éstas son extrañas noticias. ¿Qué crisis puede inspirar a ese defensor de Mordant a abandonar sus dominios a los Cadwal?

—Maestro Eremis —respondió con voz cortante el Castellano Lebbick—, éstos son asuntos del Rey.

Se dirigió a las escaleras y empezó a subirlas hasta desaparecer de la vista.

El Maestro se quedó contemplando su marcha con ojos llameantes.

—Irrazonable zopenco —murmuró, a nadie en particular—. Exijo una explicación, Terisa miró a Geraden. Permanecía a una cierta distancia, con el rostro crispado por una mezcla de alarma y amargura. Si tenía alguna respuesta para el Maestro Eremis, no la ofreció.

Nadie más en la sala de espera tenía nada que decir. Los guardias permanecían firmes e inmóviles, al parecer meditando sobre su deber..., o quizá sobre su comida. Los peticionarios estaban absortos en sí mismos. Terisa consiguió regularizar su respiración e intentó apartar las formas redondas y llenas de protuberancias y terribles mandíbulas de su mente.

La impaciencia del Imagero ascendía visiblemente. Parecía tener problemas en mantenerse tranquilo. Bruscamente, anunció, como si todo el mundo a su alrededor estuviera ansioso por conocer su opinión:

—Hay una crisis en el Care de Perdon. Eso es evidente. Pero dudo que sea la crisis en sí la que ha traído hasta aquí al Perdon. No es un hombre que huya fácilmente de los problemas..., o admita su debilidad. No, creo que es la respuesta de

nuestro ilustre Rey a la crisis la que ha forzado al Perdon a acudir a Orison. Apostaría una docena de doblones de oro a que se ha atrevido a este viaje porque está furioso. Y lo estará aún más cuando se vaya.

Como haciendo eco a sus palabras, un grito resonó desde arriba, un rugido de furia:

—¡No!

En medio de un estruendo de metal, un hombre apareció en las escaleras. Era robusto y musculoso, y esas cualidades quedaban acentuadas aún más por sus hombreras de hierro sobre el peto de su armadura, la gorguera en torno a su cuello, los guardabrazos. En la cadera llevaba una espada larga que parecía lo bastante pesada como para degollar una res; al otro lado llevaba una daga de combate. Su cabeza, encima de sus cejas, era perfectamente calva; pero sus cejas eran rojas y densas, rojizos mechones de pelo brotaban de sus orejas, y su ancho bigote colgaba tanto que la comida y la bebida habían manchado sus extremos sobre su negra boca. Lo apresurado de su llegada se reflejaba en las manchas de lodo que cubrían sus piernas.

Con su recio rostro crispado como una porra llena de nudos, descendió las escaleras haciéndolas temblar con sus pies y mirando a su alrededor, como buscando a alguien a quien atacar.

Tras él se apresuraba una mujer. Su vestido azul cielo y sus resplandecientes joyas la identificaban como una gran dama; pero avanzaba como si no tuviera ningún interés en la dignidad de un traje largo o los buenos modales de las gargantillas y aretes. Enmarcados en su pálida piel y su corto pelo rubio pálido, sus ojos violetas llameaban vividos.

—¡Mi señor Perdon! —protestó, exigió, mientras descendía—. ¡Debes intentarlo de nuevo! No puedes abandonar. Seguro que sólo es un malentendido. Tienes que explicárselo de nuevo. *Debemos* explicárselo hasta que comprenda su importancia. ¡Mi señor!

—¡No! —repitió, y su voz sonó como el grito de un árbol al partirse. Llegó al final de las escaleras y avanzó hacia el centro de la estancia haciendo temblar el suelo con cada paso, luego giró en redondo para enfrentarse a ella. Agitando sus puños hacia el techo, rugió—: ¡Ya ha dado su respuesta! *¡No lo ordenará!*

La fuerza de su furia la hizo detenerse. Su piel era tan pálida que parecía que toda la sangre hubiera huido de ella. Sin embargo, no se arredró.

—¡Pero *debe* hacerlo! —replicó—. Digo que debe. Es preciso hacer *algún* intento en defensa de Mordant. Estoy segura de que el Castellano Lebbick está intentando razonar ahora con él. Regresa conmigo, mi señor. Es vital que no falles.

El Perdon unió las manos frente a él, conteniendo su furia; sus guardabrazos produjeron un sordo clang contra su peto.

—No, mi dama —dijo con voz densa—. No lo aceptaré. ¡Dejemos que siga jugando al brinco hasta que el reino *se derrumbe!* —Su puño hizo un feroz gesto martilleante, puñeando las esperanzas contra el suelo—. Luché a su lado durante diez años para hacer de Mordant lo que es. No me rebajaré a pedirle que haga lo que debería hacer voluntariamente.

»Dile *esto*, mi dama. Cada uno de mis hombres que caiga o muera defendiéndole en su ciega inactividad, lo enviaré *aquí*. Que contemple sus heridas, o sus abrumadas familias, y les explique por qué no... —no pudo contenerse—, *¡no lo ordenó!*

—Mi señor Perdon. —El Maestro Eremis sonó suave y tranquilo..., y lo bastante autoritario como para atraer la atención de todo el mundo en la sala—. Apostaría a que nuestro admirable señor, el Rey Joyse, ha hecho algo estúpido. De nuevo. ¿Me dirás de qué se trata?

Su tono hizo que la mujer rubia enrojeciera, pero se mordió los labios y no dijo nada.

El Perdon se volvió.

—Maestro Eremis. —Por un momento sus ojos se entrecerraron, evaluando al Imagero. Luego escupió—. ¡Puagh! Sobrepasa todo lo creíble. Jamás lo hubiera creído capaz de ello.

»No hablaré de los horrores que cayeron sobre mis hombres hace apenas unos momentos..., a menos de un tiro de piedra desde las puertas de “nuestro admirable señor”. Son Imagería, y me siento asqueado ante tales cosas. Luché al lado del Rey Joyse en parte para que esas abominaciones de los espejos vieran su fin.

»No hablaré de ellos porque no hay nada que decir —su dura mirada brilló intensamente—, excepto por parte del Imagero que los provoca.

»Pero tienes que saber que nuestras fronteras han sufrido incursiones desde hace un cierto tiempo. Yo no he mantenido el asunto secreto. A todo lo largo del Vertigon, de extremo a extremo de Perdon, al norte y al sur, bandas de merodeadores han cruzado desde Cadwal pese a la estación para golpear y quemar todo lo que encontraban a su paso. Luego han huido. Mis protestas a ese petimetre del gobernador regional Festten han sido recibidas con encogimientos de hombros. Los merodeadores también le causan daños a él..., dice. Puesto que está en guerra con Mordant, Cadwal ya no tiene la fuerza necesaria para controlar el bandidaje..., dice. Y yo, Maestro Eremis —se golpeó el peto con un puño—, yo debo guardar cada kilómetro del Vertigon sólo con los hombres suficientes para hacer una pequeña fracción del trabajo.

»A falta de apoyo o consejo de Orison —siguió, con enorme sarcasmo—, he tenido que resolver los problemas del mejor modo que me ha sido posible.

»Entre mis patrullas incluí jinetes entrenados como exploradores y espías, de modo que cuando hallaran merodeadores, o señales de ellos, pudieran seguirlos en secreto. Quería saber dónde tenían su base esos miserables. Si podía descubrir sus campamentos, no me importaría hacer alguna que otra incursión a Cadwal yo mismo, para extirpar algunos de esos bandidos de sus agujeros.

Maestro Eremis asintió con la cabeza.

—Suenas sensato, mi señor Perdon. Pero apuesto a que te sorprendió lo que descubriste.

—¿Sorprenderme? —gruñó el Perdon—. ¡Por los esbirros de la Muerte, Maestro Eremis! Estamos hablando de Cadwal. No debería sorprenderme nada.

»Sin embargo —prosiguió sombríamente—, no estaba en absoluto preparado para los informes que finalmente me llegaron. Algunos de mis hombres no volvieron..., sin duda porque fueron descubiertos haciendo lo que estaban haciendo. Otros estuvieron fuera tanto tiempo que ya los había dado por perdidos cuando regresaron a casa. Pero todos aquéllos que sobrevivieron me contaron la misma historia.

»Era natural que yo pensara que esos merodeadores eran insignificantes bandidos y asesinos. Sus bandas no eran muy numerosas. Llevaban los harapos y el equipo de los hombres que han nacido y han crecido lo suficientemente pobres como para que no les importe el derramamiento de sangre. Atacaban de forma desordenada, como si creyeran que podían superar la oposición o ser masacrados sin disciplina ni planes preconcebidos. Sólo representaban un serio problema para mí por el hecho de que procedían de Cadwal. Y porque eran *tantos*.

»Pero estaba equivocado, Maestro Eremis. —Sus puños se crisparon, y su ira brotó de nuevo—. Estaba equivocado. ¿Lo creerás? Después de efectuar sus incursiones durante dos, cuatro o incluso diez días, todas las bandas que siguieron mis hombres cabalgaron de vuelta *al mismo campamento*.

Terisa miró a Geraden y vio que su rostro estaba perdiendo rápidamente color.

—Y en este campamento —prosiguió el Perdon— se mezclaban libremente con los soldados de Festten, hombres que llevaban abiertamente el uniforme de Cadwal. Los carromatos de pertrechos llevaban el sello del Gran Rey. Las tiendas donde eran alojados los oficiales y los pertrechos y demás elementos de apoyo tenían el diseño de Cadwal.

—Por supuesto —murmuró el Maestro Eremis—. Quizá tu sorpresa sea comprensible, mi señor Pardon. Yo me siento abrumado. —No parecía abrumado en absoluto—. ¿Qué tamaño tienen esas fuerzas?

—Las estimaciones varían. Mis exploradores no pudieron observarlas bajo condiciones favorables. Y algunos de ellos se sintieron inclinados hacia el pánico, mientras otros permanecieron excesivamente flemáticos. Pero estoy convencido de que no pueden ser menos de quince mil guerreros.

Uno de los guardias de la sala dejó escapar un suave silbido; Terisa no pudo ver quién era.

—Todo esto *en invierno* —bufó el Perdon—. Tienen intención de arrojarse a nuestras gargantas tan pronto como cambie el tiempo.

—Ya ves cómo están las cosas, Maestro Eremis —dijo la mujer rubia—. Es preciso que el Rey entre en razón. Esta amenaza no puede ser ignorada.

—Entre el norte y el sur de Perdon —dijo el Perdon con voz rasposa—, no tengo más allá de tres mil hombres. Sé seguro que Orison tiene al menos cinco mil, todos ellos ociosos en sus campamentos bajo el mando del Castellano Lebbick.

—Más bien unos ocho mil, creo —comentó el Maestro Eremis.

—¿Ocho? Sin embargo, cuando pedí su apoyo —el Perdon hizo rechinar los dientes para impedir gritar—, el Rey se negó. Se ha negado repetidamente, pero al principio yo no podía creerlo. Finalmente, vine en persona a pedir ayuda. Perdí al menos siete hombres por el camino, ya a la vista de estas murallas. Y siguió negándose. —El robusto hombre agitó su bigote—. Con una fuerza de invasión aposentada en su frontera oriental, aguardando aprovecharse del caos de la Imagería que nos asalta desde dentro, e indudablemente más peligros siendo maquinados en Alend, se negó.

—Es inconcebible —jadeó la mujer pálida para sí misma. Sus ojos violetas parecían extraviados y urgentes—. Tiene que ordenarlo. ¿Cómo puede no hacerlo?

Geraden tenía el ceño muy fruncido; estaba profundamente sumido en sus pensamientos. Lo que pensaba hacía que pareciera enfermo.

—Durante diez años luché a su lado —terminó el Perdon—. Confié en él. Ahora averiguo que para él esto no significa nada. El Maestro Eremis estudió al hombre en su armadura.

—Entonces —dijo suavemente—, quizá no te sorprenda saber que yo tengo el mismo problema.

Tanto Geraden como la mujer rubia mostraron su sorpresa. El Perdon arqueó sus rojas cejas.

—¿Tú, Maestro Eremis?

—Por supuesto. —Mirando casualmente a su alrededor, Eremis se situó al lado del Perdon y apoyó una mano en su recia hombrera—. Nuestros aprietos son

notablemente similares, mi señor. ¿Quieres acompañarme a mis aposentos? Las batallas de Perdon no se producirán dentro del próximo par de horas, y me queda un poco de una excelente cerveza Termigan. La conmiseración nos beneficiará a ambos.

Por un momento, el Perdon miró al Maestro Eremis de una forma tan franca como Geraden y la dama. Su recia boca formó la palabra, *conmiseración*, como si nunca antes la hubiera oído. Luego su expresión se cerró. Dijo cautelosamente:

—Te lo agradezco. Tu ofrecimiento es muy amable. Podría ahogar mi furia en un barril de buena cerveza, si lo tienes. El Maestro se echó a reír.

—Lo tengo..., y bastante más, cosa que creo te complacerá.

—Entonces soy todo tuyo, Maestro Eremis —respondió el Perdon con rostro inexpresivo.

—¡Espléndido! —Eremis se apresuró a hacer una inclinación de cabeza hacia la mujer rubia y Terisa—. Con vuestro permiso, mis damas. —Su saludo fue brusco; se sentía claramente ansioso por marcharse. Tan pronto como el Perdon hubo inclinado también la cabeza, el Maestro Eremis lo condujo hacia la salida de la estancia.

Lentamente, casi involuntariamente, Geraden y la dama de azul se miraron el uno al otro. Ambos se veían rígidos e incómodos. Ella, sin embargo, parecía más segura de sí misma.

Al cabo de unos breves momentos preguntó:

—¿Por qué habrá hecho algo así, Apr? Geraden cambió incómodo su peso de uno a otro pie, aunque se negó a bajar la vista.

—No lo sé, mi dama. El Perdon tiene el corazón y el alma de un soldado. Y ha luchado contra Cadwal demasiado tiempo. El Maestro Eremis sabe que no confía en un Imagero.

Ella desvió su mirada. Cruzó los brazos sobre su pecho, cerrando las manos en sus codos y apretándolos firmemente.

—Lo *odio* cuando me mira de ese modo. Sonríe y bromea, pero todo lo que yo veo es desdén.

—A mí tampoco me gusta exactamente —murmuró Geraden—. Pero eso no explica lo que piensa que tiene en común con el Perdon.

Guardaron un frustrado silencio. Ahora que él no tenía que afrontar su mirada, estudió el suelo de piedra. Ella observó el corredor por el que habían partido el Maestro Eremis y el Perdon, como si deseara correr tras ellos y exigir una respuesta. Terisa contempló a Geraden y a la dama, y pensó bruscamente que se conocían desde hacía mucho tiempo. La dama tenía aproximadamente la misma edad que Geraden, y parecía una compañera adecuada para él. La intensidad de sus ojos violetas, en

especial, parecía apropiada para la desmañada intensidad de espíritu del joven.

Bruscamente, la dama pareció sufrir un azarado sobresalto. Se volvió hacia Terisa y dijo:

—Oh, lo *siento*. Qué rudeza por mi parte. Has estado de pie aquí todo este tiempo, y no he tenido la cortesía de hablar contigo. Tú debes ser dama Terisa. — Exhibió una sonrisa que parecía genuina, aunque algo tentativa—. Conozco tu vestido —explicó—. Si los modales del Apr fueran un poco mejores que los míos — la mirada que lanzó en su dirección sugería otro tipo de desdén—, nos hubiera presentado. Soy Elegia. El Rey Joyse es mi padre.

—Oh, sí. —Terisa reconoció el nombre. Puesto que nunca antes había conocido a la hija de un rey, y no tenía la menor idea de qué tipo de saludo se esperaba de ella, dijo lo que tantas veces había oído decir a su madre—: Encantada de conocerte. —Y se sobresaltó interiormente, porque su voz sonó exactamente igual que la de su madre.

Afortunadamente, dama Elegia no había conocido a la madre de Terisa.

—Myste y yo —dijo—, deseábamos conocerte desde la primera vez que oímos hablar de ti..., ¿debo decir desde tu «llegada»? Las presentes circunstancias no son las mejores. Me temo que los asuntos de los que has oído hablar me han distraído algo. —Pese a sus palabras, la forma en que contemplaba a Terisa implicaba que había hallado algo que la compensara del decepcionante tratamiento que su padre había infligido al Perdon—. Pero me sentiré complacida —sonrió—, y Myste se sentirá encantada, supongo, de que nos visites en nuestros aposentos. Tal vez no seas consciente del interés que has despertado en Orison. Mi hermana y yo siempre nos sentimos ansiosas de hacer nuevas amistades. Y te diré francamente, mi dama —bajó la voz, como si estuviera impartiendo un secreto público— que Mordant es un mundo de hombres. A nosotras las mujeres no se nos da a menudo lo necesario para ocupar nuestros talentos. Así que conocerte tendrá un valor especial para nosotras.

»Mi dama, ¿quieres acompañarme?

Terisa no supo qué hacer de momento. Luego se sacudió disgustada su indecisión. ¿Por qué se sentía amenazada cuando se le pedían las más simples afirmaciones y decisiones? Era su madre en ella. Su madre hubiera dicho: *Qué encantadora idea. ¿Cuándo te gustaría que viniéramos? Estoy segura de que será encantador. Mi esposo y yo estamos tan ajetreados estos días. ¿Te llamo la semana próxima?* Por esa razón, Terisa miró a Elegia tan directamente como le fue posible y dijo:

—En estos momentos precisamente no estoy haciendo nada en particular.

Un segundo más tarde se dio cuenta de cómo debía haberle sonado eso a Geraden, y una punzada de pesar hizo enrojecer su rostro. El joven no la estaba mirando: su

expresión se había vuelto plana, como un espejo no reflexivo. Sólo la forma en que había abierto un poco más, tensamente, los ojos traicionó que la había oído.

Entonces Terisa recordó por qué era natural temer incluso las más simples afirmaciones y decisiones. Causaban problemas.

Aparentemente, sin embargo, dama Elegia consideró su afirmación como algo natural de hacer en compañía de Geraden, pese a que podía suponerse que Terisa había acudido allí con él por una u otra razón. Su sonrisa pareció tan espontánea como su anterior y pretendida consternación.

—Gracias, mi dama. ¿Has comido? Podemos almorzar tranquilamente juntas. Estoy segura de que tenemos una enorme cantidad de cosas que decirnos.

Pero se envaró ligeramente cuando se volvió hacia Geraden. En un tono de dudosa educación, preguntó:

—¿Te unes a nosotros, Apr?

Las comisuras de la boca del joven temblaron. Lanzó una rápida mirada a Terisa y murmuró:

—No, gracias. —Su voz era estudiadamente neutral—. Creo que dama Terisa ya ha tenido suficiente de mi compañía por un día. Transmite a dama Myste mis saludos.

Bruscamente, esbozó una inclinación de cabeza hacia ella y se dirigió fuera de la sala de espera.

Cuando cruzó la puerta, su hombro golpeó contra una de las jambas, y se tambaleó hasta recuperar el equilibrio. Varios de los guardias rieron quedamente a sus espaldas.

Dama Elegia se llevó una mano a la boca para ocultar una sonrisa.

—Pobre Geraden. —Luego agitó la cabeza, olvidándolo—. Debemos subir arriba, mi dama. —Hizo un gesto hacia la escalera e hizo que Terisa la precediera en aquella dirección—. Mi hermana y yo compartimos nuestros aposentos un nivel por encima de los del Rey. Se nos ha dicho que debemos vivir ahí para estar al menos tan seguras como nuestro padre. Pero creo —dijo cínicamente— que la auténtica razón es que así cualquier cosa de importancia le llega siempre primero a él antes que a nosotras..., y allí se detiene. —Intentando dulcificar un poco el mordiente filo de sus palabras, añadió con un cierto humor—: Como he dicho, Mordant es un mundo de hombres.

Con un hilo de voz, Terisa dijo:

—Deberías llamarme Terisa. —Pero la sugerencia era abstracta; su corazón no estaba en ella. Parte de ella seguía aún con Geraden. La apenaba haberlo herido. Era el único al que conocía que tenía sentido para ella. Y parte de ella se sentía aún presa de las náuseas. ¿Le había hablado el Perdon al Rey Joyse de aquellas fatales formas

negras? Por supuesto que sí. Tenía que haberlo hecho. Y, sin embargo, ¿el Rey *seguía* negándose a actuar? Si sólo hubiera *visto*...

—Terisa. De acuerdo, lo haré —dijo dama Elega con satisfacción—. Y tú debes llamarme Elega. Espero que seremos grandes amigas.

—¿Le conoces desde hace mucho? —preguntó Terisa. Aquello era mejor que el recuerdo de las mandíbulas y la sangre.

—¿Al Apr Geraden? —Elega se echó a reír, pero su alegría sonó quebradiza—. Apenas podrás creerlo, pero en una ocasión él y yo estuvimos comprometidos.

—¿Comprometidos?

—Sí. Sorprendente, ¿verdad? Pero su padre, el Domne, aunque no es un luchador como el Perdon, es uno de los amigos más viejos y de más confianza de mi padre. Debido a... —una vacilación en la voz de Elega hizo pensar inesperadamente a Terisa que probablemente a las hijas del Rey también se les había advertido que no debían revelarle demasiado— sus guerras, mi padre se casó tarde. Aunque yo soy la mayor, nací sólo un año antes que Geraden, que es el séptimo hijo del Domne. Más tarde, durante un período difícil de esas guerras, mi padre envió a toda su familia al Care de Domne por su seguridad. Pasé varias estaciones en la casa del Domne en Houseldon, y Geraden y yo fuimos unos compañeros de juegos naturales. —El recuerdo no la divirtió—. Por esa razón, creyendo que nos aveníamos, nuestros padres arreglaron un matrimonio. Un tramo de escaleras las llevó al nivel de la suite del Rey. Elega pasó delante de su alta y tallada puerta y tomó otro tramo de escaleras hacia arriba.

—Yo me hubiera sentido más complacida con uno de sus hermanos —prosiguió—. Todas las mujeres parecen favorecer a Artagel, y ver a Wester es amarle. Pero ambos carecen de ambición. Nyle es más de mi gusto. Desgraciadamente, a menudo las mujeres tienen muy poco que decir en estos asuntos.

—¿Qué ocurrió con vuestro compromiso?

—Oh. Rechacé de plano casarme con él. Es un hombre completamente imposible, Terisa. —Elega no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desdén—. Ya es bastante malo que no pueda confiarse en él para que salga de una habitación sin tropezar con algo. Pero, además, es un fracaso *tan* grande. Lleva ya sirviendo a los Imageros tres años más que cualquier otro Apr desde que fue fundada la Cofradía, y no está más cerca de la casulla de Maestro que cuando empezó.

»Hay que respetar su decisión..., y su deseo de mejorar. Pero soy la hija del Rey de Mordant, y no tengo intención de pasar mi vida limpiando establos en el Care de Domne, o barriendo cristales rotos tras los desastres de Geraden.

»¿Sabes? —rió de pronto—. La primera vez que fue formalmente presentado a mi

padre, habíamos salido a visitar al Domne, hará de eso unos doce o catorce años, se sentía tan ansioso que no se le ocurrió nada mejor que intentar un atajo por las porquerizas. Cuando llegó junto a nosotros, llevaba más suciedad encima de su persona que la que había quedado en las porquerizas.

Terisa estuvo a punto de echarse a reír. Podía imaginarlo tan claramente como si estuviera presenciando la escena: lodo pegado a su pelo, su rostro, sus ropas; agua y mondaduras colgando de él. Era exactamente el tipo de persona a la que podía ocurrirle algo así.

Un segundo más tarde, sin embargo, sus emociones cambiaron hasta que estuvo casi a punto de echarse a llorar. Pobre muchacho, murmuró para sí misma. Merece algo mejor.

—No, Terisa —concluyó Elega—. El Apr Geraden será un honesto esposo para alguna mujer torpe con la mente en su barriga, una fuerte pasión hacia la maternidad, y mucha tolerancia para los accidentes. Pero yo no quiero saber nada de todo eso.

En silencio, Terisa respondió: Tú te lo pierdes. Nunca decía aquellas cosas en voz alta.

Desde arriba de su tramo de escaleras, se acercaron a otra puerta tan alta como la del Rey, que podía hallarse situada directamente encima de ella. Pero ésta no estaba guardada: al parecer no había otro camino hasta aquel nivel de la torre y, así, cualquiera que protegiera al Rey protegía también a su familia.

Entonces Terisa recordó los pasadizos secretos. Quizá ningún lugar de Orison fuera seguro contra nadie que los conociera lo suficientemente bien.

Sonriendo, Elega fue a la puerta y la abrió para dejar entrar a su invitada.

—Eres bienvenida aquí, mi dama Terisa de Morgan —anunció formalmente. Luego se volvió y guió a Terisa al interior de la suite de habitaciones donde vivían ella y su hermana.

En cierto modo, Terisa se sorprendió al descubrir que aquellas estancias no estaban tan ricamente amuebladas como las que usaba el Rey Joyse. Las gruesas alfombras de lana parecían más la obra de campesinos que la creación de artistas..., alfombras para usar antes que para exhibir. Los divanes, sillones y sofás tenían recios armazones que realzaban el grosor de los almohadones antes que la habilidad artesana de su creador. Algunas de las mesitas auxiliares de la primera habitación tenían el aspecto de haber sido construidas para que los niños se subieran a ellas; la mesa del comedor que atisbo a través de otra puerta había conocido días mejores.

Siendo el que había sido su entorno infantil, no pudo evitar preguntarse por qué el Rey Joyse mantenía a sus hijas en un estilo menos lujoso. Pero Elega estaba explicando ya ese detalle.

—Antiguamente, estas habitaciones eran las utilizadas por nuestra familia, mientras que las de abajo estaban reservadas para los asuntos privados del reino: recepciones, pequeñas audiencias, fiestas discretas y cosas así. A la Reina, mi madre, no le gustaba la ostentación personal, pero reconocía la importancia de la riqueza visible en los asuntos de gobierno. Por esa razón, las habitaciones públicas fueron diseñadas para ser exhibidas antes que para ser cómodas. —Este arreglo encajaba claramente con ella, por lo que podía verse. La forma en que llevaba sus joyas revelaba que su interés en los asuntos de su padre no tenía nada que ver con la riqueza o el lujo.

Terisa fue a preguntar por qué el Rey se había trasladado al piso de abajo..., o por qué, incidentalmente, la Reina (¿había dicho Saddith que se llamaba Madin?) ya no vivía en Orison. Pero hacer preguntas personales no era uno de sus puntos fuertes; y, antes de que estuviera dispuesta a correr el riesgo, una mujer joven vestida con un traje suelto de seda amarillo apareció procedente de las habitaciones de atrás.

—Ah, Myste. —La mirada que lanzó Elega a su hermana era a la vez cariñosa y un poco condescendiente, como si amara a Myste pero no la tuviera en muy gran estima—. Traigo una invitada. Ésta es Terisa..., dama Terisa de Morgan. Tiene muy buen aspecto con tu traje, ¿no crees? Comeremos juntas. Terisa, ¿puedo presentarte a mi hermana, dama Myste? Ella es quizá la única persona en Orison más *ávida* —remarcó humorísticamente la palabra— que yo en conocerte.

Aquello hizo sonrojarse a Myste. Era, como habían observado tanto el Rey Joyse como Saddith, de una talla muy parecida a la de Terisa, aunque más plana que ella en ciertas dimensiones. En muchos aspectos se parecía mucho a su hermana, aunque carecía del contraste entre los vividos ojos de Elega y sus pálidos cabello y piel. De pie juntas, eran la versión exterior e interior la una de la otra. El rubio más profundo del cabello de Myste no debía parecer como oro fino a la luz de las velas, pero debía tener una reluciente intensidad a la luz del sol. El tono de su piel prometía que debía broncearse bien. Al mismo tiempo, el color menos espectacular de sus ojos parecía adecuado para mirar a distancia bajo una luz brillante en vez de para penetrar los secretos ocultos en los rincones y las conversaciones.

La cualidad lejana de la mirada de Myste se hizo evidente cuando entró en la habitación: sus pensamientos debían haber estado en otro mundo. Pero quedó extrañamente realzada cuando Elega le presentó a Terisa. Inmediatamente pareció ávida, tan abrumada por la maravilla que casi se echó a temblar..., y sin embargo su ansiedad pareció pasar a través de Terisa hasta posarse en algo detrás de ella, algún conjunto de posibilidades que arrojaba a sus espaldas como una sombra. Esta impresión fue tan fuerte que Terisa miró instintivamente a su alrededor, medio esperando descubrir a alguien a sus espaldas.

—Mi dama. —Myste se inclinó profundamente en medio de un remolino de seda amarilla, casi tanto para honrar a Terisa como para ocultar su enrojecimiento.

Terisa casi se sintió presa del pánico. Impotente y alarmada, lanzó una muda llamada a Elega.

Como respuesta, Elega apoyó una mano en el hombro de su hermana.

—Muy bien hecho, Myste —dijo, algo secamente—. Sin embargo, parece que tanto homenaje hace sentirse un poco incómoda a Terisa. La llamo Terisa a petición suya.

Seguramente querrá que tú hagas lo mismo.

—Por favor —suplicó Terisa inmediatamente. Esta vez era agudamente sincera.

Dama Myste se alzó. Al parecer, su rojez era un signo de excitación antes que de azaramiento: no mostró ninguna vergüenza ni timidez. Su mirada, sin embargo, pareció enfocarse mejor ahora en Terisa.

—Eres bienvenida aquí, mi dama —dijo con voz amable—. Estoy segura de que conseguiré llamarte Terisa dentro de un momento..., cuando haya calmado los latidos de mi corazón. —Rió de una forma que inmediatamente le recordó a Terisa la sonrisa del Rey Joyse—. Discúlpame si te he turbado. Quizá no te des cuenta del honor que nos haces. Hay tantas cosas que desearía preguntarte.

—Es un honor —confirmó Elega antes de que Terisa pudiera protestar—. Según los estándares de Mordant, sólo somos dos mujeres que vivimos con nuestro padre simplemente porque éste no ha podido casarnos. Los señores y personajes que pasan por Orison no se sienten obligados a visitarnos o a mantenernos informadas. Sólo fue por casualidad que yo estaba con el Rey cuando...

Más urgentemente, prosiguió:

—Myste, no lo creerás. Padre se ha superado a sí mismo. —Con rápidas y breves frases, le contó a su hermana la audiencia de Perdon con el Rey Joyse. Luego concluyó—: Quince mil hombres, Myste. El Perdon no tiene más que tres mil. Y sin embargo padre no lo reforzará.

»Ha ido demasiado lejos. Hay que acabar con esto.

—Elega, es nuestro padre —objetó Myste—. Por supuesto que no comprendemos sus intenciones. ¿Cómo podríamos, cuando sabemos tan poco de lo que él conoce y teme? —Al contrario que Elega, ella no se quejaba de su ignorancia: simplemente establecía un hecho—. Pero no debemos precipitarnos en juzgarle. Están ocurriendo grandes cosas en Mordant. Parece que la guerra está cerca. Un caos de Imagería nos amenaza. Y dama... —miró a Terisa, enrojeció de nuevo momentáneamente, y se obligó a continuar—: Terisa. —Dirigió a Terisa una sonrisa dulce—. Terisa ha venido a nosotros salida de un espejo. Se rumorea que viene como respuesta al augurio. No

debemos precipitarnos en juzgar.

—Myste, eres incurable. —Una pequeña línea de arrugas frunció la frente de Elega—. Si el Monomach del Gran Rey cayera sobre nosotras, me asesinara delante de tus ojos, y alzara tus faldas con su espada, dirías que no debemos precipitarnos en juzgarlo.

—Confío —dijo gravemente dama Myste, pero sin irritación— que el Monomach del Gran Rey tenga más honor.

—¡Oh, eres una estúpida! —exclamó suavemente Elega. Sus ojos violetas llamearon en su pálido rostro. Pero de inmediato rodeó con sus brazos a su hermana y la abrazó hasta que su propia vejación desapareció. Cuando se echó de nuevo hacia atrás, sus gracias sociales habían vuelto a ella—. Pero incluso una estúpida y una gran dama de otro mundo —sonrió para demostrar que estaba bromeando— necesitan comer. Llamaré.

Se dirigió al cercano cordón de una campanilla y le dio un tirón. Luego se retiró a otra habitación.

Poco después, Terisa la oyó hablar en voz baja con alguien, probablemente un criado. Y no mucho después de eso una camarera cargada con bandejas apareció en el comedor y empezó a preparar la mesa.

Mientras tanto, sin embargo, Terisa quedó a solas con Myste.

La cualidad particular de la mirada —y la atención— de Myste la puso nerviosa. Descubrió que no le costaba demasiado que le gustara Myste, pero que no deseaba que la dama la mirara. La forma en que Myste parecía ver las cosas que existían a través de o detrás o más allá de Terisa le daba la impresión de que estaba empezando a desvanecerse de nuevo. Involuntariamente, recordó que el espejo que la había traído a ella hasta aquí era falso.

—Hay tanto acerca de todo esto que no comprendo. ¿Por qué el rey, vuestro padre, se muestra tan pasivo? ¿Qué razón puede haber para no apoyar al Perdon?

—Ah, mi da..., Terisa. Tocas aquí una cuestión que ha dividido a esta familia hasta su mismo corazón, y seguimos sin tener una respuesta. —La dama hizo un gesto hacia un diván—. ¿Quieres sentarte?

Se hundieron profundamente en los confortables almohadones, y Myste prosiguió:

—No llevas mucho tiempo entre nosotros. Y parece que nuestra política es no revelarte demasiadas cosas de nosotros mismos. —Su fruncimiento de ceño expresó su desaprobación tan efectivamente como su propia admisión—. Puede que no te des cuenta de que nuestro padre tiene *tres* hijas. Nuestra hermana mediana, Torrent, que acompaña a nuestra madre, la Reina Madin, ya no vive con nosotras. Tienen su hogar

en Romish..., o en una propiedad justo en las afueras de Romish, creo, porque nunca he estado allí..., con la familia de nuestra madre entre los Fayle.

»Hace dos años, eso no era cierto. Entonces estábamos todas juntas. Y yo me alegraba de ello, aunque no puedo decir que fuéramos felices.

Terisa permaneció inmóvil, sin decir nada. Captaba el tipo de historia que iba a venir. La misión la había enseñado a escuchar historias como aquélla.

—Creo que te gustaría mi madre, mi... Terisa. Es una mujer que sabe lo que piensa, un hecho que en ocasiones proporcionó a mi padre no poca exasperación. —Myste sonrió ante el recuerdo—. Si escuchas a Elega, te hará creer que no hay cinco mujeres como ella en todo Mordant. Pero mi opinión es que la juzga mal. Mi opinión es que simplemente a las mujeres les falta el valor de seguir sus sueños. —Mientras decía esto, su mirada pareció dirigirse hacia la pared opuesta, como si la piedra fuera translúcida—. Sin embargo, nadie puede negar que la Reina Madin es una de las pocas que se conoce lo suficiente a sí misma, o es lo bastante valiente, como para insistir en sus propios deseos.

»Esto explica, creo —comentó como una digresión—, el hecho de que ella permitiera a Elega romper su compromiso con Geraden de Domne, pese a que había sido el propio Rey quien lo había establecido. Nuestra madre se alegraba de tener a una hija que sabía también lo que quería.

»Bien, Madin —resumió la dama— amaba a Joyse desde pequeña, desde mucho antes de que él se convirtiera en Rey de Mordant, y él la amaba también a ella. De hecho, se cuenta sólo un poco como broma que él empezó las campañas que lo condujeron a su reinado a fin de librarse de los obstáculos que impedían su pasión por ella. En consecuencia, cuando hubo establecido el Demesne bajo su gobierno, y hubo llevado el Care de Fayle a la libertad y a su servicio, se arrojó a los pies de ella y le suplicó que entrara en su posesión, como su padre el Fayle había hecho.

»Ante su asombro —Myste sonrió de nuevo—, ella lo rechazó. No negó que lo amara completamente, pero no lo quería para marido ni para amante. Él había puesto su mano sobre la guerra como un granjero sobre un arado, y no debía alzarla hasta que sus campos estuvieran labrados y sembrados. Pero, mientras su mano estuviera sobre ella, su tiempo y su vida pertenecían al derramamiento de sangre. Estaba preparada para compartir con él muchas cosas, dijo, pero no con una amante tan avara como la guerra, donde cada lanza y flecha y espada de sus enemigos ansiaba las riquezas de su corazón. Si su voluntad no cambiaba, y si seguía aún con vida, sólo tenía que mandarle aviso cuando sus guerras hubieran terminado, y ella acudiría a él a cualquier parte del mundo que estuviera.

»Bien, él es un hombre. Por supuesto que se puso furioso. Pero también es un buen hombre. Cuando llevaba ya furioso un cierto tiempo, que él describe como días,

pero que ella informa que fue *un poco* más, se echó a reír fuerte y prolongadamente. Juró que no había ninguna otra mujer viva que encajara con él mejor de lo que ella lo hacía, y juró sobre su juramento que, ocurriera lo que ocurriese, aquella resolución no hacía más que aumentar su estimación por ella. Luego se alejó a lomos de su caballo, alardeando, como suelen hacer todos los hombres jóvenes, que tenía intención de conquistar tanto Cadwal como Alend antes del próximo invierno.

»Desgraciadamente, no cumplió lo alardeado. Pasaron muchos años antes de que pudiera llamarse a sí mismo Rey sin temor a que el título le fuera arrancado de las manos en la batalla del día siguiente. Y, cuando consiguió eso, se volvió hacia otro tipo distinto de guerra, la lucha por unificar toda la Imagería en la Cofradía. Siempre que tenía ocasión, la visitaba para que ella pudiera ver que no había cambiado con respecto a su acuerdo. Pero sus guerras no habían terminado.

»Finalmente, ella se hartó. Partió de Romish a lomos de un caballo sin otra compañía o protección que su doncella, y cabalgó a través de las colinas y los bosques de Mordant hasta que finalmente halló el lugar donde él estaba luchando. Él y sus hombres, con el Adepto Havelock entre ellos, acababan de terminar una batalla contra un maligno Imagero, y él estaba cubierto de cenizas de la cabeza a los pies. Sin embargo, ella cabalgó hasta él, como él mismo cuenta, como si estuvieran siendo presentados el uno al otro en la sala de audiencias de Orison, y dijo: “Mi señor Rey, ¿cuánto tiempo más va a durar esto?”.

»Él miró a sus hombres, y luego la miró a ella. Por un momento, dice, estuvo tentado de hacer alguna observación estúpida. Ella era una mujer que había cruzado el país a caballo sin nadie más que una doncella a su lado, y cinco de sus hombres acababan de ser abatidos. Pero se lo pensó mejor. En vez de ello, la ayudó a bajar de su montura, y la llevó a su tienda, y le explicó todo lo que estaba haciendo y todo lo que quedaba aún por hacer.

»Cuando hubo terminado, ella dijo: “Mi señor Rey, esto puede ocuparte otros diez años o más”.

»Él asintió. Su estimación era exacta.

»“Eso es demasiado”, dijo ella. “Ya he tenido suficiente de esperar. ¿Hay algún hombre en tu campamento cualificado para officiar una ceremonia de boda?”.

»Mi padre dice que se la quedó mirando con la boca abierta durante más de una hora antes de comprender, pero ella insiste en que él no pareció desconcertarse durante más de un momento o dos. Luego dejó escapar un aullido y la abrazó tan estrepitosamente que el palo de la tienda se rompió y la tienda se derrumbó encima de ellos.

»Sin embargo, fue él quien insistió en que regresaran inmediatamente a Orison para un completo y elaborado rito matrimonial. Él dice que ella no se merecía menos.

Desde el punto de vista de mi madre, sin embargo, él deseaba sobre todo apartarla del peligro de las batallas y llevarla a la seguridad de su Demesne.

»Su unión —Myste miró a Terisa mientras proseguía, y Terisa vio en el rostro de la dama felicidad y tristeza a la vez— fue lo que algunos han llamado “alegremente penderciera”. Ciertamente, los dos sabían exactamente lo que querían. Para aquéllos que los observaban, cada compromiso que alcanzaban parecía necesitar veinte años en ser elaborado. Pero también veíamos cómo los ojos de él brillaban bajo su irritación cuando ella lo contradecía. Y oíamos la calidez y la lealtad con que ella hablaba siempre de él cuando él estaba ausente. Yo lo llamaría un buen matrimonio, Terisa.

»Su final —suspiró— fue a la vez lento y repentino.

—¿Qué ocurrió? —Terisa pensaba en sus propios padres, intentando hallar algún punto en el que su relación hubiera tenido algo en común con lo que acababa de oír.

Tristemente, Myste dijo:

—Él se volvió pasivo. Su chispa se apagó. Más y más del tiempo que debería ocupar con los asuntos de gobierno lo pasaba encerrado con el loco Havelock, jugando, o eso decía él, al brinco. Cada vez se tomaban menos decisiones. Los peligros y las señales de peligro eran ignorados. Su pueblo no recibía justicia. No de golpe, sino a lo largo de un período de años, se convirtió en lo que algunos lo llaman ahora..., un viejo senil. Retiene sólo lo suficiente de su gobierno, y de la lealtad de sus seguidores, como para evitar que su trono le sea usurpado. El resto lo ha dejado de lado.

»Esto ha sido un gran pesar para todas nosotras, pero para nuestra madre fue un golpe directo al corazón. Valoraba la mente de él tanto como la de ella misma. Sin embargo, ahora, él sólo discutía con ella sobre asuntos triviales, como si no habría que enseñar a sus hijas el brinco en vez del punto de cruz. Lo soportó todo hasta que llegó un momento en que dijo basta. Entonces se enfrentó a él.

»“Viejo”, le dijo..., por expreso deseo suyo, sus hijas estaban presentes, “esto tiene que terminar. La malvada Imagería está maquinando. Tus enemigos se agrupan como chacales a tus talones. La inquietud alcanza visos de rebelión entre los Cares. Y, mientras todo esto transpira, tú juegas al brinco con ese estúpido de Havelock. Digo que esto tiene que terminar”.

»“Querida”, respondió él, como si ella acabara de herirle injustamente, “te negaste a casarte conmigo durante años porque yo estaba en la guerra. ¿Deseas que vaya a la guerra de nuevo?”.

»“Entonces yo era joven y soltera”, respondió ella. “Ahora, por elección propia, soy tu esposa. Como Rey de Mordant, tú eres mi esposo. He aceptado tu reino, y

espero que tú hagas todo lo que tu reino te exija. El deber es tuyo, y debe ser enfrentado”.

»“Ciertamente”, respondió él, con un toque de su antigua dureza, “soy el Rey de Mordant. Y nadie excepto el Rey puede decirme dónde están mis deberes. Ya he consultado conmigo mismo al respecto, y sigo exactamente mi propio consejo”.

»Ante aquello, nuestra madre se levantó de su silla. “Entonces lo seguirás sin mí. Te quiero inmensamente, y no puedo soportar ver la ruina en que te estás convirtiendo y en que estás convirtiendo todo lo que en un tiempo apreciaste”.

»Mi padre la contempló marcharse. Cuando se hubo ido, lloró intensamente, como si algo se hubiera desgarrado en su interior. Pero no dijo ninguna palabra para justificarse, o para tranquilizarla, o para pedirle que volviera.

»Torrent se fue con ella porque creía que ella tenía *razón*. Elega sigue aquí...

Por aquel entonces, dama Elega había vuelto.

—Sigo aquí —interrumpió, con ojos llameantes— porque hay que hacer algo por Mordant..., y ese algo no puede hacerse en Romish. Cualquier acción que pueda salvar el reino ha de ser emprendida en Orison. Quiero formar parte de ella, si puedo.

»Por su parte —prosiguió, sin apenas ocultar su desdén—, mi hermana sigue aquí porque sueña que el Rey se alzaría un día para defender su reino..., si confiamos en él el tiempo necesario.

Myste suspiró de nuevo.

—Quizá.

Inmediatamente, Elega se disculpó.

—Perdoname, Myste. No debería hablar tan duramente. La forma en que ha tratado al Perdon me ha trastornado. Quizá la auténtica razón de que sigas aquí es para que él tenga, ocurra lo que ocurra, el consuelo y la compañía de al menos una de las mujeres que le quieren.

O quizá, pensó Terisa, lo hace para que al menos un miembro de la familia sea testigo de lo que le ocurra. Su propia madre había permanecido hasta su muerte con su padre, pero no había habido ninguna resolución en ella. La resolución requería decisión, y su madre era incapaz de ello. Simplemente había sido elegida por su esposo, y ella había aceptado el derecho de él de hacerlo. Era posible que aquella fuera la única forma que conocía de creer en sí misma.

Entonces Elega se volvió hacia Terisa.

—Pero no te hemos invitado aquí para contarte estas historias. —Se obligó a sonar más alegre—. Como ha dicho mi hermana, hay mucho que querríamos saber de ti. Y el almuerzo ya está preparado. ¿Comemos mientras hablamos?

Casi sin pensar, Terisa respondió:

—En realidad, no tengo mucho que decirlos. —El contraste entre su propia vida y la historia que acababa de oír la avergonzaba un poco, como una demostración de lo insustancial que había sido siempre. Contra la amenaza de una muerte violenta, ella no tenía ninguna realidad en absoluto—. Sois muy amables. Pero sólo estoy aquí por accidente. No soy una Imagera. No tenemos Imageros..., allá de donde vengo. Algo fue mal cuando Geraden hizo su espejo. O durante su traslación. —De nuevo se dio cuenta de que sonaba como su madre. Pero ¿qué otra cosa podía decir?—. Ni siquiera sé por qué dejé que me convenciera de ir con él.

Entonces, para que todo quedara dicho y cerrado, concluyó:

—De hecho, en estos momentos ya hubiera debido estar de vuelta a mi mundo. Pero, de alguna forma, el espejo cambió. Geraden ya no puede hacer que funcione.

Se detuvo. Su corazón latió en su garganta como si acabara de decir algo peligroso, y el extraño deseo de llorar que la había invadido cuando pensó en Geraden en las porquerizas volvió a ella.

Mirándola con la boca abierta como si alguien, algunas habitaciones más allá, estuviera realizando un hecho prodigioso, Myste jadeó:

—¿Es posible eso? Oh, ¿es posible? —Pareció pensar que lo que acababa de oír era algo más maravilloso que cualquier otra revelación que hubiera podido llegar a sus oídos.

En contraste, Elega echó la cabeza hacia atrás como si alguien inferior la hubiera abofeteado, y sus ojos llamearon. Lentamente, manteniendo su voz bajo un rígido control, preguntó:

—¿Pretendes decir, mi dama, que no tienes ninguna razón para estar aquí? ¿Ningún propósito? ¿Que no has venido para representar tu papel en la necesidad de Mordant? ¿Quieres que creamos que no eres más que una mujer normal? ¿Que este «accidente», como lo llamas, no hubiera debido ocurrirte?

Terisa deseó no contestar. El ímpetu de la demanda de Elega era hiriente. Sin embargo, era ella misma quien había creado aquella situación, y reunió todo su valor para enfrentarse a ella. En ese sentido, al menos, podía intentar no ser como su madre.

—No soy ninguna dama. Soy secretaria en una misión. —Mantuvo su espalda recta y su cabeza erguida—. Ellos me necesitan. No mucha gente puede permitirse realizar ese trabajo por lo que me pagan por él. Pero perderé mi trabajo si no vuelvo pronto. El Reverendo Thatcher no puede ocuparse solo de la misión.

»Eso es todo. Vivo en un apartamento. Como y duermo. Voy a trabajar. Eso es todo.

Por un momento pensó que Elega iba a burlarse de ella. Myste murmuró:

—Eso es maravilloso. Maravilloso. —Su mirada se enfocó más precisamente en Terisa—. Siempre he deseado que fuera posible una cosa así. —Pero el rostro de Elega era febril con la intensidad de lo que sentía, y se había envarado como si estuviera a punto de escupir ácido.

—Hubieras debido ir tras el Perdon —dijo Terisa apagadamente—. Él y el Maestro Eremis son los que quieres.

Como respuesta, la dama intentó sonreír.

Al principio fue una expresión enfermiza, pero Elega dominó sus rasgos y obligó a que se sometieran a ella. Dulcificó su postura con un esfuerzo de voluntad.

—Mi dama, esto es innecesario. No pertenecemos a ninguna de las facciones de la Cofradía. No tenemos aliados secretos entre los enemigos de Mordant. No te manipularemos ni te traicionaremos. Somos mujeres como tú, no hombres egoístas hambrientos de poder. Puedes confiar en nosotras. Quizá seamos las únicas personas en Orison en las que puedes confiar. Este fingimiento es innecesario.

Myste miró de inmediato a su hermana.

—Elega, Terisa no tiene ninguna razón para mentirnos. Estoy segura de que no lo está haciendo. No es ningún fingimiento.

Con una expresión salvaje que hubiera encajado perfectamente en el Castellano Lebbick, dama Elega llameó:

—*Tiene que serlo.*

Un instante más tarde se controló. Intentó sonreír de nuevo. Ahora, sin embargo, parecía una mujer reprimiendo valerosamente el deseo de vomitar.

—Lo siento —dijo Terisa—. Lo siento.

El Maestro Eremis en acción

Las damas Elega y Myste lucharon por mantener con Terisa una conversación intrascendente mientras almorzaban juntas, pero no tuvieron mucho éxito. Myste sonreía como si mantuviera un secreto tras su lejana mirada; formuló a Terisa preguntas educadas acerca de lo que había visto y hecho en Orison. Elega enmascaró una dominante impaciencia picoteando su comida y llenando los silencios con agudas descripciones de la vida que Terisa hubiera podido llevar, de haber vivido y crecido en Mordant: una vida segura, insufriblemente dilatada en su irrelevancia esencial respecto a su propio destino. Evidentemente, ninguna de las dos decía lo que tenían en sus mentes.

También resultaba evidente, sin embargo, que cada una se veía frenada no por Terisa, sino por la otra. El rápido y rígido momento de su desacuerdo había sido lo suficientemente intenso como para impresionarlas, hacerlas retirarse tanto de Terisa como de la otra. Sintió un activo alivio cuando finalmente Myste sugirió llamar a Saddith para conducir de vuelta a Terisa a sus aposentos pavo real.

En un estado de pronunciada incomodidad, las tres mujeres aguardaron la respuesta a su llamada. Afortunadamente, la llegada de Saddith fue rápida. Unos momentos más tarde, Terisa decía rígidamente adiós a las damas Myste y Elega y estaba camino de vuelta a sus aposentos.

Saddith había mantenido durante todo el rato los ojos bajos en presencia de las hijas del Rey. Ahora, sin embargo, estudió francamente a Terisa. Al principio había inseguridad en sus ojos, pero lentamente fue dejando paso a una expresión de picardía y humor.

Cuando hubieron pasado los aposentos del Rey y estuvieron fuera de alcance de los oídos de los guardias, dijo con tono alegre e inquisitivo:

—Bien, mi dama. Ya has conocido a dama Elega y a dama Myste. Son las dos damas más altas de Orison. ¿Qué opinas de ellas?

Creo, pensó Terisa, que ambas se sienten desdichadas. Pero no deseaba decirle nada así a Saddith.

El silencio de Terisa pareció confirmar a la doncella en su opinión. Para ocultar una afectada sonrisa, bajó los ojos a su desabrochada blusa, a la tela abierta tensa por la presión de sus pechos.

—Creo —dijo con satisfacción— que han olvidado quienes son.

—¿Qué quieres decir con esto? —Mientras caminaban, Terisa se dio cuenta de

que observaba atentamente los rostros de todos aquéllos con quienes se cruzaban, buscando alguna señal del hombre que la había atacado. Aquello era preferible a pensar en lo que había visto en los espejos del laborium.

—Son las más altas damas del país —explicó la doncella—. Poseen posición y riqueza, ricos trajes y joyas raras. Todos los mejores hombres de Mordant son suyos por derecho. Pero ¿qué uso hacen de sus oportunidades? Dama Elega se burla de sus pretendientes. No desea un hombre..., desea serlo. Y dama Myste no dejará tras ella sus sueños adolescentes de romance y aventura.

Saddith rió con suavidad.

—Se hallan adecuadamente vestidas y situadas para ser lo que son. Pero son demasiado insensibles para ello. Ninguna de las dos es lo bastante mujer como para llevar la corte del Rey tal como debería ser llevada.

»Algún día, mi dama —añadió con confianza—, yo estaré entre ellas. Seré tan alta como cualquiera de las clamas de Mordant.

»El contraste no será ninguna ventaja para ellas.

La franqueza de la doncella le resultó extraña a Terisa. No estaba acostumbrada a que las sirvientas hablaran tan libremente. La curiosidad la impulsó a preguntar:

—¿No te gusta lo que haces ahora?

Saddith miró agudamente a Terisa ante aquello, como si evaluara la intención de la pregunta. Lo que vio, sin embargo, reafirmó su fe en la inocencia de Terisa; se relajó de inmediato y respondió sinceramente:

—Es bastante bueno por lo que es, mi dama. Antes de ser doncella, fui pinche en las cocinas de Orison. Y antes de eso, serví cerveza en una taberna cerca de donde está acampado el ejército de Mordant. Y antes de *eso* —hizo una mueca—, di de comer a los pollos y fregué suelos en el pueblo donde nací..., uno de los pueblos más miserables del Demesne. El empleo de doncella de una dama en Orison es bastante bueno, sí. Por lo que es.

»Pero no es bastante para mí.

Terisa meditó en aquello.

—¿Qué quieres decir?

Saddith respondió con una sonrisa lasciva y sus ojos chispearon.

—Mi dama, es en la cama donde los hombres dejan de lado sus fingimientos y se convierten en los niños esclavizados que son en lo más profundo de sus corazones. Cuando descubrí esto, mi pueblo de nacimiento ya no pudo retenerme. Un soldado de Mordant no fue capaz de separarse de mí, y así me halló un lugar en la taberna cerca de su campamento. Un cocinero de Orison no pudo soportar que mi cuerpo tuviera

que sufrir las sucias manos de los soldados, y así me halló un lugar en sus cocinas. El querido hijo de un superintendente no pudo soportar el no complacerme, y así conseguí el empleo de doncella. Las camas de los hombres me han subido hasta aquí, y me subirán aún más.

»¿Recuerdas, mi dama, que pasé la otra noche con un Maestro? Mi posición en Orison está subiendo de nuevo.

Su complacencia hizo que su información le sonara a Terisa como un anuncio en un idioma extranjero. Bajo ninguna circunstancia hubiera revelado ella a nadie que el Maestro Eremis había acariciado la curva de su escote.

—Él cree —prosiguió Saddith— que me llevó a su cama como recompensa por haberme pedido un servicio y haberlo cumplido yo bien. Pero eso fue sólo un engaño para sí mismo, con el que conservar su ilusión de voluntad y poder. Se acostó conmigo porque no podía hacer otra cosa. Ha empezado a compartir sus confidencias conmigo. Pronto descubrirá que sus fingimientos desaparecen en público como lo hacen ya ahora cuando estamos solos. Entonces hallará algún lugar para mí, para elevarme más cerca de él. Pero yo elegiré ese lugar, no él..., y te aseguro, mi dama —concluyó con regocijo—, que elegiré un lugar que me abra el camino a los fuertes hijos de los señores de Mordant.

Se estaban acercando a la torre donde se hallaban los aposentos pavo real. Por un momento Terisa no dijo nada, aunque era consciente de la mirada de Saddith clavada en ella, medio expectante, medio divertida. Deseaba preguntar: *¿Funciona realmente? ¿Puedes vivir así? ¿Puedes ser feliz con ello?* Pero las palabras se encallaban en su garganta. Sin intención de hablar en voz alta, dijo:

—Nunca había encontrado a nadie como tú.

—Es muy sencillo, mi dama. —La doncella intentó responder gravemente, pero estaba casi riendo—. Sin embargo, puedes confiar en mi ayuda —añadió, hablando ahora más como una afectuosa hermana—. Si lo deseas, haremos de ti una mujer formidable —sonrió detrás de su mano—, al final.

Terisa subió las escaleras hasta sus aposentos con la cabeza llena de bruma. Se había disculpado ante las hijas del Rey. ¿Por qué? ¿Por no ser una poderosa Imagera, venida para salvar su mundo? ¿O simplemente por no ser lo suficientemente sustancial como para merecer su interés hacia ella, su amistad o alianza?

¿Deseaba que Saddith la ayudara a ser formidable?

—Pensaré en ello —murmuró tardíamente, mientras ella y Saddith se acercaban a los guardias de pie fuera de su puerta—. Esto es todo tan nuevo para mí. Necesito tiempo para pensar.

—Por supuesto, mi dama —dijo Saddith como correspondía a una doncella, pero

la mirada con que los guardias contemplaron a Terisa daba la impresión de que Saddith les había hecho un guiño—. Permíteme que te ayude a desvestirte, y luego podrás estar a solas tanto tiempo como desees.

Uno de los guardias dejó escapar un sonido gutural como si se estuviera atragantando. Incapaz de hacer otra cosa, Terisa enrojeció de nuevo mientras Saddith la acompañaba al interior de sus aposentos. Tan pronto como la puerta estuvo cerrada, se volvió para ver si el Castellano Lebbick había cumplido su palabra.

Lo había hecho: la cerradura estaba reparada.

Los aposentos también habían sido limpiados y ordenados. Las plumas esparcidas de pavo real de la noche anterior habían desaparecido. Sobre una mesa cerca de la pared había una jarra de vino y varios vasos.

Se sintió aliviada cuando Saddith soltó los corchetes de la parte de atrás de su traje y la presión en torno a sus pechos desapareció. Sentía los pulmones estrujados, como si no hubiera respirado decentemente desde hacía horas. Se vistió agradecida con una blusa de franela, unos pantalones de pana y mocasines. Luego aguardó tan pacientemente como pudo hasta que Saddith hubo encendido los fuegos, rellenado las lámparas y partido.

Inmediatamente, Terisa cerró la puerta por dentro con el cerrojo. Luego fue al armario con la puerta oculta y se aseguró de que la silla estaba todavía bien apoyada contra aquella entrada. Era imposible que alguna vez llegara a ser *formidable*. No deseaba que ningún hombre la mirara como lo había hecho el Maestro Eremis.

A menos que el propio Eremis volviera a hacerlo. Sólo una vez. Para que ella tuviera la oportunidad de saber lo que significaba.

Pero, cuando fue a una de sus ventanas para contemplar el paisaje invernal de Orison e intentar extraer algún sentido de sus emociones, el rostro que recordó más vívidamente fue el de Geraden..., su expresión plana y neutra, mantenida rígidamente inexpresiva porque ella le había herido y él no tenía intención de mostrarlo.

Durante la tarde, mientras el sol se dirigía hacia las frías y blancas colinas del oeste, estaba contemplando un pelotón de guardias hacer ejercicio con sus monturas en el patio cuando vio por casualidad una figura parecida al Perdon salir a largas zancadas a la mezcla de nieve y barro que cubría el suelo. Le aguardaban varios hombres a caballo, con los hombros envueltos en gruesas capas contra el mal tiempo. Saltó a un caballo que mantenían sujeto para él. A toda la velocidad que los animales podían conseguir en aquel terreno, partieron de Orison.

Tuvo la impresión de que era un hombre que había tomado una decisión.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, se dio un baño, se puso sus propias

ropas, e intentó decidir qué iba a hacer. Por alguna razón, no se había visto turbada por la sensación de que se estaba desvaneciendo..., pese a que había pasado la velada sola con sus temores y lo extraño de su situación; pese a que su existencia parecía ser más dudosa que nunca; pese a que no había espejos por ninguna parte, ningún tipo de cristal en el que pudiera verse reflejada. Sin embargo, su problema persistía. El espejo que la había traído hasta allí era falso. Ella no era una Imagera..., y Mordant necesitaba una ayuda al menos tan poderosa como la de un Imagero. Un hombre de negro había intentado matarla. Había visto unos hombres ser despedazados por criaturas surgidas de la nada. Gente que contaba con ella iba a resultar herida.

Tenía que hacer algo al respecto.

Bien, ¿qué, exactamente?

Seguía sin tener la menor idea.

Por esa razón, saltó en pie y corrió a responder cuando oyó una llamada en la puerta. Sonaba como el ofrecimiento de un rescate.

Descorrió el cerrojo y abrió de golpe la puerta.

El Maestro Eremis estaba al otro lado.

Llevaba consigo a Geraden.

—Buenos días, mi dama —dijo alegremente el Maestro—. Veo que has dormido bien. Tus ojos son más brillantes esta mañana..., cosa que no hubiera creído posible. Debo confesar, sin embargo —la miró de soslayo— que prefiero el atuendo que llevabas ayer. Pero no importa. He venido a escoltarte a la reunión de la Cofradía.

Aquello fue demasiado repentino. Su corazón aún estaba latiendo alocado en respuesta a su inesperada presencia.

—¿La Cofradía? —preguntó, como si fuera sorda o estúpida—. ¿Estoy invitada?

Instintivamente, se volvió hacia Geraden en busca de respuesta.

El rostro del Apr era deliberadamente inexpresivo. Parecía como un hombre que ha hecho el juramento de mantener ocultas sus emociones. Al parecer, aún se sentía dolido, pero no deseaba mostrarlo. ¿O estaba intentando simplemente mantener sus reacciones controladas ante el Maestro Eremis? No pudo decirlo.

Sin embargo, era la persona en quien confiaba para que le dijera qué estaba ocurriendo.

No cruzó su mirada con la de ella.

—En realidad, ninguno de los dos estamos invitados —dijo con voz neutra—. Pero el Maestro Eremis desea que vayamos con él de todos modos.

—Exacto —dijo el Maestro—. Te dije que deseaba mostrarte mi amistad. Y hoy la Cofradía va a intentar decidir qué acción requieren la presencia de dama Terisa y la

necesidad de Mordant. Seguro que esta discusión tendrá un cierto interés para ti, mi dama.

Puesto que ella no le había herido de ningún modo —y puesto que no tenía la menor idea de dónde se hallaba exactamente con el Maestro Eremis o la Cofradía—, intentó hallar alguna forma de preguntarle a Geraden qué debía hacer. Pero las palabras se negaron a salir. La sonrisa de Eremis pareció detenerlas en su garganta.

Geraden escrutó la estancia. Aún con voz neutra, dijo:

—Puede que no sea agradable. Al menos la mitad de los Imageros van a sentirse ofendidos cuando nos presentemos sin haber sido invitados. Pero el Maestro Eremis no parece preocuparse por ello. Y la oportunidad es demasiado importante. No creo que debamos perdérsela.

Escucharle proporcionó a Terisa la extraña impresión de que había envejecido desde el día anterior.

Con un esfuerzo por mostrarle lo mucho que apreciaba su respuesta, dijo, sin mirar a Eremis:

—De acuerdo. Iré. —Pero permaneció firme ante el rápido e irritado fruncimiento de ceño del Maestro, aunque hizo temblar su corazón.

Desgraciadamente, la mirada de Geraden no se alzó más allá de sus rodillas; el Apr no se daba cuenta de que ella estaba intentando disculparse.

El Maestro Eremis zanjó la situación haciendo una exagerada inclinación de cabeza en dirección a la puerta y diciendo:

—¿Si tienes la bondad, mi dama? —Su burla era palpable, pero su rápida sonrisa le quitó todo el hierro. La forma en que la miraba le recordó a Terisa el contacto de sus dedos sobre la curva de sus pechos. Antes de estar completamente segura de lo que hacía, le devolvió una tímida sonrisa. De alguna forma, aceptó su brazo, y él la escoltó fuera de la estancia.

Geraden les siguió, aún impasible.

De inmediato, uno de los guardias dio un paso para llamar la atención sobre él.

—Maestro Eremis.

Eremis se detuvo, arqueó una ceja.

—¿Sí?

—Ordenes del Castellano Lebbick. Se supone que debemos saber dónde está la dama en cualquier momento. ¿Adónde la llevas?

Terisa se sintió algo sorprendida. Nadie le había mencionado aquellas órdenes el día anterior, cuando había abandonado sus aposentos con Geraden. Miró al joven, y vio que también él estaba sorprendido. Su inexpresividad desapareció, y se concentró

como si estuviera pensando intensamente. El esfuerzo mejoró considerablemente su aspecto.

Pero esta discrepancia en el comportamiento de los guardias era algo de lo que evidentemente el Maestro Eremis no sabía nada.

—La he invitado a una reunión de la Cofradía —respondió suavemente..., ácido bajo una superficie de satén—. Indudablemente el Castellano Lebbick, es decir el Rey Joyse, desearán saber también lo que la Cofradía tiene intención de discutir en su presencia. —Frunció con desagrado la nariz—. E indudablemente sus espías se lo contarán poco después del acontecimiento. Sigamos, mi dama.

Como si fuera vestida para un baile de gala, la llevó ceremoniosamente escaleras abajo.

Su camino hacia las antiguas mazmorras de Orison fue el mismo que había utilizado Geraden ayer. Mientras lo recorrían, el Maestro inclinó ligeramente su alta estatura sobre ella, a la vez deferente, cortés y posesivo. Parecía como si estuvieran compartiendo secretos. Ella, sin embargo, no tenía nada que decir; toda la charla era de él. Terisa observaba a la gente con la que se cruzaban en busca de algún rostro que pudiera recordarle al hombre que la había atacado. Así que Eremis la cogió por completo con la guardia baja cuando comentó casualmente:

—El Perdon y yo hablamos extensamente de ti ayer, mi dama.

La sorpresa fue demasiado grande para que respondiera de inmediato. Seguro que ella no era el tipo de mujer sobre la que los hombres *hablan extensamente*.

El Maestro rió quedamente, como si ella hubiera dicho algo ingenioso.

—El Perdon tiene..., ¿cómo lo diría? —Saboreó anticipadamente la palabra—. Una *enorme* experiencia con las mujeres, pero él y yo estuvimos en desacuerdo respecto a cuál de tus muchos atractivos es el más delicioso. He prometido darle mi respuesta cuando él regrese a Orison.

La idea la hizo estremecer. ¿Qué quería decir con aquello? Algo íntimo y presuntuoso..., pero ¿qué? Su mente permaneció testarudamente cerrada a la cuestión. ¿Cómo podía tocarla? ¿Qué emociones podía extraer de ella? Era tan ignorante: ignorante respecto a los hombres, por supuesto, pero también respecto a ella misma.

Inconscientemente, sujetó el brazo del hombre como si tuviera frío y necesitara algo de calor.

Cruzaron la sala de baile en desuso con Geraden tras ellos, y enfilaron el corredor que descendía hasta el laborium de la Cofradía. De nuevo perdió inmediatamente el sentido de la orientación entre los giros y las puertas; pero finalmente reconoció el pasillo recto que conducía a la antigua sala de torturas que los Imageros utilizaban

ahora para sus debates. Los guardias del exterior saludaron, luego abrieron la enorme puerta para que el Maestro Eremis, Terisa y Geraden entraran en la sala de reuniones.

Desde su perímetro, más allá de las cuatro enormes columnas que sostenían el techo, la enorme sala redonda parecía cerrarse en torno a los Maestros que ya se habían congregado allí. Pero cuando Eremis llevó a Terisa hacia el curvado círculo de bancos y la mejor luz de las lámparas, la perspectiva de ésta cambió; el espacio empezó a dar la impresión de ser menos opresivo, un poco menos parecido a una cripta enterrada bajo una enorme masa de vieja piedra.

Había al menos diez Imageros mirándoles a ella y a Geraden cuando el Maestro Eremis los condujo a su lugar. Algunos de ellos estaban sentados en los bancos, inclinados hacia delante o hacia atrás junto a la barandilla tallada que rodeaba el centro de la cámara; el resto permanecía en torno al estrado. Hacía dos días, aquel estrado había contenido el espejo de su traslación. Ahora, sin embargo, no había ningún espejo presente. Como resultado de ello, el estrado parecía más lo que en su tiempo había sido: una plataforma elevada para mostrar el interrogatorio de los prisioneros.

Terisa no tuvo ningún problema en identificar al Maestro Barsonage: recordaba su cabeza calva, sus cejas como mechones de aulaga, su rostro con el color y la textura del pino recién cortado, su amplia cintura. Y recordaba vagamente a otros dos o tres de los Imageros: debían haber estado cerca cuando Geraden la sacó del espejo. Pero la mayoría de los Imageros tenían un aspecto extraño y hostil, como si estuvieran preparados para juzgar inadecuada su presencia. Para cuestionarla sin piedad.

—¿Qué significa esto, Maestro Eremis? —preguntó hoscamente el Maestro Barsonage—. ¿No determinamos explícitamente que ni el Apr Geraden ni la dama deberían tomar parte en nuestras discusiones?

Geraden estudió la áspera piedra del techo.

—Tú lo hiciste, Maestro Barsonage —respondió el Maestro Eremis con buen humor—. Pero estoy preparado para persuadir a la Cofradía de lo contrario.

El mediador frunció severamente el ceño.

—Esto no me complace. Es frívolo. Nuestra supervivencia, y por supuesto el destino de todo Mordant, depende de las decisiones que tomemos. No tenemos ni el tiempo —miró fijamente a Eremis— ni la paciencia de reabrir decisiones ya tomadas.

Varios de los Imageros asintieron con la cabeza, murmuraron su conformidad. Eremis no parecía muy popular entre ellos.

—No nos precipitemos —intervino una voz familiar, como si el que hablaba fuera tímido y no le gustara atraer la atención hacia él—. Por mi parte, Maestro Barsonage, estoy dispuesto a oír al Maestro Eremis. Quizá le preocupe muy poco la dignidad de

la Cofradía, pero seguro que no es frívolo.

Hasta que oyó su voz, Terisa no se dio cuenta de que el Maestro Quillon estaba sentado en uno de los bancos a medio camino del círculo, al otro lado de ella. Su ropaje gris y su indescriptible porte se mezclaban con el fondo de piedra. Involuntariamente, su mirada se posó en él, y se alegró de inmediato de ver a alguien al que consideraba un amigo, y temió que en su presencia no fuera capaz de guardar adecuadamente su secreto. Pero él no respondió a su mirada. Sus brillantes ojos observaban a los demás Maestros, y su nariz estaba fruncida en alerta.

—En cualquier caso —dijo el Maestro Eremis, arrastrando las palabras—, es mi derecho traer ante la Cofradía lo que considere conveniente. Ésta es una de nuestras reglas, Maestro Barsonage, como sabes muy bien.

—Eso es cierto —dijo un Imagero. Otro le apoyó.

El Maestro Barsonage dejó escapar un bufido, pero no se preocupó de discutir el punto. Se dio la vuelta y reanudó su conversación con los Maestros de pie a su lado.

Por un momento, el Maestro Eremis le sonrió a las espaldas del mediador. Luego condujo a Terisa hacia un banco vacío y la sentó allí, con la barandilla entre ella y el centro de la cámara. Con un gesto, medio brusco, medio alegre, ordenó a Geraden que se sentara también en el banco. El propio Eremis se quedó en pie, sin embargo. Desde su asiento, Terisa recibió una exagerada impresión de lo alto que era con respecto a todos los demás que estaban en sus intermediaciones.

La estancia no parecía tan fría como lo había sido dos días antes.

Solos o en pequeños grupos, llegaron más Imageros. Terisa observó ahora que dos o tres de ellos eran lo bastante jóvenes como para ser Aprs recién ascendidos..., tan jóvenes como Geraden. Entre los demás había algunos a los que reconoció: el fornido Maestro Gilbur, con el ceño profundamente surcado en la gruesa carne de su rostro encima de su barba blanca salpicada de negro, su gibosa espalda equilibrada por la fuerza de sus manos. Recordó su voz, tan gutural como el mordisco de una sierra. Pero, jóvenes o viejos, familiares o no, todos la miraban y le fruncían el ceño a Geraden. Al parecer, ninguno de los Maestros había mejorado su opinión sobre el Apr y ella. Mientras pasaba por su lado, Gilbur croó retóricamente:

—¿Qué estupidez es ésta?

Al cabo de poco, oyó al Maestro Barsonage murmurar:

—Bien, ya estamos todos. Empecemos. —Los Imageros se dirigieron a sus bancos, con sus casullas amarillas oscilando. No había escapatoria: todas las puertas estaban cerradas. Y los pasadores echados, de modo que sólo podían abrirse desde dentro. La Cofradía valoraba su intimidad. Si el Maestro Eremis no la hubiera traído tan seguro de sí mismo, ella nunca hubiera podido entrar. No tenía nada en ella que le

permitiera enfrentarse a veinticinco o treinta hombres antagónicos.

Tan pronto como todos los Maestros estuvieron sentados y el mediador estuvo solo al lado del estrado, dijo bruscamente:

—Sé breve, Maestro Eremis. Tenemos cuestiones más importantes que tratar.

Como respuesta, el Maestro Eremis avanzó unos pasos. Su sonrisa parecía tranquila, inmune a los insultos; pero su piel tenía un tono sanguíneo subyacente, y sus pálidos ojos brillaban peligrosos.

—Maestro Barsonage —dijo en tono conversacional—, con la deferencia requerida a tu edad, puesto y experiencia, dudo que tus cuestiones sean más importantes que las mías.

»Nadie aquí ha dejado de notar que he traído conmigo a dos personas a las que se les ha prohibido expresamente su asistencia a esta reunión..., el Apr Geraden y dama Terisa de Morgan. —No miró a ninguno de los dos: estaba actuando para los Maestros—. Ellos *son* las cuestiones que debemos afrontar. Él representa el poder, porque seguimos sin comprender cómo consiguió encontrarla a ella en un espejo enfocado sobre nuestro campeón elegido.

Geraden bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Ella representa la acción..., la acción que deseamos tomar para nuestra propia seguridad y la salvación de todo Mordant. ¿Qué es más fundamental en nuestra discusión, si no ellos?

»Consideremos primero al Apr Geraden...

—¡Puagh, Eremis! —interrumpió rudamente el Maestro Gilbur—. Todo esto ya se ha dicho. Un niño podría presentar los mismos argumentos. Vayamos al asunto.

—¿El asunto, Maestro Gilbur? —Eremis hizo oscilar sus cejas—. ¿Quieres que deje de lado el espléndido discurso que he preparado para esta solemne ocasión? Muy bien. Confiaré en tu penetrante buen sentido y no haré más defensa de mi proposición.

»¡Propongo —alzó bruscamente la voz hasta que resonó en las paredes de piedra— que al Apr Geraden le sea concedida la casulla de Maestro!

Los Maestros se le quedaron mirando con la boca abierta mientras su grito moría en los rincones de la estancia. Geraden alzó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos por la emoción. Terisa pensó: *Quiero mostrar mi amistad hacia ti*. Así que era eso lo que había querido decir. El Maestro Eremis había estado planeando conseguir el reconocimiento del Apr, ver que finalmente fuera recompensado por sus años de devoción. No pudo comprender por qué la expresión en el rostro de Geraden no era ni de placer ni de gratitud, sino más bien de temor.

Luego, en medio del silencio, oyó un débil sonido como una risa ahogada. Escrutó el círculo, y vio al Maestro Quillon mordiéndose el filo de la mano para refrenarse.

Varios otros Maestros no tuvieron tanto éxito. Uno de ellos dejó escapar una carcajada como el estallido de un odre lleno de vino, y media cámara estalló en risas y carcajadas.

Lentamente, la piel de Geraden se volvió roja hasta que pareció que iba a prenderse fuego.

La sonrisa del Maestro Eremis era como su mirada..., a la vez aguda, ominosa y enormemente divertida.

El mediador no rió. Se enfrentó al Maestro Eremis con la mandíbula adelantada. Se hizo oír sin esfuerzo por entre las risas de los Imageros.

—Maestro Eremis, no es justo humillar al Apr de este modo.

—¿*Humillar*, Maestro Barsonage? —respondió de inmediato el Maestro Eremis, con tono de protesta y ultraje, aunque sin perder su sonrisa—. Hablo completamente en serio. —Más risas recibieron su afirmación. Como respuesta, les gritó a todos los Maestros—: ¡El Apr Geraden ha realizado algo que ningún Imagero antes que él consiguió nunca! ¡Ni siquiera el archi-Imagero Vagel usó los cristales como *él* lo ha hecho! ¿Os reiréis de él? ¡Por la arena pura de los sueños, *no* lo haréis! —Su voz acalló las risas a su alrededor—. ¡Geraden merece la casulla tanto como cualquiera de vosotros, y quiero que se responda a mi proposición!

Seguía sin perder su sonrisa.

—Oh, vaya —dijo el Maestro Gilbur antes de que nadie más pudiera hablar—. Yo responderé a tu proposición. —Su sarcasmo era tan afilado como un hacha—. Estás soñando, Eremis. Has metido la cabeza en un espejo plano y la has sacado tan loco como Havelock. ¿Hacer a Geraden un Maestro? ¿Debo explicarte esto?

—Deberías, por supuesto —respondió el Maestro Eremis con una voz como dulce veneno, mientras el resto de la Cofradía lo observaban en varios estadios de incertidumbre e irritación—. Ignoraré la ofensa, pero necesito la explicación.

—Entonces la tendrás —gruñó Gilbur—. No podríamos aceptarle en la Cofradía, ni siquiera aunque fuese el mayor Imagero de todos los tiempos conocidos. No tenemos su lealtad. Aunque su cuerpo nos sirve, su corazón y su mente pertenecen al Rey Joyse. No es ningún secreto que cuando se fue con ella de aquí hace dos días la llevó directamente al viejo senil. ¿Pero qué le dijo a ella durante el camino? Pregúntaselo, Eremis. ¿Qué le dijo de nosotros al Rey? Pregúntale *eso*. ¿Y cómo ha servido a nuestros intereses con ella desde entonces? El Maestro Barsonage le ordenó que no le revelara nada hasta que la Cofradía hubiera tomado sus decisiones.

Apostaría a que esa orden fue quebrantada antes de que el Apr Geraden y la dama abandonaran esta cámara.

Los músculos en las comisuras de los ojos de Geraden se crisparon a cada palabra. Sin embargo, no bajó la cabeza ni desvió la vista. En vez de ello se puso pálido, como si sus emociones estuvieran siendo extraídas de él, dejándole crispado y atento. Reteniendo el aliento por él, Terisa pensó que en cualquier momento a partir de ahora alguien iba a mencionar el espejo plano que había cambiado. Luego se le pediría que explicara qué estaban haciendo ellos dos allí.

—Apr Geraden. —El Maestro Barsonage miraba fijamente a Geraden, sus ojos graves y solemnes—. Debes responder a esto.

La mandíbula de Geraden se crispó, y saltó en pie. Su deliberada inexpresividad le falló como una máscara inadecuada.

—Maestro Barsonage —dijo, mordiendo su voz para que no temblara—. Soy leal al Rey Joyse..., como todos nosotros deberíamos serlo. Él creó Mordant. Él nos dio la paz. Él hizo que naciera la Cofradía tal como es. Pero él —su voz restalló por un segundo— no tiene ninguna alianza conmigo. Respeté tus órdenes, Maestro Barsonage, mientras llevaba a dama Terisa de Morgan al Rey. Pero, cuando estuve ante él, le prestó tan poca atención como vosotros. Me dio las mismas órdenes. Y me retiró mi responsabilidad sobre la dama.

»El Maestro Gilbur da a entender que soy un espía de mi Rey. —El ácido rezumó más allá de su control—. No lo soy. ¿De qué serviría serlo? Si intentara contarle los secretos de la Cofradía, no me escucharía.

Se sentó, rígido.

Terisa captó su dolor y su necesidad. Al mismo tiempo recordó su sueño de un paisaje invernal, en el que tres jinetes cabalgaban hacia ella para matarla, y un joven vestido como Geraden luchaba por salvar su vida. Ella había permanecido inmóvil en aquel suelo, tan pasiva como lo había estado toda su vida.

Recordándolo ahora, se puso en pie.

—Él dice la verdad. —Temblaba, pero no permitió que eso la detuviera—. Os obedeció. Y el Rey Joyse lo despidió de su presencia. Le dijo que no respondiera a ninguna de mis preguntas. —Luego, impulsada por un secreto estallido de furia o de adrenalina, añadió—: El Rey tampoco me dio ninguna respuesta. Opina lo mismo que vosotros. No confía en mí.

El Maestro Quillon miró ausente a la nada.

Por un segundo, el rostro de Geraden brilló con alivio y agradecimiento. La vitalidad que le hacía tan agradable volvió. Pero la sonrisa que el Maestro Eremis volvió hacia ella era tan gentil y amistosa como el picotazo de un halcón.

Bruscamente, su valor falló. Se sentó e inclinó la cabeza, intentando ocultarla tras su pelo.

—Gracias, mi dama —dijo en voz baja el Maestro Barsonage—. Apr Geraden, es mi opinión que mereces una disculpa..., de parte del Maestro Gilbur, si no de nadie más.

El Maestro Gilbur dejó oír un ronco ruido como de escupitajo y murmuró:

—¿Consideráis que ese zopenco dice la verdad?

—Puesto que es improbable —el Maestro Barsonage afiló su tono— que el Maestro Gilbur, o cualquier otro Maestro, lo hagan, deberé disculparme yo por ellos. Cualquier hijo del Domne merece un tratamiento mejor del que tú has recibido.

—Esto no es lo importante —murmuró Geraden. Luego alzó la voz—. Me sentiría satisfecho simplemente si la Cofradía decidiera tratar a dama Terisa con más consideración.

—Muy bien —susurró secamente el Maestro Gilbur—. No está contento con una disculpa del mediador de la Cofradía. Ahora intenta enseñarnos prioridades y deberes.

—¡Ya basta, Maestro Gilbur! —restalló inmediatamente Barsonage—. Esto no te concierne a ti. Los modales del Apr Geraden no son un asunto que debamos decidir aquí. Es su elevación a la casulla de Maestro.

El Maestro Gilbur respondió con una furiosa mirada que podría haber partido por la mitad una plancha de madera.

El mediador se enfrentó a él durante un largo momento. Pero lo que el Maestro Barsonage vio pareció inquietarle o alarmarle: él fue quien desvió la vista. El silencio se hizo tenso en la cámara mientras le fruncía el ceño a la distancia, buscando recuperar el control.

—Has hecho tu proposición, Maestro Eremis. ¿Deseas decir algo más?

—Dejaré que los méritos evidentes del Apr Geraden hablen por sí mismos —respondió el Maestro Eremis. Hizo una inclinación de cabeza a la Cofradía y se sentó.

—Muy bien. ¡Maestros! —llamó formalmente Barsonage—. Habéis oído la proposición. ¿Debe ser aceptada? ¿Cuál es la voluntad de la Cofradía?

Terisa empezaba a comprender, en parte a causa de la irritación del Maestro Gilbur, pero sobre todo por la extraña ferocidad del Maestro Eremis, que estaban ocurriendo más cosas allí de las que podía identificar. Había en juego otros motivos. Aguardó en una inesperada tensión mientras los Imageros votaban alzando las manos.

Por un momento creyó que Geraden había vencido. Un cierto número de manos se alzaron favorablemente, aunque la mayoría de ellas —con excepción de la de

Eremis— parecían reluctantes. La del Maestro Quillon no estaba entre ellas, sin embargo. Observaba atentamente a Geraden, y sus ojos reflejaban una expresión de comprensión y simpatía, pero solamente alzó la mano para votar contra la proposición.

Estaba con la mayoría. Cuando el Maestro Barsonage terminó de contar, anunció que la proposición había sido derrotada.

Oh, Geraden, le dijo Terisa en silencio. Lo siento. Pero no tuvo el valor suficiente para hablar en voz alta.

—Maestros —anunció Eremis, con voz muy baja pero claramente audible—, lamentaréis esto.

El Maestro Gilbur respondió con un bufido de desdén.

—Apr Geraden —dijo el mediador, de una forma que hacía suponer que el dominio de sí mismo estaba aún en duda—, la votación ha sido efectuada. Debo pedirte que abandones esta amara.

Geraden nunca le había parecido a Terisa más parecido a un hombre a quien la Cofradía tuviera que tener en cuenta.

—Maestro Barsonage —dijo, mientras se ponía en pie—, debéis hacer a dama Terisa partícipe de vuestras decisiones. Es su derecho conocer y comprender lo que se está haciendo aquí. —Quizás ella había herido sus sentimientos el día antes, pero eso no parecía afectar su sentido de la justicia—. Y es una locura negárselo. Si es simplemente una mujer trasladada accidentalmente, entonces no puede hacer ningún daño. Y si es secretamente una Imagera..., si es el campeón augurado de la necesidad de Mordant, entonces os equivocáis corriendo el riesgo de enemistarla contra nosotros.

Con su afirmación flotando aún en el aire de la cámara, se volvió bruscamente de los Imageros y abandonó la sala de reuniones.

El Maestro Eremis sacudió la cabeza y suspiró. No le sonreía a nadie en particular.

La partida de Geraden retorció el estómago de Terisa. Ya lo tenía hecho un tenso nudo cuando se dio cuenta de que no se había hecho ninguna mención del cristal plano con la Imagen imposiblemente derivante.

—Maestro Barsonage —señaló Gilbur—, ¿podemos despedir también a esa mujer y ponernos a trabajar? Hay razones para que nos apresuremos. Y no me gustaría perder días enteros en debates.

—Debemos apresurarnos, Maestro Gilbur —intervino inesperadamente el Maestro Quillon—, pero no ir con prisas. Creo que no debemos dejar de lado las cuestiones que ha planteado el Apr Geraden.

—Maestros —dijo Eremis—, os daré una buena razón por la cual debemos aceptar a dama Terisa de Morgan con nosotros. Ha salido de su propia boca. El Rey Joyse desea que permanezca ignorante. Si ésa es su política, entonces seguramente la *nuestra* tiene que ser informarla e ilustrarla. ¿Para qué celebramos estos debates, si no para romper la muda inactividad que nuestro Rey nos impone?

—Maestro Eremis —la voz de Quillon tenía un filo cortante que normalmente mantenía oculto—, ¿propones que cometamos traición?

—Si es traición —respondió el alto Maestro— luchar por nuestra supervivencia, y por la defensa de todo Mordant, entonces la propondré. Pero, por el momento, abogo solamente porque permitamos a dama Terisa permanecer con nosotros durante nuestro debate.

—Haces todos los asuntos complejos —dijo rígidamente el Maestro Barsonage—. No me gusta la dirección en la que nos llevas. Pero, al igual que el Maestro Gilbur, deseo llegar al meollo de la cuestión, a fin de no tener que seguir adivinando lo que pasa por tu mente.

»Maestros, habéis oído la proposición. ¿Debe ser aceptada? ¿Cuál es la voluntad de la Cofradía?

Esta vez, Quillon y Gilbur estuvieron en lados opuestos de la votación. De nuevo, sin embargo, la primera obtuvo la mayoría. Con un margen significativo, la Cofradía decidió que Terisa se quedara.

De pronto hubo demasiados ojos posados en ella, demasiados hombres observando para ver cómo reaccionaba. Bajó la cabeza para ocultar su desconcierto. Era a Geraden a quien hubiera debido permitirse que se quedara.

—Muy bien. —El mediador sonaba cansado—. Ahora ocupémonos del asunto que debe ser decidido hoy.

—Por fin —suspiró el Maestro Gilbur.

—No os recordaré el debate que nos trajo hasta este punto —prosiguió el Maestro Barsonage—. Baste decir que debemos elegir una política, o un curso de acción, que se enfrente al inesperado resultado del intento del Apr Geraden de trasladar a nuestro campeón elegido. Decidimos efectuar ese intento porque era exigido por nuestras circunstancias..., y porque parecía apoyado por el augurio. Y decidimos enviar a Geraden dentro del cristal por consideración —aquí el Maestro Gilbur bufó de nuevo—, por *consideración*, repito —restalló el mediador—, a creencia de nuestro Rey de que lo que vemos en los espejos no es creado por la Imagería, sino que tiene existencia propia fuera de nuestro conocimiento.

»Pero las cosas han ido de un modo completamente distinto. Y nos hemos dado cuenta de que es imposible para nosotros saber qué papel representará dama Terisa de

Morgan en el destino de Mordant. En consecuencia, debemos elegir lo que debemos hacer. ¿Debemos aceptar las consecuencias de lo que hemos hecho y aguardar sus resultados? ¿O debemos elegir alguna otra política o acción para enfrentarnos a nuestro dilema?

»Maestros, debéis decidir.

Sin levantarse, el Maestro Eremis dijo inmediatamente:

—Digo que debemos aceptar las consecuencias de lo que hemos hecho y aguardar sus resultados. —Ahora habló como si deseara evitar el provocar una reacción adversa—. Como he observado repetidamente —no se permitió el sarcasmo—, dama Terisa representa un enorme despliegue de poder sin precedentes, que ninguno de nosotros comprendemos. No debemos correr más riesgos hasta que sepamos más acerca de ella.

—¿Ése eres tú, Maestro Eremis? —interrumpió una voz joven. El que hablaba era un Imagero de aproximadamente la misma edad que Geraden; no dudó en mostrarse sarcástico—. Suenas amilanado. Ya hemos determinado que no podemos saber *qué* representa la dama. Así que no podemos hacer nuestra elección sobre esa base. En nuestro peligro, no importa que el Apr Geraden hiciera algo sin precedentes. Importa sólo el hecho que *fracasó*. El augurio es sólido en sí mismo. Tiene que serlo, o no comprendemos la Imagería. Sólo el Apr fracasó. Debemos intentarlo de nuevo.

Un destello de pasión afloró a los ojos de Eremis, pero no respondió.

En voz baja, el Maestro Barsonage preguntó:

—¿Y tú nunca fracasaste cuando eras un Apr?

—No me pasé toda una vida siéndolo —respondió el joven Imagero—. Como sabes muy bien.

—En cualquier caso —intervino el Maestro Gilbur, cortando la discusión y acumulando fuerzas mientras hablaba—, e hecho de que los Aprs sean propensos o no al error no es un punto a discutir aquí. Acepto que debemos intentarlo de nuevo. Yo lo intentaría de nuevo. Utilizando el espejo original, del que el del Apr Geraden es una copia, yo trasladaré hasta nosotros a nuestro campeón elegido —agitó bruscamente su enorme puño hacia el Maestro Quillon—, ¡y haré saltar los escrúpulos del Rey, sean los que sean! Puede quedarse sentado jugando al brinco con ese loco de Havelock hasta que el suelo se agriete a sus pies y todo Orison sea tragado por las ruinas. Si Mordant debe sobrevivir, ¡*nosotros debemos tener el poder!*

—¡Bien dicho, Maestro Gilbur! —aplaudieron dos o tres de los Imageros. Pero el Maestro Barsonage miró a Gilbur con no oculto desánimo.

Terisa sintió una sacudida, como una visión momentánea, cuando vio de nuevo en su mente la imponente figura revestida en su armadura: aunque el paisaje al que se

enfrentaba era tan extraño para él como para ella, lo hacía como si estuviera acostumbrado a la victoria; y sus extrañas armas le daban toda la fuerza que necesitaba.

—Entonces —dijo otro Maestro—, ¿tú también abogas por lo que Quillon llama traición? ¿O pretendes entrar en el espejo y pedirle al campeón que venga contigo? —Hizo una pausa—. Te disparará.

—No temo «lo que Quillon llama traición» —respondió el Maestro Gilbur—. ¿Ninguno de vosotros comprende la *razón* por la que nos hallamos en este peligro? No es Mordant el que está realmente amenazado. Es la Cofradía. Estamos en peligro debido a todos los hombres que alguna vez han odiado al Rey Joyse o han ansiado el poder que representamos..., todos los recursos de la Imagería en el mundo que conocemos. Y se atreven a actuar para conseguir lo que ansían porque el Rey Joyse nos ha abandonado. Él creó la Cofradía, y la ciñó con reglas que no sirven para nada excepto para sus propósitos, y ahora va a la deriva. Debemos librarnos de ellas o morir.

—Estoy de acuerdo. —El Maestro Eremis seguía hablando cautelosamente—. Pero ¿cómo podemos librarnos por nosotros mismos de ellas? En eso es en lo que diferimos.

—Maestro Eremis —chirrió Gilbur—, tú difieres de todo el mundo. No tienes ningún sentido.

Tentativamente, como *si* quisiera eludir la hostilidad, el Maestro Quillon preguntó:

—¿Ayudaría tal vez si examináramos de nuevo el augurio?

—¿Te ayudaría a ti? —respondió el Maestro Gilbur en un tono desagradable—. ¿Has olvidado lo que muestra? ¿O crees que puede haber cambiado?

Quillon no parecía dispuesto a sentirse ofendido por aquello.

—Me gustaría estar seguro de que no lo han hecho.

—Yo también —dijo otro Imagero.

—Además —prosiguió el Maestro Quillon—, está la cuestión de la interpretación. Quizá las experiencias de los últimos días nos enseñen a leerlo con mayor claridad.

Un puñado de hombres en torno al círculo señalaron apresuradamente su conformidad.

El Maestro Barsonage suspiró.

—Se necesitará un tiempo para hacer que el espejo sea traído hasta aquí. Maestro, no votaremos sobre esto. Cualquiera de vosotros tiene derecho a hacer una demanda

así..., si la demanda es secundada.

—Quiero ver el cristal —dijo inmediatamente uno de los partidarios del Maestro Quillon.

—Y yo —dijo otro.

—Muy bien. —El mediador hizo una seña con la cabeza hacia alguien a quien Terisa no podía ver; el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse sonó claramente en toda la estancia.

Nadie dijo nada mientras la Cofradía aguardaba. Quizá esto formaba parte del protocolo de los Maestros. O *quizá* ninguno de ellos deseaba comprometerse hasta que la petición de Quillon hubiera sido satisfecha. El Maestro Barsonage miraba más allá del círculo. El Maestro Gilbur apretaba sus manos la una contra la otra como si estuviera practicando desmenuzar cosas. El Maestro Eremis permanecía inclinado hacia atrás en su banco y miraba indiferente hacia el techo como un hombre cuyos buenos modales le impiden ponerse a silbar. El Maestro Quillon parecía estar haciendo un esfuerzo consciente para no fruncir la nariz, sin éxito. Los otros Imageros exhibían distintos grados de impaciencia, curiosidad, seguridad y alarma.

Terisa tuvo la impresión de que debería sentirse más preocupada. Había corrientes subterráneas en aquel debate que era capaz de captar pero no de definir. Podían ser peligrosas. Había gente complotando..., y los complots significaban daño para alguien. Lo que sentía, sin embargo, era una ligera y vacilante ansiedad. Deseaba ver el augurio que había llevado a Geraden hasta ella.

Dos Aprs entraron en la cámara, llevando entre ellos una bandeja de madera hermosamente pulida de casi metro y medio de lado. Cuando los Aprs pasaron cerca de ella en su camino hacia el estrado pudo ver que la bandeja estaba cubierta por trozos de cristal roto. Esos trozos habían sido colocados planos sobre la madera, y ninguno de ellos tocaba a ningún otro; pero no parecían haber sido dispuestos de una forma determinada.

Tan suavemente que nadie más pudo oírle, el Maestro Eremis murmuró hacia ella:

—Quizá el Apr Geraden olvidó explicarte cómo se efectúan los augurios, mi dama. Comprenden dos artes: crear un espejo plano del tipo adecuado, cuidadosamente enfocado; e interpretar el resultado. En términos sencillos, se hace un espejo plano que muestra a alguna persona, lugar o acontecimiento, del que es extrapolado el augurio. Por ejemplo, si deseamos determinar si nuestro futuro contendrá una guerra con Cadwal, podemos intentar crear un espejo enfocado en Cadwal..., un espejo en el que pueda verse al Gran Rey Festten. Los espejos muestran lugares, pero es la gente la que ocasiona las guerras. Luego, el espejo es dejado caer. Si todo se ha hecho correctamente, se rompe en fragmentos que muestran piezas de lo que ha de venir a partir de la Imagen sobre la que está enfocado.

»Este espejo fue creado por el Maestro Barsonage. —Sonrió sardónicamente—. Por esa *razón*, ninguno de nosotros se pregunta si fue hecho correctamente. —Luego añadió—: La otra dificultad, como verás, es interpretar los resultados. Siempre he sospechado, mi dama, que los augurios existen primariamente en la mente de quien los interpreta.

Una vez los Aprs hubieron colocado su carga en el estrado, la mayor parte de los Maestros abandonaron los bancos y se apiñaron a su alrededor. Sólo Gilbur y sus más evidentes partidarios no sintieron al parecer la necesidad de contemplar de nuevo el cristal roto. Todos los demás lanzaron al menos una mirada al augurio. Tomando confiadamente su mano, el Maestro Eremis guió a Terisa por entre ellos hasta situarse al borde del estrado. Los Aprs habían retrocedido: podía ver claramente la bandeja de cristal frente a ella.

El espejo se había roto en docenas de fragmentos.

Cada uno de ellos mostraba una Imagen distinta.

Y todas las imágenes se estaban moviendo. Cuando las miró por primera vez, parecían avanzar ciegamente las unas hacia las otras, como si aspiraran a alguna especie de conjunto.

Piezas de lo que ha de venir.

La visión la mareó momentáneamente: se instaló en su cabeza como una migraña. Tuvo la sensación de que iba a caer. Pero cerró los ojos y apartó su debilidad. Cuando miró de nuevo, se mantuvo firme, concentrándose en una o dos Imágenes a la vez.

... lo que ha de venir.

Al primer momento se sorprendió de cuántos de ellos reconoció..., y de lo exactos que eran, pese a su pequeño tamaño. En uno, el Rey Joyse estaba inclinado sobre un tablero de brinco, en una partida que se había convertido en un caos, con todas las piezas dispersas. El Rey contemplaba el juego como si estuviera decidido a extraer algún sentido de la confusión, y sus manos se movían sin rumbo fijo sobre el tablero. En otro, Geraden había empezado a penetrar en un espejo; pero su cuerpo bloqueaba la Imagen dentro de la Imagen. En otro aparecía de nuevo, esta vez de pie enteramente rodeado de espejos, todos ellos reflejando escenas de violencia y destrucción contra él. Y en otro, el guerrero con la armadura en el extraño paisaje disparaba sus armas más allá del borde del cristal.

Pero, de hecho, aquéllas eran tan sólo un pequeño puñado de las Imágenes. Las otras iban más allá de su experiencia. Un fragmento mostraba un castillo —supuso que era Orison— con un humeante agujero desgarrado en un lado y un aspecto de muerte a todo su alrededor. Varios trozos de cristal mostraban Imágenes de batallas: hombres a lomos de caballos golpeándose tan vívidamente con sus armas que podía

ver la sangre de sus heridas; figuras parecidas a reyes agitándose violentamente; soldados de a pie atravesados por lanzas; cadáveres amontonados; carnicería. El humo oscurecía el sol. Y otras Imágenes eran de cosas que sólo habían podido nacer a la existencia a través de la Imagería: rocas que caían del cielo como de la ladera de una montaña; criaturas tan ardientes que todo lo que tocaban se incendiaba; gusanos devoradores. Los poblados eran arrasados. Los castillos se derrumbaban. Las cosechas ardían. Hombres, mujeres y niños morían.

Y, sin embargo, aquí y allá, en medio del hormigueante mosaico, había escenas de paz, quizás incluso de victoria: un estandarte púrpura liso clavado en la falda de una colina; una celebración que podía ser una boda en una enorme sala de baile; granjeros sembrando un campo aún con las cicatrices de la batalla.

Entonces, otra Imagen llamó su atención.

Tres jinetes. Avanzaban en sus monturas, directamente hacia fuera del cristal, cabalgando intensamente, de tal modo que la tensión de las patas de sus caballos era tan evidente como los filos de sus alzadas espadas. Avanzando hacia ella a través del abismo del augurio y la traslación, cabalgando intensamente para apresurar el momento en que ella y su futuro se unieran.

Los jinetes de su sueño.

Por supuesto.

De inmediato, una maravillosa y absurda calma la invadió. Duró sólo un momento; pero, mientras duró, alzó la cabeza, medio esperando oír el sonido de cuernos. Por supuesto. ¿Por qué no había pensado antes en ello?

No los jinetes. No sabía lo que significaban. Y apenas le importaba. Sino el *futuro*. Los espejos no cruzaban simplemente la distancia o la dimensión: tenían la capacidad de cruzar también el *tiempo*. *Fragmentos de lo que ha de venir*. Por eso había sido capaz de ver la misma Imagen en dos estaciones distintas, la misma escena en primavera e invierno: el tiempo. Lo que había presenciado no era una prueba de que el espejo que la había traído hasta allí fuera falso; había visto únicamente otra demostración del potencial que hacía posibles los augurios.

Y eso significaba...

Desde el otro lado del estrado, el Maestro Quillon preguntó con voz suave:

—¿Arroja esto alguna luz sobre ti, mi dama? —como si estuviera inquiriendo sólo por cortesía—. Confieso que a mí me desconcierta.

—El secreto de la interpretación, mi dama —murmuró el Maestro Eremis—, es leer el flujo de las Imágenes. Su movimiento no es al azar. Hay lo que podríamos llamar quizás una «corriente», que va de la crisis a la acción y al resultado. Desgraciadamente, no es fácil discernir esa corriente. Vemos el peligro de Mordant.

Vemos la importancia de Geraden. Está en augusta compañía: el Rey Joyse, el Gran Rey Festten, el Monarca de Alend. Y es el único individuo que aparece dos veces. El campeón que creíamos que iba a traernos está aquí también. Y vemos escenas que no comprendemos. —Señaló a Geraden rodeado de espejos—. Y vemos resultados..., ruina y esperanza. Pero cómo fluyen las Imágenes es difícil de determinar. ¿Nos conduce el Apr Geraden a la esperanza o a la ruina? ¿En qué medita el Rey Joyse mientras sus enemigos cabalgan contra él?

—En pocas palabras —gruñó el Maestro Gilbur desde su asiento—, nada ha cambiado. El augurio nos dice solamente lo que ya hemos visto.

—Cuando decidimos que el Apr Geraden debía intentar trasladar a nuestro campeón —explicó el Maestro Barsonage, interrumpiendo a Gilbur—, la lógica de todo el asunto parecía bastante clara. Evidentemente, no podía ser la causa de la ruina. Nos enfrentábamos ya a la ruina. En consecuencia, tenía que ser una fuente de esperanza.

»Ahora —suspiró—, la interpretación es menos obvia.

—Oh, vamos —el Maestro Gilbur se estaba irritando cada vez más—. «Menos obvia», sí. Nada ha sido nunca más evidente. El hecho de involucrar al Apr en nuestros apuros es el camino que conduce a la ruina. Sólo el campeón que veis delante de vosotros nos ofrece alguna esperanza. El mediador replicó, con los dientes apretados:

—Eso es lo que debemos decidir.

Durante otro momento o dos, los Imageros permanecieron en torno al estrado. Algunos de ellos susurraban entre sí. Otros señalaban detalles del augurio que sus compañeros podían haber pasado por alto. Luego, lentamente, regresaron a sus bancos. Aún sujetando el brazo de Terisa, Eremis la condujo de vuelta a su asiento.

Pero cuando los Maestros hubieron ocupado de nuevo sus lugares, un profundo silencio cayó sobre la Cofradía. Todos excepto Gilbur parecían perdidos en sus pensamientos..., quizá frustrados de que el augurio no proporcionara una respuesta clara, quizá dudando de tomar en consideración la solución drástica que el Maestro Gilbur había propuesto. Y éste siguió meditando en ello con ojos brillantes, como si estuviera decidido a no ser el primero en hablar.

Finalmente, un Imagero al que Terisa no conocía preguntó:

—¿No hay un terreno intermedio? ¿Debemos o no hacer nada o arriesgarnos a hacer demasiado?

—No —murmuró otro—. El Rey no nos ha dejado esa elección. Nuestra *dificultad* es extrema. Gobernando Mordant como un loco, ha conseguido que la situación sea demasiado grave para poder enfrentarnos a ella en un terreno

intermedio.

—He oído un rumor —dijo con voz fuerte un tercer Maestro—. Se dice que el Perdon vino ayer para hablar con el Rey Joyse. Le informó de que un ejército de treinta mil hombres de Cadwal se está preparando contra él más allá del Vertigon, y solicitó apoyo.

»Le fue negado.

Las impresionadas expresiones de varios de los Imageros mostraron que la historia no había llegado hasta ellos. El Maestro Eremis sonrió huecamente.

—De todos modos —señaló el Maestro Barsonage con una voz más fuerte de lo necesario, intentando anclar una posición débil—, es el Rey. Es una decisión que sólo él puede tomar. No sabemos qué razones puede tener para su negativa.

—Cierto —observó el Maestro Gilbur—. Y, en lo que a mí respecta, no me importan. Cuando un asesino intenta clavarme un cuchillo en el corazón, y el hombre que ha jurado protegerme se echa a un lado, no le pregunto sus razones. Primero luché con el asesino. Y cuando lo he derrotado y lo he cargado de cadenas, y quizá roto algunos de sus miembros por si acaso, *entonces* preguntó a mi protector cuáles fueron sus razones.

—Maestro Gilbur. —El mediador hizo girar su corpulenta masa para enfrentarse directamente a Gilbur. Una combinación de furia y miedo teñía su piel—. ¿Cómo te has vuelto tan salvaje? Comprendo tus argumentos, pero no el tono de odio con que los pronuncias. Digamos lo que digamos de él, debemos decir también que el Rey Joyse creó la Cofradía. Él nos hizo lo que somos.

—Lo que somos —se burló Gilbur—. Divididos e inútiles.

Hoscamente, el Maestro Barsonage prosiguió:

—No podemos tomar decisiones ahora sobre la base de la ciega pasión. ¿Qué causa tu odio hacia él, Maestro Gilbur?

El Maestro Gilbur apretó sus manos una contra otra hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—Personalmente —dijo el Maestro Eremis, arrastrando las palabras—, creo que el buen Maestro Gilbur tuvo en una ocasión la insolencia de pedir la mano de una de las hijas del Rey en matrimonio. Muy comprensiblemente, el Rey Joyse se rió de él.

Tal vez algunos de los Imageros se sintieron tentados de echarse a reír, pero el Maestro Gilbur los silenció poniéndose en pie.

—¿Soy un salvaje, Maestro Barsonage? ¿Has oído odio en mi voz? ¿Muestro ese odio? Tengo una causa.

»Como sabes, yo fui uno de los últimos Imageros traídos a la Cofradía en los días

anteriores a la derrota del archi-Imagero Vagel. Pero la historia de cómo fui traído a la Cofradía nunca ha sido contada.

»He dedicado mi vida a mis investigaciones, y en aquellos días no me interesaba ninguna otra cuestión, aunque por supuesto conocía la invitación del Rey a todos los Imageros para que abandonaran sus laboriums privados y se unieran a él en Orison. No sabía, sin embargo, que otro Imagero se había trasladado secretamente cerca de mi solitaria cueva en las colinas del Armigite. Ese hombre corrupto ansiaba mis investigaciones..., y me atacó, buscando arrancarme lo que sabía. Me defendí, pero él me había tomado por sorpresa y no pude vencerle. En nuestra lucha, una parte del techo de mi cueva se derrumbó, clavándome bajo un bloque de piedra que fui incapaz de mover. Mi atacante cogió lo que más deseaba de mis posesiones y huyó.

»Sólo para darse directamente de bruces contra el Rey Joyse. Ocurrió que el Rey había sabido de mi atacante antes que yo, y estaba cabalgando hacia nosotros para parlamentar con el hombre cuando yo caí. Al instante, mi atacante volvió su poder contra el Rey. Pero no era adversario para el Adepto Havelock en aquellos días, y fue muerto.

»Debilitado por el daño que había sufrido, el techo de mi cueva siguió cayendo. Pero el Rey Joyse arriesgó su vida para entrar y alzar la piedra que me aprisionaba y llevarme hasta sitio seguro. No pudo curar el daño que sufrí en mi espalda..., el daño que aún me sigue marcando. Pero me devolvió la salud, recobró mis investigaciones, y dio a mi vida un propósito en la Cofradía.

—¿Y por eso lo odias? —preguntó incrédulo el Maestro Barsonage.

El Maestro Gilbur azotó el aire con dedos engarfiados.

—¡Sí! Oh, fue sabio en la creación de la Cofradía. Fue fuerte y valiente en la unificación de Mordant. Y fue bueno conmigo. Pero no me enseñó a mirar por encima de su subsiguiente debilidad, su locura, su negativa a actuar, como si tales cosas fueran algo más que *traición*.

»Desprecio en lo que se ha *convertido*, Maestro Barsonage. Si tú o yo cayéramos en la senectud, los sirvientes de Orison nos atenderían en nuestras camas, y nuestras responsabilidades pasarían a otro. Nuestra incontinencia o nuestra debilidad mental no harían ningún daño a nadie. Pero *él* sigue siendo el Rey. Y no toma ninguna acción excepto impedir cualquier acción que pueda ofrecernos alguna esperanza.

»Deberías ser tan salvaje como yo. ¡El hombre en todo Mordant a quien tengo más motivos para amar *nos ha traicionado!*

Su grito resonó en toda la cámara. Inmediatamente, sin embargo, se sentó. En el silencio, gruñó con suavidad:

—He sido atacado y herido una vez. Necesitamos el poder de defendernos.

Luego hundió la cabeza entre sus manos y permaneció sentado, inmóvil.

Nadie habló. El Maestro Eremis se agitó en su asiento como si deseara decir algo, pero se lo pensó mejor. El Maestro Quillon parecía haberse encogido, como si estuviera haciendo un esfuerzo consciente por desaparecer en último término. El mediador cruzó apretadamente los brazos sobre su recio pecho como un hombre que se siente arder e intenta dominarse. Algunos de los Imageros observaron el resto del círculo como si estuvieran buscando indicios. Otros evitaron elaboradamente los ojos de los demás.

Terisa escuchó la tensión y se preguntó cuáles eran las implicaciones de ser real. ¿Qué se exigía de ella? ¿Qué debía hacer?

Bruscamente, el Maestro Gilbur golpeó tan fuertemente la barandilla frente a él que creyó oír crujir la madera.

—¡Por los testículos de un perro! —rugió—. ¿Permaneceréis sentados eternamente aquí? Si consideráis que estoy equivocado, decidlo. ¿Ninguno de vosotros posee los redaños suficientes como para decirme a la cara que estoy equivocado?

Inmediatamente, el joven Imagero que se había reído del Maestro Eremis dijo en voz alta:

—Secundo la proposición del Maestro Gilbur. Debemos llamar junto a nosotros a nuestro campeón.

Sus palabras rompieron un dique: bruscamente, el aire se llenó de voces exigiendo que el asunto fuera puesto a votación.

Aún con los brazos fuertemente cruzados sobre su pecho, el Maestro Barsonage aguardó hasta que se restableció la calma. Luego, rígido, como un madero que se quiebra, dijo:

—Muy bien. Esto es una locura, pero debe buscarse una respuesta. Conozco mi deber. Habéis oído la proposición. ¿Debe ser aceptada? ¿Cuál es la voluntad de la Cofradía?

Terisa contó las manos alzadas tan rápidamente como pudo. El Maestro Barsonage, el Maestro Eremis, el Maestro Quillon y varios otros votaron contra la proposición.

Estaban en minoría. El Maestro Gilbur había vencido.

El mediador bufó su disgusto.

Como impresionada por lo que acababa de hacer, la Cofradía cayó en un profundo silencio. Los Imageros se miraban entre sí, parpadeando inseguros. Una sonrisa de anticipación desnudó los dientes del Maestro Gilbur; pero saboreó su victoria y no

dijo nada. Nadie parecía saber qué hacer a continuación.

Entonces el Maestro Eremis se puso en pie. Su actitud era más imperturbable que nunca; pero Terisa vio en su rostro —en especial en sus ojos— una nueva excitación, como si estuviera saboreando el juego al que estaba jugando.

—Estoy sorprendido —dijo con voz lenta—. Esto es una locura, como el Maestro Barsonage ha dicho. Sin embargo, no desafiaré la votación. Es concebible, supongo, que mi juicio esté en un error. —Exhibió una sonrisa a la que nadie respondió.

»Sea como sea —prosiguió—, ahora debéis decidir *cuándo* intentar esta traslación. Dejadme suplicar un aplazamiento. Seis días serán suficientes.

El Maestro Gilbur alzó bruscamente la cabeza, como si hubiera recibido un codazo en las costillas. El Maestro Quillon observó a Eremis como un pequeño animal miraría a una serpiente.

—¿Un aplazamiento, Maestro Eremis? —preguntó Barsonage—. ¿Seis días? —Ahora parecía alerta; su aflicción recedió—. Si el Maestro Gilbur desea hacerlo, empezaremos la traslación de inmediato. ¿Por qué deberíamos aplazarla?

—¿Por qué no? —ironizó incisivamente el Maestro Gilbur—. El peligro se espesa a nuestro alrededor como arenas movedizas. Treinta mil hombres de Cadwal están posicionados frente a Perdon. Sólo el Monarca de Alend sabe qué traición prepara. Somos atacados por Imagería de todo tipo..., y por todas partes, como si nuestro enemigo no tuviera limitaciones de tiempo y distancia. En seis días podemos estar todos muertos. Pero, indudablemente, debemos inclinar nuestras cabezas ante la sabiduría de nuestro estimado Eremis.

—Maestro Gilbur —el impertérrito Imagero pareció de nuevo enorme y secretamente divertido—, te aconsejo que vigiles tu lengua. Si no lo haces, me ocuparé yo de ello. A fin de ocuparme, la extirparé de tu cabeza.

Gilbur respondió con una risotada.

—Maestro Barsonage —prosiguió Eremis tranquilamente—, no hago esta petición a la ligera. Éstas son mis razones. Ayer, tras su audiencia con el Rey Joyse, hablé con el Perdon. Hablamos durante un cierto tiempo, y estuvimos de acuerdo en que los peligros que acechan a Mordant son terribles, que la pasividad del Rey es insufrible, y que es preciso emprender pese a él algún tipo de acción.

»Nuestro propio dilema es grave, Maestros —dijo al círculo—, pero considerad la situación de los Cares. Es Perdon el que primero morirá cuando Cadwal inicie la guerra. Luego Fayle, que siempre ha sido la primera víctima de las aspiraciones de Alend, Termigan y Armigite y Tor, que verán su población diezmada. En consecuencia, el Perdon prometió que llamará a todos los señores de los Cares a Orison, con excepción del Domne, por supuesto, que es un amigo demasiado grande

del Rey..., a fin de que puedan decidir una respuesta a su necesidad común. Y así podrán intentar forjar una alianza con nosotros.

Terisa vio desánimo en el rostro del Maestro Quillon. Por otra parte, el mediador escuchó con un entusiasmo visiblemente creciente.

—Se reunirán en la noche del sexto día —prosiguió el Maestro Eremis—. Se me ha pedido que conferencie con ellos, que hable en nombre de la Cofradía.

—¿Qué? ¿Seis días? ¿Para que los mensajeros cabalguen hasta los señores y vuelvan con sus respuestas? —quiso saber un furioso Maestro—. ¿En esta época del año? —Un murmullo de asentimiento brotó a su alrededor—. Si es llamado el Armigite, es probable que recorra esa distancia a tiempo. Batten está a poco más de sesenta kilómetros. Pero ¿el Fayle? ¿El Tor? Eso es una locura. Bajo las mejores condiciones, el Termigan no puede hacer el viaje hasta Orison en menos de *diez* días.

—Sin embargo —respondió el Maestro Eremis, tan escurridizo como un pez—, el Perdon lo ha prometido. ¿Le llamaréis mentiroso? —Luego sonrió—. Creo, sin embargo, que ya había decidido esa reunión, y enviado su llamada, mucho antes de hablar conmigo. Yo simplemente le persuadí de incluirnos a nosotros en su propuesta alianza.

Inmediatamente reanudó lo que estaba diciendo antes:

—Maestros, creo que no debemos ignorar esta oportunidad de hallar apoyo para lo que hacemos. Si nos aliamos con los señores de los Cares, explicándoles lo que proponemos para Mordant, no correremos el riesgo de que se opongan a nuestro campeón. Y ganaremos amistades en Mordant que pueden resultar de gran valía en la próxima contienda.

Terisa se dio cuenta de que estaba mirando a Eremis con rostro radiante. La osadía y las posibilidades de lo que proponía le hicieron contener el aliento. El hombre intentaba luchar por Mordant de una forma que para ella tenía sentido.

—También es posible —señaló rápidamente el Maestro Barsonage— que los señores propongan una defensa que haga innecesaria la llamada a nuestro campeón. Y tendremos otros seis días en los que asegurarnos de lo que debemos hacer. Maestro Eremis, me congratulo de tu previsión e iniciativa. Esto está bien hecho.

—¿De veras? —preguntó uno de los jóvenes Imageros—. ¿Con qué derecho debe hablar el Maestro Eremis por nosotros frente a los señores de los Cares?

—Como muy bien ha dicho el Maestro Barsonage —respondió el Maestro Eremis con un peculiar brillo en sus ojos—, con el derecho de la previsión y la iniciativa.

—Pero te opones a que llamemos a nuestro campeón —protestó otro hombre—. ¿Cómo podemos estar seguros de que no se trata de algún complot para bloquear nuestra decisión? ¿Cómo podemos saber que abogará honestamente por nuestro

conocimiento y posición ante los señores?

—Maestros —respondió Eremis en un tono de regocijado sarcasmo—, los señores no aceptarán desnudar sus corazones ante toda la Cofradía. Examinemos como examinemos el asunto, somos creación del Rey Joyse, y todos los hombres que temen su *política* actual nos temen a nosotros también.

—Mi pregunta sigue en pie —señaló el hombre que acababa de hablar—. ¿Cómo podemos confiar en ti para que establezcas una alianza en nuestro nombre, cuando te opones a lo que pretendemos hacer?

Por un momento, el Maestro Eremis miró a su alrededor: al Maestro Barsonage, al Maestro Quillon, cuyos ojos parecían querer salirse de sus órbitas en tensa inquietud, a los Imageros que lo desafiaban. Luego se encogió de hombros.

—Muy bien. Llevaré conmigo a uno de vosotros, para que os aseguréis de que me ciño como corresponde a vuestras decisiones. Correré el riesgo de la ira de los señores.

»Maestro Gilbur, ¿me acompañarás en esto?

La sorpresa resonó por todo el círculo. Gilbur abrió mucho la boca. Pero asintió rápidamente y murmuró:

—Lo haré.

El Maestro Barsonage se permitió un suspiro de alivio.

—Maestro Gilbur, tomo esto como una promesa. Maestros, se ha propuesto que demoremos la traslación de nuestro campeón seis días, hasta que el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur hayan hablado con los señores de los Cares. ¿Debemos aceptarlo? ¿Cuál es vuestra voluntad?

La votación fue casi unánime.

Terisa empezó a respirar más fácilmente, como si se hubiera evitado una amenaza. Seis días. Podía ocurrir cualquier cosa en seis días.

Pero el Maestro Eremis no había terminado. Aún de pie, dijo:

—Un asunto más. Los señores de los Cares acudirán abiertamente a Orison, como corresponde a su rango. Pero se reunirán en secreto.

El mediador asintió enérgicamente.

—Te comprendo. —La demora parecía haber restablecido su confianza, su dominio de la situación—. Maestros —dijo con voz incisiva, adelantando la mandíbula—, dama Terisa de Morgan: nadie debe hablar de esto. Nadie. Sea cual sea vuestra opinión particular sobre nosotros y lo que pretendemos hacer, no debéis hablar. —Se dirigía al círculo en general, pero su mirada estaba clavada en Terisa—. Los señores no confiarán en nosotros si les precede alguna palabra sobre esta reunión.

Si el Rey Joyse interfiere, toda esperanza de conseguir alguna alianza se perderá. Hacemos lo que debemos hacer no para engrandecernos, sino para salvar Mordant. No debemos ser traicionados.

—Lentamente, avanzó hasta que se detuvo en la barandilla frente a ella: sus ojos se clavaron en los de Terisa—. Mi dama —dijo en voz muy baja—, no debes hablar de *nada* de lo que has oído aquí hoy.

Le dirigió una crispada sonrisa.

—Geraden te hará preguntas, no lo dudo. Si la has conocido ya, descubrirás que dama Elegia es insaciablemente curiosa. El Castellano Lebbick desea saber todo lo que pasa en Orison. Incluso el Rey Joyse puede demostrar su interés hacia ti.

»Mi dama, no debes decir nada.

Ella intentó sostener su mirada, pero los ojos del Maestro Barsonage eran demasiado exigentes. Le estaba pidiendo que hiciera una elección y se atuviera a ella..., le pedía que aceptara al menos una pequeña parte de la responsabilidad del éxito del Maestro Eremis. Una parte pasiva quizá, pero una elección pese a todo. ¿No era eso lo que hacía la gente que creía en sí misma..., tomar decisiones y atenerse a ellas?

Dudó porque no estaba preparada para prometer que no le diría nada a Geraden.

Afortunadamente, el Maestro Eremis acudió a su rescate.

—Maestro Barsonage —dijo amablemente—, estoy seguro de que podemos confiar en ella.

El mediador miró a Eremis y frunció el ceño como si no le gustaran sus pensamientos..., como si algo en las palabras o el tono de Eremis *alzara* repentinamente un cúmulo de preguntas. Un momento más tarde, sin embargo, agitó la cabeza y se dio la vuelta.

—Maestros —dijo con voz distante—, ¿hay otros asuntos que debemos discutir aquí?

Nadie dijo nada.

—Entonces levantemos la sesión. Creo que ya hemos efectuado suficientes votaciones para modelar el futuro de Mordant para un solo día.

Abandonó el centro del círculo, cruzó entre las columnas, descorrió el cerrojo de la puerta y salió de la cámara.

Terisa buscó con la mirada al Maestro Quillon. No estaba presente. Al parecer, también se había ido ya.

El Maestro Eremis la tomó del brazo y la hizo ponerse en pie.

—Ven, mi dama —dijo en voz baja—. Éste es sólo tu tercer día entre nosotros,

pero creo que ya he aguardado demasiado tiempo para ofrecerte mi hospitalidad.

Terisa se vio incapaz de resistir la forma en que él tiraba de su brazo y la atraía hacia su lado. Notó el triunfo en él, y la anticipación, y un secreto y exaltado entusiasmo. Estaba haciendo que las cosas se movieran demasiado rápidamente. Su confiada vitalidad mientras la conducía fuera de la cámara por delante de la mayoría de los Maestros hizo que sus pensamientos torbellinearán.

Estando tan cerca de él, su impacto físico sobre ella dominaba todo lo demás. Su cuerpo emanaba un ligero aroma a transpiración y clavo, y pudo captar la agitación de los músculos sobre los huesos debajo de su negra capa. ¿De dónde procedía su confianza, su poder? ¿Y qué era lo que veía en ella? ¿Por qué se tomaba tantos esfuerzos en atención a ella? No lo comprendía en absoluto.

Aquello hacía más fuerte la presa que él ejercía sobre ella. Su confianza era como una exhibición de magia, *capaz* de encantarla porque era a la vez tan atractiva y tan más allá de su experiencia.

Como resultado de todo ello, caminó a su lado como si la fuerza de él y la inseguridad de ella crearan una especie de conjuro que la sumía en trance de una forma que no podía definir.

La hacía desear algo que no sabía cómo nombrar.

Escoltándola aún formalmente, el Maestro Eremis la condujo fuera del laborium y a los pasadizos públicos de Orison. Pasada la sala de baile, sin embargo, enfiló en dirección opuesta al camino al que ya estaba acostumbrada..., el camino de regreso a sus aposentos. Mientras caminaban, él le explicó que estaban entrando en una sección del castillo dedicada a los aposentos personales de los Maestros..., una sección que el Rey Joyse había reedificado cuando empezó a formar la Cofradía, a fin de que los Imageros tuvieran lugares adecuados, quizás incluso suntuosos, donde vivir, lugares que mostrarían el respeto en que eran tenidos sus ocupantes. Pero ella sólo prestó atención al sonido de su voz, no a lo que decía. Fascinada y alarmada a la vez, se concentró físicamente en él, como si su voz y su aroma y la dura presa sobre su brazo fueran un conjuro que pudiera disolver al fin los problemas de su existencia.

Una vez dejada atrás la sala de baile, empezaron a cruzarse con más y más gente. Vio miradas significativas acompañando algunos de los saludos recibidos por el Maestro Eremis de parte de hombres de rango, una sonrisa de felicitación o envidia. Los guardias giraban sus ojos al techo; algunos de ellos se mostraban incluso lo suficientemente atrevidos *como* para hacer un guiño. Las damas y camareras la estudiaban como si intentaran captar qué era lo que la hacía deseable.

La sensación de que era real y se hallaba sometida a un encantamiento la hacía sentirse inesperadamente atrevida. Sin preocuparse por la forma en que la gente la miraba, dijo:

—Ha sido estupendo lo que has intentado hacer por Geraden.

—¿Lo crees de veras, mi dama? —Oyó el regocijo en su tono—. Eres deliciosamente ingenua. Un espíritu infantil en un cuerpo de mujer. —Apretó fuertemente su antebrazo con su mano libre; su contacto pareció dejar huellas de intensidad en su piel—. Dudo, sin embargo, que Quillon adopte un punto de vista similar. A menos que esté completamente equivocado, él me considera cruel.

Aquella mención de Quillon hizo destellar una reacción protectora en ella. Había muy poco en ella misma o en sus circunstancias de lo que estuviera segura; pero estaba segura de que no deseaba traicionar ni al Maestro Quillon ni al Adepto Havelock. Tuvo la sensación de que Eremis estaba sondeando aquel punto, y respondió inmediatamente..., quizá demasiado inmediatamente:

—¿Quillon? ¿Quién era? No he sido presentada a muchos de los Maestros.

Él respondió con una alegre sonrisa.

—No importa, mi dama. Te aseguro que no tiene la menor relevancia.

Indicó con un gesto de la mano que ya habían llegado a sus aposentos.

Acababan de entrar en un corto pasillo sin salida, con una puerta o dos a cada lado y una a su extremo. La piedra de las paredes era el mismo granito gris casi liso que parecía ser omnipresente en Orison, pero la puerta no tenía ningún parecido a las puertas de las mazmorras del laborium. Era de palisandro, pulida hasta el punto de brillar, de modo que el bajorrelieve labrado en ella era inconfundible: una representación de cuerpo entero del propio Maestro Eremis, completa, con su sardónica sonrisa y una expresión de extraordinaria sabiduría en sus ojos..., una expresión, se dio cuenta Terisa un momento más tarde, conseguida embutiendo pequeñas piezas de marfil en la madera.

—Espero que seas *capaz* de encontrarme en cualquier momento, mi dama —observó él—. Las puertas de los Maestros están marcadas con sus signos y sus sellos característicos. Pero Orison es grande, y los signos son fáciles de confundir. Cualquiera que me conozca sabrá siempre qué puerta es la mía.

Abrió diestramente la hoja y la condujo al interior de sus aposentos.

Su uso de la palabra *suntuoso* no la había preparado para la estancia en la que entró. Tras la relativa desnudez de los pasillos y la piedra exterior, la opulencia de la decoración parecía exótica y exquisita. Tanto la luz como el calor eran proporcionados por perfumados fuegos de aceite hábilmente ocultos en conchas de cobre tan grandes como urnas, con los lados tallados en delicadas filigranas abiertas. El mueble principal era un enorme diván tapizado en satén y lleno de almohadones; y ante él había una larga mesa baja, con su superficie de cobre grabado suspendida por cadenas de patas de palisandro a cada esquina. Pero también habla dos o tres sillones

en la habitación, cada uno tapizado en satén idéntico al del diván. Un adornado lavamanos con su palangana, también de cobre, llenaba un nicho. Cerca había un armario de madera que contenía lo que parecían ser jarras de vino. El suelo estaba suavizado con varias capas de alfombras, la superior de las cuales arrojaba una sólida tonalidad carmesí contra el azul predominante de los muebles y las cortinas color canario que cubrían las ventanas. La tela que ocultaba el techo era también color canario; pero los tapices de las paredes reunían los tres colores, utilizando primariamente el carmesí para centrar la atención sobre lo que reflejaban..., escenas de mujeres en varios estadios de seducción. Sonriendo su bienvenida, el Maestro Eremis soltó el brazo de Terisa y cerró la puerta por dentro.

—Joyse trata bien a sus Imageros, como puedes ver, mi dama —comentó—. Mordant, sin embargo, no es rico de por sí. Durante siglos, los Cares no produjeron nada más grande que trigo, uva y ganado..., y campesinos para cuidar de todo ello. La riqueza de nuestro Rey, así como su poder, es resultado de la guerra. —Miró presumidamente a su alrededor—. Indudablemente, algún noble de Cadwal hizo uso anteriormente de todas estas riquezas. Eso me complace.

Se dirigió hacia el lavamanos para lavarse las manos y salpicar unas pocas gotas de agua sobre su rostro. Cuando regresó a su lado, Terisa olió un renovado aroma a clavo.

—Ponte cómoda —dijo el Maestro, haciendo un gesto hacia el diván—. ¿Te gustaría un poco de vino? —Su sonrisa se estaba esfumando, y en sus ojos empezó a aparecer un fuego ávido.

El aroma a incienso, y el aroma a clavo, y la expresión de su rostro, hicieron oscilar la balanza de su excitación y su alarma, y tuvo la sensación de que el pánico ascendía incontenible por su garganta. Buscó algo que decir, alguna forma de ganar tiempo para poder pensar, y estalló precipitadamente:

—Hay algo que no he comprendido acerca de los espejos. Cuando Geraden me los mostró.

Él frunció el ceño, quizás ante la mención de Geraden, quizás ante su incertidumbre. Para cubrir cualquier fastidio que sintiera, fue al armarito, sacó dos vasos y los llenó con un vino tan carmesí como la alfombra. Luego regresó a su lado, colocó uno de los vasos en sus manos y bebió del suyo. Sonreía de nuevo, y la urgencia en sus ojos había retrocedido un poco, se había vuelto más cautelosa.

—Francamente, mi dama —dijo—, nadie comprende lo que viste. Ningún espejo, plano o de otro tipo, puede cambiar su Imagen. Puesto que es imposible, no lo hubiera creído de no haberlo visto por mí mismo.

»Indudablemente, observaste que no hablamos de este cambio en nuestro debate de hoy. No hay nada que decir sobre lo imposible, ahora que ha desaparecido. La

mayoría de los Maestros no me hubieran creído si les hubiera descrito lo ocurrido. En especial —dijo con tono divertido—, puesto que no reconocí la nueva Imagen y no pude identificarla.

—Oh, Geraden sí la reconoció. Se llama el Puño Cerrado. Dice que está en alguna parte en el Care de Domne. —Tan pronto como hubo dicho aquellas palabras se dio cuenta de que no hubiera debido pronunciarlas. Tuvo la extraña sensación de haber traicionado un secreto..., de haber traicionado a Geraden. Pero la viril presencia del Maestro Eremis la impulsaba a hablar. Éste se inclinó ligeramente sobre ella, escuchando como si estuviera aguardando a que terminara para poder afirmar su presa sobre ella. Necesitaba tiempo. Inmediatamente explicó—: Pero no es eso lo que quería decir.

Casi involuntariamente, le contó al Maestro Eremis lo que no le había dicho a Geraden. Le contó lo que había descubierto en el cristal que mostraba al campeón: no violencia, no su apartamento, sino el Puño Cerrado en primavera.

Su apresurada admisión le interesó, aunque no pareció interesarle tanto como ella había esperado. Ahora su ceño estaba fruncido en evidente meditación.

—Eso *resulta* extraño —admitió. Lentamente, la llevó hasta el diván, y la sentó en él, y se sentó junto a ella, con su brazo en los almohadones a su espalda y su torso inclinado hacia su cuerpo—. ¿Tuvo también Geraden esa experiencia?

Ella negó con la cabeza.

—Lo intentó. —Sus sentidos estaban llenos de incienso, clavo y frustrado deseo—. Quería ver si podía devolverme allá donde me encontró. A fin de que yo tuviera al menos la oportunidad de marcharme. Pero, cuando entró en el cristal, se encontró con vuestro campeón.

—¿De veras? —Arqueó una ceja—. Entonces, ¿fue para ti que la traslación se extravió?

Ella no quería pensar de aquel modo en el suceso.

—O tal vez sea Geraden quien lo cause para mí. Es probable que él ni siquiera sepa que lo está haciendo. No sabe que tiene el poder. —Recordó la forma en que el Apr había abandonado la sala de reuniones..., la forma en que había hablado en favor de ella; la autoridad de su primera apelación por ella. Casi para sí misma, murmuró—: Hubieran debido aceptarlo como Maestro.

—Entonces —dijo firmemente el Maestro Eremis—, ha sido una gran cosa que ese cambio de Imágenes no fuera discutido públicamente. Incapaces de creer en un poder así en Geraden, los Maestros hubieran llegado a la conclusión de que eres realmente la poderosa Imagera que desean y temen a la vez.

»Pero no eres una Imagera, como tú y yo sabemos. Hablaré discretamente con los

Maestros en quienes puedo confiar, e intentaremos explicar las cosas que no comprendes.

Mientras hablaba, su brazo se apretó en torno a ella; ahora sus labios rozaban el cabello de Terisa.

—¿Estás satisfecha? Estoy dispuesto a empezar a explorar el territorio de tu femineidad.

Ella se dio cuenta de que no tenía elección, que todas las elecciones habían sido barridas de su lado. Su cuerpo suspiraba bajo sus ropas. Inhaló el cálido aliento del hombre cuando la boca de Eremis descendió y cubrió firmemente la suya.

Entonces alguien llamó a la puerta.

La llamada fue al principio suave, unos ligeros golpes. El Maestro Eremis la ignoró. Su lengua acarició los labios de Terisa, proporcionándole un sabor a besos que nunca había experimentado. Pero la llamada se hizo más insistente. Muy pronto la persona al otro lado estaba martilleando la madera.

—¡Cachorro de perro! —Eremis se puso en pie de un salto. Masticando maldiciones para sí mismo, se dirigió a la puerta, corrió el cerrojo y la abrió de un golpe.

Terisa vio a Geraden de pie en el umbral.

Respiraba más agitadamente de lo que debiera, y pudo advertir que su rostro ardía.

No la miró..., ni a Eremis; siguió manteniendo sus ojos firmemente fijos en un punto intermedio entre ellos.

—Maestro Eremis —dijo con tono controlado—, ¿cómo puedo servirte?

—¿*Servirme*? —restalló el Maestro—. ¿Por qué imaginas que tengo ninguna necesidad de ti? Márchate.

—Estoy en deuda contigo. Sin ninguna razón aparente, me propusiste para la casulla de Maestro. He terminado todos mis demás deberes. Deseo pagarte de algún modo.

—Muy bien. Acepto tu deuda. Págame —con un visible esfuerzo, el Maestro Eremis se controló para no gritar— dejándome solo.

Ante aquello, Geraden alzó los ojos. Firmemente, dijo:

—Dama Terisa merece algo mejor.

Luego se dio la vuelta y se alejó.

El Maestro Eremis maldijo de nuevo y empezó a cerrar violentamente la puerta. Sin embargo, la sujetó antes de que golpeará contra su marco, acabó de cerrarla con suavidad, y corrió de nuevo el cerrojo. Cuando se volvió hacia Terisa, había una

distante y peculiar sonrisa en su rostro..., una sonrisa que casi podía haber sido de admiración.

—Ese muchacho es un desafío —murmuró. Sonaba como si estuviera hablando consigo mismo; pero la mirada que lanzó a Terisa mostró que era consciente de su presencia—. Debo pensar en algo realmente especial para él.

Un momento más tarde, apartó de sí la cuestión con un encogimiento de hombros y la miró más directamente. La intensidad volvió a sus ojos. Regresó al diván, vació su vaso, luego se sentó de nuevo a su lado, muy cerca.

Sin pretenderlo, ella se apartó ligeramente. Se giró un poco para mirarle de frente, y consiguió alzar su vaso como una barrera entre ellos. Sus mejillas ardían aún: sin ninguna razón clara, la visión de Geraden la había hecho sentir que estaba haciendo algo de lo que debería sentirse avergonzada. *Dama Terisa merece algo mejor*. ¿Qué significaba eso? Geraden sabía tan poco de ella para decir algo así.

Y, sin embargo, la forma como lo dijo —*Dama Terisa merece algo mejor*— la emocionó. La hizo retirarse un poco ante el Maestro que se inclinaba expectante hacia ella.

—Eso me recuerda... —Su voz era suave, casi tentativa; pero interiormente parecía ir adquiriendo progresivamente valor..., un valor que casi era incapaz de reconocer en sí misma. Se enfrentó realmente a los ávidos ojos del hombre cuando dijo—: Él me dijo que tú no crees que yo exista. ¿Recuerdas? Y tú dijiste que yo no existía hasta que salí del espejo. Eso es otra cosa que tampoco entiendo.

—¿En qué sentido? —El tono de Eremis expresaba una deliberada paciencia.

Ella intentó explicarse.

—No sé nada acerca de la Imagería. En realidad, no comprendo nada de ella. Pero estoy intentándolo. Me resulta más fácil creer que un espejo es como una ventana. Te permite ver de un lugar a otro. O de un mundo a otro. —Esperaba que él no se diera cuenta de la forma como latía su corazón, la forma en que su respiración se hacía irregular en su pecho. No quería que él se diera cuenta de lo importante que aquella pregunta era para ella—. Es mucho más difícil creer que un trozo de cristal *crea* lo que ves en él.

»Por favor. ¿Piensas *realmente* que yo no existía hasta que me viste por primera vez?

—Ah. —Eremis asintió, como si comprendiera—. Como ya debes saber a estas alturas, mi dama, ésta es la confusión fundamental que divide y debilita la Cofradía. Y Joyse complica aún más el asunto insistiendo en cuestiones «éticas», como: ¿Qué derecho tenemos a trasladar Imágenes fuera de su existencia natural? Pero eso es accidental. El asunto no puede ser resuelto hasta que sea conocido el punto esencial.

¿Es un espejo una «ventana», como tú lo llamas, o las Imágenes que vemos en el cristal son traídas a la vida por la propia Imagería, por el acto mismo de hacer y modelar el espejo?

Mientras hablaba, volvió a acercarse más a ella, se inclinó más hacia ella. Su brazo la rodeaba de nuevo de tal modo que no pudo apartarse, y su embrujo renovó su poder. Nunca antes se había dado cuenta de lo sensual que era el delicado aroma a clavo. Ya no podía seguir sosteniendo su mirada. En vez de ello, observó su boca como si a pesar de su inseguridad —sin mencionar su reciente aturdimiento— deseara que volviera a besarla.

—La auténtica dificultad, sin embargo, no es un fallo de comprensión, sino de imaginación—. Eremis tomó el vaso de su mano y lo dejó a un lado. Su voz se hizo más baja, más ronca. —La evidencia de la verdad es clara, pero no la acepta más porque, como has observado, resulta difícil de creer.

Su boca se inclinó hacia la de ella, la besó suavemente: una vez; otra. La segunda vez, ella respondió como si supiera lo que estaba haciendo.

—Mi dama —jadeó él—, es evidente que tú no existías antes de que fueras encarnada por la traslación. El cristal es torpe. Los Espejos muestran Imágenes. No transmiten sonidos Si vienes a nosotros de otro mundo —la besó de nuevo—, completo, con su existencia propia —y con cada beso la respuesta de ella era más intensa—, ¿cómo es posible que hablemos e mismo idioma?

»Puesto que Geraden creó el cristal que te concibió, tengo que admirar su gusto hacia las mujeres.

Esta vez, su boca se apoderó de la de ella y no la soltó. Su lengua abrió los labios de Terisa. Ella estaba inclinada hacia atrás contra los almohadones; el brazo del hombre la mantenía firme allí, medio reclinada. Por un momento, todos sus sentidos se concentraron en el beso..., y en aprender cómo devolverlo. Era cierto: el espejo la había creado. Era libre. Lo que había sido antes ya no importaba. Al principio no se dio cuenta de que él estaba desabrochando su blusa. Pero su beso era tan poderoso — y su mano tan hábil— que no sintió ningún deseo de detenerle.

—Maestro Eremis —dijo una voz—, dama Terisa, ¿deseáis algo de comer?

Eremis saltó en pie, con la ira llameando en sus ojos. Terisa se apartó de los almohadones y alzó la vista hacia Geraden.

Esta vez, había entrado por una puerta que conducía a alguna de las habitaciones interiores: debió utilizar una entrada de la servidumbre. De nuevo sus ojos estaban fijos en algún lugar entre ella y el Maestro. En sus manos sostenía una adornada bandeja de cobre sobre la que había una gran loncha de queso, un poco de pan y varios racimos de uva.

—Mientras discutíais el destino de Mordant —comentó con una voz tan decididamente imperturbable que sonó feroz— pensé que tal vez desearíais algo de comer. —Mientras hablaba, entró en la habitación—. Ha pasado mucho tiempo desde el desayuno.

—¡Excrementos de cerdo! —bufó en voz baja el Maestro. Sus manos se cerraron como garras—. ¡Esto es insufrible! ¿Debo cerrar las puertas a mis propios sirvientes para mantenerte a ti *fuera*?

—Ya te he dicho —la deferencia de Geraden era comparable sólo a su imperturbabilidad— que estoy en deuda contigo. Sólo estoy intentando hallar alguna forma de pagarte.

Aunque luchó por ocultarlo, Terisa apenas pudo refrenar sus deseos de echarse a reír. La segunda interrupción del Apr no era embarazosa: era absurda. Y lo más profundo del absurdo era el propio Maestro Eremis, que parecía lo suficientemente furioso como para arrancarle a Geraden el corazón por algo tan insignificante. De pie allí, ridículamente educado y fuera de lugar en medio de la sala de seducción de Eremis, Geraden le recordó por qué le gustaba tanto. Apenas fue *capaz* de controlar su rostro.

Como si se diera cuenta de que se estaba comportando de una forma absurda, el Maestro Eremis se irguió.

—Te creo, Apr —dijo con voz rasposa, apuntando con un dedo que parecía la punta de una lanza al rostro de Geraden—. Buscas pagarme. Pero *venganza* sería una palabra más adecuada, ¿no? Me culpas porque la Cofradía se rió cuando te propuse para la casulla, y ahora deseas «pagarme» volviéndome loco.

»Escúchame, muchacho. —Consiguió parecer calmado mientras hablaba, pese a la lucha entre el control y la ferocidad en su voz—. Quiero que te marches y me dejes solo. He sido tu amigo, creas lo que creas. Pero sacrificarás mi amistad si sigues atormentándome. Y no vas a disfrutar con mi enemistad.

Si Geraden captó la fuerza de su amenaza, mantuvo para sí mismo su reacción. Sin mirar a Terisa, preguntó, deferente, imperturbable:

—Mi dama, ¿deseas que os deje solos?

Tan pronto como él la enfrentó con aquella pregunta, Terisa se dio cuenta de que era incapaz de responder. Le gustaba Geraden. Deseaba proporcionarle una respuesta que le complaciera: la haría sentirse bien ver que le complacía. Pero su cuerpo había estado tan cerca de saber lo que era la femineidad..., para el Maestro Eremis, al menos, y quizá también para ella misma. Estaba temblando por dentro, y notaba sus piernas demasiado débiles para levantarse del diván. Su anhelo no había desaparecido.

—¿Estás ciego, Apr? —El Maestro casi susurraba—. Lo *único* que ella desea es que nos dejes solos.

—Entonces —por un instante, el control de Geraden estuvo a punto de desmoronarse; un espasmo de dolor cruzó su rostro— debo irme. —En compensación, su tono se volvió profundamente formal—. Por favor, disculpa esta loca intrusión. Te había juzgado mal.

El Maestro Eremis hizo un rígido gesto de despedida. Geraden se dio la vuelta y salió de la habitación por el mismo camino por el que había entrado.

—Estúpido. —Eremis miró con ojos llameantes hacia el lugar donde había desaparecido el Apr—. Cree que puede jugar conmigo. Yo no juego. —Se volvió bruscamente hacia Terisa—. Mi dama, estás advertida. Yo no juego.

Ella sostuvo su mirada hasta que tuvo la impresión de que todo su cuerpo hormigueaba. Si lo que ella hiciera ya no importaba, entonces, ¿por qué le dolía de aquel modo el corazón? Quizá su anhelo era más fuerte de lo que se daba cuenta, y esto la estaba cambiando. O quizá sentía un rudimentario deseo de defender a Geraden. Fuera cual fuese la razón, se sorprendió a sí misma diciendo, como si estuviera acostumbraba a comentar el comportamiento de la gente que la rodeaba:

—No puedo comprender por qué él piensa que sí.

Para su sorpresa, la observación atrajo el interés del Maestro. Su furia retrocedió, y una expresión interrogadora cruzó su rostro. Le hizo más atractivo aún que su intenso deseo.

—¿De veras? Estoy sorprendido. —Su tono era sardónico pero amable—. ¿Qué he hecho yo para dar esta impresión?

Ella hizo un esfuerzo por responderle con exactitud, en parte porque gozaba sintiéndose libre de decir lo que pensaba en parte porque su pregunta la halagaba confiriendo sustancia a sus ideas.

—No muestras mucho respeto hacia la gente cuando hablas de ella en privado, así que, cuando actúas respetuosamente en público, no pareces sincero. Y no eres consistente. Pareces hacer cosas —su atrevimiento hacía zumbiar su cabeza— como proponer convertir a Geraden en un Maestro, no porque creas en ellas, sino porque te gusta sorprender a la gente.

Los ojos de él se abrieron humorísticamente.

—¿No consistente, mi dama? ¿Yo? Tú no estabas presente cuando el papel del Apr en la traslación que te trajo aquí entre nosotros fue discutido. No has oído lo consistentemente que siempre le he defendido y apoyado. —Mostró un evidente placer interrogándola—. ¿Cómo no soy consistente?

Ella consideró el asunto. Aquello no podía durar: seguramente él iba a ponerse

furioso con ella. Eso era lo que ocurría siempre cada vez que atraía la atención sobre ella. No deseaba perder este momento. Intentando minimizar el riesgo, respondió cautelosamente:

—Me sorprendió cuando elegiste al Maestro Gilbur para que fuera contigo a esa reunión con el Perdon. No parece que tú le gustes mucho.

La sorpresa volvió bruscamente cuando Eremis estalló en una carcajada.

Por un momento, la risa le impidió hablar. Al parecer, ella había tocado un punto en el que el Maestro se sentía excepcionalmente complacido consigo mismo. Riendo estentóreamente, volvió al diván y se sentó de nuevo junto a ella, echándose hacia atrás en los almohadones y extendiendo los brazos por encima de su cabeza.

Cuando consiguió dejar de reír, se irguió, apoyó las manos en los hombros de ella, y la atrajo para darle un beso.

—Ah, éste fue un espléndido chiste, mi dama —respondió, disfrutando de su desconcierto—, y todo su humor reside en su secreto. Apostaría a que toda la Cofradía se sintió igual de sorprendida. —Sólo el asomo de cálculo en sus ojos, la forma en que parecía evaluar las consecuencias de lo que había hecho, le impidieron parecer tan desenfadadamente feliz como Geraden a veces—. Ninguno de esos estúpidos sabe que no fue Joyse quien salvó la vida de Gilbur cuando su cueva se derrumbó. Fui yo.

Mientras ella le miraba con la boca abierta —mientras sus pensamientos giraban y su concepto de todas las cosas que habían ocurrido durante la reunión de la Cofradía cambiaban—, él la atrajo hacia sí y capturó de nuevo su boca con la suya.

El aliento se cortó en su pecho. Pero tan pronto como él relajó su beso jadeó:

—Espera un momento. Espera. No lo comprendo. Besando sus ojos, su frente, las comisuras de su boca, él la empujó de nuevo hacia atrás, sobre los almohadones.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Tú y el Maestro Gilbur trabajáis juntos. —Notó que su pecho se liberaba—. Tú planeaste todo ese encuentro. —Estuviste actuando todo el tiempo—. ¿Por qué fingís ser enemigos?

—Porque, mi preciosa —su lengua lamió sus labios entre frases—, no les gusto a algunos de esos tontos Imageros. Ideas y esperanzas son con frecuencia rechazadas simplemente porque yo soy uno de los que las presentan. —Su cálido aliento pareció llenar sus pulmones—. La verdad los hubiera vuelto también contra Gilbur. —Notó de nuevo su mano sobre los botones de su blusa—. La mentira de que fue salvado por el Rey Joyse le proporcionó credibilidad, y así pudo cambiar la votación.

Reclinada contra los almohadones y el brazo del sillón, completamente indefensa, preguntó sin embargo:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué deseáis ese campeón? Es peligroso.

El Maestro Eremis se echó hacia atrás lo suficiente para que ella pudiera ver sus ojos. Su expresión era seria, y habló sinceramente.

—Las armas y la guerra son cosas peligrosas. El poder es peligroso. Pero ninguna otra cosa puede salvarnos.

»Tú no conoces al Perdon. Sin embargo, has visto su ira. Quiere a su pueblo. Está orgulloso de Mordant..., y de su lugar en el reino. Y, sin embargo, su Rey le ha negado su ayuda. Impulsado por la desesperación, llegará a cualquier extremo con tal de defender lo que ama.

Terisa creyó oír una llamada en la puerta. Por un instante, el Maestro Eremis se puso rígido. Pero el sonido era tentativo, y no se repitió.

—También me burlo de mis compañeros Imageros —siguió él—, pero eso es sólo porque el talento para la Imagería no es garantía de inteligencia o valor. Amo el potencial que representa la Cofradía. Lucharía alegremente en su defensa. Y yo también he sido rechazado. Mi Rey me niega su ayuda.

»No vacilaré en mentir una o dos veces para conseguir la fuerza que necesito.

Ella no estaba segura de lo que veía en los ojos del Maestro u oía en su voz. Sus manipulaciones de la Cofradía eran demasiado fáciles; su explicación para sus mentiras demasiado limpia. Pero su proximidad y su fuerte contacto se apoderaron de ella. Su aroma a clavo y sus besos eran más persuasivos que la lógica.

Sus labios respondieron a los de él como si supieran cómo. La mano del Maestro se deslizó bajo su blusa y se posó sobre su pecho. Su caricia hizo que le dolieran los pezones. Archeó instintivamente la espalda, apretando sus pechos contra él. Él apartó la blusa a un lado, y quedaron al descubierto. Entonces su boca abandonó la de ella, y su respiración se hizo jadeante.

—Mi dama, no estaba equivocado —dijo—. Estás hecha para el deleite de un hombre. —Y su lengua descendió sobre su pecho hasta que sus labios se cerraron sobre su pezón.

Dispuesta a arriesgarlo ahora casi todo, ella pasó los brazos alrededor de la cabeza de él y la retuvo como si no deseara que su boca dejase de hacer nunca lo que estaba haciendo.

Se sentía tan sorprendida que no hizo nada excepto mirar cuando Saddith entró en la habitación.

Como Geraden, la doncella se abstuvo de mirar al Maestro Eremis o a ella. Mantuvo el rostro ligeramente desviado, y su expresión era perfectamente neutra.

—Maestro Eremis... —empezó.

Él saltó violentamente del diván, el brazo crispado como si esperara a Geraden y estuviera dispuesto a lanzarle un puñetazo y hacer luego las preguntas.

—Maestro Eremis —repitió la doncella, retrocediendo unos pasos, hablando rápidamente para retener su furia—, esta intrusión es inexcusable, lo sé, pero debes perdonarme. No tenía otra elección. No respondiste a la puerta. Mi dama, debes perdonarme. No tenía otra elección.

—¿No tenías otra *elección*? —Tan pronto como Eremis reconoció a Saddith, bajó su brazo. Sin embargo, necesitó unos instantes para controlar su ira—. Eres una sirviente. ¿Por qué es un asunto de *elección* el que entres en mis aposentos sin ser invitada a ello?

—Perdoname. Sé que lo que he hecho es inexcusable. —Debido a que el rostro de Saddith se mostraba tan neutro, y el tono de su voz era tan llano, no sonaba particularmente contrita—. Pero se me ha ordenado que buscara a dama Terisa. Dama Myste desea hablar con ella. Es la hija del Rey, Maestro Eremis. No podía negarme a obedecerla. Puedes insultarme..., quizás incluso golpearme. —Tampoco sonaba particularmente temerosa—. Pero si dama Myste se queja de mí al Castellano Lebbick...

—Podías decirle a Myste que no habías conseguido encontrar a la dama —la interrumpió Eremis. Sin embargo, había recuperado ya el control. Suspiró—. Pero eso tal vez fuera esperar mucho de ti. —Se volvió hacia Terisa—. Mi dama, debe ir. Las hijas del Rey son caprichosas..., y nuestro Rey las deja hacer todo lo que desean. No es saludable ignorarlas.

Sólo sus ojos le traicionaban. Se habían vuelto sombríos y asesinos.

Terisa sintió deseos de gemir su frustración..., y también su inesperado temor. La ferocidad del Maestro Eremis era de pronto tan vivida como la de su padre. Se sintió mareada, casi enferma, a punto de echarse a llorar..., o a reír. Su alivio fue tan agudo como su sensación de pérdida y su alarma.

Puesto que no tenía ni idea de qué otra cosa podía hacer empezó a abrocharse en silencio la blusa.

El último embajador de Alend

Aún temblando débilmente, llena de confusión e intentando no mostrarla, Terisa se marchó con Saddith.

El Maestro Eremis descorrió el cerrojo de la puerta y la despidió con una inclinación de cabeza. Mientras lo hacía, su sonrisa exhibió una familiar mezcla de regocijo y concupiscencia: parecía a prueba de todas sus recientes y fastidiosas molestias. Si ella no hubiera visto sus ojos, no se hubiera sentido asustada.

Dejó escapar un instintivo suspiro de alivio cuando la puerta se cerró porque había sido Saddith, no Geraden, quien había interrumpido al Maestro la tercera vez. No le gustaba pensar en toda aquella furia dirigida contra el Apr.

Por su parte, Saddith no parecía turbada en absoluto por la ira de Eremis. En vez de reflejar algún tipo de embarazo o preocupación, su expresión sugería una apenas oculta satisfacción.

Terisa deseaba preguntar: ¿Por qué quiere verme dama Myste? Más que eso, deseaba preguntar: ¿Cómo te las arreglaste para llegar hasta mí justo en ese momento? Pero, tan pronto como ella y Saddith abandonaron el pasillo sin salida de los aposentos del Maestro Eremis, Geraden se acercó a ambas.

No hizo ningún esfuerzo por contenerse. Parecía tan alegre como un cachorrillo.

—¡Saddith, eres una maravilla! —La sujetó por los brazos, bailó en círculo con ella hasta que tropezó con la pared y estuvo a punto de derribarla al suelo; luego plantó un sonoro beso en su mejilla y la soltó—. Estoy en deuda contigo. ¡Para siempre! ¿Cómo lo hiciste?

Sin aguardar su respuesta, se volvió, prácticamente saltando, hacia Terisa.

Ella siguió andando.

No pudo decir lo que él vio en su rostro, pero, fuera lo que fuese, lo serenó rápidamente. Por una vez, sin embargo, no se disculpó.

—Sé que no era asunto mío. —Controló su alegría en consideración hacia ella—. Pero tenía la fuerte sensación... —Le dirigió una irónica mueca—. Hemos hablado de mis «sentimientos». Te dije que siempre están equivocados. Pero pese a todo tengo que hacer lo que me dictan. No puedo ignorarlos. Simplemente no puedo. Y esta vez tuve la intensa sensación de que estabas en algún tipo de peligro.

—Peligro, vaya que sí —respondió burlescamente Saddith—. Equivocaste esos «sentimientos», Apr. Te dominaba el intenso «sentimiento» de desear ir tú mismo a la cama con la dama, y no podías soportar el pensar que cualquier otro hombre pudiera

hacerlo antes que tú. Quizá también —añadió con una sonrisa— temías que una vez hubiera probado la forma de hacer el amor del Maestro Eremis ella no mostrara ningún interés hacia ti.

Los ojos de Geraden se llenaron de pesar ante las palabras de Saddith, y empezó a enrojecer como un muchachito.

De pronto, los temblores de Terisa se hicieron peores. Había llegado tan cerca..., tan cerca de algo que no podía nombrar, alguna consciencia vital de quién o qué era. El Maestro Eremis le había dicho que ella no existía, Y, sin embargo, su contacto... Temblaba de pies a cabeza. Su voz sonó estremecida.

—¿Quieres decirme que Myste no desea verme? ¿Que te lo inventaste?

El Apr pareció encogerse, pero fue Saddith quien dijo, en un tono de regocijada indignación:

—Por supuesto que *no*. No soy una mentirosa, mi dama. —Con evidente dificultad, reprimió sus deseos de echarse a reír—. Seguro que dama Myste ha expresado su deseo de hablar contigo. Pasé un tiempo considerable buscándote antes de que encontrara al Apr Geraden y él me dijera dónde estabas.

Tranquilizado por su apoyo, Geraden admitió:

—Pero es cierto que Myste no es el tipo de dama que insista en verte inmediatamente.

Saddith asintió con la cabeza.

—Creo que en realidad no sabe lo que es ser la hija de un rey.

—Si ella hubiera sabido dónde estabas —prosiguió Geraden, con algo de su felicidad personal burbujeando más allá de su autocontrol—, estoy seguro de que hubiera insistido en aguardar hasta que el Maestro Eremis hubiera terminado contigo.

—De todos modos —concluyó la doncella—, yo hice creerle a él lo contrario. En el futuro, será más prudente y más cuidadoso en sus designios.

Geraden no pudo evitarlo: echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una carcajada.

Saddith se le unió.

A su distinta manera, ambos parecían tan complacidos que la tensión que había hecho temblar a Terisa se relajó involuntariamente por sí misma. Ella también sintió deseos de reír.

—Se puso tan furioso. —En aquel momento, tuvo la sensación de que le haría todo un mundo de bien echarse a reír—. Quizá no esté acostumbrado a la frustración. Parecía más bien estúpido allí.

El pensamiento del Maestro Eremis pareciendo *estúpido* sobresaltó tanto a

Geraden como a Saddith.

Sin prestar demasiada atención a donde se dirigían, casi tropezaron con el Maestro Quillon.

Debido a su camaleónica ropa gris y su discreta actitud, pareció brotar frente a ellos como surgido de la nada. Su sonrisa no se cerró sobre sus salientes dientes.

—Ah, eres tú, Apr —dijo de inmediato—. Ven conmigo. Tengo necesidad de ti.

Terisa tuvo la sensación de que su tono era de mal agüero para Geraden.

—Maestro Quillon... —Geraden se mostró confuso—. Ya he terminado mis deberes. Deseaba pasar la tarde...

—Exacto —interrumpió el Imagero—. Deseabas pasar la tarde ayudándome. Estoy decidido a terminar mis investigaciones antes de que el Maestro Gilbur llame a su campeón y se nos pida a todos que dejemos a un lado nuestras preocupaciones personales en bien de la guerra que va a seguir. Ven conmigo.

Se volvió bruscamente y echó a andar pasillo abajo.

—¡Maestro Quillon! —protestó Geraden—. Es costumbre dejar que los Aprs hagan lo que quieran en su tiempo libre cuando han terminado todos sus deberes.

El Maestro se detuvo. La forma en que mostró sus dientes le dio un aire de lúgubre salvajismo. Sus ojos brillaron fríamente.

—Avergüénzate, Geraden —dijo, hablando en voz muy baja—. La pereza no hace al Maestro. El trabajo lo hace. ¿Cómo quieres aprender alguna vez, si no estás dispuesto a hacer el esfuerzo? —Entonces su rostro se tensó—. Esto no es una petición, Apr. Ven conmigo.

Se alejó, caminando enérgicamente.

Geraden lanzó una mirada de súplica y disculpa a Terisa.

—Ve, Geraden —susurró Saddith—. No hagas el tonto. ¿Qué será de tus deseos de ser un Maestro? No haces daño a nadie excepto a ti mismo desobedeciendo.

El Apr hizo una mueca, asintió, alzó las manos en un gesto desesperado, y trotó tras el Maestro Quillon.

Saddith rió de nuevo, esta vez de Geraden, pero su risa no era cruel.

—Es un buen muchacho, mi dama, con muchas atractivas cualidades. —Sonrió—. Incluso su torpeza puede ser interesante. Pero yo en tu lugar no me preocuparía por él. Puedes apuntar más alto.

»Si ya eres capaz de interesar al Maestro Eremis —ahora hablaba en serio, quizá con una punta de envidia— sin hacer más esfuerzos que los que has hecho, seguro que puedes apuntar más alto. Como un ejemplo, considera al Castellano Lebbick. No lo creerás, tras probar un poco de su lengua y de su genio, pero es sumiso como un

corderito. Y ahora su esposa de muchos años ha muerto, tras una larga enfermedad. *He ahí* un hombre con mucha necesidad de una mujer. Si yo pudiera atraer su atención, te aseguro que no seguiría siendo mucho tiempo una sirvienta en Orison.

—Saddith, ¿qué debo hacer? —preguntó Terisa en un impulso. Ahora que Geraden se había ido, sentía una urgente necesidad de hablar con él. Pese a las instrucciones del Maestro Barsonage, deseaba contárselo todo. Y deseaba saber cómo respondía él al razonamiento del Maestro Eremis. Pero no podía discutir ninguna de aquellas cosas con la doncella—. No soy una Imagera, no sé nada acerca de los hombres. —Luego, recordando las manos de Eremis, y su boca, añadió—: El Maestro Eremis y Geraden se odian mutuamente.

—Mi dama —respondió Saddith, intentando hablar de forma intrascendente—, puedo asegurarte que el Maestro Eremis no me odia a *mí*.

Una ventana abierta en alguna parte dejó entrar una corriente de aire frío al pasillo. Terisa se estremeció. Saddith guardó silencio durante todo el resto del camino hasta su destino.

Terisa esperaba que la doncella la llevara a la suite que dama Myste compartía con su hermana en la torre encima de los aposentos del Rey Joyse, pero Saddith condujo a Terisa de vuelta a sus propios aposentos. Myste estaba aguardando allí.

Saddith intercambió sus habituales bromas con los guardias, luego abrió la puerta e invitó a entrar a Terisa. Hallaron a dama Myste de pie delante de una de las ventanas. Pese al frío de fuera, la luz del sol realzaba el tono veraniego de su cabello y piel, haciéndola más evidentemente hermosa de lo que había sido en sus aposentos, en compañía de Elega. Sin embargo, contemplaba el castillo y el desolado invierno como si anhelara estar en cualquier parte menos allí.

Su rostro conservaba su expresión lejana, pero abandonó la ventana y sonrió cuando Terisa entró en la estancia.

—Mi dama —empezó, luego se corrigió rápidamente—, Terisa, qué alegría que hayas venido tan pronto. —No había perdido la extraña excitación con que había recibido la idea de que Terisa distaba mucho de ser una Imagera o una mujer de poder, que de hecho no era más que la secretaria de una misión—. Espero que no te haya apartado de nada que estuvieras haciendo. Me temo que no tengo nada urgente que decirte. Para Elega todo es urgente, pero yo no deseo más que un poco de tranquila charla.

Su saludo cogió a Terisa por sorpresa. Tuvo la instintiva sensación de que Myste era una de las pocas personas allí que no tenía extrañas o incluso letales expectativas sobre ella..., una de las pocas con las que era posible que pudiera mantener una simple amistad. Pero, por esa precisa razón, no estuvo segura de cómo responder.

Sabía tan poco acerca de la amistad.

Afortunadamente, Saddith acudió a su rescate. Haciendo una cortesía, mintió:

—Dama Terisa estaba ya volviendo cuando la encontré, mi dama. Había asistido a una reunión de la Cofradía, pero ya había terminado.

»Y ya es bien pasada la hora del almuerzo —prosiguió—. ¿Os traigo algo de comer? Así podréis hablar con más comodidad.

Por un momento, Terisa espero que Myste respondiera a Saddith. Myste era la hija del Rey. Pero luego se dio cuenta de que *aquéllos* eran sus aposentos: la hospitalidad era responsabilidad suya.

—Por favor —dijo rápidamente—. Tengo hambre. —Apresurándose a recobrar sus modales, preguntó a Myste—: ¿Tú no? No sé lo que podrá traernos Saddith, pero estoy segura de que no le tomará mucho tiempo.

La dama siguió sonriendo. Su mirada era directa..., y distante, como si pasara directamente a través de los ojos y mente de Terisa hacia *algo* que estaba más *allá*.

—Gracias. Eres muy amable.

—Muy bien, mi dama —dijo la doncella—. Vuelvo en un momento. —Camino de la puerta, se detuvo de forma que le daba la espalda a Myste y lanzó a Terisa una aguda mirada..., una mirada que parecía decir: *Ve con cuidado. Presta atención. Esta mujer es la hija del Rey*. Luego se fue, cerrando suavemente la puerta tras ella.

Desde el punto de vista de Terisa, sin embargo, el hecho de que Myste fuera la hija del Rey no significaba realmente nada. Lo que importaba era que ella, Terisa, deseaba de pronto tan fuertemente la amistad de Myste que el deseo le dolía en lo más profundo de su corazón. Nunca había tenido una *amiga*...

Oh, por supuesto, había tenido amigas: compañeras de juego en sus primeros años, chicas que hablaban con ella en los pasillos y susurraban chismorreos durante la escuela. Pero, desde un principio, sus padres nunca habían animado las amistades. En particular, nunca le habían permitido visitar los hogares de sus jóvenes compañeras de juego, nunca había invitado a ninguna de esas chicas a su casa. Y esta separación se había mantenido en todas las numerosas instituciones privadas a las que había sido enviada, escuelas exclusivas dedicadas más a formar el carácter moral que a alimentar la camaradería. O quizá la distancia que había mantenido a todo el mundo apartado de ella era algo que llevaba en sí misma..., un abismo de pasividad y duda que nadie sabía cómo cruzar; una herida no sanada.

Ella no deseaba perder su oportunidad.

Torpemente, hizo un gesto hacia dos de las sillas.

—¿Quieres que nos sentemos? —Luego recordó la jarra en una de las mesitas

laterales—. ¿Te apetece un poco de vino? —Pero tuvo la impresión de que sonaba tan desconcertada que no pudo soportarlo—. Lo siento —dijo, abandonando el fingimiento de que sabía lo que estaba haciendo—. Me hago un lío con todo. Me siento tan nueva con todo esto. Creo que no tuve nunca a nadie invitado en mi apartamento.

Myste no tenía forma de saber que aquello era la verdad literal, pero lo aceptó de todos modos.

—Por favor, no te disculpes. Creo que lo haces sorprendentemente bien. Considera lo que te ha ocurrido en los últimos tres días. Has sido trasladada a un mundo extraño y desconocido, has ido a parar en medio de un castillo lleno de conflictos, maquinaciones y traiciones. La mitad de la gente a tu alrededor parece creer que puedes salvarla de la guerra y del caos. Se ha atentado contra tu vida. Si yo estuviera en tu lugar —su tono se hizo pensativo—, me sentiría orgullosa de arreglármelas la mitad de bien.

Sin advertencia previa, los ojos de Terisa se llenaron de lágrimas. La comprensión de Myste la tomó completamente por sorpresa.

—Gracias. —Agradecida, intentó explicarse—: Durante la mayor parte del tiempo creo que debo estar volviéndome loca. Todo el mundo quiere que haga algo, y yo apenas comprendo lo que está ocurriendo.

—Vamos. —Myste tomó a Terisa del brazo y la guió a una de las sillas. Luego extrajo un delicado pañuelo de la manga de su vestido y se lo tendió—. Lo que te ha ocurrido es una cosa que debe hacer sentirte muy solitaria. Debes pensar que cada nueva persona a la que conoces está complotando de alguna forma contra ti. Y ahora has sido llevada a una reunión de la Cofradía. Dudo que reaccionaran bien cuando les dijiste que no eres una Imagera.

Terisa asintió, secándose las lágrimas con el pañuelo.

—Todos están en contra mía. La Cofradía no quiere que hable con el Rey. Él no quiere que hable con la Cofradía. Ninguno de ellos quiere que hable con nadie. —Casi estuvo a punto de decir: excepto el Maestro Quillon y el Adepto Havelock—. Y los Maestros complotan todos entre sí. El Maestro Eremis... —Me besó. Besó mis pechos—. El Castellano Lebbick me chilla. —Dudó por un segundo, luego se sonó la nariz en la fina tela—. Incluso Geraden quiere convertirme en una Imagera.

—Ah, Geraden. —La voz de Myste sugirió una sonrisa—. No puedo hablar por los demás, pero en él al menos puedes confiar. Puedes dudar de su buen juicio. Su suerte es desastrosa. Sin embargo, puedes confiar en su corazón. Todo el mundo está de acuerdo en que el Domne no tiene malos hijos.

Tras una pausa, añadió:

—Me gustaría ser tu amiga, Terisa.

Terisa miró fijamente a los ojos de la dama. Ahora estaban enfocados en ella, no distantes en absoluto, y la expresión en ellos era directa y amistosa.

Así que no pudo empezar a llorar de nuevo. Desvió la mirada. El ofrecimiento de Myste la había tocado demasiado adentro para poder reconocerlo. ¿Cómo era posible que alguien como ella tuviera amigos? Eludiendo el importante punto —y odiándose por hacerlo—, dijo:

—Tienes mejor opinión de él que Elega.

Myste sonrió de nuevo; pero, mientras lo hacía, su mirada se deslizó de vuelta a la distancia, y su rostro recuperó su aspecto lejano. Respondió suavemente:

—Tengo mejor opinión de muchas cosas que ella. Ella es la hija de un rey, y desea la importancia de un alto lugar en los asuntos de Mordant. No perdona a su padre, ni a la sociedad a su alrededor, ni a ninguna otra cosa que imagine que se alza entre ella y su derecho natural de complotar y manipular y traicionar tanto como cualquier príncipe. No perdona a Geraden por el erróneo juicio que en una ocasión la comprometió a él. —Se encogió de hombros—. Yo pienso mejor de ser una mujer. Pienso mejor de aquéllos que retienen el poder en Orison. —Su tono era gentil y tranquilizador, pero bajo, como si estuviera hablando en algún otro lugar, quizás a alguna otra persona; y había una nota de añoranza en lo que decía que no encajaba enteramente con sus palabras—. Pienso mejor de mí misma.

Terisa asintió, como si comprendiera.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme?

—Oh, no —respondió rápidamente Myste—. O quizá sí. No tengo nada especial que decir. Pero me gustaría *saberlo todo* respecto a ti. Para mí, eres un placer y una maravilla. Tú misma te consideras una mujer vulgar..., y te creo —se apresuró a añadir—, creo lo que dices de ti misma, aunque me resulta difícil llamar a ninguna mujer de otro mundo vulgar..., y sin embargo te encuentras aquí, en medio de la gran crisis de la historia de Mordant. Si tu mundo no posee la Imagería, una traslación así debe parecerte algo extraordinario.

»Por mi parte, nunca me han ocurrido grandes cosas. Nunca he estado en un mundo distinto al mío. De hecho, apenas he estado fuera de Orison en los últimos años. ¿Cómo es tu mundo? ¿Cómo vives tu vida allí? —Se sintió más animada mientras hablaba, picada por la curiosidad—. ¿Cómo se siente una cruzando un cristal y descubriendo que todo ha cambiado? ¿Qué hacen los espejos en tu mundo, puesto que no poseen magia?

—Por favor. Una cosa después de otra. —Pese a sí misma, Terisa sonrió ante la fascinación de Myste—. No tenemos nada mágico. Los espejos simplemente... —

intentó hallar una descripción adecuada—, simplemente reflejan. Te muestran exactamente lo que sitúas delante de ellos. Si son planos. Si no son planos, siguen reflejando lo que sitúas delante de ellos, pero distorsionado.

»En mi apartamento... —Dudó. Nunca se lo había admitido a nadie: Tenía mis paredes cubiertas de espejos para poder saber que existía. Terminó débilmente—: Tenía muchos espejos.

—Entonces debes ser muy sabia —murmuró Myste, como si se aferrara a cada palabra.

—¿Sabia? ¿Por qué?

—Eres *capaz* de verte a ti misma exactamente tal como eres. Eres capaz de verlo todo exactamente tal como es. Yo no tengo esa visión. Y aquéllos que me miran lo hacen con sus preconcepciones de la hija de un rey, quizá incluso de una mujer..., y así su visión es confusa. Ninguno de nosotros ve nada exactamente tal como es.

—Nosotros hacemos lo mismo —objetó Terisa—. Tenemos las mismas preconcepciones. Pero solamente vemos la superficie. Todo lo que nos importa es la superficie de las cosas. —Hizo un deliberado esfuerzo por ser sincera—. Quizá yo sea *capaz* de verme tal como soy. Pero no sé lo que eso significa. No me ayuda a saber quién soy.

Myste pareció hallar aquella noción a la vez divertida y atractiva.

—Entonces, ¿no eres sabia? Lentamente, Terisa respondió:

—No creo haber conocido nunca a nadie que fuera sabio. —A menos que la ineficaz dedicación del Reverendo Thatcher contara como sabiduría.

La dama se echó a reír ante aquello.

—Entonces seguramente estás en un error, Terisa. En estos momentos eres ya la mujer más sabia en Orison, porque no te has dejado engañar por aquéllos que creen en su propia sabiduría. Conoces la diferencia entre lo que se ve y lo que no se ve, y no intentas juzgar lo uno por lo otro.

—¿Tú llamas a eso sabiduría? —Terisa sintió deseos de reír simplemente porque Myste se mostraba regocijada. La sonrisa de la dama traicionaba su parentesco con su padre: era casi tan infecciosa y agradable como la de él—. ¿Acaso el hecho de que no comprendo *nada* no cuenta contra mí?

Myste se echó a reír.

—Por supuesto que no. La mera comprensión es asunto de reyes, no de sabios..., o de mujeres vulgares. Y siempre es errónea. Depende de un conocimiento de las cosas que no pueden conocerse..., un conocimiento de lo que no se ve.

»Debo decirte, Terisa, que desearía que Elegia tuviera menos comprensión y más

sabiduría. Tú eres más sabia que ella.

Guardaron silencio durante unos instantes, mientras recuperaban su seriedad; luego, Myste preguntó:

—¿De dónde procede esa sabiduría? Háblame de tu mundo. ¿Cuáles son sus necesidades y compulsiones? ¿Cómo pasas tus días?

Unos minutos antes, aquella pregunta hubiera helado a Terisa. Pero los amistosos modales de Myste fundían la franca presión de su curiosidad. Casi antes de que supiera lo que iba a decir, Terisa empezó a hablar acerca de su trabajo en la misión.

Nunca antes había hablado de él. Las palabras parecieron brotar una tras otra mientras describía su trabajo en la misión, las ruinas humanas a las que atendía, y su propio trabajo, mecanografiar y archivar y demás labores monótonas, sus relaciones con el Reverendo Thatcher; y sus razones para hacer aquel trabajo, porque había creído que en un lugar así siempre sería capaz de notar una diferencia, porque podía permitirse aceptar el escaso sueldo, porque no se había considerado a sí misma *capaz* de hacer nada más exigente o ambicioso. Balbuceó sobre todo aquello hasta que la discrepancia entre lo que estaba diciendo y el brillo de la atención de Myste la detuvieron. La dama absorbía cada una de sus frases como si estuviera escuchando un relato de heroísmo y romance. Bruscamente, Terisa dijo:

—Lo siento. No pretendía decir todo esto.

—Es maravilloso —suspiró la dama. Su distante mirada aún seguía brillando—. Discúlpame si me repito. ¡Pero existe un mundo tan extraño como ése! Y tú tienes una parte en él.

—Una pequeña parte —comentó Terisa—, que es menor a cada minuto que pasa. El Reverendo Thatcher ya debe haberme sustituido. —Y su padre no tenía ninguna razón para desear que volviera.

En su excitación, Myste se puso en pie.

—Pero si es eso precisamente. —Empezó a caminar arriba y abajo por la alfombra, con sus ojos mirándolo todo excepto a su compañera—. Eres una mujer vulgar, y dices que tu vida en tu mundo es absolutamente vulgar, y sin embargo a mí me parece valiente y sacrificada. Yo también soy una mujer vulgar.

»Soy la hija de un rey, pero..., ¿qué significa eso? Es un accidente de nacimiento. Sus efectos sobre lo que se ve son simplemente que puedo vestirme bien y dar órdenes a los sirvientes. Sus efectos sobre lo que no se ve son..., apenas sé que tenga ningún efecto. Me parece claro que soy una mujer vulgar..., y que esto es bueno.

»Sin embargo, estoy rodeada de gente que no está contenta. Su falta de complicación hace a Elega salvaje. Geraden se siente miserable luchando por conseguir una Maestría que jamás alcanzará. La mitad de la Cofradía desea retirarse a

la investigación pura. Los otros Maestros anhelan el poder sobre Mordant. La vida del Castellano Lebbick ha girado en torno a una mujer, y sin embargo, en su dolor, ahora desprecia a todas las mujeres. Alend y Cadwal luchan contra la paz que les ha proporcionado más beneficios que todas sus generaciones de guerra.

»Terisa, no considero buena la pasividad de mi padre. No la *comprendo*. Soy lo bastante su hija como para saber la importancia del esfuerzo y el riesgo. La pasividad no sirve. Pero seguro que reconocerás que no es algo tan terrible ser lo que somos.

»Tú eres la prueba de ello. —Su voz se había elevado de tono hasta una afirmación—. Según insistes, eres una mujer vulgar, sin experiencia del poder y sin ningún talento para él. Sin embargo, tu vida no carece de significado. Grandes fuerzas actúan en Mordant, y tú estás involucrada en ellas. No hay ninguna vida que no posea su propia importancia, ninguna vida que no pueda ser tocada por la grandeza en cualquier momento..., sí, ser tocada por la grandeza y tener una mano sobre ella.

Por un momento, Terisa miró a Myste. Con una urgencia que la sorprendió, deseó decir: *¿Grandeza? Eso es ridículo. ¿Cómo puedo tener algo que ver con la grandeza?*

Al mismo tiempo, sintió deseos de llorar más intensamente que lo que nunca había llorado en su vida.

Afortunadamente, Myste se dio cuenta casi de inmediato de lo que estaba haciendo. Puntuando su propia seriedad, sonrió; su actitud volvió a su más habitual reserva.

—En el fondo de su corazón —dijo, con un encogimiento de hombros verbal—, Elegá me considera loca. Piensa que unas nociones tan románticas me hacen poco adecuada para mi estilo de vida. —Una nota de tristeza entró en su voz—. Pero mi padre no desprecia lo que yo creo. Me quiso por eso, y había un lazo entre nosotros. —Su rostro se endureció—. Hasta que cambió, y se hizo imposible para ninguna de nosotras hablar con él.

Terisa contenía el aliento, rígida para retener lo que sentía. Pero eso ya no era necesario, ¿verdad? Era libre, ¿no? El pasado no existía. Lo que dijera o hiciera no importaba. Podía contarle a Myste la verdad. Gradualmente, dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Mi padre nunca cambió. Siempre fue así.

—¿Quieres decir pasivo? —preguntó Myste—. ¿Como perdido y sin preocuparse por nada?

—No. Quiero decir que era imposible hablar con él.

Tentativamente, como un pequeño animal que se asoma fuera de su madriguera tras una tormenta, empezó a sonreír. Acababa de hablar críticamente de su padre,

como si tuviera derecho a hacerlo..., y nada terrible había ocurrido. Quizá fuera posible la amistad después de todo.

Myste se sentó de nuevo a su lado. La expresión de la dama era suave y tranquilizadora.

—Háblame de él.

Por casualidad, Saddith eligió aquel momento para llamar a la puerta y entrar en la habitación llevando las bandejas de comida.

Incapaz de mantenerse como se sentía frente a la doncella, Terisa se puso inmediatamente en pie —más bruscamente de lo que pretendía— para darle las gracias a Saddith y ayudarla a colocar la comida.

Si Myste se sorprendió por el cambio en la actitud de Terisa, no lo mostró. Aparentemente, reconoció que algo importante había ocurrido..., algo que requería intimidad. No siguió la conversación. Cuando Saddith hubo servido la comida y se hubo ido de nuevo, Myste hizo una educada exhibición de disfrutar de su tardío almuerzo, y mientras comían retuvo su curiosidad.

Agradecida por la consideración de Myste, Terisa pasó unos minutos concentrada en su comida..., un guiso horneado en una gruesa concha de pasta. Luego, para mantener la conversación en terreno seguro por unos momentos, hizo una pregunta práctica en la que su trabajo en la misión le había enseñado a interesarse: ¿Cómo conseguía Orison alimentar tan bien a tanta gente en pleno invierno?

Myste respondió describiendo el sistema que proporcionaba a Orison toda su comida y provisiones. Tras generaciones, incluso siglos, de un sistema económico basado en la guerra, en el cual los poderosos señores luchaban por el privilegio de tomar lo que necesitaban por medio de la violencia, Mordant se había visto reducido casi a la miseria, pese a su abundancia de recursos naturales. Uno de los actos más importantes del Rey Joyse había sido reemplazar la guerra por el comercio. Esencialmente, había establecido Orison como el principal comprador —y vendedor— de todo lo que Mordant necesitaba o producía. Todos los pueblos del Demesne, y todos los Cares de Mordant, comerciaban con Orison; y Orison utilizaba los beneficios de esas transacciones para comprar lo que su propia gente necesitaba, a fin de que su riqueza actuara como fertilizante para hacer crecer más riqueza para el reino. Un sistema similar se aplicaba al comercio con Cadwal y Alend —que necesitaban demasiado los recursos de Mordant como para negarse a comerciar con el Rey Joyse—, y esos beneficios servían igualmente de abono al suelo y a la sociedad de Mordant. Como resultado, todos los Cares habían recorrido un largo camino desde la feroz pobreza que había marcado los inicios del reinado del Rey Joyse.

Terisa no captó enteramente los detalles, pero apreció de todos modos la

explicación de Myste. Había criticado a su padre sin ser castigada. Cuando la dama hubo terminado, Terisa comentó:

—Suenas estúpido..., pero acabo de darme cuenta de que no he salido desde que llegué aquí. —Miró hacia la ventana, con sus gruesos cristales y su capa de escarcha—. No tengo ni idea de cómo son las cosas ahí fuera.

Myste depositó su tenedor y se secó la boca con su servilleta.

—Debe ser una enorme impresión para ti. Del mismo modo que tu mundo me parece a mí muy extraño, el nuestro tiene que parecerle igualmente extraño a ti. Y hemos recibido instrucciones estrictas —dejó traslucir un momento de embarazo— de no revelarte nuestros «secretos». Tu habilidad para aceptar estas cosas... Bueno, ya he dicho que me sorprendes.

»¿Qué es lo que se siente, Terisa? No tengo experiencia con las traslaciones. —Había armónicos de éxtasis en su voz—. Nunca he cruzado un cristal a una creación distinta. Otra de mis ideas románticas —admitió— es que un acontecimiento así en la vida de cualquiera tiene que ser de alguna manera fundamental, cambiándolo tanto como cambia el lugar donde está.

—No —dijo inmediatamente Terisa, recordando la sensación de impersonal enormidad, de eternidad temporal, de desvanecerse—. No creo que a mí me cambiara en absoluto. —Casi añadió: Me gustaría que lo hubiera hecho—. No duró lo suficiente.

»Era como —prosiguió, repentinamente segura de lo que quería decir— morir sin ningún dolor. De pronto, toda tu vida desaparece, todo lo que alguna vez conociste o comprendiste o te importó; dejas de existir, y no hay nada que puedas hacer al respecto excepto quizá lamentarlo. Pero no duele.

»No estoy hablando de dolor físico —aclaró—, o siquiera de dolor emocional. Simplemente, no duele. Quizá porque hay todo un mundo a tu alrededor para ocupar el lugar del que has perdido. ¿Entiendes? Creo que ésa es la única razón de que pueda soportarlo.

Como respuesta, Myste sonrió vagamente..., no como si no estuviera escuchando, sino más bien como si lo que oía desencadenara en ella un amplio abanico de ideas y anhelos.

—En realidad no comprendo. Elegía diría que estás diciendo tonterías. La traslación es un paso físico, nada más. Pero hay algo en lo que dices... —su mano se cerró inconscientemente en un puño—, algo que tiene sentido para mí.

»Quizá sólo sea la muerte la que da significado a la vida.

Pero yo no morí, protestó instintivamente Terisa. No es eso lo que quiero decir. Yo nunca estuve allí.

La imposibilidad de explicarse mejor, sin embargo, la mantuvo en silencio.

—Terisa —prosiguió Myste, tranquila, distante, sin mirarla—, me has dado mucho en lo que meditar. Dices que no eres sabia —lentamente, se fue volviendo menos abstracta, más presente en la habitación y en la compañía de Terisa—, pero he conocido muy pocos tontos que me desafíen a examinar tan atentamente mi vida.

—No me *culpés* —Terisa no sabía lo que quería decir Myste..., y por el momento no le importaba. No pudo reprimir una sonrisa—. No lo hice a propósito.

Myste se echó a reír ante aquello. Terisa se le unió, feliz.

Estaban riendo aún, juntas como viejas amigas, cuando Saddith llamó a la puerta y volvió a entrar en la habitación. Tenía las mejillas enrojecidas y jadeaba, como si hubiera subido corriendo varios tramos de escaleras.

—Mi dama Terisa —dijo sin aliento—, mi dama Myste, el Rey os llama.

»Hay noticias. Asuntos importantes. Vuestra presencia es requerida en la sala de audiencias. Todos los grandes señores y las damas de Orison deben asistir.

—Eso son realmente noticias, Saddith —respondió Myste. Su inmediata excitación quedaba clara en la forma en que sus ojos se enfocaron en la doncella—. Mi padre no ha convocado Orison en la sala de audiencias desde hace más de un año. ¿Qué ocasiona esta reunión?

—Ha llegado un embajador, mi dama —respondió Saddith entre jadeos—. Un embajador de Alend..., ¡en pleno invierno! Tiene que haber pagado un terrible precio en tiempo y hombres y pertrechos. ¡Y dicen que es el Príncipe Kragen en persona! ¿Qué puede haber impulsado al hijo primogénito del Monarca de Alend hasta aquí, soportando tantas penalidades en esta época del año y cruzando una tal distancia, cuando todo Mordant sabe que Alend desea la guerra, no la paz? Myste desechó con un gesto esa pregunta.

—¿Y pide una audiencia con el Rey Joyse?

—¿Pedir, mi dama? La *exige*. O eso se dice.

—Y el Rey consiente en otorgarle al Príncipe lo que exige —prosiguió Myste—. Esto está bien. Quizá muy bien. Quizá los asuntos del reino empiecen a interesarle de nuevo.

»Terisa, tenemos que irnos. —Se encaminaba ya hacia la puerta—. No debemos perdernos esto.

Gracias a los antecedentes que le había proporcionado el Maestro Quillon, Terisa captó algo de la importancia de las noticias de Saddith. Siguió a Myste sin vacilar.

Quizás era aquello lo que significaba ser libre. Podía criticar a su padre y seguir a su amiga e incluso compartir la excitación de esa amiga sin tener que preocuparse por

las consecuencias.

Cuando hubieron descendido al cuerpo principal de Orison, Myste tomó una dirección nueva para Terisa. Aquella parte del castillo estaba más abierta que la mayoría de los otros corredores: los techos eran más altos; las paredes más separadas; los suelos más lisos a causa de generaciones de pies. Las ventanas entre los arqueados soportes del techo derramaban la luz del sol invernal sobre largos y coloreados estandartes fijados de modo que colgaban separados de las piedras; bajo los estandartes había guardias en posición de firmes, con sus picas sujetas entre sus pies. Como resultado de todo ello, el lugar parecía más formal, menos habitado, que el resto de Orison.

Un cierto número de hombres y mujeres, sin embargo, se encaminaban en la misma dirección que Myste y Terisa. Algunos eran claramente oficiales de la guardia; otros llevaban los ricos atuendos de sus altos rangos. Casi todos saludaron a dama Myste de una forma respetuosa y amigable. Ella respondió con distante cortesía; como sus ojos, su atención estaba centrada hacia delante. Por otra parte, muy poca gente miraba abiertamente a Terisa. Lo que llevaba la hacía destacar entre la multitud tan llamativamente como si fuera desnuda.

Cohibida ahora, miró a su alrededor y observó que Saddith ya no estaba con ella. Al parecer, los sirvientes del castillo no habían recibido la orden de asistir a la audiencia del embajador de Alend. Lo lamentó: hubiera podido utilizar los consejos y el apoyo mundano de Saddith.

El flujo de gente se acercaba a un conjunto de puertas en pico, de más de tres metros de altura, que se abrían a un lado del corredor formal. Cuando ella y Myste las cruzaron, Terisa se halló en lo que era inconfundiblemente el salón de audiencias.

Tenía el aspecto y el tamaño de una catedral. Las paredes de piedra estaban recubiertas por paneles de madera tallada, uno tras otro por toda la gran sala, cada uno de ellos reflejando personajes y escenas que Terisa no pudo identificar; todos los paneles terminaban en elaborados remates en punta y florones que alcanzaban los seis y ocho metros hacia el abovedado techo. El profundo color marrón de la madera tenía el efecto de hacer que el salón pareciera oscuro, pero también parecía distanciar el techo y llenar el aire con una impresión de autoridad. La luz procedía de dos estrechas ventanas muy altas, cerca del techo, al extremo del salón, de hileras de velas colocadas en torno a las paredes y en altos candelabros aquí y allá, y de baterías de lámparas de aceite en forma de farolillos en las esquinas. El intenso y perfumado olor del aceite de las lámparas proporcionaba al aire un aroma como de madera de sándalo.

En el extremo más alejado, opuesto a las puertas, se erguía una estructura que sólo podía ser el trono del Rey Joyse: un adornado sitial de caoba sobre un estrado a

cuatro o cinco escalones de altura, que dominaba el espacio que tenía ante él. Una gran parte del suelo delante del trono estaba despejado, excepto una amplia y gruesa franja alfombrada que conducía desde las puertas hasta el primer escalón del trono; pero ese espacio despejado estaba cerrado por tres lados con bancos como de iglesia, en los que la gente que entraba en el salón se iba sentando.

Todos dejaban de hablar tan pronto como cruzaban las altas puertas. La atmósfera del salón parecía silenciarlos.

Cuando miró a su alrededor, sin embargo, Terisa vio que la sala de audiencias no había sido diseñada enteramente para inspirar respeto. Por encima de los paneles, en todos sus cuatro lados, había una larga galería; los guardias estacionados allí no llevaban picas, sino arcos.

Aquéllos eran los únicos guardias en el salón, excepto dos en las puertas y dos más a cada lado del trono del Rey Joyse.

Pero fueron suficientes para hacer que Terisa tendiera el cuello mientras Myste la conducía hacia delante, y se preguntara cuántos asesinatos se habían producido en Orison antes de que el Rey Joyse o sus antepasados hubieran concebido aquel sistema de protección. Era una defensa convincente. Mientras los guardias permanecieran leales a su Rey, éste probablemente no tenía nada que temer de nadie en el salón de audiencias.

Siguiendo a dama Myste, Terisa pasó junto a los bancos alineados en tres lados del espacio abierto y avanzó hacia el trono del Rey. A cada lado del estrado, una hilera de sillas cubría el espacio hasta los bancos..., lugares especiales para aquéllos que compartían el poder del Rey o gozaban de su favor.

A la derecha del trono, la silla más cercana estaba ya ocupada por el Castellano Lebbick. Su mirada perpetuamente ardiente y la banda púrpura anudada en torno a su corto pelo salpicado de gris le hacían parecer como un fanático.

Afortunadamente, no se esperaba que Terisa se sentara cerca de él. Los primeros asientos estaban ocupados por oficiales bajo su mando; la mayor parte del resto estaban llenos por Maestros, entre ellos Gilbur, Barsonage y Quillon. (¿Quillon? ¿No estaba trabajando con Geraden?) Myste condujo a Terisa a la izquierda del trono, donde se unieron a dama Elega y varios hombres, muchos de ellos viejos, que parecían consejeros antes que cortesanos. Myste los presentó con títulos tales como «Señor del Comercio» y «Señor de las Finanzas Reales». Miraron a Terisa con la boca abierta, como si acabara de llegar de la Luna.

Elega mostró más entusiasmo.

—Me alegra que estés aquí —susurró, arrastrando a Terisa hasta una silla a su lado—. Temía que te localizaran demasiado tarde..., o que Myste pudiera considerar

que no era conveniente traerte a la audiencia. —Hablaba como si sus palabras no pretendieran ser insultantes, y Myste pareció considerarlo así—. ¡El propio Kragen, Terisa! El hijo primogénito de Margonal, el Monarca de Alend, y Príncipe de los Feudos de Alend. ¡Imagínatelo! Ha recorrido toda esta distancia desde Scarab en lo más fuerte del invierno. Su propósito tiene que ser a la vez importante y terrible. Ahora mi padre tendrá que alzarse a la estatura de su reino —sus vividos ojos llamearon—, o perderá el poco respeto que aún conserva en Mordant.

—Elega, es nuestro padre —murmuró Myste en voz muy baja—. Aunque se volviera completamente loco, sigue mereciendo nuestro respeto.

Elega dejó escapar un suave bufido de desdén.

—Que abdique de su reino cuando se vuelva loco. Entonces lo respetaremos como nuestro padre sin necesidad de despreciarlo como un rey fracasado.

Terisa observó que Lebbick las miraba con ojos ardientes, como si las estuviera oyendo u odiara cada una de sus palabras.

Su mirada la heló de tal modo que transcurrieron varios momentos antes de que se diera cuenta de que las puertas de salón habían sido cerradas.

En torno a la galería, cada uno de los guardias sujetó su arco y puso una flecha en la cuerda. Instintivamente, Terisa aferró el brazo de Myste. Pero la dama sacudió la cabeza y sonrió tranquilizadamente.

Ahora el Castellano se había puesto en pie. Se enfrentó a toda la gente sentada y dijo:

—Mis señores y damas, atended. —No alzó la voz, pero su tono alcanzó hasta los más lejanos rincones del salón—. Habéis sido convocados a esta audiencia por Joyse, señor del Demesne y Rey de Mordant.

Como si hubiera estado aguardando sus palabras, el Rey Joyse apareció desde detrás de la alta mole de su trono. Llevaba lo que parecía ser el mismo manto de terciopelo púrpura que cuando Terisa lo vio por última vez. Su pelo blanco estaba retenido en su lugar por una corona de oro; pero su barba parecía como si se acabara de levantar de dormir y hubiera olvidado peinársela. Ahora, sin embargo, una banda de brocado que cruzaba su pecho desde su hombro derecho sostenía una funda de cuero elaboradamente tachonada con una larga espada de dos manos de enjoyada empuñadura. El peso de la espada le hacía parecer aún más frágil que antes, más arrugado dentro de su voluminoso manto. Caminaba muy lentamente.

Iba seguido inmediatamente por el Adepto Havelock.

Los ocupantes del salón se pusieron en pie e inclinaron las cabezas mientras el Rey Joyse ascendía el estrado y se sentaba en su trono; luego, respondiendo a alguna señal que a Terisa se le pasó por alto, alzaron sus cabezas y aguardaron en silencio

delante de su Rey.

Al mismo tiempo, el Adepto Havelock se dirigió al espacio abierto delante del trono y se puso a bailar.

Saltó sobre un pie y luego sobre el otro, casi como si cojeara, agitó la cabeza, hizo gestos con las manos, golpeó sus talones el uno contra el otro.

Su colgante sobretodo, deshilachado en el dobladillo, y su manchada casulla, sus pies desnudos y los ratoniles mechones de pelo que asomaban de su coronilla, le hacían parecer andrajoso, un madero humano flotando en las aguas surgido de alguna alcantarilla. Su nariz como un pico apuntaba hacia la concurrencia con una ferocidad que su vacilante y sibarítica boca y confusos ojos convertían en estúpida.

Su expresión era tan lunática que Terisa estuvo a punto de echarse a reír en voz alta. Afortunadamente, no lo hizo. Todo el mundo contemplaba a Havelock —o evitaba mirarle— con tristeza, disgusto u horror. Alguien a quien no pudo ver murmuró, audible y amargamente:

—Salve al Esbirro del Rey.

El Castellano Lebbick clavó su mirada en el Adepto con un fuego tal que hacía temer que su sobretodo se incendiara. Ni siquiera la tolerancia de Myste parecía aceptar las cabriolas de Havelock; tenía el ceño fruncido y se mordía el labio inferior, y sus ojos brillaban con furia o lágrimas.

Sin embargo, el Adepto parecía gozar con la reacción que causaba..., o no le importaba en absoluto. En una mano llevaba un humeante incensario de plata modelado como un gran sonajero, y agitaba los humos del incienso a su alrededor mientras saltaba. Pronto su danza lo llevó cerca de la gente de pie frente a sus bancos. En aquel punto, empezó a elegir individuos determinados como foco de su atención. Saltaba arriba y abajo frente a ellos, hacía floreos con su incensario hasta que el humo les hacía toser y lagrimear. Y gritaba con tonos litúrgicos, como si estuviera entonando plegarias específicas para cada una de las personas a las que miraba:

—¡Roderas en los salones!

—¡El brinco es el juego que juegan las estrellas con el destino!

—Doce velas fueron encendidas sobre la mesa, doce por los doce tipos de locura y misterio.

—Todas las mujeres están mejor vestidas cuando están desnudas.

—Dientes de león y mariposas. Al final, no tenemos más que dientes de león y mariposas.

El Rey Joyse se dejó caer en su trono, apoyó los codos en los brazos y se sostuvo la cabeza con ambas manos.

—¡Salve al Rey Joyse! —siguió piadosamente el Adepto Havelock, aún bailando frente a la gente, aún obligándola a respirar su incienso—. Sin él, la mitad de vosotros estaríais muertos. El resto sería esclavo de Cadwal. —Había elegido a una hermosa mujer joven para recibir esas palabras—. Si estás muerta de cintura para arriba, pero la mitad inferior sigue viva —sonrió salvajemente—, entonces aún puedes prestar servicio.

La mujer parecía lo suficientemente pálida como para desvanecerse en cualquier momento. En vez de ello, sin embargo, se cubrió la boca con la mano y rió nerviosamente.

El Adepto se detuvo de inmediato. La miró sorprendido e indignado; con su mano libre se rascó una de las zonas calvas de su cráneo. Luego bufó:

—¡Testículos de toro! —y arrojó el incensario por encima del hombro. Golpeó el suelo y se abrió con un chasquido, y un bloque de incienso cayó sobre la gruesa alfombra. Con tono de censura, restalló—: No me molestaré en decir nada más, mi dama. Puedo ver que estoy perdiendo mi tiempo.

Se apartó bruscamente de ella y avanzó a largas zancadas hasta el lugar por el que había hecho su entrada.

—¿Me oyes, Joyse? —gritó al Rey. Sus brazos aletearon furiosos a sus costados—. *¡Estoy perdiendo mi tiempo!*

Un momento después desaparecía tras el trono.

El salón de audiencias guardó un impresionado silencio. Al parecer, la gente de Orison no estaba acostumbrada a los ataques de Havelock. En uno o dos lugares entre los bancos se inició un tipo distinto de risita; fue cortada de inmediato. El mediador de la Cofradía había perdido toda expresión en su rostro. El Maestro Quillon se cubría los ojos con una mano. Un ceño irritadamente fruncido surcaba el rostro del Maestro Gilbur. Los ojos de Elegá llameaban furiosos. Myste parecía como si deseara llorar.

Junto al incienso del incensario y el perfumado aceite de las lámparas, Terisa olió el acre olor de tela quemándose. El incienso derramado estaba abrasando la alfombra.

El Rey Joyse parecía encogerse debajo de su manto. El azul acuoso de sus ojos era desolado.

El Castellano Lebbick fue el primero en actuar. Ardiendo de rabia, se apartó de su asiento, se dirigió al lugar donde la alfombra se estaba quemando, y apagó el fuego con el tacón. Luego miró fijamente al Rey, con los puños clavados en sus caderas.

—Quizá tú conozcas el significado de la exhibición del Adepto, mi señor Rey. —Su voz sonaba salvaje—. Yo no. Sería más comprensible para mí si lo hicieras *encadenar*.

Inmediatamente, sin embargo, recobró su autocontrol. Sin ningún fingimiento de transición, dijo:

—Mi señor Rey, el Príncipe Kragen de Alend ha solicitado esta audiencia. Dice que viene como embajador de su padre, Margonal, el Monarca de Alend. ¿Debe ser admitido?

Por un momento, el Rey Joyse no respondió. Luego suspiró.

—Mi viejo amigo es más sabio que yo. Todo esto es una pérdida de tiempo. Pero, puesto que debemos enfrentarnos a ella, que así sea. —Hizo un cansado gesto—. Admite al Príncipe Kragen. —Un momento más tarde añadió—: Y sentaos, todos. Me cansáis.

Lebbick alzó la vista hacia la galería e hizo un gesto con la cabeza. Luego regresó a su asiento.

Obedeciendo inmediatamente a su padre, Myste se sentó. Terisa siguió su ejemplo. El Castellano también hizo lo mismo. Poco después, el resto de la concurrencia fue sentándose lentamente.

Elega fue la última. Permaneció en pie durante algunos segundos, mirando fijamente al Rey como si estuviera intentando hacer que se comportara como ella quería por la simple fuerza de su voluntad. Él, sin embargo, no correspondió a su mirada y, al cabo de unos momentos, ella también se sentó, murmurando sombríamente para sí misma.

Al mismo tiempo, las altas puertas se abrieron. Desde alguna parte, una corneta hizo sonar una fanfarria. Todo el mundo miró hacia las puertas mientras tres hombres entraban a buen paso en el salón de audiencias.

Uno de ellos abría camino, con los otros un paso tras él a cada lado, y Terisa lo tomó inmediatamente por el Príncipe. Su porte era confiado, y su paso expresaba una regia seguridad en sí mismo. Su rizado pelo negro brotaba por debajo de su casco rematado por una elaborada púa; su bigote negro brillaba como si hubiera sido encerado; sus negros ojos destellaban con vigor. En contraste con su morena piel, su casco y su peto ceremoniales eran de pulido y brillante cobre, y llevaba una espada en una espléndida funda de cobre atada a su cintura. La seda que flotaba en torno a sus miembros causaba el mismo contraste, ofreciendo destellos de luz y oscuridad mientras avanzaba.

Parecía un hombre que no vacilaría en exigir una audiencia ante nadie.

A juzgar por el hecho de que los dos hombres que iban detrás parecían más cautelosos y menos seguros de sí mismos, Terisa supuso que eran guardaespaldas. El Príncipe ignoró a los arqueros apostados en torno a la galería sobre su cabeza: sus compañeros no.

Avanzó a largas zancadas hasta que estuvo lo bastante cerca del trono como para mostrar que se consideraba el igual del Rey Joyse, pero no tan cerca que los guardias pudieran tomarlo como una *amenaza*. Allí se detuvo. Ofreció al Rey Joyse una elaborada inclinación de cabeza —que sus bien entrenados compañeros imitaron—, luego anunció:

—Salve, Joyse, Señor del Demesne y Rey de Mordant. Te traigo saludos de Margonal mi padre, Monarca de Alend y Señor de los Feudos de Alend, cuyo embajador soy. —Como su sonrisa, su tono era perfectamente cortés—. Grandes asuntos se preparan en el mundo. Los tiempos son peligrosos, y es conveniente que los gobernantes consulten entre sí como hermanos para enfrentarse al peligro. Mi padre me ha enviado a Orison para preguntar varias cosas..., y para proponer algunas que pueden ser de tu interés.

El Rey Joyse no se puso en pie ni reconoció de ninguna otra manera el saludo del príncipe. Hoscamente, murmuró:

—Kragen, ¿eh? Te conozco. —El temblor de la edad en su voz le hizo sonar quisquilloso.

La sonrisa del Príncipe giró algunos grados.

—¿Nos hemos visto alguna vez, mi señor Rey?

—Sí, nos hemos visto, mi señor Príncipe. —El Rey Joyse articuló hoscamente el título—. Deberías recordarlo. Fue hace diecisiete años. Tú comandabas varios escuadrones de caballería de Alend para proteger de mí a uno de tus Imageros. Cuando te derroté, tuve que atarte para conseguir que aceptaras la derrota..., sí, y amordazarte para que guardaras tus insultos para ti mismo. Eras un cachorrillo terriblemente ansioso, Kragen. Espero que diecisiete años hayan afilado tu juicio.

Ahora el Príncipe Kragen no sonreía. Sus hombres no sonreían. Uno de ellos susurró algo que Terisa no pudo oír. De todos modos, Kragen siguió mostrándose tranquilo y seguro de sí mismo.

—Mi agradecimiento por recordármelo, mi señor Rey. Dudo que sea mucho más sabio, puesto que siempre me he mostrado dispuesto a olvidar mis derrotas. Por esa razón no me siento amargado. De todos modos, es una buena cosa que haya venido aquí como embajador y no como enemigo, ¿no crees? Puesto que soy un embajador, no necesitarás atarme y amordazarme a fin de librarte de un cachorrillo terriblemente ansioso.

Ante aquello, el Castellano Lebbick hizo un ruido entre sus dientes que pudo oírse por todo el salón. Aunque siguió sentado en su silla con los brazos cruzados, dio la impresión de estar dispuesto a saltar a la garganta del Príncipe Kragen en cualquier momento.

El Rey Joyse frunció el ceño.

—A menudo —respondió lentamente al Príncipe— he dicho que un cachorrillo es mucho más peligroso que un perro. Un perro aprende gracias a la experiencia. Un cachorrillo no tiene ninguna, y así su comportamiento no es predecible.

Los ojos del embajador de Alend tenían reflejos amarillos, como un matiz de furia. Sin embargo, su actitud siguió siendo relajada. Su pose sugería que era incapaz de amedrentarse.

—Mi señor Rey, ¿tienes perros de caza? No sé si te gusta este deporte. Es una de mis pasiones. Entre mi pueblo no soy considerado un pobre maestro de la caza. Y puedo asegurarte que nunca es el cachorrillo el que trae de vuelta la presa.

Las manos del Rey se aferraron a los brazos de su trono.

—Eso —restalló— es porque los perros cazan en *manada*.

—Oh, padre —gimió suavemente Elega.

La indignación de los compañeros del Príncipe Kragen estaba empezando a ser más fuerte que su entrenamiento..., o su buen sentido. Uno de ellos llevó una mano a su espada; el otro se volvió medio de espaldas al rey y le susurró ardorosamente algo al oído de Kragen. Pero el Príncipe los inmovilizó a los dos con un seco gesto de su mano. Parecía decidido a no mostrarse ofendido públicamente.

—Mi señor Rey, parece que hay en ti una cierta enemistad hacia mi persona..., o quizás hacia el propio Monarca de Alend. Si eso es cierto, puede afectar mi misión. Estoy dispuesto a discutirlo abiertamente, si tú lo deseas. Pero ¿no sería mejor una audiencia más privada? Ésa fue mi petición, como tal vez recuerdes.

—Ésa fue tu *petición*, como yo muy bien recuerdo —ironizó con voz rasposa el Castellano.

—De todos modos —dijo el Rey Joyse, como si estuviera siguiendo otra conversación completamente distinta—, me disculpo por haberte llamado cachorrillo. Te has vuelto más sabio de lo que tú mismo admites. En eso te pareces a tu padre.

Como respuesta, la sonrisa volvió a los labios del Príncipe Kragen.

—Oh, creo que juzgas mal al Monarca de Alend, mi señor Rey —dijo con voz lenta—. Se ha mostrado abiertamente fascinado por tu sabiduría con el paso de los años. Mi misión hacia ti es una prueba de ello.

El Castellano siguió mirando a Kragen con ojos furiosos.

—El Monarca de Alend —dijo con tono ácido— ha ocasionado en Mordant más muertes que nadie excepto el Gran Rey de Cadwal. Lleguemos a este punto, mi señor Príncipe, y juzgaremos por nosotros mismos la sabiduría de tu padre.

Por primera vez, el Príncipe Kragen desvió su atención del Rey. Aún sonriendo,

dijo:

—Tú eres el Castellano Lebbick, ¿no? Si no contienes tu lengua educadamente dentro de tu cabeza, te haré agarrotar.

Terisa se envaró. Pese a su casual actitud, el Príncipe era convincente. Oyó ahogados jadeos por todo el salón. Los guardias tensaron su presa sobre sus armas; los oficiales de Lebbick se prepararon. Myste se mostró alarmada; pero Elega observaba al Castellano o al Príncipe —Terisa no supo decir a cuál— con admiración y envidia en su rostro.

La expresión de Lebbick no se alteró, pero parecía más dispuesto a la violencia a cada momento que pasaba. Lentamente, se puso en pie. Lentamente, se volvió hacia el Rey. Luego aguardó en silencio a que el Rey dijera algo.

El Rey Joyse se había dejado caer hacia atrás en su trono. Parecía estarse encogiendo. Dijo con voz débil:

—Desearía que *fueras* al asunto que te ha traído aquí, Kragen. Soy demasiado viejo para cruzar la espada de mi ingenio con la tuya durante todo el resto del día. — Al Castellano, añadió—: Siéntate, Lebbick. Si es lo suficientemente cachorrillo como para intentar hacerle algún daño a alguien o algo en Orison, merecerá lo que le ocurra. Estoy seguro de que darás de comer su hígado a los cuervos.

El Castellano Lebbick miró a Kragen, luego inclinó obedientemente la cabeza.

—Encantado —murmuró, y se sentó.

Terisa oyó a Elega y algunas otras personas suspirar. Algunas de ellas parecían aliviadas; el resto sonaban decepcionadas. El Rey Joyse prosiguió, más enérgicamente:

—Tenemos pocas razones para amar Alend. Te pregunto simplemente, Kragen: ¿Por qué estás aquí?

Como si no hubiera ocurrido nada, el Príncipe replicó:

—Te responderé con pocas palabras, mi señor Rey. El Monarca de Alend desea saber qué ocurre en Mordant. Quiere terminar con el caos de rumores e implicaciones. Y —Kragen hizo una dramática pausa— desea proponer una alianza.

La reacción en la gran sala fue tan intensa como él indudablemente deseaba. Incapaz de contenerse, Elega saltó en pie..., al igual que el Castellano, dos de sus oficiales y el Maestro Barsonage. El Maestro Quillon se quedó boquiabierto. Susurros de sorpresa ascendieron hacia el techo. Myste se llevó una mano a la boca y miró a su padre con excitación y esperanza.

Terisa no tenía ninguna razón para compartir la hostilidad del Castellano Lebbick. En lo que a ella se refería, el Príncipe acababa de pronunciar las primeras palabras

sensatas que había oído en el salón de audiencias.

—¿Una alianza? —restalló Lebbick—. ¿Con Margonal? ¡Mierda de oveja!

Uno de sus oficiales preguntó:

—¿Acaso el Monarca de Alend piensa que nos hemos vuelto locos?

Pero otro exclamó:

—Pero ¿y si nos aliáramos contra Cadwal? El Gran Rey reúne sus ejércitos al otro lado del Vertigon. ¡El Perdon debería oír esto!

Al mismo tiempo, el Maestro Barsonage protestó:

—¿Una alianza? ¿Una alianza contra nuestro destino? —Parecía casi frenético—. ¡Mi señor Rey, debes aceptar! —Por un instante, Terisa creyó que iba a ponerse a gritar: ¡Debes aceptar, para que la Cofradía no tenga que llamar a su campeón!

Más suavemente, pero con igual fervor, dama Elega estaba diciendo:

—¡Muy bien dicho, Príncipe Kragen! Muy bien hecho.

Pero el Rey Joyse no dijo nada hasta que el tumulto se calmó por sí mismo. No parecía sorprendido. De hecho, apenas parecía estar interesado. Tenía el rostro tenso, como si estuviera reprimiendo un bostezo.

Finalmente, el salón se tranquilizó de nuevo. El Castellano Lebbick y los demás se sentaron relucientes, como empujados hacia sus asientos en contra de su voluntad. Pronto, todos los ojos estuvieron clavados en el Rey Joyse.

Murmurando para sí mismo, éste se irguió en su trono. Su corona había resbalado hacia un lado, y unos cuantos mechones de pelo colgaban sobre sus ojos.

—¿Una alianza, Kragen? ¿Después de varias decenas de generaciones de guerra? ¿Por qué debería aceptar algo así?

—Mi señor Rey, no tengo ni la menor idea —respondió tranquilamente el Príncipe—. No poseo hechos. Pero los rumores que llegan de Mordant sugieren que tú tienes una gran necesidad. Sugieren que esa necesidad es más grande cada vez. En consecuencia, al Monarca de Alend se le ha ocurrido ofrecerte su ayuda.

—¿Cuál cree el Monarca de Alend que es nuestra necesidad?

El Príncipe se encogió delicadamente de hombros.

—Debo repetir que él sólo ha oído rumores. Pero la importancia de esos rumores parece clara. —Hizo un gesto más allá de Lebbick, hacia los Maestros—. Parece que algunos, quizá muchos, de tus Imageros se han vuelto contra ti.

—¡Imposible! —objetó de inmediato el Maestro Barsonage—. Te estás mostrando ofensivo, mi señor Príncipe. El Rey Joyse ignoró al mediador.

—¿Y qué espera ganar el Monarca de Alend con esta alianza?

—Tu confianza, mi señor Rey. Aquello tenía sentido para Terisa.

El Rey Joyse, sin embargo, tuvo una reacción distinta. Se adelantó en su trono, con la incredulidad clara en su rostro.

—¿Qué? ¿Confianza? ¿No desea Imageros para él?

—Como he dicho —explicó pacientemente el Príncipe Kragen—, el Monarca de Alend ha meditado juiciosamente. Comprende que pueden ocurrir cosas entre gobernantes que confían mutuamente el uno en el otro que son imposibles de otra manera. Por supuesto, desea los recursos de la Imagería para su pueblo. Por supuesto, desea la riqueza de Cadwal, a fin de poder comprar más de lo que Mordant tiene y Alend carece. Pero ve que esos deseos no pueden conseguirse sin confianza. Y la confianza debe empezar en alguna parte.

»Te ofrece su ayuda y no pide nada a cambio. Si puede conseguir lo que desea, las cosas vendrán por sí mismas cuando esta cooperación te enseñe a comprenderle mejor.

—Entiendo. —El Rey Joyse volvió a echarse hacia atrás—. Indudablemente, eso explica por qué Margonal tiene un ejército de enorme tamaño agrupándose más allá de las fronteras de Fayle y Armigite. Quiero decir, por supuesto, que he oído rumores acerca de ese ejército.

—Entonces —respondió suavemente el Príncipe—, también habrás oído que el Gran Rey Festten prepara un ataque masivo contra ti. Indudablemente —se permitió una nota de sarcasmo—, no piensa aprovecharse de tu debilidad, quiero decir de tu necesidad, para aplastar tu reino, esclavizar los Cares, y capturar para él toda la Imagería. Creo que comprenderás, mi señor Rey, que el Monarca de Alend no puede permitir a Cadwal una victoria así. Aceptes o no esta alianza, debemos oponernos al Gran Rey. Forjando la Cofradía, has creado algo que no debe rendirse.

—Eso es cierto —reconoció el Rey—. Eso es cierto.

Durante un largo momento contempló el techo con la boca abierta, mesándose la barba como si estuviera sumido en profundas meditaciones. Cerró los ojos, y Terisa pensó de inmediato: ¡Oh, no, se está durmiendo! Bruscamente, sin embargo, volvió a mirar al Príncipe Kragen y sonrió.

Su sonrisa pareció iluminar su rostro como un rayo de sol.

—Mi señor Príncipe —dijo, como si se sintiera feliz por primera vez desde que había empezado la audiencia—, ¿juegas al brinco?

La garganta de Terisa se agarrotó con una creciente sensación de pánico mientras Kragen respondía:

—¿El brinco, mi señor Rey? No sé lo que es.

—Es un juego. —El temblor en la voz del Rey empezó a sonar como ardor—. Lo encuentro de lo más instructivo.

Unió las manos en una fuerte palmada. Instintivamente, Terisa se encogió. Myste y Elegia miraban preocupadas y consternadas a su padre.

Casi inmediatamente, dos de los paneles de madera al otro lado del salón se abrieron, revelando una puerta en la pared. La puerta estaba ya abierta, y por ella entraron dos sirvientes llevando entre ellos una mesita pequeña. Otros dos les seguían, cada uno con una silla. Con las cabezas inclinadas, transportaron su carga por el pasillo alfombrado y la depositaron a medio camino entre el Príncipe y la base del trono del Rey Joyse. Mientras los señores y damas de Orison miraban boquiabiertos, las sillas fueron colocadas a ambos lados de la mesa como para acomodar a Kragen y al Rey. Luego los sirvientes se retiraron, cerrando los paneles y las puertas tras ellos.

La alarma de Terisa dio otra vuelta de tuerca. Reconoció aquella mesa, aquellas sillas: las había visto en los aposentos privados del Rey Joyse.

El tablero estaba dispuesto encima de la mesa, listo para iniciar el juego.

—Oh, padre —susurró Myste—, ¿hasta esto has caído? Las mejillas de Elegia tenían el color de las cerezas maduras.

—Está *loco* —respondió—. Loco.

Pero el Rey Joyse ignoró las reacciones de su gente. Se inclinó ansiosamente hacia delante en su trono y le dijo al Príncipe:

—Superficialmente, es un juego sencillo. Un niño puede dominarlo. Sin embargo, también es sutil. En esencia, se trata de obligar a tu oponente a que gane batallas contra ti a fin de que pierda la guerra. ¿Quieres jugar?

—¿Yo? —El Príncipe Kragen dejó traslucir cierta sorpresa—. Como ya he dicho, no conozco este juego. Observaré de buen grado cómo se juega, si es eso lo que quieres. Si —comentó casualmente— consideras que no puedes hallar otro uso mejor para esta audiencia. Pero no puedo jugar.

—Tonterías. —La voz del Rey tenía una nota que Terisa no había oído nunca antes..., una nota de dureza—. Insisto. El brinco es un juego excelente para evaluar a las personas.

—Y yo debo declinar —dijo firmemente Kragen; sin embargo, había empezado a sudar—. Mi señor Rey, he pasado casi treinta días en la nieve entre Scarab y Orison porque la misión que me había confiado el Monarca de Alend no podía aguardar al cambio de estación. No me gustaría tener que esperar otro día. Si debo hacerlo, sin embargo, lo haré. ¿Quieres que nos reunamos de nuevo, en privado, mañana?

El Rey Joyse ignoró aquellas palabras con un gesto de su mano. Tosió para

aclarar su garganta y dijo:

—Quiero ser tan justo como me sea posible. No voy a jugar yo mismo. Aunque me falta aún mucho para igualarme al Adepto Havelock, he adquirido mucha experiencia. No, mi señor Príncipe. —Su tono se hizo más seco—. No me he medido contigo desde hace diecisiete años. Tus fuerzas y habilidades me son desconocidas. Te enfrentaré a alguien que también desconoce el juego.

Sin más advertencia excepto su propia e imprecisa alarma, Terisa oyó al Rey decir formalmente:

—Mi dama Terisa de Morgan, ¿serás tan amable de probar al Príncipe Kragen por mí?

Ahora todos en el salón la estaban mirando. Notó que su rostro ardía. Alzó la vista hacia el Rey Joyse. ¿Frente a toda aquella gente...? El miedo hizo que su visión se volviera más aguda, inmediata, como si no hubiera distancia entre ellos; cada línea de su rostro era tremendamente clara. Pudo ver las venas pulsar en la delgada y vieja piel de sus sienes. Sus acuosos ojos parecían débiles, casi perdidos en la distancia. El pelo que asomaba bajo la corona sobre sus rasgos hacía que pareciera ligeramente ridículo.

Pero estaba sonriendo.

Y su sonrisa no había perdido su poder. La tranquilizó, como una promesa de que no pretendía hacerle el menor daño; una afirmación de que ella era demasiado valiosa para ser tratada mal; una creencia de que ella podía arreglárselas bien, le pidiera él lo que le pidiera. Era una sonrisa inocente y limpia, y no pudo resistirse.

Sin tomar conscientemente la decisión de moverse, se puso en pie y se dirigió hacia el Príncipe Kragen.

Inmediatamente deseó haber permanecido sentada. Comprendía demasiado de lo que estaba ocurriendo como para permanecer calmada, pero no lo suficiente como para estar segura de que estaba haciendo lo correcto. Y virtualmente toda la gente importante de Orison la vería hacerlo. La hija de su padre no habría hecho nunca aquello. Apenas se atrevió a enfrentarse a la mirada del Príncipe.

Las negras cejas de éste estaban fruncidas sobre sus ojos, y parecía estarse mordisqueando la cara interna de su mejilla. Su actitud tranquila y confiada lo había abandonado: no le sonrió, ni la saludó, ni inclinó la cabeza hacia ella. La chispa amarilla de sus ojos se oscureció a medida que su ira aumentaba. Estaba tan tenso que Terisa esperó que sacara su espada en cualquier momento.

Se acercó a él tanto como se atrevió..., no más de tres metros. Entonces se detuvo.

—Mi dama. —El Rey Joyse parecía estar hablando desde el fondo de un túnel—.

Permíteme presentarte a Kragen, Príncipe de los Feudos de Alend e hijo de Margonal, el Monarca de Alend. Mi señor Príncipe, ésta es dama Terisa de Morgan.

»Mi dama, estoy seguro de que el Príncipe Kragen te otorgará el primer movimiento.

—Con una mano, el Rey le indicó que *avanzara* hacia la silla que estaba frente a Kragen y la audiencia.

El Príncipe se volvió hacia el Rey Joyse.

—No pierdas tu tiempo, mi dama —dijo—. No jugaré.

—Creo que sí lo harás. —El Rey Joyse ya no sonaba viejo..., o inocente. Sonaba como un soberano que se estaba acercando al límite de su paciencia—. Por favor, siéntate, mi dama.

Como impotente de hacer otra cosa, Terisa se dirigió hacia la silla que el Rey Joyse había señalado. La echó hacia atrás, se sentó, y enfocó sus ojos en el tablero, sin atreverse a mirar al Príncipe Kragen. Si sus ojos se cruzaban, estaba segura de que él la derribaría al suelo. Todo el salón estaba enfocado en ella. El aire a su alrededor era pesado, lleno de alarma y duda.

Pero seguro que no era impotente. Si el espejo la había creado, todo lo que creyera sobre sí misma y su pasado podía ser una ilusión. En ese caso, ella pertenecía este lugar. Había sido creada para ser lo que era, y las cosas que tenía que hacer no serían demasiado para ella.

—Estás equivocado, mi señor Rey. —Aunque hablaba bajo, la voz de Kragen era tan apasionada como un grito—. Ahora te comprendo. Cuando vine a ti como embajador de mi padre y solicité una audiencia, decidiste inmediatamente humillarme. Elegiste esta ocasión pública cuando yo deseaba un encuentro privado. Y desde un principio tuviste la idea de enfrentarme con éste —tragó una maldición—, este *juego*. Ya lo tenías preparado y aguardando tu señal. Indudablemente has elegido a dama Terisa de Morgan porque de alguna forma ella aumenta la burla. Realmente, mi señor Rey, me sorprende que te tomaras la molestia de aguardar hasta que yo hubiera explicado mi misión antes de empezar esta charada.

»Ya basta. Regresaré al Monarca de Alend y le informaré de que no deseas una alianza.

—No lo harás. —El tono del Rey hizo que la nuca de Terisa ardiera—. Te sentarás y jugarás.

—¡No!

—¡Por mi espada, sí! ¡Todavía soy el Rey de Mordant, y mi voluntad es ley!

Antes de que el Príncipe o sus guardaespaldas pudieran reaccionar, el Castellano

Lebbick hizo una pequeña señal. A lo largo de toda la galería, los arqueros alzaron sus arcos, tensaron sus cuerdas.

Todas las flechas apuntaban a Kragen.

—¡Traición! —escupió uno de los guardaespaldas. Afortunadamente, conservó el suficiente sentido común como para mantener su espada en su vaina.

—¿Traición, de veras? —dijo ásperamente el Castellano Lebbick, con evidente regocijo—. ¡Contén tu lengua, o la daré de comer a los cerdos!

Lentamente, el Príncipe Kragen se giró en un círculo completo, estudiando la galería, los paneles, la disposición de los bancos y asientos; no había escapatoria. Se enfrentó de nuevo al Rey Joyse. Su expresión era llana, cerrada. La gente en el salón lo observaba sin un sonido.

Entonces dama Elega exclamó:

—¡Vete! —como si algo la atormentara—. ¡Abandona esta locura! Eres un embajador. Tu misión es de paz. ¡Si te hace matar, la maldición de todo Mordant lo llevará a la tumba!

El Príncipe no la miró. No dijo nada.

Con un rápido movimiento, se sentó al otro lado de la mesa, frente a Terisa, y cruzó los brazos sobre su pecho, mirándola con ojos llameantes, como si su mirada fuera una lanza con la que deseara atravesarla.

El Rey Joyse no dijo nada. El Castellano Lebbick rió quedamente y no dijo nada. El Maestro Barsonage se agitó en su silla. El Maestro Quillon parecía haber desaparecido de su radio de visión. Ninguna de las hijas del Rey se movió. Ninguna acudió en ayuda de Terisa.

Era asunto de ella salvar al Príncipe.

No miró su rostro: se concentró en el tablero. Parecía imposible que alguna vez hubiera jugado antes a aquel juego. El sirviente que se lo había enseñado había sido despedido. Quizás había sido amigo suyo sin siquiera pretenderlo. Tal vez por eso precisamente había sido despedido. Al borde del pánico, pensó: ¿Por qué? No: ¿Por qué está haciendo esto el Rey Joyse?, sino: ¿Por qué yo?

Conocía la respuesta. Porque el Rey se comportaba como un lunático, y una humillación como aquélla haría la guerra con Alend inevitable. Porque Mordant no podía permitirse una guerra con Alend. Porque Cadwal estaba ya reuniendo sus hombres. El Maestro Quillon le había proporcionado la respuesta. La estaba observando profundamente. Y Geraden se lo había mostrado en un espejo. Porque formas llenas de protuberancias con terribles mandíbulas habían sido enviadas de ninguna parte para despedazar a los hombres.

Si su pasado no existía, ¿qué tenía que perder?

Al cabo de un largo momento, mientras el sudor se acumulaba en su cuero cabelludo y el miedo se aferraba a su pecho, alargó la mano e hizo su primer movimiento.

Inmediatamente, el Príncipe Kragen descruzó un brazo, tomó la pieza frente a la suya, y la movió en un movimiento idéntico al de ella. Su gesto traicionó las manchas oscuras que permeaban la seda de su sobaco.

Ella asintió para sí misma, y algo de su tensión se relajó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Él no sabía nada del juego. Estaba en sus manos.

Como una distante llamada de cuernos, se le ocurrió que sí había una salida a aquel dilema.

Hizo otro movimiento.

Kragen lo copió.

Rápidamente, para que él no tuviera tiempo de pensarlo dos veces, movió de nuevo. El Príncipe la copió de nuevo.

Tras unos cuantos movimientos más, pudo volverse en su asiento y mirar al Rey Joyse. Su corazón latía como si acabara de correr un importante riesgo, como si hubiera hecho algo que podía marcar toda una diferencia.

—Tablas —dijo.

La pasión en el rostro del Rey parecía próxima a la apoplejía. Estaba a punto de estallar de rabia. O quizá se sentía terriblemente divertido..., no pudo decirlo.

El Príncipe aprovechó rápidamente la oportunidad. Se puso en pie sin dirigir siquiera una mirada a Terisa y dedicó al Rey Joyse una irónica inclinación de cabeza.

—Te doy las gracias, mi señor Rey. Es realmente un juego muy instructivo. Excelente para evaluar a las personas. El Monarca de Alend se sentirá fascinado cuando lo oiga.

»Ahora, con tu permiso, me retiraré. Me temo que el viaje desde Scarab me ha agotado. No puedo proseguir sin descansar antes.

Hizo un gesto con la cabeza a sus guardaespaldas; éstos hicieron también una inclinación de cabeza. Luego se volvió y se dirigió hacia las puertas.

El Rey Joyse tragó con dificultad su emoción.

—Descansa, si debes hacerlo. —Sonaba de nuevo irritable, como un niño decepcionado—. Eres más cachorrillo de lo que pensé.

Las largas zancadas del Príncipe Kragen perdieron su ritmo por un instante; sus hombros se crisparon. Impresionada por la brusquedad con que la misión del embajador había sido rechazada, la gente en el salón lo miraba fijamente..., y al Rey

Joyse.

Pero el Príncipe no se detuvo. Las puertas fueron abiertas para él, y salió con paso enérgico del salón de audiencias.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Elega estaba en pie. En sus ojos destellaban rayos. Su grito resonó contra el alto techo del salón.

—¡Padre, estoy avergonzada!

Tan rápido como su larga y pesada falda y sus enaguas se lo permitían, corrió detrás del Príncipe.

Nadie más dijo nada. Nadie se atrevió.

El Rey Joyse suspiró suavemente. Apartó con ambas manos el pelo de su rostro y reajustó su corona. Luego se rascó las uñas en la barba.

—Eso me entristece —murmuró, como si no supiera que todo el mundo en el salón podía oírle—. Siempre he estado orgulloso de ti.

Se puso cansadamente en pie y bajó los escalones del trono.

Cuando echó a andar hacia la parte de atrás del estrado, Myste dijo con voz suave y dolorida:

—¡Oh, padre! —y corrió tras él.

Terisa hubiera debido sentirse orgullosa de sí misma. Había conseguido un cierto tipo de victoria. Pese a ello, sin embargo, Myste estaba dolida, y Elega furiosa; y el Rey Joyse se había convertido en algo que era mucho menos de lo había sido antes, mucho menos de lo que necesitaba ser. Terisa se quedó con una sensación tan hueca como unas tablas en su corazón. El recuerdo de los cuernos había desaparecido.

Unos días sin nada que hacer

Terisa hubiera tenido problemas para hallar por sí misma su camino de vuelta a sus habitaciones: no estaba familiarizada con aquella sección de Orison. Pero el Castellano Lebbick no la dejó sola. Tan pronto como los señores y damas empezaron a partir, murmurando y discutiendo entre sí su sorpresa, le asignó uno de los guardias para que la escoltara.

El camino pareció más largo de lo que recordaba; pero finalmente estuvo en su suite, con la puerta cerrada a sus espaldas y el cerrojo corrido, y tuvo su primera oportunidad de pensar en todo lo que le había ocurrido hoy.

Se sorprendió de ver desde sus ventanas que el cielo estaba claro y que los techos y torres cubiertos de nieve del castillo tenían una tonalidad rosada, mientras el anochecer cubría con su sábana el suelo y las distantes colinas. No se había dado cuenta de que fuera ya tan tarde. Durante un momento olvidó todo lo demás y simplemente contempló el anochecer, sumida en trance ante la forma en que hacía que Orison pareciera como un lugar de cuento de hadas..., vieja piedra emparedada en invierno y oscuridad, y sin embargo tendiéndose como esperanza o sueños hacia la luz y el cielo y el delicado toque de la gloria del sol. Ahora fue capaz de recordar el sonido de cuernos. Por un largo momento ansió abandonar el castillo, no escapar de vuelta a la ilusión de su vieja vida sino adentrarse más en el mundo de Mordant y descubrir el lugar entre árboles y colinas donde era posible oír a los cazadores o músicos llamar a la alegría y la pasión en medio del frío.

¿Cómo había sabido el augurio lo de los jinetes en su sueño?

Podía pensar en una respuesta, por supuesto. Si había sido creada por un espejo, entonces también un espejo había creado sus sueños.

Por alguna razón, eso no la ayudó.

Tenía tanto que contarle a Geraden. Independientemente de lo que sintiera hacia el Maestro Eremis, Geraden era la única persona en la que confiaba para que la ayudara a decidir qué debía hacer.

Tenía que tomar alguna decisión..., aquello era obvio. Tenía que emprender alguna acción. El Rey Joyse estaba en el sendero de la autodestrucción..., un sendero más peligroso que la pasividad que le adscribía la gente. Ahora sabía que no era pasivo. Negándose a respaldar las defensas de Pardon, al igual que humillando al Príncipe Kragen, estaba trabajando activamente hacia la ruina de Mordant.

Era evidente que Mordant necesitaba un líder lo bastante fuerte como para tomar el mando de las circunstancias..., y lo bastante inteligente como para ser

constructivo. No el Castellano Lebbick: era demasiado ferozmente leal al Rey. No la Cofradía como cuerpo. Pese al poder que representaba, estaba demasiado dividida para ser efectiva. ¿El Adepto Havelock? Estaba loco. ¿El Maestro Quillon? Desconocía cuáles eran sus motivos, pero no podía imaginarlo encabezando la lucha por la supervivencia de Mordant.

Eso dejaba al Maestro Eremis.

A Geraden no le gustaría la idea, por supuesto. Pero quizás ella pudiera convencerle. Si aceptaban ayudar al Maestro, tal vez ella tuviera la posibilidad de pasar más tiempo con él.

El pensamiento trajo de vuelta la sensación de su boca sobre sus pechos. Cruzó los brazos sobre ellos y se estremeció. Saddith había afirmado: *Cualquier Maestro me dirá todo lo que yo desee..., si concibo un deseo para algo que él conozca. Y había dicho: Lo mismo es cierto para ti, si decides hacer que así sea.* Bien, ¿por qué no? Carecía de la experiencia de Saddith..., y de su habilidad. Pero Eremis la hallaba deseable.

Nadie la había hallado nunca deseable antes.

Mientras el sol se ponía y la oscuridad engullía el castillo, se apartó de la ventana, se sirvió un vaso de vino, y se acomodó para recrearse en lo que estaba pensando.

Más tarde, Saddith le trajo la cena. La doncella deseaba hablar: Orison estaba lleno de rumores acerca de la audiencia del Príncipe Kragen, y ella los había oído todos, pero deseaba conocer la verdad. Terisa descubrió, sin embargo, que estaba demasiado cansada —y demasiado cohibida— como para hacerle justicia al tema. Los acontecimientos del día habían agotado sus recursos naturales. Y sus pensamientos sobre el Maestro Eremis la habían conducido a una actitud soñolienta. Tras unas pocas disculpas medio sentidas, despidió a Saddith. Luego tomó su cena, bebió un vaso más de vino, colgó sus ropas en la parte del guardarropa que no tenía ninguna silla apoyada contra su fondo, y se fue a la cama.

Se quedó dormida casi inmediatamente...

... y la despertó un sordo golpear contra madera. Sueños que no podía recordar nublaban su cerebro: estaba segura, con una seguridad como gachas frías y cuajadas, de que lo que había oído era el sonido de sus ropas golpeando contra la puerta del armario, suplicando salir..., frenéticas por dissociarse de los falsos refajos y engañosos trajes que le habían sido prestados para seducirla fuera de sí misma. Algo de todo aquello no tenía sentido, pero no pudo imaginar lo que era: las gachas estaban demasiado espesas para poder agitarlas.

El golpeteo se repitió. Al cabo de un largo y estupefacto momento, se dio cuenta de que procedía del guardarropa equivocado.

Procedía de la puerta que daba al pasadizo secreto.

Al principio, su cabeza estaba tan densa por el sueño y el cansancio que ni siquiera tomó en consideración contestar a la llamada. A este paso, pensó tan claramente como pudo, nunca voy a poder descansar. ¿Acaso todo el mundo se pasa aquí la noche deslizándose tras las espaldas de todo el mundo?

El problema, sin embargo, no desapareció simplemente ignorándolo. La llamada se repitió; una voz ahogada croó:

—¡Mi dama!

Por todo lo que sabía, tan sólo el Maestro Quillon y el Adepto Havelock conocían aquel pasadizo.

Si los golpes se hacían más fuertes, los guardias al otro lado de su puerta los oirían.

—De acuerdo —murmuró, mientras apartaba las mantas y bajaba tambaleante de la cama—. Ya voy.

Afortunadamente, el fuego de la chimenea se había apagado. Como resultado de ello, el aire era frío..., y eso le recordó que estaba desnuda. Su cabeza empezó a aclararse. Se desvió hacia el armario seguro, sacó sus ropas y se las puso. El golpeteo empezó de nuevo.

—Ya voy —respondió, tan fuerte como se atrevió.

Tan pronto como hubo descalzado la silla, la puerta se abrió y la luz de una lámpara iluminó el guardarropa.

Aunque sus ojos no estaban acostumbrados a la luz, no tuvo ningún problema en identificar a su visitante. El Maestro Quillon pasó junto a la ropa colgada y salió del armario.

—Mi dama —susurró, con una cierta aspereza—, tienes el sueño fuerte.

—Lo siento. —No hizo ningún esfuerzo para que su voz reflejara que realmente lo sentía—. Todavía no estoy acostumbrada a que la gente llame a mi habitación en mitad de la noche.

—Yo también debería estar dormido —respondió él—. Pero algunas cosas son más importantes. —La irritación hizo que su nariz se frunciera. A la luz de la lámpara parecía más que nunca un conejo. Pero la intensidad de su actitud no encajaba con su rostro. Daba a sus ojos un resplandor maníaco, como la mirada de un animalillo rabioso—. ¿Has visto a Geraden desde la audiencia del Príncipe Kragen?

Aquello la tomó por sorpresa. La actitud del hombre era amedrentadora. Asomos de peligro llenaron repentinamente el aire.

—¿Ha desaparecido?

—¿Desaparecido? Tonterías. ¿Por qué debería haber desaparecido? Sólo quiero saber si has hablado con él en algún momento hoy..., en algún momento desde que lo separé de ti.

Terisa inspiró profundamente, intentó tranquilizarse.

—¿Qué ocurre?

Con una semisonrisa que era casi una mueca, Quillon preguntó:

—Mi dama, ¿has hablado con él?

—No —respondió defensivamente—. No le he visto. No he hablado con él. ¿Qué ocurre?

El Maestro Quillon la miró por unos momentos con ojos llameantes. Luego suspiró.

—Bien —y su rostro se relajó un poco—. Eso está bien. —Pero su mirada no se apartó de ella.

»Mi dama, has oído mucho en la reunión de la Cofradía. Y me aventuraría a suponer que has oído mucho más de boca del Maestro Eremis. No debes hablar de esos asuntos con Geraden. No debes decirle *nada*.

—¿Qué? —Una punzada de dolor atravesó su cuerpo; la alarma se cerró en torno a su estómago. Había pensado en verle de nuevo, en pasar el día con él, en contárselo todo—. ¿Por qué? ¡Él es el único con quien puedo hablar!

—Porque —articuló claramente el Maestro— ésa es la única forma en que podemos mantenerle con vida.

—¿Qué?

—Mientras lo ignore todo, sus enemigos no se arriesgarán a exponerse matándolo. Si le cuentas lo que sabes, seguramente actuará de acuerdo con ello. Entonces será demasiado peligroso, y lo matarán.

—¿Lo matarán? —Estaba temblando por dentro. El suelo y la luz de la lámpara parecían oscilar—. ¿Por qué querría alguien matarle?

—Mi dama —respondió Quillon con voz seca—, tiene que resultarte obvio que tu presencia aquí no puede ser un accidente. Fuiste trasladada a través de un cristal que no podía haber sido utilizado con ese propósito. ¿Cómo se hizo? Ningún error o torpeza puede explicarlo. Tú insistes en que no eres la responsable. Entonces, ¿quién es?

»Mi dama, eres importante. —Bruscamente, el Maestro Quillon se volvió y empezó a abrirse camino de vuelta al interior del armario. Su voz quedó oscurecida por la ropa—. Geraden es crucial.

Por un momento, Terisa contempló sus espaldas mientras entraba en el pasadizo y

cerraba la puerta, cortando la luz. Luego ella se puso también en movimiento. El pensamiento de que la vida de Geraden dependía de su silencio era tan agudo que casi le hizo lanzar un grito. Apartando bruscamente la ropa a un lado, alcanzó la puerta y la abrió de un tirón.

El Maestro Quillon estaba ya bajando las escaleras. Se detuvo ante el ruido, alzó la vista hacia ella. El ángulo de su lámpara arrojó sombras como charcos de oscuridad sobre sus ojos.

—¿Mi dama?

—¿Quiénes son sus enemigos?

Pudo ver su expresión. Su voz era llana.

—Si supiéramos eso, podríamos detenerles.

Antes de que ella pudiera decir nada, se volvió de nuevo y prosiguió su descenso. Su silueta se retorció como una marioneta.

—¿Quiénes son sus amigos?

Los ecos de los pies del Maestro Quillon no respondieron.

Cuando ya no pudo oír sus sandalias en los escalones, o estar segura del resplandor de su lámpara, Terisa abandonó el pasadizo. Cerró la puerta y volvió a asegurar la silla contra ella, formando cuña.

Al cabo de unos momentos, regresó a la cama.

A la mañana siguiente, había tomado al menos una decisión.

No iba a ir a hablar con Geraden.

Desgraciadamente, eso no iba a ser tan fácil como parecía. Su deseo de confiar en él era fuerte. Y sabía que podía herirle con su silencio.

Para protegerle, tendría que evitarle por un tiempo.

Así que se levantó temprano. Pese a su inexperiencia, consiguió encender los fuegos de las chimeneas. Castañeteando contra el frío, se bañó meticulosamente. Luego, desafiando la dificultad de unas ropas que no habían sido diseñadas para ponérselas sin ayuda, se enfundó un púdico traje color gris paloma que, esperaba, la permitiría confundirse con el entorno.

Tenía intención de pedirle a Saddith que la acompañara a una visita por Orison..., una visita tan completa como fuera posible. Si estaba ocupada haciendo algo que Geraden no esperaba y no podía predecir, y si se camuflaba contra un descubrimiento accidental, podía conseguir un día de respiro de las elecciones y las crisis.

Vestirse ella sola tomó su tiempo, sin embargo. Cuando hubo terminado, no tuvo que aguardar mucho para el desayuno. Saddith no tardó en llamar a la puerta y entrar

cuando hubo descorrido el cerrojo, con una bandeja de comida en las manos. Hoy parecía un poco más alegre —o quizás un poco más animada— que de costumbre: su sonrisa era más picante, su paso más vivo. Movida por un impulso, Terisa dijo:

—Pareces feliz. ¿Has vuelto a pasar la noche con ese Maestro tuyo? ¿O has encontrado a alguien mejor?

—Oh, mi dama —protestó Saddith, agitando las pestañas—, ¿qué quieres decir? Soy tan casta como una virgen. —Luego sonrió—. Es decir, soy tan perseguida como sueñan serlo la mayoría de las vírgenes.

Riendo ante su propio humor, empezó a disponer el desayuno sobre la mesa.

Mientras comía, Terisa propuso su idea de ir a dar una vuelta por Orison. La doncella aceptó inmediatamente.

—Sin embargo —dijo, estudiando cuidadosamente a Terisa—, primero debemos arreglar tus ropas. Si tu intención era aparecer como si hubieras dormido con ellas puestas, luchando por tu virtud, lo has conseguido. Realmente, mi dama, debes permitirme que te ayude con estas cosas.

—No creí que estuvieran tan mal. —Terisa tenía prisa por marcharse: no deseaba correr el riesgo de que Geraden se estuviera dirigiendo en aquellos momentos a verla. Pero una mirada más atenta a sus ropas la convencieron de que Saddith tenía razón. Tuvo que aceptar las atenciones de la doncella.

Aquello fue un error. Saddith necesitó sólo unos minutos para ajustar y volver a abrochar su traje; pero, cuando ya terminaba, hubo otra llamada en la puerta.

El corazón de Terisa se detuvo. No estaba preparada para aquello. ¿Iba a tener que mentirle? No creía que pudiera soportarlo.

Saddith, por supuesto, no tenía la menor idea de lo que había en la mente de Terisa. Con paso elástico, abandonó el dormitorio para responder a la puerta. Terisa la oyó decir con tono incitante:

—Apr Geraden, qué sorpresa. ¿Has venido a pagarme por mi ayuda de ayer? Para ello necesitamos intimidad. ¿O pretendes desdeñarme y prefieres a mi dama Terisa?

La risa de Geraden sonó un poco incómoda.

—Oh, vamos, Saddith. Puedes conseguir a alguien mejor que yo. De hecho, ya has conseguido a alguien mejor que yo. Lo mejor que yo puedo hacer es pedirle a dama Terisa hablar un poco con ella. ¿Está disponible?

—Geraden —respondió Saddith con burlona severidad—, ninguna mujer está *disponible*.

Riendo para sí misma, regresó al dormitorio, donde Terisa aguardaba como si se estuviera ocultando.

—Mi dama, el Apr Geraden está aquí. Será una compañía mejor que la mía para una exploración de Orison. Es masculino, aunque sea un tanto torpe, se azare fácilmente y sólo sea un Apr. Te dejaré con él.

No, intentó decir Terisa. Por favor. Pero Saddith se dirigía ya hacia la salida de la habitación. Dirigió otra pulla a Geraden y cerró la puerta tras ella.

Terisa permaneció por un momento donde estaba, deseando estúpidamente saber maldecir. Pero no podía seguir allí, paralizada, eternamente. Geraden terminaría dando unos pasos más en la salita, y entonces la vería. Sintióse al menos tan avergonzada como se había sentido frente al joven de aspecto de barracuda hacia el que su padre había intentado interesarla —intentando casarla con él de modo que ya no tuviera que preocuparse más por ella—, abandonó el dormitorio.

La sonrisa de Geraden casi arruinó sus buenas intenciones: parecía tan feliz de verla que deseó romper de inmediato con todas sus decisiones y contárselo todo. Lo único que pudo hacer fue mirarle y obligar a su boca a formar una sonrisa.

—Lamento no haber podido verte de nuevo ayer —empezó inmediatamente él; no pudo ocultar el placer que burbujeaba en su garganta—. No sé qué le ocurrió al Maestro Quillon. Normalmente no es tan irrazonable. Me llevó a su taller particular y me puso a trabajar moliendo arena. ¡Imagina, entre todas las cosas, moliendo arena! Ese trabajo es tan menor y automático que normalmente ni siquiera los nuevos Aprs tienen que hacerlo. Entonces llegó el mensaje de que el Príncipe Kragen estaba aquí y que el Rey Joyse iba a concederle una audiencia. Pensé que eso me *salvaría*. Pese a lo que le ocurriera, el Maestro Quillon no esperaría hacerme seguir moliendo arena en unas circunstancias como aquéllas.

Sonrió.

—Acerté, como siempre. No me obligó a seguir moliendo arena. En vez de ello, me dio instrucciones para que preparara el más complejo de los tintes del que he oído hablar nunca, y me dijo que lo preparara en tres formas distintas. «Para propósitos experimentales». Algunos Maestros nunca dejan que sus Aprs efectúen un trabajo tan sofisticado. Y habían pasado años desde la última vez en que *algún* Maestro me diera un trabajo como aquél. No supe si sentirme agradecido o degollarme.

»Sea como sea, no terminé hasta pasada la medianoche. Aún no estoy seguro de haberlo hecho correctamente.

»Supongo que me perdí toda la excitación.

La garganta de Terisa parecía como de algodón. Tragó saliva dificultosamente.

—Supongo que ya habrás oído hablar de ello.

Él asintió lentamente, estudiándola: lo sorprendente de su actitud enfrió su entusiasmo.

—¿Jugaste realmente al brinco contra el Príncipe Kragen?

Incapaz de mirarle de frente, Terisa se dirigió a la ventana. El cielo claro de la tarde anterior había desaparecido: ahora, unas nubes bajas tan pesadas como piedras cubrían el castillo y las colinas circundantes, haciendo que todo pareciera gris. A aquella luz, el traje que había elegido parecía tan apagado como su espíritu.

—Sí.

Geraden silbó apreciativamente.

—¡Sorprendente! Y él no conocía el juego. ¿Cómo conseguiste conducirlo hasta unas tablas? Eso fue impresionante. El Monarca de Alend debería concederte un título por tratar a su honor con tanta cortesía. —Entonces su tono se ensombreció—. A juzgar por los rumores, eso fue la cosa más inteligente que hizo alguien en medio de todo aquel desastre. Si el Rey Joyse tuviera la mitad de tu buen sentido, aún podría haber esperanzas para nosotros.

Oh, Geraden. Odiándose a sí misma por lo que tenía que hacer, aprovechó la oportunidad que él le brindaba inintencionadamente, la posibilidad de desviar —o al menos posponer— sus inevitables preguntas. Sin volver la *cabeza*, dijo *amargamente*:

—Pero ése es precisamente el asunto, ¿no? Él no tiene el menor sentido común. Por todo lo que puedo decir, arregló toda esa audiencia sólo por una razón..., para burlarse del Príncipe. *Quiere* la guerra con Alend.

Entonces se volvió, obligándose a mirarle porque se sentía avergonzada.

—Geraden, ¿por qué eres leal a él? Quizás en su tiempo fue un gran rey..., no lo sé. Pero ya no queda nada de eso. —Habló como si durante la audiencia hubiera sido capaz de rechazar la sonrisa del rey..., como si pudiera rechazarla ahora—. ¿Por qué no lo abandonas?

La rápida expresión dolida en sus ojos le hizo desear echar a correr al dormitorio y ocultar la cabeza bajo las almohadas. Débilmente, concluyó:

—Por eso los Maestros no confían en ti. Porque eres leal a él, y nadie puede comprender por qué.

—¿Es eso lo que te han dicho? —respondió inmediatamente él—. ¿Que no confían en mí porque aún sirvo a mi Rey? Pensé que era porque no he hecho nada bien desde que tenía nueve años.

Dolida, ella se volvió de nuevo hacia la ventana y apoyó la frente contra el frío cristal para enfriar el dolor. ¿No hablarle? ¿No decirle la verdad? ¿Cómo podía hacer aquello, incluso para salvarle la vida?

—Lo siento —le oyó decir, apenado por su reacción—. No quería decir eso. Es

sólo que éste es un punto que me escuece. Como probablemente te habrás dado cuenta.

»Pero tengo la intensa sensación... —Se detuvo.

Ella aguardó, pero él no siguió hablando. Finalmente, ella preguntó:

—¿De qué se trata esta vez?

Como si las palabras le fueran arrancadas por una profunda pero involuntaria convicción, él respondió:

—Tengo la intensa sensación de que él sabe lo que hace.

—¡Oh, Geraden! —No pudo contenerse: se enfrentó a él de nuevo, mostrando claramente su irritación—. ¿Crees realmente que iniciar una guerra con Alend es *saber lo que hace*? ¿Crees que es una *buena* respuesta a los problemas de Mordant?

—No —admitió él hoscamente—. Ya te he dicho que mis sentimientos siempre resultaban equivocados. Pero no puedo simplemente ignorarlos. —Al cabo de otra vacilación, dijo—: No te he contado la primera vez que le conocí.

Creyendo saber lo que venía a continuación, Terisa se retrajo interiormente.

—¿Quieres sentarte?

—No, gracias. —Su actitud era abstraída: su mente estaba clavada en la historia que deseaba contar—. Pasé demasiadas horas ayer inclinado sobre un mortero. Todavía me duele la espalda. —Empezó a caminar lentamente arriba y abajo frente a ella.

»Por aquel entonces yo debía tener once o doce años, y nunca había estado fuera de casa. Oh, apenas había un kilómetro de Domne por el que no hubiera cabalgado o que no hubiera explorado, arrastrado tras mis hermanos, realizando las tareas que me daban o —sonrió— intentando eludir mis obligaciones. No me importa lo que digan los demás. Domne es el más hermoso de los Cares, sobre todo en primavera, cuando los manzanos, los cerezos silvestres y los ciclamores florecen..., y me encantaba explorarlo, jugando en lugares como el Puño Cerrado, cabalgando como un loco en las últimas estribaciones de las montañas.

Suspiró alegremente.

—Pero Houseldon era el centro de mi vida. Mi padre, el Domne, es un hombre que ama su hogar más que cualquier otro lugar en el mundo. Prefiere la compañía de su familia a la de nadie..., aunque la gente lo considera como uno de los amigos más queridos del Rey. Cada uno o dos años tenía que ir a alguna parte para hacer algo en nombre del Rey Joyse de Mordant, y siempre se llevaba al menos a dos de mis hermanos con él. Así fue como Artagel descubrió su talento para la lucha, cosa que nunca hubiera hecho en casa. Pero yo siempre era demasiado joven para ir. Era el

bebé de mi madre, por supuesto. Y cuando ella murió, Tholden, mi hermano mayor, y su esposa ocuparon su lugar como si creyeran que yo nunca iba a crecer.

»En algunos aspectos, es difícil describir por qué yo no me parecía a mi padre. Tholden, ciertamente, sí se parecía: cuando se convierta en el Domne, ni siquiera los queridos cerezos silvestres de mi padre se darán cuenta de la diferencia. Lo mismo puede decirse de Minick y Wester, que es el guapo de la familia. Y la única *razón* de que no cuente a Stead es que siempre prefirió cortejar a todas las chicas de Domne que hacer su parte del esquilar. ¿Te he dicho alguna vez que nuestra familia cría ovejas? Nos encargamos de todo tipo de labores del campo, por supuesto. Todos los Cares lo hacen. Pero las ovejas y las telas son lo que nos ha dado la fama. —Sonaba orgulloso—. Tan pronto como mis hermanos descubrieron lo torpe que era yo —siguió irónicamente—, se negaron a dejar que me acercara a las tijeras de esquilar. Pero un verano hice tanto pastoreo que llegué a conocer todas las ovejas en un radio de diez kilómetros por sus nombres.

»Ahora que lo miro en retrospectiva, creo que el amor de mi padre debió ser algo irresistible. Todavía puede sacarle a una oveja toda la lana de una pieza de modo que pueda ser usada tal cual. Sus ojos se iluminan cuando ve brotar una nueva planta o crecer una nueva cosecha. Y disfruta con la compañía de sus hijos como si fueran la mejor gente del mundo. Incluso consigue apreciar mis puntos *buenos...*, sean cuales sean. Cada vez que vuelvo a casa, paso los primeros quince días sorprendido por mi buena suerte y preguntándome por qué me fui.

Se encogió de hombros y sonrió.

—Paso los *siguientes* cinco días intentando imaginar cómo decirle al Domne que tengo que irme de nuevo. Quizá sea porque nunca fui con él en sus viajes. Tenía que esperar hasta que él y mis hermanos volvían y pasaban toda la siguiente estación contando historias acerca de todas las cosas excitantes que habían visto y hecho. Yo era como Nyle en eso. Excepto yo, él es el más joven. También tenía que quedarse en casa. Cuando Artagel fue a entrenarse con los ejércitos de Mordant, Nyle y yo lo tratábamos como si fuera un personaje real que venía de visita. Deseábamos que nos lo contara todo.

»O quizá sea porque el Rey Joyse envió a la Reina Madin y a sus hijas a permanecer con nosotros durante más de un año cuando yo tenía cinco o seis años. Lo que ocurría, creo, era que el Monarca de Alend y el Gran Rey Festten estaban desesperados defendiendo a sus Imageros, y el Rey Joyse temía que pudieran intentar detenerle atacando a su familia. Sea como sea, dama Elega y yo éramos casi de la misma edad, y nos pasábamos casi todo el tiempo jugando juntos. Incluso entonces —su cariño hacia ella era evidente—, estaba tan llena de ser la hija del rey que yo apenas sabía qué hacer con ella. Pero la admiraba por eso. Me encantaban sus

historias de guerra y poder, aunque ella se adjudicaba el crédito de salvar el reino más a menudo de lo que se supone que las niñas de cinco años pueden hacer. Joven como era yo, ella me hacía sentir ansias de explorar todo el mundo de la misma forma en que exploraba Domne.

»O quizá sea simplemente que la cosa más excitante que conocía de mi padre era su amistad con el Rey.

»Fuera cual fuese la razón, nunca, desde que tengo uso de razón, me sentí contento con la idea de ser granjero u ovejero.

Bruscamente, se detuvo y miró a Terisa.

—Lo siento. No pretendía divagar en estos detalles. Simplemente quería que comprendieras qué tipo de muchacho era cuando conocí por primera vez al Rey Joyse.

—No te disculpes —respondió ella amablemente. Se sentía agradecida por cualquier cosa que lo mantuviera apartado de hacerle preguntas. Y le gustaba oírle hablar de su familia. Su entorno era tan extraño a su experiencia como el propio Mordant o la Imagería; pero también era atractivo..., tan extraño y maravilloso como un cuento de hadas—. Si no lo hubieras señalado, jamás me hubiera dado cuenta de que estabas divagando.

Él inclinó alegremente la cabeza.

—Eres demasiado graciosa, mi dama. —Y reanudó su historia.

»Como he dicho, fue probablemente hace trece años. Mordant estaba aproximadamente en paz porque el Adepto Havelock no estaba preparado aún para poner al descubierto al archi-Imagero y su cábala, y el Rey Joyse estaba efectuando una gira real, preparándose para los días en que sus guerras terminarían al fin. Después de Termigan, vino a Domne.

»El día que llegó, yo estaba desherbando maíz en uno de los campos cerca de Houseldon. Estaba tan lejos como me había atrevido a ir, y sólo fui hasta allí porque el campo estaba en una colina que me permitía vigilar el camino. Me sentía tan excitado que olvidaba constantemente mirar donde clavaba la *azada*. Cuando el Rey y su séquito aparecieron finalmente a la vista —rió para sí mismo—, yo había dejado todo un sendero de maíz arruinado en medio mismo del campo.

»Pero eso no me preocupaba. Tan pronto como le vi llegar, dejé caer mi azada y eché a correr.

»Hay una empalizada en torno a Houseldon, principalmente para mantener a los animales fuera, y desgraciadamente había una gran porqueriza entre yo y la puerta más cercana. De todos modos, uno de mis hermanos, en un momento de humor emprendedor, había colocado un largo tronco cruzando la porqueriza como un atajo,

y yo me encaminé a él para ahorrar tiempo.

»Ya puedes imaginar lo que ocurrió. —Hizo una mueca de burlón disgusto—. Pero eso no me detuvo. *Tenía* absolutamente que ver al Rey Joyse tan pronto como fuera posible. Era la cosa más urgente de mi vida. Así que conseguí llegar frente a nuestra casa justo en el momento en que el Rey y su gente: la Reina Madin con Elegia, Torrente y Myste, el Adepto Havelock y su zarrapastrosa casulla, el Castellano Lebbick y un puñado de guardias, dos o tres de los consejeros del Rey, y un pequeño número de sirvientes..., ¿lo ves?, lo recuerdo todo..., llegué allí justo en el momento en que desmontaban. —Bufó—. Tenía rabos de cerezas en el pelo, mondaduras de naranja en mis ropas, cortezas de melón pegadas a mis pies, y aún chorreaba lodo por todos lados.

»Mucha gente se echó a reír al verme, excepto Elegia, que se puso furiosa..., pero mi padre y el Rey no lo hicieron. El Domne dijo: “Mi señor Rey, éste es mi hijo más pequeño, Geraden”, como si nunca me hubiera querido tanto como me quería en aquellos momentos. Entonces el Rey me hizo señas de que me acercara a él. Pese al lodo, apoyó sus manos en mis hombros y los apretó fuertemente. “Me gustas, muchacho”, dijo. “Ven a Orison dentro de algunos años”. Simplemente así. “Ya tenéis un luchador en la familia, y Artagel lo hace bien. Tú serás un Imagero”.

De nuevo detuvo su pasear para mirar firmemente a Terisa.

—Me hizo más feliz de lo que nunca lo había sido en mi vida. Y no puedo olvidar eso. No soy tan leal a él como debería serlo..., él no quiere que hable contigo, ¿recuerdas?..., pero es mi Rey, y no dejaré de intentar servirle tan bien como pueda.

Entonces se echó a reír, cohibido.

—Al menos, ésta es la mejor explicación que puedo ofrecerte. Al paso que estoy yendo, si sigues haciéndome más preguntas nunca tendrás la oportunidad de contarme lo que te ocurrió ayer.

Una punzada de dolor cruzó el cuerpo de Terisa. Incapaz de enfrentarse a su mirada, dijo:

—Me gusta oírte hablar de tu familia. ¿No escuchaste a Saddith mencionar la posibilidad de ir a dar una vuelta? Ella iba a llevarme a visitar Orison. Me gustaría conocer un poco mejor este lugar. —Deliberadamente engañosa, añadió—: Esta habitación está empezando a darme fiebre de cabina.

Olvidando su aspecto cohibido de unos momentos antes, Geraden se volvió inmediatamente serio e intenso.

—Te acompañaré de buen grado a esa visita. Después de lo de ayer, también a mí me irá bien una escapada. Pero esa reunión en la Cofradía es demasiado importante para hablar de ella en público. Con mi suerte, alguien podría oírnos. ¿Por qué no me

cuentas lo que ocurrió después de que tuviera que marcharme? Luego nos iremos.

Si secretamente deseaba saber lo que había hecho Terisa con el Maestro Eremis, ocultó muy bien su deseo. Sin embargo, ella necesitaba alguna forma de desviarle de nuevo y no tenía más ideas, así que dijo:

—¿Estás seguro de que no es del Maestro Eremis de quien quieres oír hablar? Te mostraste bastante ansioso por interrumpirnos.

Intentó hacer que sus palabras sonaran intencionadas..., y fracasó por completo. De hecho, sonó exactamente igual que su madre, fingiendo alegría para disimular el aguijón en lo que decía.

Involuntariamente, Geraden frunció el ceño para evitar un sobresalto; su rostro se oscureció.

—¿Me equivoqué, mi dama? —preguntó, rígido—. ¿Acaso el Maestro Eremis te quiere bien?

No pudo responder a aquello. Se sentía tan avergonzada de sí misma. Suavemente, como si se disculpara, dijo:

—¿Sabes lo que hizo? Probó que yo no existo. O que no existía hasta que tú me hallaste en el espejo. Tú debiste crearme de alguna forma.

Bruscamente, el Apr se puso furioso. Sus ojos ardieron.

—¿Te *convenció* de eso? ¿A *ti*? Debió ser una buena exhibición de lógica. ¿Qué dijo realmente? ¿Qué argumentación utilizó esta vez?

Sorprendida y un poco asustada por la reacción de Geraden, Terisa respondió:

—El lenguaje. Los espejos no trasladan el sonido. —Confusamente, repitió la esencia de lo que le había dicho el Maestro Eremis.

Como respuesta, Geraden alzó las manos. Se dirigió a la ventana y miró con ojos furiosos el paisaje invernal.

—Ese hijo de un mestizo —jadeó—. ¿Por qué *hace* cosas así?

Luego, bruscamente, se volvió de nuevo hacia ella.

—Todo esto es mierda de cerdo, y él lo sabe. Es una argumentación interesante, pero no *prueba* nada.

Ella le miró en silencio.

—Al menos hay una explicación alternativa. La translación cambia las cosas. Eso es parte de la magia. El lenguaje no es la única explicación. Cuando yo meto la cabeza en ese espejo, el que muestra el campeón, no tengo ningún problema en respirar. Pero seguro que un mundo como ése tiene que tener un aire distinto al nuestro. ¿Por qué un espejo debería crear paisajes extraños, gente extraña, poderes extraños, criaturas extrañas..., y no un aire extraño? Eso no tiene sentido. Yo debo

cambiar con la traslación a fin de poder seguir respirando. Si esa gente no se hubiera mostrado tan decidida a matarme inmediatamente, seguro que hubiéramos podido hablarnos.

»Tampoco puedo probar eso, por supuesto. Pero probarlo no es lo más importante. Lo más importante es que la respuesta que te dio el Maestro Eremis no es inevitable. Hay otra explicación.

»No es el amor lo que le hace hablarte de esa forma. —Su tono era duro, como un puño apretado. No parecía darse cuenta de que ella, frente a él, se estaba sumiendo en el pánico.

¿El pasado *era* real? ¿Ella no podía simplemente darle la espalda y seguir adelante, como si tuviera un papel que representar y el derecho a representarlo? Entonces no pertenecía allí..., y todo lo que hiciera era demasiado importante. Sus errores podían causar serios daños: el riesgo que había corrido por el Príncipe Kragen contra el Rey Joyse podía tener terribles consecuencias.

Apenas oyó a Geraden decir:

—Hay alguna razón por la que él desea que creas que yo te creé. Quiere algo de ti. —Hizo una amarga mueca—. Ya lo sé, quiere llevarte a la cama..., pero no es eso lo que quiero decir. Si fuera así de simple, no se hubiera tomado la molestia de trastornarte de ese modo.

»Mi dama, ¿qué ocurrió durante la reunión de la Cofradía después de que yo me fuera? ¿Qué se decidió?

Ella apenas le oía..., pero de pronto las palabras se enfocaron ante ella, y captó lo que él acababa de decir. El color huyó de su rostro.

—¿Decidir? —murmuró, intentando no jadear. Incluso esto podía estar equivocado, la decisión de protegerle. Quizá no debiera confiar en el Maestro Quillon. O quizá Geraden necesitaba morir..., tal vez era un peligro para Mordant, en alguna forma que ella jamás podría comprender porque no pertenecía a aquel lugar. No sabía lo suficiente: la respuesta correcta no estaba a su disposición. La invadió una sensación de debilidad, y la oscuridad giró en torno a los bordes de su visión. Sus rodillas empezaron a doblarse.

De alguna forma, Geraden cruzó la distancia que los separaba. La estaba sujetando, aferrándole los brazos con sus manos.

—¡Terisa! —siseó en un arranque—. ¿Qué decidieron?

Se vio incapaz de resistir. Si él la soltaba, estaría perdida.

Un momento más tarde, sin embargo, descubrió que la urgente necesidad en el rostro del joven le devolvía sus fuerzas. Él corría un peligro mucho más grande del que ella podría correr nunca. El Maestro Quillon tenía razón respecto a eso: Geraden

era demasiado apasionado y decidido para estar seguro. No podía permitir que le mataran, no podía dar a sus enemigos una excusa para matarle.

Pero, mientras enderezaba sus rodillas, mientras recuperaba su fortaleza, se dio cuenta de que no había ninguna salida. No podía permitir que lo mataran. ¿De qué serviría? Pero tampoco podía mentirle. Le resultaba imposible mentirle a ningún hombre que la mirara de aquella forma. Aunque nunca antes hubiera existido en su vida, era real en estos momentos gracias a la forma en que él la miraba, a la vez preocupado por su seguridad y desesperado por su ayuda.

Uno tras otro, liberó sus brazos. Sintióse débil todavía, dijo:

—Me dijeron que no te lo contara. Me dijeron que si sabías lo que iba a hacer la Cofradía tus enemigos te harían matar.

Con la misma brusquedad de una bofetada, la sorpresa cruzó el rostro de Geraden. Retrocedió un paso.

—¿Matarme...? —Sus ojos fueron de un lado a otro, como buscando comprensión—. ¿Yo? ¿Qué enemigos? ¿Por qué querría nadie...? —Las preguntas brotaron en fragmentos: no podía moldearlas el tiempo suficiente para mantenerlas—. ¿Y tú...? ¿Te dijeron *eso*? ¿Quiénes son...?

Bruscamente, se controló con un casi visible esfuerzo de voluntad, aplastó su confusión. Murmuró, con voz tensa:

—Pobre mujer. Sabes algo que yo no sé y que sabes que necesito saber, pero crees que eso puede costarme la vida si me lo dices. Y si yo te digo que no tengo ningún enemigo..., no puedo *imaginar* el que tenga enemigos..., no sabrás a quién creer.

Ella asintió. Si él seguía hablando de aquel modo, iba a echarse a llorar.

Sin advertencia previa, él hizo algo que la sorprendió de pies a cabeza. Nada en el severo amor de su padre o en la debilidad del Reverendo Thatcher o en el deseo del Maestro Eremis la habían preparado para la forma en que Geraden deshizo el nudo que atenazaba su garganta y tragó su zozobra y le ofreció una sonrisa que era casi un regalo.

—¿Sabes, Terisa?, me parece que es una gran idea dar una vuelta por el castillo. —Se enfrentó a su peligro con una chispa en sus ojos. Confusamente, ella se dio cuenta de que estaba usando por fin su nombre—. Me encantará mostrarte Orison. No conozco ninguno de los pasadizos secretos de los que habla todo el mundo, pero creo que he explorado casi todo lo demás.

Se sintió tan aliviada y agradecida que avanzó hacia él sin pensar, apoyó las manos en sus hombros, y besó su mejilla.

Inmediatamente, el placer de él se hizo tan brillante que no pudo evitar echarse a

reír.

Estaban aún riendo juntos cuando abandonaron sus aposentos un momento más tarde, para iniciar su visita.

Les tomó mucho más tiempo del que había esperado. De hecho, duró varios días. Geraden estaba familiarizado con una sorprendente combinación de caminos que se extendían por todo Orison de extremo a extremo y de arriba abajo. El Apr nunca había conseguido ser admitido en la Cofradía y sus secretos; pero podía contar la historia que había detrás de cada estandarte que colgaba fuera del salón de audiencias (cada uno era el estandarte de algún comandante que había sido derrotado por el Rey Joyse en batalla). Muchos de los hombres y mujeres de alto rango con los que él y Terisa se cruzaron no lo conocían o lo reconocían con un regocijo que rozaba el desdén; pero cada guardia, doncella, pinche, cocinero, barrendero, camarero, armero, aprendiz, fontanero, albañil y mercader, desde los más profundos almacenes hasta los más altos desvanes del castillo, parecían ser amigos o conocidos, suyos o de su familia. Y esta relación con toda aquella gente era como su conocimiento de Orison: tan torpe como un cachorrillo, tropezaba con todas las escaleras o con sus propios pies, chocaba con las paredes, dejaba caer cosas, y reía demasiado alto cuando alguien decía algo especialmente divertido; pero sabía dominarse entre los pinches y armeros y criados, pese a su instinto para hacerlo todo mal, y desplegaba una inagotable perspicacia y un humor que hacía que muchos de ellos le miraran con un afecto indistinguible del respeto.

Casi agotada tras unas cuantas horas —y decidida a no mostrarlo—, Terisa le preguntó cuánto tiempo podía permanecer alejado de sus deberes.

—Si no pueden atraparne —respondió él con un encogimiento de hombros y una sonrisa—, no pueden decirme lo que debo hacer. Y no pueden castigarme. —Luego cerró el tema conduciéndola a una de las enormes y calientes cocinas donde era preparada la comida de Orison; o quizá (no pudo recordarlo al cabo de un tiempo) era a uno de los largos comedores atestados con mesas de caballete donde comían muchas de las personas que trabajaban para el castillo; o tal vez una de las madrigueras de habitaciones y apartamentos de piedra, tan atestadas y complejas como casas de vecindad, pero escrupulosamente limpias (mantenidas así siguiendo las órdenes del Castellano Lebbick y bajo su supervisión, ya que estaba decidido a que Orison nunca cayera bajo el asedio de la suciedad) donde vivía la gente que servía y mantenía el castillo.

Durante el camino, Geraden charló amigablemente con ella largo rato. Finalmente, sin embargo, se mostró lo suficientemente curioso como para preguntar en voz alta por qué ella no hacía más preguntas.

—Creo haber dejado claro —comentó— que no voy a permitir que nadie me diga lo que debo hacer respecto a lo que a ti te preocupa. —Estaba intentando sonar casual—. Te diré todo lo que desees saber.

Ella comprendió. Estaba intentando descubrir cuánto sabía ya ella. Y dónde lo había averiguado.

Su oferta la hizo enrojecer. No deseaba traicionar lo que el Maestro Quillon había hecho ya por ella. Porque debía decir algo rápido —y porque el Maestro Quillon le había hecho pensar en el Adepto Havelock, el cual a su vez le recordó al archi-Imagero Vagel y su cábala—, replicó:

—Háblame del Monomach del Gran Rey.

Aquella era una respuesta tan sorprendente que Geraden se detuvo y la miró.

—¿Gart? ¿Dónde oíste hablar de él?

Ella retrocedió interiormente ante la forma en que se veía obligada a prevaricar. En un esfuerzo por mantener su falsedad al mínimo, dijo vagamente:

—Uno de los Maestros lo mencionó. Estaban hablando de Vagel y Cadwal.

Durante un difícil momento, el Apr siguió estudiándola. Luego, afortunadamente, se encogió de hombros y siguió caminando de nuevo, aceptando deliberadamente su explicación por lo que valía.

—Cadwal es un país extraño. —Su respuesta era típicamente disgresiva—. Con sus barcos, tiene más contacto con el resto del mundo que Alend..., y nosotros nunca hemos tenido ninguno. Ese comercio proporciona una riqueza como nunca verás aquí. Pero la riqueza no es buena para nadie excepto para comprar comida, placer o poder. Bien, la comida la obtienen de nosotros a precios razonables..., o la obtenían hasta que empezaron a atacar las fronteras de Perdon. Ahora confían en el comercio clandestino. Y, en otros sentidos, el poder no les ha servido de mucho desde que el Rey Joyse estableció Mordant y la Cofradía. Así que Cadwal compra *gran cantidad* de placer.

»Por otra parte, el país es tremendamente duro. En su mayor parte es rocas y desierto, y las regiones con agua tienen también el tipo de vientos que arrancan la carne de tus huesos. Esas condiciones le enseñan a uno a ser duro..., le enseñan a cualquiera que pueda sobrevivir siendo fuerte y cruel.

»Lo más extraño es la forma en que Cadwal combina el placer y la dureza. —Geraden pensó durante unos momentos antes de explicar—: El Monomach del Gran Rey es el campeón tradicional de Festten..., un defensor y asesino personal. Se supone que es el más grande luchador del país..., el producto más fuerte y cruel de las más duras circunstancias y entrenamiento. De hecho, a los de Cadwal les gusta decir que los hombres que fracasan como Aprs del Monomach del Gran Rey son tan

fuertes que Carmag está construido sobre sus huesos. Pero la recompensa que recibe el más grande luchador de todo el país no es la riqueza o el poder..., ni siquiera la libertad. Es simplemente el placer. Eso, y la posibilidad de ser muerto sirviendo, o disgustando, al Gran Rey.

»Por alguna razón, el poder y la riqueza en Cadwal, y el control sobre el placer, han pertenecido siempre al lado sibarita de su cultura. El Gran Rey Festten no tiene ningún antepasado en las últimas diez generaciones que viviera alguna vez en una tienda en el desierto, o sobreviviera al viento que corta las rocas, o midiera su vida con el filo de su espada. Y, sin embargo, su dominio sobre Cadwal hace que el Monarca de Alend se parezca al mediador de la Cofradía. —Dirigió a Terisa una rápida sonrisa—. Por todo lo que puedo decir, el Gran Rey siempre ha deseado gobernar Mordant simplemente para ahorrarse el costo de la comida, a fin de disponer de más riqueza que emplear en el placer.

Impulsado por lo que estaba diciendo, Geraden pareció olvidar el hecho incongruente de que no estaba haciendo preguntas. Dejando escapar un suspiro de alivio, Terisa reflexionó que tanto la Cofradía como el Rey Joyse tenían buenas razones para intentar proteger lo que sabían de los extranjeros. Por ejemplo, si por algún retorcimiento de la imaginación ella estuviera aliada con Gart, aquella visita sería inapreciable para ella. Durante el segundo día, Geraden le mostró el prodigioso depósito donde se acumulaban y almacenaban el agua de lluvia, la nieve fundida y las aguas del pequeño arroyo que alimentaba Orison. Aquélla era una información que cualquier enemigo sabría cómo utilizar.

Aquello incrementó su apreciación de lo que el Apr estaba haciendo por ella. Ella sabía que era perfectamente inofensiva..., pero él no podía estar igualmente seguro. Su propia confianza era un riesgo.

Empezó a tener la sensación de que ocultarle secretos no era una forma muy satisfactoria de darle las gracias. No deseaba herirle.

Al día siguiente, sin embargo, Geraden no llegó para proseguir la visita. En vez de ello, le envió un mensaje haciéndole saber que el Maestro Quillon lo había cogido una vez más por su cuenta. Ante su propia sorpresa, se volvió a la cama y durmió la mayor parte del día.

Pero soñó con el Maestro Eremis, y estuvo inquieta toda la noche. Cuando llegó la mañana, se dio cuenta de que esperaba el regreso de Geraden. Si no volvía, podía sentirse tentada a tomar sus preguntas y decisiones y partir en busca del hombre que la había besado tan íntimamente.

¿Dónde estaba Geraden? ¿Por qué la había dejado sola? ¿Ya no quería estar con ella? ¿Era tan poco atractiva que ya había perdido su interés por ella?

Afortunadamente, Geraden llamó a su puerta poco después del desayuno.

Se había procurado para ella un grueso chaquetón de piel de oveja y unas botas, similares a los que llevaba él.

—Hoy —dijo sentenciosamente, con una sonrisa brillando en sus ojos—, las almenas. —Cuando ella se hubo puesto el chaquetón por encima del traje gris, le indicó la salida con una inclinación de cabeza y un irónico floreo cortés.

Como había podido ver desde sus ventanas, Orison no poseía un perímetro defensivo externo: la misma piedra servía para las habitaciones y los salones interiores y para su protección exterior. Pero la pared, como vio Terisa cuando Geraden la llevó a través de ella, era tremendamente gruesa. Su cara externa estaba alineada con almenas lo suficientemente amplias como para pasar por ellas los carros de suministros, lo suficientemente altas como para hacer efectivos a los arqueros sin exponerlos al contraataque, y lo suficientemente gruesas como para resistir las catapultas y los arietes; y contenían (o eso le dijo) almacenes, salas de guardia y pasadizos. Ahora se sentía más desconcertada que nunca por el fragmento del augurio que había mostrado Orison con un humeante agujero desgarrado en su costado y un aspecto de muerte a su alrededor. ¿Qué tipo de fuerza era lo bastante fuerte como para causar tanto daño a una pared como aquella?

De las almenas, Geraden la llevó a la parte superior de la torre que albergaba sus aposentos.

El aire era tan cortante como astillas de cristal, y su nariz y sus orejas estaban heladas. A aquella altura, la brisa parecía más fuerte de lo que era en realidad. Las pesadas nubes de los últimos días se habían alzado ligeramente, pero el aumento de la claridad hacía el frío peor. La nieve acumulada en el almenaje y los rincones del parapeto parecía vieja y deteriorada, mordisqueada pero no consumida por el ocasional contacto del sol. El aliento de Terisa formaba una nube de vapor frente a su rostro; metió los brazos dentro de las mangas de su chaquetón y se estremeció. Pero no intentó persuadir a Geraden de irse de allí. Aquel lugar le ofrecía la mejor vista que nunca había tenido del campo que rodeaba Orison.

La posición del sol le permitía verificar que el largo rectángulo del castillo estaba orientado de noroeste a sudeste. Ella y Geraden estaban en la torre más oriental. Las lodosas roderas marcadas en la nieve señalaban el camino que abandonaba las puertas en la pared que daba al nordeste y se escindía casi a tiro de flecha del castillo, con una parte desviándose hacia el sur, el río Broadwine y el Care de Tor (como Geraden le había explicado varios días antes), otra paralela al Broadwine hacia el nordeste y el Care de Perdon, y una tercera que se doblaba hacia el noroeste en dirección al Care de Armigite. El río, le aseguró Geraden, podía verse en la distancia en otras épocas del año, pero en invierno la nieve y el hielo hacían que se mezclara con las colinas. Sin embargo, era el mismo río que ella había visto en un espejo plano, el río que

brotaba del estrecho desfiladero que él había llamado el Puño Cerrado. Atravesaba el centro de Domne, dividía Tor tanto de Termigan como de Armigite, separaba una porción del Demesne de Perdon, y finalmente partía Perdon en sus regiones Norte y Sur antes de unirse al Vertigon en la frontera de Mordant.

Era extraño, pensó Terisa con un estremecimiento, lo mucho más segura que parecía aquella escena desde allí que en el cristal que les había permitido a ella, Geraden y el Maestro Eremis presenciar el ataque del Perdon. Bajo el abierto cielo, parecía casi imposible creer en los salvajes monstruos y la feroz muerte. ¿Era posible que aquellas cosas existieran sólo en los espejos?

No captaba mucho de lo que Geraden le decía. Hubiera necesitado un mapa para comprenderlo. Sin embargo, sus ojos devoraban los alrededores de Orison. El castillo dominaba las colinas cubiertas de nieve que lo rodeaban, pero las más lejanas eran más altas, más abruptas y más interesantes. Hileras de árboles señalaban los caminos después de separarse y tomar cada uno una dirección distinta; sin embargo, las laderas de las colinas en torno a Orison eran tan desnudas que pensó que debían haber sido limpiadas. Geraden confirmó aquello: El Castellano Lebbick deseaba espacio donde ejercitar a sus hombres, y los gobernantes de Orison nunca habían deseado tener cerca ningún lugar donde pudiera ocultarse el enemigo. Había bosques en la distancia, sin embargo..., árboles tan densos, negros y misteriosos como los de su sueño. Y los caminos parecían conducir a lugares tan lejanos que debían ser maravillosos.

Deseó decir: Llévame a Domne. Llévame a Termigan y Armigite y Fayle. Sácame de aquí. Pero el clima era demasiado frío; la nieve, demasiado profunda. Y ella no era el Príncipe Kragen o uno de sus hombres; no podía viajar bajo aquellas condiciones. Cuando vio un grupo de jinetes encaminarse a Orison desde el sur, recordó que nunca antes había subido a un caballo.

Frunciendo los ojos en la brisa para mantener su visión clara, Geraden contempló los jinetes. Al cabo de un largo momento, jadeó en voz muy baja:

—¡Arena y tintes! Parece el Tor. El Tor en persona. No ha estado en Orison desde que yo llegué aquí. —Para Terisa, añadió—: Algunas personas dicen que está demasiado gordo para viajar. Pero yo creo que simplemente es demasiado viejo. Al menos es diez años más viejo que el Rey Joyse. —Luego murmuró, con voz distante—: Si es él, ¿qué está haciendo aquí? ¿En esta época del año?

Mientras hablaba, Terisa sintió que el frío se apoderaba de su corazón, y se dio la vuelta hacia las escaleras que conducían de vuelta al interior de la torre. El Perdon estaba manteniendo la promesa que le había hecho al Maestro Eremis.

Pero uno de los Maestros había dicho —¿o dado a entender?— que el Tor era incapaz de hacer un tal viaje. ¿No había tiempo suficiente? ¿La distancia era

demasiado grande?

Sin advertencia previa, Geraden pasó junto a ella, medio corriendo escaleras abajo.

—¡Ven! —exclamó, por encima del hombro—. ¡Es definitivamente el Tor! ¡Ha traído una litera con él!

Por un segundo se quedó helada. ¿Una *litera*? Entonces la urgencia de Geraden hizo presa en ella.

El Apr bajaba los escalones de dos en dos. La larga falda de su traje le impedía a Terisa mantenerse a su altura. Pero Geraden miró hacia atrás al llegar al primer rellano, vio su dificultad, y disminuyó su paso.

Casi juntos ahora, se apresuraron a bajar la torre.

Hacía apenas unos momentos, ella había tenido frío. Ahora estaba acalorada. Pese a su prisa, Geraden se detuvo en la escalera para quitarle a ella el chaquetón. Intentaba calmarse, pero su rostro traicionaba su irritación ante el retraso.

—Lo siento —murmuró Terisa mientras avanzaban de nuevo.

Antes de que pudiera responder, Geraden pisó un escalón en falso, dejó escapar un grito, y cayó de cabeza por las escaleras de piedra.

—¡Geraden! —Corrió tras él, presa del pánico.

Cuando lo alcanzó, él estaba sobre manos y rodillas, intentando levantarse. Su cabeza oscilaba de lado a lado, como si no pudiera recordar dónde estaba él arriba. Ella lo sujetó del brazo, intentó alzarlo.

—¿Estás bien?

Aunque parecía aturdido, apoyó su peso en ella hasta que consiguió afirmar sus pies. Luego consiguió sostenerse por sí mismo.

—No te preocupes. Si esto no me ocurriera al menos una vez al día, no sabría quién soy. —Torpemente, echó a andar de nuevo—. Vamos. Últimamente me lo he perdido todo. No quiero perderme esto.

Su paso se hizo poco a poco más firme mientras la conducía escaleras abajo de nuevo hacia el nivel de las puertas.

Bruscamente, el aire se volvió frío de nuevo. Estaban acercándose al alto y ancho portal que daba acceso al enorme patio interior de Orison. Unas enormes puertas de gruesos maderos con enormes cerrojos estaban preparadas para cerrar la entrada si era necesaria; pero estaban abiertas.

Empezaron a resonar gritos en las paredes del castillo. Aparecieron guardias corriendo desde ambos lados. Más guardias chapotearon su camino hacia las puertas desde el fondo de patio. Un momento más tarde apareció el Castellano Lebbick. Sus

órdenes resonaron más cortantes que el frío mientras él también se dirigía a las puertas.

—Ponte tu chaquetón —susurró tensamente Geraden.

Tan pronto como Terisa hubo obedecido, él tomó su brazo y la condujo al patio abierto.

Sus pies se hundieron en el lodo hasta los tobillos. Terisa dejó escapar un gruñido al pensar que iba a estropear aquellas hermosas botas, luego tuvo que olvidarlas a fin de concentrarse en extraer cada vez los pies para dar el siguiente paso, luchando contra la succión del lodo.

Ella y Geraden estaban en el extremo sudeste, que estaba relativamente despejado. Las tiendas del bazar y los carros de los campesinos se agrupaban al noroeste, y entre ellos estaban levantadas las tiendas de sus propietarios, así como las de los guardias responsables de mantener el orden y la honestidad. Pero incluso aquella mitad del patio parecía lo bastante grande como para ejercitar a varios pelotones de caballería.

El castillo estaba abierto. El propio rastrillo, una tremenda construcción de maderos del tamaño de tres troncos unidos con hierro, había sido alzado, como cada día. Durante la visita, Geraden le había mostrado los gigantescos manubrios que subían el rastrillo haciéndolo penetrar en la pared encima de su arquitrabe. Delante de ella, el Castellano estaba formando a sus hombres en una guardia de honor para recibir al señor del Care de Tor. Una trompeta dejó oír una llamada de anuncio. Geraden llevó a Terisa tan cerca como los guardias permitían del lugar donde los jinetes de Tor iban a entrar en Orison y desmontar. Allí se detuvieron.

Los jinetes estaban en el camino fuera del castillo. Casi habían alcanzado la puerta, pese a su lento paso. Terisa vio ahora que todos los hombres iban vestidos de negro. El aliento de los caballos brillaba plata en el frío de hierro, pero sus jaeces eran negras. El negro cubría la litera que cuatro de las monturas sostenían de sus sillas. El hombre que conducía el grupo ocultaba su rostro bajo una capucha negra, y su cuerpo estaba envuelto en una capa negra.

Su figura era tan gruesa que Terisa se preguntó cómo su caballo podía soportar su peso.

Condujo a sus jinetes hacia el Castellano Lebbick, luego se detuvo dentro de la exacta formación de la guardia de honor. Sus caballos parecían combarse bajo las cargas que llevaban.

—Saludos, mi señor Tor —dijo ceñudamente el Castellano. Sus hombros estaban hundidos como si todo el peso del invierno se apoyara sobre ellos; la banda púrpura que cruzaba su frente realzaba la furia de sus cejas—. Bienvenido a Orison. No

importa la razón que te haya traído hasta aquí con este tiempo, eres bienvenido.

Lentamente, el Tor alzó sus manos enguantadas de negro y echó hacia atrás su capucha, revelando un delgado pelo blanco que apenas cubría su pálido cuero cabelludo, unos rasgos con la forma y el color de patatas heladas, unos ojos sombríos. Sus gruesas mejillas estaban cuarteadas por el frío.

—Quiero ver al Rey —dijo con voz ronca. La nitidez del aire lo hacía todo muy claro. Terisa vio la sombra de una mueca cruzar el duro rostro de Lebbick.

—Mi señor Tor —respondió—, el Rey Joyse ha sido informado de tu llegada. En estos momentos está ocupado con otros asuntos. —No pudo disimular su desdén hacia esos «otros asuntos» en su tono. El Rey, probablemente, estaba jugando al brinco—. Estoy seguro de que te concederá audiencia dentro de muy poco tiempo.

Las nubes que sellaban el cielo eran del color de lápidas. El frío parecía cerrarse en torno al patio. Durante un largo momento, el Tor no se movió ni dijo nada. Sus ojos parpadearon como si se estuviera volviendo ciego. Luego, con un gruñido de esfuerzo, alzó la pierna por encima del lomo de su caballo y desmontó. Los guardias permanecían en silencio. El patear de los caballos y el chapoteante sonido de sus botas en el lodo pudieron oírse claramente cuando avanzó como un viejo entre su gente en dirección a la litera.

Tomó de la litera una forma envuelta en negro, un hombre o una mujer que debía haber sido más alto que él. No parecía tener las fuerzas necesarias para sostener tal peso; sin embargo, apretó el cuerpo contra su barriga y cargó con él hasta situarse directamente frente al Castellano Lebbick.

Con la misma voz seca y hueca dijo:

—Éste es mi hijo primogénito. Quiero ver al Rey.

Ahora la inquietud del Castellano fue inconfundible.

—¿Tu hijo, mi señor Tor? Qué terrible pérdida. —Terisa recordó que Lebbick estaba acostumbrado a las pérdidas—. Todo Mordant llorará contigo. ¿Cómo murió?

Por un momento, un asomo de pasión iluminó la voz del Tor.

—Su rostro fue desgarrado por un lobo como Mordant y Cadwal y Alend juntos jamás han visto. ¿Quieres ver la herida? —Tendió el cuerpo envuelto en su sudario negro hacia Lebbick.

Pero casi inmediatamente su energía se desvaneció. Hoscamente, implacablemente, repitió:

—Debo ver al Rey.

—Eso no va a ser posible. —La voz del Castellano Lebbick sonó tensa y ronca, como la de un hombre apenado—. El Rey Joyse todavía no puede concederte

audiencia.

En el silencio que siguió, los jinetes a espaldas del Tor murmuraron algunas maldiciones en voz baja. ¿Desde cuán lejos habían cabalgado a fin de presentar al hijo masacrado del Tor a su Rey?

Bruscamente, Geraden se separó de Terisa. Avanzó por el lodo a largas zancadas, como si no pudiera ser retenido por cualquier resbalón o accidente —como si hubiera olvidado su talento para hacerlo todo mal—, y se dirigió hacia el Tor. Su exuberante andar adolescente había desaparecido por entero de su actitud. La forma en que su pelo castaño coronaba los fuertes rasgos de su rostro le hacían parecer incontestable, tan seguro de sí mismo como si poseyera poder y supiera cómo utilizarlo.

Ignorando la feroz mirada del Castellano Lebbick, dijo:

—Mi señor Tor, soy Geraden, hijo menor del Domne. En nombre de mi padre y de toda mi familia, por favor acepta mi pesar. El Rey Joyse te verá. Cuando sepa por qué has venido, te verá.

—Geraden —gruñó el Castellano con tono baja—, ve con cuidado. Te estás pasando, mozalbete.

Geraden se volvió de inmediato hacia Lebbick.

—No, Castellano. —Sin ninguna transición, parecía más alto, seguro de su autoridad—. Tú ve con cuidado. Puedes despreciarme tanto como quieras. Pero todavía no ha llegado el día en que puedas despreciar al Domne. Hablo en su nombre.

»En su nombre, reclamo la responsabilidad. Deja que él me aplaste si quiere. El Rey verá a mi señor Tor.

El Tor no dijo nada. Permaneció allí de pie con su hijo en brazos, como si se hubiera quedado mudo, incapaz de articular su dolor excepto exigiendo que el Rey lo reconociera también.

Una mueca torció la boca del Castellano Lebbick. Sus manos se crisparon a sus costados. Al cabo de un momento dijo suavemente:

—Puedes intentarlo, mozalbete. Gestos como ése son muy fáciles para aquéllos que no tienen ningún deber que cumplir..., para aquéllos que pueden ignorar las consecuencias de lo que hacen. Mi misión es asegurarme de que el Rey Joyse sea obedecido, y lo haré... —su puño golpeó sus palabras contra su muslo— si debo.

Luego dio un paso hacia un lado. Ladró una orden a la guardia de honor para que hiciera lo mismo.

Geraden situó una mano en el brazo del Tor para ayudarle a sostener el gran peso de lo que el hombre cargaba. Juntos, avanzaron hacia la puerta abierta más cercana. Quizá una docena de guardias se pusieron firmes tras ellos y les siguieron.

Terisa echó a andar detrás de ellos.

El Castellano la detuvo con un gesto seco.

—No, mi dama. Ya se ha cometido bastante daño sin tu contribución. —Escupió las palabras entre nubes de vapor—. No expondré a mi Rey a una mujer de tus dudosas lealtades.

Alzando la voz, dio instrucciones a dos de sus guardias para que acompañaran a dama Terisa de Morgan a sus aposentos.

Por un momento, ella estuvo a punto de resistírsele, aunque nunca había hecho nada así antes y sabía que no sería capaz de hacerlo si lo pensaba por anticipado. Deseaba ir con Geraden. Si podía hacerse algo por el Tor, deseaba hacerlo. Pero la mirada de Lebbick la empujó hacia atrás. Se sentía tremendamente ultrajado, y parecía estar diciendo que si le obligaba a ejercer violencia sobre ella se volvería loco.

Se giró hacia los hombres que le había asignado y dejó que se hicieran cargo de ella.

Mientras chapoteaba en el lodo, oyó al Castellano Lebbick dar rígidamente la bienvenida al séquito del Tor y ofrecer a los jinetes y a sus monturas la mejor hospitalidad de Orison. Luego echó a andar tras el Tor y Geraden.

De vuelta a sus aposentos, con sus botas limpias de la mejor manera posible y secándose en el cuarto de baño, Terisa reflexionó que evidentemente el Tor *no* había venido a Orison en respuesta a ninguna llamada del Perdon. Por otra parte, ¿qué importaban las razones por las que el Tor estaba aquí ahora? Su presencia era lo que importaba. Actuaba en favor del Maestro Eremis.

El Maestro Eremis no era un tema cómodo de contemplar. Su ausencia le proporcionaba una secreta ansia de frustración y miedo. Sin embargo, pensar en él era una mejora sobre la imagen del Tor que aún persistía en ella..., el gordo hombre de pie, hundido hasta los tobillos en el lodo, con su hijo muerto en los brazos y sus ojos hoscos de dolor. Cuando murió su madre, y Terisa se atrevió a llorar, su padre la había abofeteado, una sola vez, para hacerla callar. Luego se había emborrachado por primera y única vez desde que ella podía recordar. Después, había empezado a traer otras mujeres a la casa, como si su esposa nunca hubiera existido. Definitivamente, Terisa prefería pensar en el Maestro Eremis.

Transcurrió una hora o así antes de que se diera cuenta de lo inquieta que se sentía. Normalmente no era una mujer que fuera arriba y abajo de la habitación, pero ahora se descubrió midiéndole tensamente las alfombras y las piedras del suelo..., aguardando a Geraden. El Apr se había enfrentado al Castellano. Tenía la sensación de que había transcurrido mucho tiempo desde que había visto tanta fuerza en él.

Seguramente acudiría a contarle lo que había pasado.

Lo hizo. Antes de la hora del almuerzo, oyó una llamada a la puerta. Cuando contestó, Geraden estaba al otro lado.

Parecía un muchachito pequeño. Sus ojos aún estaban hinchados de llorar, y la expresión en ellos era tan desolada que sintió deseos de abrazarle.

No podía llegar tan lejos. Toda una vida de inhibiciones la retuvo: nunca había aprendido cómo llegar a otra gente. Pero, instintivamente, sin evaluar lo que hacía, puso una mano sobre el brazo del joven y dijo en un susurró:

—Oh, Geraden. ¿Qué ocurrió?

Él intentó componerse, pero el esfuerzo no hizo más que endurecer sus rasgos.

—Fui a ver al Rey. Ser el hijo del Domne es bueno para eso, al menos. Simplemente no dejé que nadie me dijera no. Pero el Rey Joyse no...

Entonces su garganta se cerró sobre las palabras, como si dolieran demasiado para brotar. Por un momento, sus rasgos se crisparon. Miró rápidamente a los guardias a cada lado de la puerta.

—Por favor, Terisa. No puedo hablar de eso en el pasillo. El corazón de ella latía dos veces más rápido que lo normal.

—Entra —dijo rápidamente—. Soy una estúpida. No pretendía hacerte quedar de pie aquí.

Con su mano aún sobre el brazo de él, lo llevó al saloncito.

Si él no hubiera estado luchando tan duramente por contenerse —y si ella no hubiera sido tan torpe—, probablemente se hubieran abrazado. Pero él parecía intocable en su aflicción, y ella tenía que apartarse de él para cerrar la puerta. Cuando se volvió de nuevo hacia él, Geraden estaba de pie, con los codos apretados a sus costados y las manos convertidas en puños sobre su corazón.

—Oh, Geraden —murmuró de nuevo—. Geraden.

—No sé lo que está ocurriendo. —Su voz era aún dura, crispada. Estaba intentando apuntalar algo dentro de él—. Juro que no lo comprendo.

»No fue difícil llevar al Tor a ver al Rey. Todo lo que tuve que hacer fue ignorar a los guardias de la puerta cuando me dijeron que el Rey estaba ocupado. Bajo las circunstancias, no era probable que se cruzaran en el camino del Tor.

»El Rey Joyse y el Adepto Havelock estaban jugando al brinco. Probablemente ya lo habrás adivinado. ¿Qué otra cosa —preguntó ácidamente— podía mantenerlo demasiado ocupado para ver al hombre que lo puso en el camino de convertirse en el Rey de Mordant? Pero no pareció resentirse por la interrupción. Cuando entramos, abandonó su juego para darnos la bienvenida. Y sonrió de esa forma en que lo

hace..., esa forma que te hace desear echarte en el suelo delante de él para que pueda caminar sobre ti.

»Entonces vio la carga que llevaba el Tor. Le dije quién era. Y por unos momentos, allá, pensé que *finalmente* había hecho algo acertado. Por una vez en mi vida, finalmente había hecho algo acertado.

»Pareció recordar sus antiguas fuerzas y llamarlas de vuelta de algún lugar. De pronto fue más alto, más corpulento, y sus ojos brillaron. “¿Cómo ocurrió?”, preguntó. El Tor no respondió, así que fui yo quien dije: “Imagería. Algún tipo de extraño lobo”. Apostando a que sabía lo que estaba haciendo, añadí: “Mira su rostro”.

»El Rey Joyse alzó la tela. —Geraden se estremeció—. Era terrible. Pero hubiera sido peor si el cuerpo no estuviera helado por los diez días que Tor llevaba en el camino.

»Cuando el Rey Joyse lo vio, pareció erguirse interiormente. Tomó el cuerpo de brazos de Tor. Alzó la cabeza como si fuera a aullar. Había tanta rabia y dolor en él que prácticamente gritaba desde su rostro. Pensé que finalmente, *finalmente*, iba a mostrarse lo bastante furioso como para hacer algo.

»Estaba equivocado.

Geraden no hizo ningún esfuerzo por disimular su dolor.

—El Adepto Havelock eligió aquel momento para decir: «Joyse, tú mueves». Como si no conociera a nadie más en la habitación.

»Y el Rey Joyse simplemente se derrumbó.

»Su rostro se derrumbó, y se echó a llorar, suavemente, casi sin hacer ningún sonido. “Oh, mi viejo amigo”, dijo. “Perdoname”. Luego cayó de rodillas..., no podía seguir sosteniendo el peso. —Geraden estaba llorando ahora, con los codos apretados contra sus costillas y las manos cruzando su pecho—. Tan cuidadosamente como pudo, depositó al hijo de Tor en el suelo. Por un momento permaneció inclinado sobre el cuerpo. Luego halló de nuevo los pies bajo él —Geraden tuvo que aferrarse a su determinación con ambos puños a fin de decir las palabras—, y volvió a su juego.

Por unos instantes Geraden permaneció inmóvil, luchando por recuperar el control de sus emociones mientras Terisa sentía dolor por él y por el Tor y por el Rey Joyse y no decía nada.

—Después de eso —reanudó Geraden con un tembloroso suspiro—, no reaccionó a nada. No dio ninguna orden para el funeral. No respondió a ninguna pregunta. Quizás olvidó que nosotros estábamos allí. Finalmente, movió una de sus piezas. Por lo que pude ver, mejoró la posición de Havelock.

»Durante todo este tiempo, el Tor no había dicho ni una palabra. Parecía demasiado asombrado, demasiado dolido, para decir nada. Pensé que iba a caer de

bruces al suelo. Pero consiguió recuperarse un poco. “Mi hijo está muerto”, dijo, como si creyera que quizás el Rey Joyse no había *acabado* de captar aquel detalle. “¿Es esto lo mejor que puedes hacer?”.

»El Rey siguió sin responder. El Adepto Havelock dijo: “Cierra la puerta cuando salgas”.

Geraden se encogió de hombros.

—Entonces el Castellano Lebbick nos hizo salir. Dos de sus hombres tuvieron que arrastrar al Tor por la fuerza. Pero yo me sentí realmente agradecido. Nos hizo un favor sacándonos de allí.

Bruscamente, el Apr se frotó los talones de las manos contra sus ojos para *rechazar* las lágrimas y el dolor y la debilidad. Cuando miró de nuevo a Terisa, su mirada estaba orlada de rojo y como perdida. La seguridad le había abandonado. Ahora se parecía, más que nada, a un joven que se ha visto abrumado por su involuntario instinto hacia el desastre.

—El Castellano Lebbick tenía razón —dijo—. Hubiera sido mejor si se hubiera mantenido al Tor lejos del Rey. Todo lo que hice fue agravar su miseria.

—Lo siento —murmuró Terisa, odiándose a sí misma por su incapacidad de ayudarle, de consolarle. Pero no había nada que pudiera hacer por él excepto decir—: Lo siento.

Más tarde, aquel mismo día, sola en sus habitaciones en mitad de la tarde, sin nada que hacer excepto meditar, permanecía de pie ante una de sus ventanas, mirando casi sin ver hacia el camino, cuando aparecieron más jinetes.

Este grupo era mayor que el del Tor, y de carácter más militar. Una trompeta anunció la aproximación de los jinetes a la puerta de Orison. El Castellano Lebbick les dio la bienvenida con una guardia de honor igual a la que había recibido al Tor. Luego se dispersaron por el castillo. Pero Terisa siguió sin decidirse.

Saddith trajo las noticias con la cena.

—¿Has oído, mi dama? Tanto el Fayle como el Armigite han llegado a Orison. Ambos han solicitado audiencia con el Rey Joyse. Y a ambos les ha sido negada. — La doncella estaba orgullosa de su información, como si procediera de alguna fuente alta y secreta—. Se dice que el Fayle lleva mensajes de la Reina Madin y de dama Torrent. Y, sin embargo, la audiencia le ha sido negada.

»Si los informes son ciertos, soporta estoicamente su decepción. No así el Armigite. Le he oído. Pasea arriba y abajo por los pasillos, acercándose a todo el que quiera escucharle y explicándole su indignación. —Rió entre dientes—. Me siento inclinada a cuestionar su virilidad, mi dama.

Cuando Saddith se fue, Terisa se dio cuenta de que había llegado a una decisión. El Rey Joyse no se mostraba dispuesto a reunirse con los señores de los Cares: ni siquiera estaba dispuesto a recibir un mensaje de su esposa. Había ido demasiado lejos. El Maestro Eremis tenía razón. Mordant sólo podía ser salvado ahora si alguna otra persona se hacía cargo de los acontecimientos.

Tenía que ir a él, hablar con él, contarle lo que sabía.

Era posible que tuviera que hablarle de su conversación secreta con el Maestro Quillon y el Adepto Havelock. No para traicionarlos a ellos, sino para ayudarle a él; la información podía hacerle más efectivo.

Tomó su decisión porque deseaba hacer lo que era correcto. No tenía intención de permanecer pasiva por el resto de su vida. Su presencia allí no tenía sentido, pero, puesto que *estaba* allí, tenía que esforzarse al menos por ayudar. Por el bien de Geraden tanto como por el de Mordant. Él estaba demasiado paralizado —y demasiado dolido— por su devoción hacia el Rey; era incapaz de ver más allá de su desagrado hacia el Maestro. Estaba ciego al hecho que ella veía claramente: el Maestro Eremis era el único hombre que tenía alguna posibilidad de unir la Cofradía y los señores contra los enemigos de Mordant.

Pero no estaba pensando en Geraden —o en Mordant— cuando finalmente llegó a su decisión. Estaba pensando en la forma en que el Maestro Eremis la había besado y acariciado.

Así que a la mañana siguiente, tras una inquieta noche, se levantó temprano. Se bañó. Se lavó y secó el pelo. Cuando Saddith le trajo el desayuno, descubrió que era incapaz de comer nada. En vez de arriesgarse a la náusea, pidió a la doncella que la ayudara a ponerse la ropa que había elegido la noche antes: un traje de seda malva que se ajustaba a sus caderas y hacía que el hueco entre sus pechos pareciera profundo y deseable. Luego despidió a Saddith para el resto del día, diciéndole que tenía intención de pasarlo con dama Myste.

Saddith hizo un guiño ante la obvia mentira, sonrió su aprobación y se marchó como si tuviera planes propios.

Cuando la doncella se hubo ido, sin embargo, Terisa permaneció un tiempo más en sus aposentos. Se dijo a sí misma que no estaba dudando..., exactamente. Estaba aguardando a una hora decente. Pero la verdad era que había perdido su confianza. El Maestro Eremis era demasiado para ella: demasiado experimentado, demasiado adepto, demasiado poderoso. Geraden le había acusado de intentar manipularla. Ciertamente, había manipulado la Cofradía. Las explicaciones que le diera de por qué lo había hecho no eran enteramente satisfactorias. Y, al parecer, ya no estaba interesado en ella.

Sin embargo, al final, su resolución se mantuvo. Alrededor de media mañana fue

a la puerta, descorrió el cerrojo con mano insegura y abandonó sus aposentos.

Uno de los guardias le silbó con suavidad por entre los dientes; ella lo ignoró.

Descendió de la torre, y por unos momentos se sintió presa del pánico porque no estaba segura del camino a los aposentos del Maestro Eremis. No había prestado excesiva atención la vez que los había visitado. Y creyó ver a un hombre que la seguía...

Lo atisbo tres o cuatro veces, en distintos niveles del castillo. Parecía desaparecer tan pronto como ella lo descubría. Pero era alto; parecía fuerte. Una capa gris ocultaba sus ropas y cubría su cabeza; pero no ocultaba el extremo de la larga espada que asomaba junto a sus botas.

Por otra parte, no parecía ser el hombre que la había atacado en sus aposentos. No iba vestido de negro. Y no siguió tras ella. En vez de ello, al cabo de un momento pareció olvidarla.

No volvió a ver ningún signo de él.

Tras preocuparse por él probablemente más de lo que merecía, lo apartó de su mente y concentró de nuevo su atención en el problema de hallar los aposentos del Maestro Eremis.

Lo que recordaba de la visita con Geraden la ayudó. Finalmente, halló su camino a la sección de Orison destinada al uso personal de los Maestros. Al fin y al cabo, todo lo que tenía que hacer era localizar la puerta pulida de palisandro con el bajorrelieve de cuerpo entero del Maestro Eremis.

Tan pronto como lo alcanzó, alzó la mano para llamar..., y se detuvo. Respiraba demasiado afanosamente. Necesitaba un momento para calmarse. Pero la talla en la puerta era realmente extraordinaria. Los ojos parecían verlo todo, y la boca prometía placeres que tal vez a ella no le gustaran. Él era demasiado para ella. Si le quedaba algo de buen sentido, tenía que admitirlo. No servía de nada correr un riesgo como aquél.

Así que no llamó. Aferrada por la lógica demente de los obsesos, apoyó la mano en el picaporte y abrió la puerta más silenciosamente que los latidos de su corazón.

Exactamente tal como la recordaba, vio la suntuosa estancia en la que el Maestro la había abrazado y besado. Vio la alfombra superior carmesí que cubría el suelo, hecha más espectacular aún por el azul de los muebles y el amarillo de los cortinajes. Vio las urnas de cobre de filigrana desde las que las perfumadas lámparas proporcionaban luz y calor. Vio los tapices que cubrían las paredes con escenas de seducción. Vio el diván...

El Maestro Eremis estaba en el diván. Afortunadamente, no miraba en su dirección. Estaba inclinado hacia delante, con su atención enfocada en la mujer que

tenía bajo él. Los largos y definidos músculos de sus desnudas espalda y nalgas se contraían y relajaban al ritmo de sus movimientos.

Las piernas de la mujer estaban enlazadas en torno a sus caderas. Los brazos rodeaban su cuello. Dejaba escapar pequeños gemidos guturales.

Sus ropas estaban dispersas por el suelo. Terisa las reconoció. Pero no necesitaba ninguna confirmación.

La mujer era inconfundiblemente Saddith.

Había visto algo como aquello en una ocasión, antes. Sus padres tenían habitaciones separadas. Tras la muerte de su madre, ella había empezado a usar la habitación de su madre como un lugar donde esconderse, retirarse, como si su madre fuera una presencia más reconfortante muerta que viva. Por supuesto, no le había dicho nada de aquello a su padre; probablemente él no tenía forma de saber lo que estaba haciendo cuando llevó a una de sus mujeres a la cama de su madre. Ella estuvo mirando durante cierto tiempo antes de darse cuenta de lo que estaba viendo.

Ahora cerró suavemente la puerta. Reteniendo el frío dolor en su corazón, volvió a sus aposentos. Tomando cuidado de no desgarrarlo, consiguió finalmente quitarse el vestido de seda y dejarlo a un lado. Luego se vistió con sus viejas ropas y fue a la ventana para contemplar el paisaje invernal.

Estaba aún allí cerca del anochecer cuando otro grupo de jinetes se acercó al castillo. Como el que había visto la tarde anterior, era mayor que la comitiva del Tor..., y menos funerario. La trompeta saludó de nuevo a los jinetes mientras se acercaban a la puerta. El Castellano Lebbick salió a recibirles con una guardia de honor. Mientras desmontaban, creyó reconocer la fornida silueta y la calva cabeza del Perdon. Pero no pudo estar segura.

Lo que hacen los hombres con las mujeres

Terisa no sabía cómo enfrentarse de nuevo con Saddith. Afortunadamente, cuando la doncella le trajo la cena, las viejas costumbres habían acudido a su rescate. Respondió a la radiante expresión de Saddith de la misma forma pálida, pasiva, reservada, con que tan a menudo se había enfrentado a sus padres; se puso la no existencia como una capa, de modo que nada referente a ella llamara la atención sobre sí o alterara el fluir de las emociones y preocupaciones de Saddith. Como resultado, fue *capaz* de oír las insinuaciones y la excitación de Saddith como si no sintiera nada. Y no tuvo ningún problema en bloquear los alegres intentos llenos de curiosidad de la doncella de descubrir cómo había pasado ella el día.

Tenía la impresión de que era muy posible que realmente no sintiera nada. ¿Cómo podía saber si una emoción de cualquier importancia se apoderaba de ella?

Desgraciadamente, los hábitos que la salvaron se cobraron su precio. La sensación de que se estaba desvaneciendo empezó a actuar de nuevo sobre ella. Se presentaba una mala noche..., y no disponía de ningún espejo con el que defenderse.

Después de que la doncella recogiera la bandeja y se marchara hasta la mañana siguiente, Terisa tomó otro baño, utilizando la frialdad del agua y el calor del fuego para crear la ilusión de realidad física. Luego pasó algún tiempo redistribuyendo meticulosamente las lámparas de la habitación, intentando extraer algún reflejo del cristal de la ventana. Pero la negra noche de fuera se negó testarudamente a devolverle su imagen.

Estuvo tentada de abandonar, de dejar que las cosas ocurrieran como debían ocurrir y aceptar las consecuencias. Pero llevaba años luchando aquella misma batalla. ¿Qué hizo el Maestro Eremis para salvarla, de todos modos? Él no había creado su problema. Seguro que ella no era tan estúpida como para creer que podía curárselo..., que el contacto de sus manos sobre su cuerpo podría restablecer aquello de lo que ella carecía. Entonces, ¿por qué malgastaba su tiempo sintiéndose tan miserable respecto a él? ¿Por qué estaba...

... temblando en mitad de la habitación con el corazón rugiendo alocadamente sólo porque alguien había llamado a su puerta?

Conocía la respuesta a aquello. Esta noche era la noche en la que se suponía que el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur debían reunirse con los señores de los Cares.

Por un momento deseó ignorar quién estaba al otro lado de la hoja. Pero la llamada se repitió, recordándole que no tenía ningún lugar donde ocultarse. Reuniendo sus escasas reservas de valor, fue a responder.

El Maestro Eremis estaba allí de pie, sonriendo.

La forma en que la miró tenía aún demasiado poder: barrió sin ningún esfuerzo toda cuestión de desvanecerse, la hizo real frente a él..., real para él. Después de todo, ¿qué mal había cometido haciendo el amor con Saddith? Sus ojos prometían que sus atenciones valían la pena de ser experimentadas. ¿Quién sabía cómo besarla con aquella exacta combinación de ardor, experiencia y júbilo?

Y, si perdía su interés hacia ella, siempre podía atraerlo de nuevo contándole lo del Adepto Havelock y el Maestro Quillon.

Como autodefensa, intentando mantenerse firme ante él, dijo:

—No quiero ir.

Él entró tranquilamente en la habitación, como si la conociera mejor que ella misma.

—Mi dama —dijo en tono apaciguador—, debes.

—¿Por qué? —El esfuerzo por no perderse en su brillante mirada y su sonrisa hizo que la cabeza le diera vueltas—. No tiene nada que ver conmigo.

—Ah —respondió el Maestro—, en esto estás equivocada. —Su actitud se hizo un poco más sobria—. Tienes que venir conmigo como demostración de mi buena fe. Puede que no te des cuenta de la mala reputación en que el Rey Joyse ha situado a todos los Imageros. O bien somos creación de su voluntad, honestos sólo en la medida en que él es honesto, o mantenemos alianzas con Cadwal y Alend que nos hacen traidores, o somos la fuente del actual peligro. Somos considerados de este modo porque la Cofradía fue creada por la fuerza antes que por la voluntad. Debo persuadir a esos indóciles señores de que deben confiar en mí, y eso sólo puedo conseguirlo si soy honesto con ellos. Debo mostrarte a ellos para que puedan captar lo que la Cofradía ha intentado en el pasado..., y lo que queremos hacer ahora.

»Mi dama, esto tiene mucho que ver contigo. Si no vienes conmigo, no conseguiré nada de esta reunión... —Hizo un intento por no parecer demasiado alegre—, y todos mis esfuerzos por salvar Mordant no habrán servido de nada.

Sus manos retorcieron ligeramente los extremos de su casulla.

Terisa recordó sus manos. Apenas había empezado a averiguar lo que podían hacer. Su corazón latía alocado en su garganta. Casi dijo: De acuerdo. Iré contigo. Si antes me llevas de vuelta a tus habitaciones. Las palabras estuvieron tan a punto de brotar de su boca que se sintió mareada. Tuvo que tragar saliva más de una vez antes de ser capaz de asentir con la cabeza.

Él tendió la mano hacia ella.

—Mi dama —dijo con voz lenta, mientras sujetaba su brazo—, estaba seguro de

que comprenderías.

Los guardias lo detuvieron cuando cerró la puerta tras ella. Querían saber dónde la llevaba. Órdenes del Castellano Lebbick. Pese a que —Terisa sólo fue vagamente consciente de ello— Geraden nunca había sido interrogado de aquel modo cuando había salido con ella. El Maestro Eremis respondió ásperamente que dama Terisa de Morgan había aceptado reunirse con él y algunos otros Maestros para una cena tranquila en los aposentos del mediador de la Cofradía. Luego la empujó hacia delante.

La forma en que encajaba su mandíbula indicaba que los guardias lo habían puesto furioso.

Sujetando su brazo, la llevó torre abajo y a través de varios de los pasillos principales. Ella estuvo a punto de perder el equilibrio y se detuvo en seco cuando divisó de nuevo al hombre con la capa gris. Pero desapareció casi de inmediato; lo perdió de vista antes de que pudiera señalárselo al Maestro Eremis. Sonriendo en tono de disculpa por su torpeza, siguió andando. El hombre de la capa gris no volvió a aparecer.

El Maestro Eremis no hacía ningún intento obvio de furtividad, pero avanzaban a lo largo de un camino calculado para confundir a los pocos guardias con los que se cruzaban. Sin embargo, pronto se hizo claro que no estaba conduciendo a Terisa a ningún lugar cerca de la sección privada de la Cofradía en Orison. Ni tampoco se dirigía hacia el complejo de estancias y pasadizos del laborium. Más bien estaba descendiendo, dando un rodeo pero de forma inconfundible, hacia una húmeda y poco usada parte del castillo que se parecía al lugar donde el Adepto Havelock tenía sus aposentos..., un lugar entre los cimientos de Orison. Por un momento la golpeó el alocado pensamiento de que el Maestro Eremis tenía algo que ver con el Maestro Quillon y el Adepto. Pero, aunque los pasadizos que elegía Eremis eran fríos, vacíos y poco cuidados, todavía eran lo bastante públicos como para estar iluminados: las linternas colgaban de las paredes a distantes intervalos. Los corredores y estancias laterales parecían indicar que aquella parte del castillo había estado en su tiempo habitada. Quizás Orison la había ido abandonando a medida que crecía en altura. O tal vez los cimientos habían empezado a sufrir filtraciones. Fuera cual fuese la razón, aquellos pasillos y habitaciones habían sido claramente abandonados por otros aposentos más secos en algún otro nivel. Las botas del Maestro Eremis chapoteaban sobre charcos medio helados en el suelo, y el sonido tenía ecos húmedos. Terisa podía oír el gotear de agua en la distancia.

Se apretó los brazos contra el frío e intentó recordar el camino de vuelta para no perderse.

Sin advertencia previa, una forma oscura pareció materializarse de la pared.

Terisa retrocedió involuntariamente. La linterna más cercana estaba a seis u ocho metros de distancia, y su débil luz hacía que la figura pareciera tan corpulenta y peligrosa como un oso.

Pero el Maestro Eremis rió con suavidad entre dientes; y un momento más tarde Terisa distinguió un perfil con una cabeza calva, gruesas cejas y un colgante bigote. Él hombre iba envuelto en una capa de piel del mismo color húmedo y oscuro que las sombras. Probablemente presentaba una forma tan bestial porque aún llevaba sus gocetes y su gorguera bajo la capa.

Ahora que miraba más atentamente, vio la débil silueta de una puerta tras él. Debía haber permanecido aguardando oculto allí a que llegara el Maestro Eremis.

—Maestro Eremis —dijo el hombre en un suave jadeo. Su saludo creó una nubécula de vapor en el frío aire ante su boca—. Ya están todos reunidos..., incluso ese perro jorobado que dices que debemos soportar para tranquilizar a la Cofradía. No eres lo que yo llamaría puntual. —Terisa sólo podía ver la mitad de su rostro a la luz de la linterna, pero el ojo de aquel lado la miró intensamente—. ¿Por qué has traído a una mujer?

—Mi señor Perdon —respondió el Imagero—, no es tan fácil como tú imaginas arreglar una reunión como ésta en secreto. —La suavidad de su voz ahogó su sarcasmo—. Lebbick lo observa todo..., o cree que lo hace. Ha sido preciso colocar un cierto número de mentiras plausibles en una gran variedad de oídos. Explicaré lo de la mujer.

El Perdon miró unos instantes más a Terisa; sus ojos no eran muy amistosos.

—Será mejor que lo expliques bien, Maestro Eremis. —Luego desvió de nuevo su mirada al Imagero—. Cuando me persuadiste de celebrar esta reunión, te prometí que reuniría a los demás señores tan rápido como fuera posible. Pero la tarea de enviar llamadas y recibir respuestas a través de tales distancias en esta estación parecía que iba a tomar al menos quince días. Me aseguraste, sin embargo, que se necesitaría mucho menos tiempo. Debo confesarte que no te creí del todo. Ahora estoy asombrado de que tuvieras *razón* hasta un grado tan imposible.

Sorprendida, Terisa estuvo a punto de decir: ¿*Quince* días? Él nos dijo *seis*. Le dijo a la Cofradía que tú prometiste *seis*.

La presión del Maestro sobre su brazo la hizo mantenerse inmóvil.

—La Imagería tiene sus utilidades —comentó enigmáticamente.

—Eso es indudable —dijo el Perdon—. E indudablemente también las explicarás..., cuando lo creas conveniente. Pero tienes que responderme a algo. Estoy preocupado por la presencia del Tor entre nosotros.

—¿Preocupado, mi señor Perdon?

—Sí, Maestro Eremis. —Un puño cerrado apareció entre los pliegues de la capa del Perdon—. No confío en él aquí. Ha sido un amigo demasiado firme del Rey. Acepté llamarle solamente porque le creía demasiado viejo, y demasiado gordo, para hacer el viaje. Su presencia, ahora, me alarma.

El Maestro Eremis frunció una ceja ante aquello.

—Ahora eres tú quien empieza a alarmarme *a mí*. Empiezo a sospechar, mi señor Perdon, de que no es del Tor de quien desconfías. Es de mí.

El fruncido ceño del Perdon ni se movió.

—Esto me inquieta. —Eremis dejó que un asomo de ira brotara en su voz—. Cuando hablaste de quince días, sabía que el tiempo sería menor porque el Termigan estaba ya camino de Orison. Tengo un cristal plano que resulta que muestra su trono en Sternwall, y lo vi partir.

»Cuando llegó el Tor, no dudé en incluirlo. ¿Nadie ha hablado contigo, mi señor? ¿Acaso el propio Tor no te ha dicho por qué está aquí? Vino a exigir una respuesta de nuestro valiente Rey porque su hijo primogénito fue muerto por algún producto de la Imagería más vil. Y el Rey no quiso saber nada de él. Ni quisiera quiso escuchar su demanda..., del mismo modo que ha rechazado las audiencias con el Fayle y el Armigite.

»El Tor ama a sus hijos —concluyó el Maestro Eremis—. Creo que ahora será nuestro aliado.

—Bien —murmuró el Perdon—. Bien. —Había vuelto la cabeza. Todo su rostro estaba en sombras—. Ha sido el amigo del Rey durante cuarenta años. Pero tal vez el dolor lo haga más amargado. Quizá valga la pena correr el riesgo de tenerlo con nosotros.

—Mi señor Perdon —dijo secamente el Maestro—, has dado a entender ya que llego con retraso. Si no vamos pronto con ellos, los demás señores empezarán a mostrarse inquietos, y entonces no tendremos a nadie con nosotros.

Los ojos del Perdon destellaron brevemente. Tendió el puño y tocó ligeramente el pecho del Imagero con él.

—Ve con cuidado, Maestro Eremis —susurró—. Soy el señor del Care de Perdon. No me gustan las manipulaciones..., o el abuso de confianza. Y sospecho que mis compañeros los demás señores tienen prejuicios similares.

Luego se volvió y echó a andar por el corredor, haciendo resonar fuertemente sus tacones contra la piedra.

Por un momento, Eremis retuvo a Terisa allá donde estaba.

—Algún día —dijo con tono meditativo—, habrá que enseñarle a ese imprudente

señor a ser más cuidadoso con sus amenazas.

Casi involuntariamente, como si la pregunta le fuera extraída por la fuerza, Terisa quiso saber:

—¿Por qué mentiste a la Cofradía? Les dijiste que había sido idea del Perdon reuniros esta noche.

El Maestro alzó inmediatamente un dedo hacia sus labios.

—Mi dama —susurró—, ya he explicado que no caigo bien a algunos de mis compañeros Maestros, y otros no confían en mí. Sólo aceptaron el riesgo de esta reunión porque creían que se basaba en el honor del Perdon antes que en mi previsión. Ahora te aconsejo que no pronuncies ni una sola palabra hasta que estés de nuevo segura en tus aposentos.

Sujetando aún firmemente su brazo, la empujó detrás del Perdon.

Siguieron el seco resonar hueco de sus tacones hasta doblar otra esquina; entonces vio brotar luz de una puerta abierta al fondo. La puerta no estaba custodiada; al parecer, los señores de los Cares aún creían que estaban a salvo en Orison. El Perdon cruzó el umbral, y Terisa oyó varios saludos en voz baja. Un momento más tarde, el Maestro Eremis la hizo entrar en la luz.

Allá, soltó su brazo y le dio un ligero empujón hacia delante. Terisa tuvo la impresión de que él había retrocedido un paso..., de que estaba utilizando la entrada de ella para crear algún tipo de distracción.

La puerta se abría a una estancia tan desnuda como una celda y no mucho más grande. La luz procedía de varias linternas colocadas sobre una larga y tosca mesa de madera que llenaba al menos la mitad del espacio. Las pesadas sillas que la rodeaban hacían que la estancia pareciera atestada.

Tan pronto como entró en la habitación, Terisa vio al Maestro Gilbur: estaba sentado en el extremo más alejado de la mesa, y sus rasgos estaban fruncidos en una expresión ácida, como si hubiera estado intercambiando insultos con alguien.

El Perdon permanecía aún de pie, pero los demás señores estaban sentados. Terisa reconoció al Tor, por supuesto. Estaba sentado al lado del Maestro Gilbur. Fuera del contacto directo con el invierno, su piel tenía más color; pero su rostro todavía seguía pareciendo un puñado de harinosas patatas y sus ojos estaban velados. Había un enorme frasco en la mesa frente a él.

En el lado opuesto de la mesa había un hombre al que Terisa tomó inmediatamente por el Armigite, simplemente a causa de la descripción de Saddith. La blandura de su rostro le hacía parecer más entrado en carnes de lo que era realmente, y su expresión era quisquillosa; su pelo estaba oscurecido y engominado en elaborados rizos; sus ropas eran llamativas de una forma que sugería el dormitorio

de una mujer. Era el único en la habitación que parecía más joven que el Maestro Eremis: resultaba evidente que había heredado su puesto en vez de ganarlo en las guerras de Mordant.

Como los demás señores, iba armado, pero la fina hoja de acero en su costado parecía esencialmente decorativa.

El hombre sentado a su lado era un gran contraste: parecía haber sido tallado de un bloque de pedernal. Cada línea de su rostro, cada mirada de sus ojos, cada gesto de sus manos, parecía como si hubiera sido modelada a golpes, martilleada por un filo cortante. Su piel tenía un tinte polvoriento que hacía juego con sus planos ojos. Sus cejas parecían no tener ningún color.

Debía ser el Termigan. Terisa razonó esto porque no era lo bastante viejo como para ser el padre de la Reina Madin. El señor al otro lado de él —al lado del Tor— tenía muchas más probabilidades de ser el Fayle. Este hombre tenía al menos la edad del Tor; el escaso pelo blanco en la parte de atrás de su cráneo estaba cortado muy corto; era tan delgado como un lebre. Su rostro era tan largo, y tenía tanta mandíbula, que parecería lúgubre si sus ojos no fueran tan brillantes, azules y penetrantes. La forma como se sentaba —erguido, con los brazos firmemente cruzados sobre su delgado pecho— implicaba el estoicismo que Saddith le había atribuido.

Con excepción del Tor —cuya atención estaba fija en su frasco—, todo el mundo la miraba a ella. Los firmes ojos del Fayle no dejaban traslucir nada; pero el Termigan la miraba indignado, el rostro del Armigite exhibía una sonrisa burlona, y el habitual ceño fruncido del Maestro Gilbur era lúgubre y tormentoso.

Los hombres y las linternas hacían que la habitación fuera considerablemente más cálida que el corredor.

Nadie ofreció ninguna presentación. Tan pronto como el Maestro Eremis entró en la habitación, sólo unos momentos después que Terisa, el Perdon anunció hoscamente:

—El Maestro Eremis dice que explicará su presencia. —El rojo pelo de sus cejas y orejas se agitó cuando ocupó un asiento al lado del Termigan.

—Agradecería una explicación —gruñó de inmediato el Maestro Gilbur—. ¿Qué tipo de prestidigitación piensas usar para hacernos tragar su presencia, Eremis?

Terisa notó que su rostro se acaloraba ante un escrutinio tan hostil. Todo el mundo que la mirara detenidamente observaría el sudor que resbalaba por sus sienes. ¿Cómo se había convertido en el peón crítico de los planes del Maestro Eremis? ¿Por qué todo lo que él deseaba de aquella reunión dependía repentinamente de ella?

—Mi dama —el tono de Eremis no era especialmente cortés—, por favor siéntate.

—Hizo un gesto hacia la silla al lado del Fayle. Luego se sentó él también, a la cabecera de la mesa, en el lado opuesto al Maestro Gilbur. Su esbelta delgadez, el mechón de negro pelo que colgaba en su alta frente, y la forma en que se curvaban sus mejillas como los lados de una cuña desde sus orejas hasta su larga nariz, le daban la apariencia de un ave exótica. En algunos aspectos, Terisa nunca le había visto con una expresión menos seria. El chispear de sus ojos equilibraba la mueca de su boca. Cruzó las manos ante él sobre la mesa en un esfuerzo evidentemente inútil por parecer grave.

—Mis señores —dijo con voz firme, mirándoles fijamente por turno—, el problema es el tiempo. Si no existiera esa premura, no hubiera tomado decisiones sin vuestro conocimiento y consentimiento. Es cierto que es probable que el invierno no receda aún durante otros treinta días, o incluso cincuenta. Pero puede hacerlo en diez. En diez días, un ejército de tamaño considerable puede iniciar su marcha contra nosotros desde Cadwal. Y sólo han transcurrido unos días desde que el sabio Rey Joyse consideró conveniente rechazar una propuesta alianza con Alend, humillando al embajador al hacer firme su rechazo. Las fuerzas de Margonal no estarán mucho más atrás que las del Gran Rey.

—Eso es cierto —dijo el Armigite con amargura adolescente—. Si el Rey Joyse me hubiera concedido una audiencia, le hubiera dicho que los ejércitos de Margonal se agrupan a menos de medio día de marcha del Pestil. Mis comandantes dicen que es imposible enfrentárseles. Cuando Alend decida atacar, yo seré eliminado. ¡Y el Rey Joyse se niega a escucharme!

Hubiera seguido hablando, pero el Maestro Eremis lo interrumpió con voz suave:

—Peor que los ejércitos, sin embargo, es la Imagería. Y la Imagería no aguarda a la primavera. De hecho, todo Mordant se halla ya bajo asedio. Extraños lobos han acabado con la vida del hijo del Tor. Los devoracadáveres merodean los poblados de Fayle. Lagartos depredadores pululan por los almacenes del Demesne. Pozos de fuego aparecen en el suelo de Termigan..., casi en el interior de las fortificaciones de Sternwall.

El Termigan asintió lúgubrementemente.

—Por eso estoy aquí. Soy un soldado. Estoy desarmado contra los pozos de fuego en el suelo.

—No tenemos tiempo, mis señores —concluyó el Maestro Eremis—. Por esa razón, me he tomado la libertad de hacer lo que he hecho.

Hizo una pausa, y el Maestro Gilbur gruñó:

—Adelante con ello, Eremis. ¿Qué es lo que has hecho?

La expresión hosca del Maestro Eremis casi se quebró. Conteniéndose

rígidamente, dijo:

—He invitado a alguien más a nuestra reunión. —Antes de que nadie pudiera reaccionar, dijo por encima del hombro—: ¡Mi señor, puedes entrar!

Terisa abrió incrédula la boca cuando el Príncipe Kragen entró con paso vivo en la habitación, acompañado por sus dos guardaespaldas.

Su porte indicaba que su confianza en sí mismo no había disminuido. Ya no llevaba el casco de cobre ceremonial, el peto y la vaina de la espada. Un atuendo negro de seda realzaba lo oscuro de su piel; su bigote brillaba a la luz. Pero llevaba una recia espada sujeta a su cintura. Sus guardaespaldas llevaban también armas para usar, no para exhibir.

Al verle, el Armigite palideció. El Termigan echó hacia atrás su silla y saltó en pie, con la mano en la empuñadura de su espada. El rostro del Maestro Gilbur se oscureció apopléticamente. El Tor dio un largo trago de su frasco y eructó.

—Esto es sorprendente —comentó el Fayle con voz como el agitar de hojas secas—. No te paras a medio camino, Maestro Eremis.

—¿Te has vuelto loco? —restalló el Perdon a Eremis—. Te advertí que no nos dejaríamos manipular. ¿Admitirás al hijo del Monarca de Alend a nuestro consejo secreto?

Uno de los guardaespaldas se situó entre el Príncipe Kragen y el Termigan. Antes de que el hombre pudiera extraer su espada, sin embargo, el Príncipe lo detuvo.

—Mis señores —dijo con un gesto apaciguador—, escuchadme. Estáis sorprendidos..., pero no estáis amenazados. De hecho, me siento agradecido de que el Maestro Eremis me haya proporcionado esta oportunidad de reunirme con vosotros. Tras el trato que recibí de manos de vuestro Rey, tuve intención de partir de Orison de inmediato. Pero eso hubiera sellado la guerra entre Mordant y Alend. Y el Monarca de Alend desea intensamente la paz. Su mayor deseo es formar una alianza contra los peligros de Cadwal y la Imagería. En consecuencia, cuando el Maestro Eremis me pidió que me quedara en Orison, prometiéndome una oportunidad de hablar con vosotros, me dejé persuadir.

»Mis señores, se me ha negado una alianza con el Rey de Mordant. Pero ¿debo pensar que una posible alianza con los señores de Mordant debe terminar del mismo modo?

—Alend es mi enemigo —escupió de inmediato el Termigan, sin apartar la mano de la empuñadura de su espada—. Demasiados de mis hermanos y amigos han resultado muertos por los de Alend, que creían tener derecho a ser propietarios de nuestra libertad. No creía, Maestro Eremis, que nos hubieras reunido para discutir de traición.

—Oh, *traición*, tonterías. —El Armigite agitó sus delicadas manos, recuperándose rápidamente de su impresión inicial—. Por lo que a mí respecta, me siento encantado de ver al Príncipe Kragen en términos de amistad. ¿A quién pertenece tu lealtad, mi señor Termigan..., al Rey Joyse o a Mordant? Sabes lo que ha hecho nuestro Rey, y lo que no ha hecho, para enfrentarse a nuestra necesidad. Yo llamaría *traición* a seguir obedeciéndole. Mordant —añadió piadosamente— es un servicio superior.

—Mi señor Termigan —continuó el Príncipe Kragen—, debes comprender la posición del Monarca de Alend. Como he dicho, su deseo de paz es intenso. Hemos conocido la paz desde que tú luchaste tan poderosamente y nos derrotaste..., y hemos aprendido que la paz es mejor que la guerra. Pero tu Rey no se ha sentido satisfecho con la paz. Ha creado la Cofradía.

»Mis señores —dijo, dirigiéndose a todos—, la Cofradía representa un gran peligro. Mientras vuestro Rey la ha mantenido firmemente sujeta, de modo que sólo sirviera a las causas de la paz, hemos podido superar la amenaza. Pero ahora vuestro Rey se ha vuelto débil. Mordant se halla bajo el ataque de la Imagería, y la Imagería no es utilizada para vuestra defensa. ¿Cómo explicamos esto? O bien vuestro Rey se ha vuelto loco y ya no le importa defender aquello para liberar lo cual luchó durante tanto tiempo, o se ha vuelto loco y ahora dirige a la Cofradía contra sus propias tierras, entrenando sus fuerzas —el Maestro Gilbur quiso protestar, pero el Príncipe no se lo permitió— ¡para el momento en que esté preparada para destruirnos a todos!

—¡Eso es una mentira! —ladró el Maestro Gilbur, dando un puñetazo sobre la mesa—. Por supuesto que el Rey Joyse está loco. ¡Pero *no* utiliza la Cofradía! ¡Por las pelotas del macho cabrío del archi-Imagero, nosotros *no* somos la causa de este peligro!

El Príncipe Kragen no se mostró ofendido.

—Estás hablando por ti mismo, Maestro Gilbur —dijo tranquilamente—, y en lo que a ti respecta te creo. El hecho de que la Cofradía desee esta reunión es un buen augurio de su honestidad. Para mí, el Maestro Eremis ha demostrado también su sinceridad reuniéndonos..., y consiguiendo el permiso de la Cofradía para decirnos lo que piensan hacer los Maestros en defensa de Mordant. Tristemente, sin embargo, esto no cambia nada. Vuestro Rey se ha vuelto débil. En consecuencia, Cadwal aspira a la posesión de la Cofradía. Y, en consecuencia también, Alend debe luchar. No podemos permitir que tantos Imageros se conviertan en un arma en manos del Gran Rey.

»Mi señor Termigan, has perdido mucho en la guerra contra nosotros. También nosotros hemos perdido mucho. Pero Mordant y Alend, juntos, perderán mucho más si Festten adquiere el control de la Cofradía.

—¡Bien dicho! —vitreó el Armigite—. ¡Bien dicho!

El Perdon miraba fijamente al Maestro Eremis. Al cabo de un momento, dijo en voz baja:

—Eres más listo de lo que había creído, Maestro Eremis. Si hubiera sabido que eras tan previsor, hubiera acudido antes a ti en busca de consejo.

Los ojos de Eremis brillaron, pero no se permitió sonreír.

La argumentación del Príncipe fue suficiente para hacer reconsiderar al Termigan. Soltó su espada; con el ceño pensativamente fruncido, contempló la mesa.

Inesperadamente, el Tor dejó su frasco sobre la mesa con un fuerte golpe.

—Oh, siéntate, mi señor Termigan. Ver a tanta gente de pie hace que me sienta cansado. Debemos averiguar qué otras sorpresas hay en reserva para nosotros.

—Antes de que sigamos adelante —dijo secamente el Fayle—, quizás el Maestro Eremis nos explicará por qué ha traído a esa joven para que oiga todo lo que digamos y decidamos.

Tomada por sorpresa, Terisa se dio cuenta de que su corazón empezaba a latir incontroladamente.

El Termigan dejó caer bruscamente su espada hasta el fondo de su vaina y se sentó. Sus planos ojos no miraron a nadie.

—Sí, Maestro Eremis. Explícanos la presencia de la mujer. Nos estás pidiendo que aceptemos demasiadas cosas demasiado rápidamente.

El Maestro Eremis abrió la boca para contestar, pero el Príncipe Kragen fue más rápido:

—Mis señores, ella es dama Terisa de Morgan. No sé nada de ella. Sin embargo, le estoy en deuda. Durante mi audiencia con vuestro Rey, ella hizo todo lo posible por ahorrarme la humillación. Por eso, la gratitud de Alend es suya. —Ofreció a Terisa una formal inclinación de la cabeza. Luego, con una voz que era simultáneamente terciopelo y hierro, añadió—: Mis señores, debo pedirlos que la tratéis con respeto.

El Maestro Gilbur bufó en voz baja.

El Tor la miró, más allá del Fayle y a través de la distorsión del vino.

—Tú estabas con ese chico del Domne —dijo con voz espesa—. Geraden. Cuando llegué. —Sin advertencia previa, sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó furiosamente, se echó hacia atrás en su silla, luego dio una resonante palmada contra la mesa—. Recibe también mi gratitud. El Príncipe Kragen y yo nos ocuparemos de que seas tratada con respeto.

Dio un nuevo trago de su frasco y se dejó caer hacia un lado de su asiento, como si hubiera perdido el sentido.

—Muy emotivo —murmuró el Armigite, sin mirar en ningún momento a Terisa—. ¿Qué vamos a tener a continuación? ¿Proposiciones de matrimonio?

Los otros señores, sin embargo, parecían estar más de acuerdo con el Tor que con el Armigite: ninguno de ellos pareció reconocer su sarcasmo. En vez de ello, fijaron su atención en el Maestro Eremis, y el Termigan dijo:

—La respetaré como corresponda cuando comprenda por qué está aquí.

—Mis señores —Eremis abrió las manos en un gesto expansivo—, os lo diré. ¿Quieres sentarte, mi señor Príncipe?

—Gracias. —El Príncipe avanzó con paso medido hasta una silla al lado de Terisa, entre ella y el Fayle. Sus ojos la miraron intensamente—. ¿Puedo sentarme a tu lado, mi dama? —murmuró. Sin embargo, no aguardó su permiso. Mientras se sentaba, ella observó que sus manos estaban bien manicuradas, pero había callos en sus palmas y dedos.

Sus guardaespaldas se situaron de pie tras él.

—Como habéis oído —reanudó inmediatamente el Maestro Eremis—, ella es dama Terisa de Morgan. Fue traída entre nosotros por medio de la Imagería.

Nadie reaccionó a aquel anuncio: quizás era evidente por sí mismo.

—Aparte esto, vosotros sabéis tanto como yo de ella..., dejando aparte algunos detalles secundarios. —No pudo impedir una sonrisa maliciosa que hizo reír tontamente al Armigite. Pero la reprimió con rapidez—. Ella no ha revelado nada. Parece no tener ningún talento discernible por la Imagería. La traje aquí para que comprendáis lo que la Cofradía ha hecho en sus esfuerzos por responder a la necesidad de Mordant..., y lo que ahora nos proponemos hacer.

»Mis señores, nuestro dilema es el vuestro, y no somos ciegos a él. Mordant se halla en gran peligro. Y el Rey Joyse ha perdido todos sus sentidos. En consecuencia, hicimos lo que los Imageros han hecho siempre. Recurrimos al augurio.

»Se necesitó una gran cantidad de tiempo para hacerlo. No es algo sencillo crear el cristal necesario para un augurio tan específico. Pero, una vez hecho el cristal, lanzamos el augurio. A partir de ahí, actuamos sobre las bases de lo que averiguamos.

»No os incomodaré con largas explicaciones respecto al augurio. Baste decir que el asunto de su interpretación es difícil. En palabras sencillas, nuestro augurio muestra el peligro de Mordant. Muestra una figura extraña de gran poder. Muestra escenas de victoria. Y parece implicar una conexión entre la figura de poder y el joven hijo del Domne, Geraden.

»Ocurre que esta misma figura de poder es visible en uno de los más celebrados espejos del Maestro Gilbur.

El Maestro Gilbur lanzó a la estancia una mirada indiscriminada.

—Llegamos a la conclusión —prosiguió Eremis— de que esta figura era el campeón que podía salvar Mordant..., si era trasladada de la manera correcta. Y decidimos, no sin cierta discusión previa, que debía ser tarea de Geraden realizar la traslación.

Se echó hacia atrás en su asiento y señaló a Terisa con un movimiento de cabeza.

—Ella es el resultado. De alguna forma que no podemos explicar, la traslación de Geraden se extravió. —Hizo una pausa para gozar de la perplejidad y los murmullos de los señores.

El Tor se agitó en su silla.

—Conozco a ese Geraden —gruñó—. Es un buen muchacho. Un auténtico hijo de su padre. —Bostezó con aire ausente y dio otro sorbo de su frasco.

Al cabo de un momento, el Armigite dijo en tono de creciente indignación:

—¿Pretendes hacernos creer, Maestro Eremis, que Mordant tiene que ser salvado por esta... —agitó el dorso de su mano en dirección a Terisa—, esta *mujer*?

—No, mi señor Armigite. —La voz del Fayle era tan seca y quebradiza como siempre, pero tenía una inesperada autoridad—. El Maestro Eremis nunca le pediría eso a un hombre que no tiene esposa ni hijas. Lo que quiere es que comprendamos lo que la Cofradía ha hecho debido a la traslación de dama Terisa.

—Exacto, mi señor Fayle. —Pese a su seria expresión, la risa en los ojos del Maestro Eremis implicaba un comentario acerca del embarazo del Armigite—. Espero que ver a dama Terisa os permita comprender por qué hemos decidido dar la espalda a la evidente interpretación de nuestro augurio.

»Pese a las figuras prominentes en el augurio, hemos decidido prescindir de la ayuda de Geraden. El Maestro Gilbur realizará la traslación tan pronto como vosotros deseéis que la *haga*.

Tensa tuvo la impresión de que la estancia se enfriaba. Pero..., protestó. Pero... No era aquello lo que había decidido la Cofradía. El Maestro Eremis estaba yendo demasiado lejos.

El Tor dejó escapar un suave ronquido. Los otros hombres, sin embargo, estaban más atentos. El Termigan miró al Maestro Eremis. La mandíbula del Armigite colgaba flácida. Los ojos del Príncipe Kragen escrutaban atentamente la habitación, evaluando todo lo que veía. El Fayle agitó los labios como si estuviera hablando consigo mismo. En el sorprendido silencio, Terisa pudo oír el crujir del cuero de los guardaespaldas cuando se agitaron sobre sus pies.

Y, en aquel momento, su sensación de toda la situación cambió. Pese a su extraña

actitud, el Maestro Eremis poseía la habilidad de sorprenderla. De pronto comprendió lo que estaba haciendo. Estaba intentando forjar una alianza, quería situar las tres fuerzas presentes allí —los señores, la Cofradía y el representante de Alend— en posiciones tales que les resultara imposible rechazar lo que él decía. Puesto que carecía de la fuerza del Rey, e incluso de la autoridad del mediador de la Cofradía, se veía obligado a recurrir a aquellos sutiles planes. Pero la finalidad de su maniobra era salvar Mordant.

Bruscamente, el Príncipe Kragen dio una palmada contra la mesa y exclamó:

—¡Bien hecho, Maestro Eremis! Eres audaz y lleno de recursos, y tienes mi admiración. Ésta es la unión que nos ofreces: Alend y los señores de Mordant y la Cofradía. Jamás hubiera creído que hubiera un hombre en ninguna parte lo bastante atrevido como para hacer una proposición así..., y lo suficientemente listo como para hacer posible reunimos a todos para ello.

—Ciertamente, el Maestro Eremis es audaz y lleno de recursos —dijo el Fayle—. Nuestra recompensa por formar la unión que él desea es la posibilidad de emplear al campeón de la Cofradía como si fuera nuestro.

—Hablas de una «figura de poder» —cortó bruscamente el Termigan. Su tono sugería desagrado, pero sus planos ojos no revelaban nada—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Un momento, mi señor Termigan —insistió suavemente el Fayle—. Yo estaba primero.

El Termigan cerró la boca.

—Corrígeme si estoy equivocado, Maestro Eremis. —Los azules ojos del Fayle brillaron como los de un pájaro—. ¿No ha prohibido el Rey Joyse cualquier traslación que prive a su objeto de volición?

—Cierto —restalló el Maestro Gilbur—. Cuando mayor es nuestra necesidad de la Imagería, más lucha por paralizarnos.

—¿Y es consciente de que vuestro campeón será traído hasta nosotros sin concurso de su voluntad?

El Maestro Eremis abrió las manos como si se encogiera de hombros.

—Mi señor, ésa es una de las muchas razones por las que debemos reunimos en secreto. Nuestro sabio Rey no *alzará* una mano en defensa de Mordant. Pero derribará Orison piedra sobre piedra para impedir una traslación prohibida. —Entonces Eremis señaló a Terisa—. La última vez que obedecimos sus órdenes, ella fue el resultado.

—Entiendo —respondió el Fayle—. Disculpa mi interrupción, mi señor Termigan.

—Por mi parte —dijo ferozmente el Perdon—, estoy a favor de cualquier cosa que mantenga a los carniceros de Festten a su lado del Vertigon. He jurado enviar al Rey Joyse todos mis hombres muertos y heridos si soy atacado..., y lo haré.

Parecía como si el Armigite estuviera a punto de ponerse enfermo.

El Termigan no había apartado los ojos de Eremis. Lentamente, dijo:

—Háblanos de esa «figura de poder», Maestro Eremis.

—¿Para qué? —preguntó hoscamente Gilbur—. Fue *augurada*. La necesitamos.

Pero el Maestro Eremis respondió:

—Posee un arma que arroja fuego destructor. Su armadura lo protege de todo ataque. Viéndolo en medio de la batalla, no podemos imaginar cómo un ejército podría resistírsele. Seguro que será a prueba de lobos y devoracadáveres y lagartos depredadores. Los pozos de fuego no le harán ningún daño. Podrá luchar, puesto que su fuente es la Imagería.

—Mejor que mejor. —La sonrisa del Príncipe Kragen brilló tanto como su bigote—. ¿Cuál es esa fuente, Maestro Eremis?

—Creo —respondió Eremis tan lúgubrementemente como le permitía su excitación particular— que es el archi-Imagero Vagel.

El Tor bufó. Alzó la cabeza, miró con ojos vacuos a su alrededor por unos instantes, luego se puso pesadamente en pie.

—Mis señores, debo irme a la cama. Estoy demasiado viejo para tanta excitación.

—No te vayas, viejo amigo —le riñó gentilmente el Fayle—. Debes ayudarnos a tomar una decisión. El Tor parpadeó fuertemente.

—¿Qué decisión? No tengo que tomar ninguna. No regresaré a Marshalt. Soy *viejo*, he dicho. Esas cuestiones son demasiado para mí. Si el Rey Joyse pretende destruir Mordant, aquí estaré para ayudarle. Permaneceré a su lado hasta el fin. —Emitió un pequeño sonido como una risita—. Merece tenerme a su lado. —Se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies—. Mi hijo siempre dijo que yo era un estúpido y un cobarde por no entregarle más que dos mil hombres cuando emprendió su primera campaña para convertirse en Rey. Ahora mi hijo está muerto. No debería haber sido tan cauteloso.

Salió lentamente de la habitación.

Ante la sorpresa de Terisa, el Armigite dijo:

—El Tor tiene razón. Todos deberíamos irnos a la cama. Una decisión como ésta no debería tomarse precipitadamente. —Mostraba el blanco de sus ojos, y había sudor en su labio superior—. ¿Y si fuéramos descubiertos? ¿Y si el Castellano Lebbick cayera sobre nosotros? Necesitamos tiempo. Debemos elegir con cuidado.

—Su voz se quebró. Luchó por recuperar su dignidad, concluyó—: No me gustan las decisiones.

Con una considerable aspereza, el Perdon restalló:

—Mi señor Armigite, tu padre gruñe en su tumba. ¿Luchó en tantas sangrientas batallas contra... —dirigió una rápida mirada al Príncipe Kragen—, contra enemigos de toda descripción, simplemente para entregar su Care a un medio hombre a quien no le gusta tomar decisiones?

El Armigite enrojció, pero estaba demasiado mareado para responder.

—Mis señores —siguió el Perdon—, Armigite bordea al este con Perdon, al oeste con Fayle y Termigan, al norte con Alend. Somos suficientes. El Armigite no puede oponérsenos a todos. Nos permitirá que tomemos las decisiones por él.

Hubo un momento de silencio mientras el Armigite se agitaba en su asiento y el Perdon miraba acaloradamente a su alrededor. Luego el Fayle dijo:

—Sé explícito, mi señor Perdon. —Sonaba como un cascarón vacío—. ¿Cuál es la decisión que propones?

—Propongo la unión que el Maestro Eremis nos ha ofrecido —respondió inmediatamente el Perdon—. Propongo que nos unamos para trazar un plan de batalla..., contra Cadwal y contra esos ataques de la Imagería. Ignoraremos al Rey Joyse. Cuando el Príncipe Kragen haya tenido tiempo de preparar sus fuerzas —hablaba como si pudiera oír trompetas, y su calva cabeza parecía brillar de entusiasmo—, los señores de los Cares avanzarán con él y el campeón de la Cofradía para la conservación del reino.

El Maestro Eremis permanecía sentado muy erguido, intentando no sonreír. Al otro lado de la mesa, Gilbur se había cubierto el rostro con sus enormes manos.

—Eso es elocuente, mi señor Perdon. —El tono del Termigan no traicionaba ni aprobación ni sarcasmo—. Soy considerado un hombre poco querido. Ciertamente, os he servido de muy poco a ninguno de vosotros, mis señores..., y de nada al Rey Joyse. Pero Termigan es mi *Care*. Desde las profundidades de sus minas de cobre hasta la extensión de sus campos de trigo y las alturas de las torres de Sternwall, es mío.

»Decidme esto. Cuando Cadwal sea derrotado, y la Imagería haya sido derribada, y Joyse se vea privado de su reinado, ¿quién gobernará Mordant y Termigan? ¿Quién va a tener autoridad sobre mi Care?

El Príncipe Kragen respondió con sorprendente prontitud:

—Dama Elega.

¿Elega?, pensó Terisa, como si hubiera recibido una patada.

—Es la hija mayor de vuestro rey, su heredera por derecho. Y he tenido el placer de conocerla en los últimos días. Comprende el poder, y gobierna mejor de lo que pensáis. —Hizo una pausa—. Y no es Alend.

—Una mujer —gruñó el Armigite, buscando al parecer recuperar la altura perdida—. Entonces te casarás con ella, y Margonal se convertirá en nuestro rey.

Los ojos de Kragen brillaron peligrosamente, pero no se dignó responder. En vez de ello, preguntó al Termigan:

—¿Es aceptable para ti, mi señor?

—Mis señores —interpuso el Fayle. Por primera vez, descruzó los brazos y apoyó sus largos y delgados dedos planos sobre la mesa. Las venas del dorso de sus manos destacaban como nudosos sarmientos—. Hay que acabar con esto.

De inmediato, todos los ojos en la habitación estuvieron sobre él.

—Ya he oído suficiente. —Sonaba viejo y cansado; sin embargo, había una corriente subterránea de firmeza en su voz—. Si pretendes aceptar esta alianza, deberás contentarte con hacerlo contra mi oposición. Fayle luchará por el Rey.

Con tono de disculpa, añadió:

—Debes comprender que soy el padre de su esposa. La Reina Madin es una mujer formidable. Cualquier elección que haga aquí, deberé justificarla ante ella.

—Mujeres y mujeres. —El Perdon estaba en pie, los rasgos crispados por la ira—. ¿Debe ser destruido Mordant porque tú no puedes enfrentarte a tu propia hija? ¿O porque el Príncipe Kragen está enamorado de Elega? ¿O porque —blandió su bigote hacia Terisa— el Maestro Eremis desea llevarse a la cama a este producto de la Imagería? ¡Mis señores, estas cuestiones no son importantes! Nuestra ruina nos domina de nuevo mientras discutimos cuestiones insignificantes. Debemos...

—No, mi señor Perdon. —Aunque el Termigan no alzó la voz, se hizo oír a través de la ira del Perdon—. Tú harás lo que quieras. Pero lo harás sin mí. Mi señor Fayle es demasiado educado para decir lo que piensa. Yo no soy tan cortés. Hay algún complot aquí. Mi señor Príncipe lo acepta todo con demasiada facilidad. Yo *conozco* al Monarca de Alend. Cuando cierre su mano sobre Mordant no la soltará..., no hasta el día en que dama Elega haya aceptado convertirse en su mandataria.

Se puso en pie.

—Haced todas las alianzas que podáis. No confío ni en Alend ni en ningún Imagero. —Salió bruscamente de la habitación.

Por un momento, nadie se movió ni dijo nada. La inesperada declaración del Termigan parecía haber impresionado a todos. Terisa se sentía aturdida ante el repentino derrumbe de los planes del Maestro Eremis. Éste parecía como si deseara

echarse a reír; lo interpretó como furia.

—Una cosa más —dijo el Fayle. Él también se puso en pie—. Maestro Eremis, Maestro Gilbur..., no debéis trasladar esa figura de poder.

El Maestro Eremis se limitó a arquear una ceja. El Armigite parecía como si intentara encogerse en su silla, para poder meterse debajo de la mesa. Pero el Perdon miraba al Fayle con irritación acumulada. Y el Maestro Gilbur preguntó con brusca ira:

—¿No?

—Violaréis las órdenes expresas del Rey. Y más aún..., violaréis el propósito para el que fue concebida la Cofradía. No debéis hacerlo.

—¡Ese propósito es de Joyse, no nuestro! —bufó Gilbur—. No vamos a permitir que un viejo tonto senil nos diga cuál es nuestro deber. —Bruscamente, golpeó la mesa tan fuerte que el abandonado frasco del Tor cayó al suelo—. *¡Prendemos sobrevivir!*

—Entonces —murmuró tristemente el Fayle—, debo decirle al Rey lo que pretendéis.

Terisa sintió una punzada de pánico al darse cuenta de que al Maestro Eremis le había salido el tiro por la culata.

El Príncipe Kragen estaba de pie junto a sus guardaespaldas.

El Perdon se enfrentó al Fayle al otro lado de la mesa.

—¿Prendes traicionarnos, mi señor Fayle?

—No, mi señor Perdon —respondió el Fayle como si se sintiera ofendido—. No diré nada de esta reunión. Sólo pretendo impedir que los Imageros traicionen al Rey.

Hubiera debido parecer ridículo mientras abandonaba la habitación: era viejo y delgado, y su porte erguido remarcaba sus hombros en pico, la desproporcionada cabeza. Los hombres a los que se enfrentaba eran más jóvenes, fuertes, apuestos. Pero no pareció ridículo. Ante su propio asombro, Terisa lo consideró admirable. Su lealtad la impresionó. Podía imaginar a Geraden saludando la salida de Fayle con aplausos.

Cuando el viejo señor se hubo ido, el Maestro Eremis echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un sonido como el grito de un simplón.

—¡Oh, contrólate, Eremis! —gruñó el Maestro Gilbur. El jorobado Imagero estaba evidentemente furioso—. Te advertí que esto podía ocurrir. Esos señores olvidaron todas las lecciones del pasado, pero recuerdan que no confían en la Imagería. Dije desde un principio que debemos tomar nuestra propia acción y dejar que los Cares se defiendan como puedan por sí mismos.

—Sí, Maestro Gilbur —dijo Eremis—. Me advertiste, es cierto. Me advertiste a menudo. —Abandonó su silla con un repentino impulso. Hablando rápidamente, con urgencia, dijo—: Mi señor Príncipe, mi señor Perdon, debéis disculparme. —Ignoró al Armigite—. Pese a la advertencia del Maestro Gilbur, no anticipé este resultado. — Su rostro estaba tan crispado que Terisa fue incapaz de leerlo—. Nuestros compañeros Maestros se hallan ya trabajando, preparando la traslación del campeón. Debemos reunirnos inmediatamente con ellos, antes de que el Fayle consiga atraer las iras del Rey. Si son atrapados en el acto de realizar una traslación prohibida, me temo que nuestro buen Rey reinstituya la práctica de la ejecución.

»Mi señor Príncipe, ¿cuidarás de que dama Terisa vuelva a sus aposentos?

Sin aguardar respuesta, el Maestro Eremis se volvió hacia su compañero.

—Vamos, Maestro Gilbur —dijo, y se apresuró a salir.

El Maestro Gilbur le siguió tan rápido como le permitía su curvada espalda.

Terisa siguió sentada en su lugar, demasiado confusa para moverse. ¿Por qué admiraba al Fayle, cuando él y el Termigan habían arruinado los esfuerzos del Maestro Eremis por salvar Mordant? ¿Y por qué la traslación había empezado ya? La Cofradía había aceptado aguardar al resultado de aquella reunión.

—Es una lástima, mi señor Príncipe —estaba diciendo el Armigite— que el valor de aceptar tu oferta de alianza sea tan escaso. Por mi parte, yo estaría dispuesto a discutir una unión privada. Necesitaría protección contra las represalias, por supuesto. A cambio, podría...

Su voz murió; nadie le estaba escuchando.

—Mi señor Príncipe —dijo rígidamente el Perdon—, por favor disculpa el fracaso de esta reunión..., y el insulto. Lo único que puedo hacer es asegurarte que el Maestro Eremis y yo hemos sido honestos. Pero no es prudente seguir aquí. ¿Debo aliviarte de la carga de dama Terisa?

—No es necesaria ninguna disculpa, mi señor Perdon. —El Príncipe Kragen no parecía tan alterado como esperaba Terisa—. Es cierto que mi misión ha tenido poco éxito. Francamente, no veo cómo Mordant y Alend pueden ser salvados ahora de la guerra. —Lanzó a Terisa una brillante y negra mirada y sonrió—. Pero quizá mi suerte mejore. Estoy en deuda con la dama. La escoltaré de buen grado.

—Como quieras. —El Perdon inclinó bruscamente la cabeza, se envolvió en su capa y salió.

Casi inmediatamente, el Armigite se escurrió tras él, como si el joven señor temiera ser dejado atrás. Cuando alcanzó el corredor, Terisa le oyó llamar al Perdon, solicitando su compañía. No oyó la respuesta del Perdon.

—Mi dama. —El Príncipe Kragen apoyó las manos en el respaldo de su silla—.

¿Quieres venir? —Estaba ligeramente inclinado sobre ella y sonreía—. Como el Perdon ha dicho, no es prudente demorarnos aquí.

Ella no supo cómo interpretar su sonrisa. Le recordaba en cierto grado la del Maestro Eremis. Al mismo tiempo, sugería que el Príncipe era un mejor diplomático, más capaz de ocultar sus sentimientos. Su seguridad en sí mismo era tan buena como una máscara.

Se levantó. Había aprendido sus modales de su padre.

Él apartó la silla de su camino, luego tomó su brazo, sujetándolo fuertemente pero sin una indebida intimidad. Con un guardaespaldas delante y otro detrás, la guió fuera de la habitación.

Casi sin transición, la temperatura del aire descendió. El sonido de agua goteando parecía arrastrarse a su alrededor.

—¿Vas suficientemente abrigada, mi dama? —preguntó suavemente el Príncipe—. No parece que tu vestido sea muy cálido.

Ella hubiera murmurado alguna respuesta no comprometedor. Pero había perdido la habilidad de ser tan dócil como parecía. En una instintiva autodefensa, respondió con otra pregunta:

—¿Conoces realmente a Elega?

Notó como él se envaraba. Guardó silencio durante unos instantes. Luego dijo educadamente:

—Mi dama, es costumbre dirigirse a mí por mi título.

—Mi señor Príncipe.

Él dejó escapar una alegre risa en el oscuro corredor.

—Gracias. Sí, ha sido un gran placer para mí conocer a dama Elega. He tenido considerable tiempo libre desde la debacle de mi audiencia con el Rey Joyse.

Las botas de los guardaespaldas producían secos sonidos de crujido-y-chapoteo contra el suelo mientras pisaban los charcos de agua con una delgada capa de hielo cubriéndolos. Cuando la luz de las linternas fue más intensa, Terisa pudo ver que su aliento formaba pequeñas nubéculas ante su boca. Sin osadía consciente, preguntó:

—Entonces, ¿por qué estás interesado en mí?

Él guardó de nuevo un momentáneo silencio, como si necesitara tiempo para digerir la pregunta y elaborar una respuesta.

—Mi dama —respondió finalmente—, si otra mujer me hiciera esta pregunta, sabría mejor cómo responder. ¿Es posible que no seas consciente de que posees un rostro y una figura que interesaría a cualquier hombre? Quizá sí. Sin embargo, sospecho que tu pregunta tiene otro significado.

»Si no eres una coqueta, si tu pregunta no está destinada a seducirme..., te responderé con franqueza. Estoy muy impresionado por dama Elega. El Rey Joyse ha hecho más de lo que cree produciendo una hija así.

Terisa dejó escapar un casi audible suspiro de alivio.

Hubo un cambio brusco en el paso del guardaespaldas que les precedía, un asomo de vacilación. Luego reanudó su firme caminar.

A través de su blusa, un soplo helado alcanzó a Terisa en ambas manos.

—Creo que poca gente en Mordant —siguió el Príncipe Kragen con aparente irrelevancia— comprende claramente que el gobierno de Alend no es hereditario. Cuando mi padre, el actual Monarca de Alend, muera, yo no asumiré automáticamente su trono en Scarab. En vez de ello, el nuevo Monarca será elegido por confrontación entre todos aquéllos que deseen acceder al puesto.

»Incidentalmente —comentó—, es este método de elegir a sus gobernantes el que ha conservado la confederación de los Feudos de Alend. Por muy levantiscos que sean, los barones permanecen fieles a Scarab porque saben que ellos o sus familias siempre tendrán otra oportunidad de alcanzar el trono.

»Esta confrontación no es formal, por supuesto. Simplemente, ha evolucionado. En tiempos antiguos, era primariamente una prueba de crueldad. Aquél que masacraba, envenenaba o aterrorizaba al suficiente número de sus oponentes hasta conseguir la sumisión de todos ellos se convertía en el Monarca.

»La paz, sin embargo, tiene sus beneficios —prosiguió. Su voz creó un murmurante armónico al húmedo eco de los tacones—. Y el Monarca de Alend está dedicado a la sabiduría, como he dicho repetidamente. Ahora a la gente que desea gobernar Alend no se le permite maquinar en privado, planeando asesinatos. Es reconocida públicamente, y es probada en el servicio al reino. En pocas palabras, se le da la oportunidad de demostrar que es merecedora del trono. —Rió brevemente—. Un viejo barón loco presentó recientemente a su hijo..., y luego, en privado, se dedicó al trabajo de intentar eliminar a toda la oposición. Su hijo recibió la prueba de llevar al barón ante la justicia.

»Debo decir que lo hizo admirablemente.

»Mi dama —dijo con pesar—, esta misión es una prueba para mí. Y no me plantea muchas esperanzas. Me temo que puedes apostar con seguridad a que no seré el próximo Monarca de Alend.

Inmediatamente, sin embargo, adoptó un tono más alegre.

—Pero estábamos hablando de dama Elega. He mencionado todo esto para que me comprendas cuando digo que, si estuviera en Alend, el trono del Monarca no estaría cerrado para ella. Creo que ocuparía un alto lugar entre los poderes del reino.

—El guardaespaldas que avanzaba delante de ellos vaciló de nuevo. Esta vez, casi se inmovilizó a medio dar un paso. El frío lamió bruscamente el corazón de Terisa. Creyó oír lo mismo que él..., un suave sonido de cuero que le recordó espadas y vainas.

El Príncipe Kragen desenfundó su hoja. Tuvo tiempo de restallar:

—¡Cuidado! ¡Guardad a la dama!

Luego, la oscuridad atacó.

Los hombres cargaron desde un corredor lateral. ¿Cuántos? Terisa no pudo decirlo..., cinco o seis. Las capas se agitaban como alas en sus hombros. Sus armaduras de cuero eran tan negras que resultaban difíciles de ver. La luz de las linternas se reflejó en hierro desnudo.

Atacaron directamente hacia ella a través de la oposición del Príncipe y sus guardaespaldas.

Las espadas resonaron, creando ecos en el corredor. El golpetear de las hojas hizo saltar chispas rojas. La violencia nubló su visión. Vio la cabeza del más cercano de los guardaespaldas del Príncipe alzarse violentamente por encima de sus hombros y alejarse como una pelota negligentemente arrojada a un lado. Luego, un borbollón de caliente sangre golpeó contra su rostro, y el cuerpo cayó contra ella, arrastrándola hacia la pared.

Resbalando sobre sangre y hielo, cayó junto al cuerpo.

Dos atacantes hicieron retroceder al Príncipe Kragen. Era rápido con su espada, más fuerte de lo que parecía; pero sus oponentes eran expertos. No podía eliminar a dos de ellos a la vez. La fuerza de sus golpes martilleaba contra él, empujándole hacia atrás por el corredor.

Uno de los atacantes se derrumbó contra la piedra, escupiendo sangre a un charco de agua. El otro guardaespaldas aún se mantenía en pie..., apenas. Se aferraba con una mano una enorme herida en el costado; con la otra paraba los golpes de la espada de su asaltante.

Con un rápido movimiento, el atacante arrojó su capa sobre la cabeza del guardaespaldas.

Luego Terisa lo perdió de vista. Una figura negra avanzó hacia ella, con la espada en alto.

La luz incidió sobre su rostro. Su nariz era como el filo de una hachuela. Una sonrisa feroz desnudaba sus dientes. Sus ojos brillaban tan amarillos como los de un gato.

Estaba intentando matarla de nuevo.

Esta vez iba a conseguirlo. No había nada que ella pudiera hacer para detenerle, y seguía sin saber por qué la quería muerta, no tenía la menor idea, no tenía ningún *sentido...*

—¡Alto!

El grito le hizo detenerse. Resonó en mil ecos en el corredor, apartándole de ella para proteger su espalda. Una voz arrastrada dijo claramente:

—Cinco contra tres es una ventaja de cobardes. Pero ni siquiera un cobarde atacaría a una mujer.

Forzándose a enfocar los ojos, Terisa vio al hombre con la capa gris avanzar a lo largo del corredor.

La oscura luz no dejaba ver claramente sus rasgos: no podía decir si había visto antes su rostro alguna vez. Pero su espada estaba en sus manos. La sonrisa en sus labios no suavizaba el destello de la batalla en sus ojos.

Un atacante extrajo su espada del guardaespaldas cegado por la capa y avanzó para unirse al hombre que amenazaba a Terisa. Su asaltante, sin embargo, rechazó la ayuda, enviando a su compañero hacia la lucha por matar al Príncipe Kragen.

Negro contra gris, el enemigo de Terisa y el recién llegado se enfrentaron.

Por un momento, hicieron una pausa. El hombre de gris comentó con voz suave:

—Puede que sea interesante saber quién eres.

El hombre de negro dejó escapar una carcajada que era casi un ladrido y estalló hacia su oponente.

El hierro brilló y destello. Los golpes resonaron. El hombre de negro fue lanzado contra la pared. Se recuperó y contraatacó como si fuera inmune al dolor. Con la capa, hizo un intento de cegar al hombre de gris. Su plan fracasó. Sus espadas chocaron, se trabaron y giraron, chocaron de nuevo. Atacando, retirándose, agitando sus cuerpos de lado a lado, trenzaron rápidos destellos como fuegos artificiales a su alrededor.

El hombre de gris seguía sonriendo, pero su concentración era salvaje.

Terisa hubiera debido ayudar. Sabía eso. Hubiera debido ponerse en pie, tomar una de las espadas caídas, intentar intervenir. Por el Príncipe Kragen. O por el hombre de gris. Pero no se movió. En vez de ello, siguió tendida sobre la fría y húmeda piedra, con las manos en las sienes, aterrada por la enormidad de lo que estaba ocurriendo por su causa.

No tenía la menor idea de *por qué*. ¿Qué había hecho para merecer ese odio? ¿O para ser defendida de él?

El hombre de gris se movía a tal velocidad que resultaba difícil darse cuenta de lo

armónico de sus movimientos, difícil seguir la forma en que su espada barría y cortaba como ávida en sus manos. Él y su oponente entretejían sombras y ecos y ardientes chispas a su alrededor. En el espacio entre un latido de corazón y el siguiente, bloqueó la hoja de su adversario, luego soltó una mano de la empuñadura de la espada y lanzó con el dorso de su puño un golpe que hizo tambalearse al hombre de negro.

Tranquilamente, casi desdeñosamente, el atacante de Terisa rechazó el ataque que siguió. Aferró la hoja de su defensor con una mano enguantada el tiempo suficiente como para clavar su codo en el cuello del hombre de gris.

El hombre de gris se tambaleó hacia el suelo. Consiguió apoyarse sobre una rodilla, paró un brutal ataque, se puso de nuevo en pie. Seguía sonriendo, *sonriendo*. Pero su oponente había batido él solo a Argus y Ribuld. El sudor corría por su rostro. Las linternas mostraban un brillo de desesperación en sus ojos.

Sonaron gritos por todo el corredor. Cometió el error de mirar para ver qué significaban.

Su oponente respondió con un golpe al vientre tan rápido que no podía ser parado.

Lo paró.

El convulsivo esfuerzo, sin embargo, le hizo perder el equilibrio. Aunque detuvo el siguiente golpe con su hoja, era tan poderoso que lo derribó de espaldas.

Por una fracción de segundo estuvo tan indefenso como Terisa.

Entonces el Príncipe Kragen entró en la lucha, haciendo girar su ensangrentada espada.

El Perdon estaba sólo a medio paso tras él.

El hombre de negro *lanzó* una mirada de amarillo odio a Terisa.

Un instante después, saltó hacia atrás. Sus manos y su espada hicieron un extraño gesto.

Sin advertencia, desapareció. Antes de que murieran los ecos del combate, había desaparecido tan completamente del corredor como si nunca hubiera estado allí.

El Perdon se quedó mirando boquiabierto hacia el lugar por donde había desaparecido. El Príncipe Kragen dejó caer su espada en asombrado silencio. El hombre de gris se puso en pie, escrutando el aire como si creyera que podía oír u oler alguna señal de su oponente.

Temblando, Terisa apoyó las manos bajo ella y alzó su pecho del suelo.

El Príncipe lanzaba grandes y entrecortados jadeos, cerca del agotamiento, pero fue a examinar a sus hombres. Cuando vio que uno de ellos había sido decapitado, crispó los puños sobre su corazón, y su rostro se retorció en una mueca.

—Eran mis amigos —jadeó—. Estaba en deuda contigo, mi dama. Pero ahora creo que ya la he pagado.

—¡Mierda de cerdo! —escupió el Perdon. No se dirigía al Príncipe Kragen—. ¿Quiénes eran? ¿Cómo podían saber que estaríamos aquí?

Apoyada sobre manos y rodillas, Terisa observó cómo su rescatador limpiaba su espada y la envainaba, luego se arrodillaba frente a ella para ayudarla a ponerse en pie. Tenía una hermosa sonrisa —estaba intentando tranquilizarla—, y su rostro era fuerte. Le recordaba a alguien. Sin embargo, sus ojos estaban nublados por la preocupación.

—Mi dama, soy Artagel. Uno de los numerosos hermanos de Geraden. Él me pidió que te vigilara y protegiera en caso necesario. No lo he hecho muy bien.

»Al parecer —hizo una mueca—, alguien desea realmente matarte.

El olor de la sangre en sus ropas era tan fuerte que Terisa, simplemente, no pudo evitar desmayarse.

Locura de buena fe

Cuando volvió en sí, sufrió un momento de desorientación. La mitad de ella parecía estar de pie: la otra mitad cabeza abajo. Pensó que iba a caer, pero algo duro la sujetaba por la cintura.

—Fuimos traicionados —dijo con voz ronca el Perdon—. ¿No te hace esto sospechar? Quizá en Alend la palabra «alianza» tenga otro sentido. ¿Qué mejor forma de llenar Mordant de disensión que llevar la violencia a un encuentro sin precedentes entre los señores de los Cares y los Maestros de la Cofradía? Esto asegura que no seremos lo bastante fuertes como para defendernos a nosotros mismos.

—Mi señor Perdon... —empezó a decir el Príncipe Kragen con un tono peligroso.

—Y si no somos lo bastante fuertes para defendernos a nosotros mismos —bufó el Perdon—, ¿a quién nos volveremos en busca de ayuda, sino a Margonal y a ti?

—¡Dos de mis amigos están *muertos!* —ladró el Príncipe. Su diplomático autocontrol se había derrumbado—. ¡Si yo deseara la disensión en Mordant, hubiera hecho matar a uno de los *señores*, no a dos de *mis hombres!*

Mientras los ojos de Terisa se enfocaban, vio que estaba realmente de pie; pero sus brazos y su torso colgaban hacia el suelo. El dorso de sus manos rozaba ligeramente la fría piedra. Un antebrazo sujetaba su cintura y la impedía caer de cabeza.

—Si debes buscar traidores —siguió ferozmente el Príncipe Kragen—, te aconsejo que mires entre los demás señores compañeros tuyos. ¿Quién gana si los Cares no se unen contra su Rey?

—Exactamente, mi señor Príncipe —exigió el Perdon—. ¿Quién?

—Cualquier señor que tenga esperanzas de convertirse directamente en Rey, sin deslealtad hacia Joyse. El Tor no tiene intención de regresar a Marshalt. La Reina Madre ha tenido tiempo suficiente para olvidar cualquier lazo entre su esposo y el Fayle. ¿Es inconcebible que el camino al poder pueda ser más corto si no pasa a través de una unión de los señores con Alend y la Cofradía?

—¿Te sientes bien, mi dama? —preguntó Artagel. Él era quien la sujetaba.

Ahora comprendió: se hallaba en esta posición porque se había desvanecido. Artagel la ayudó a acabar de levantarse, y descubrió que era capaz de mantener el equilibrio. Tras examinarla atentamente, él retiró las manos de su cintura. Una mirada hacia el fondo del corredor le indicó que se habían trasladado una cierta distancia de la escena del combate. Sus ropas seguían oliendo a sangre, pero ahora era capaz de

soportarlo. Inspiró profundamente, se apartó el pelo del rostro y murmuró:

—Creo que sí. Gracias.

Él le dedicó una aleteante sonrisa y se volvió de inmediato.

—La alternativa, mis señores —dijo, avanzando hacia el Príncipe Kragen y el Perdon—, es que fuisteis traicionados por un Imagero.

—Me gustaría creer eso —dijo el Perdon hoscamente. Parecía considerar a Artagel como a un igual—. Pero sólo el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur conocían el lugar de nuestra reunión. Y fue el propio Maestro Eremis quien instigó esa reunión. Si deseaba la desunión entre nosotros, no necesitaba ir tan lejos. Todo lo que tenía que hacer era dejarnos solos. —Hizo una pausa, luego dijo—: No puedo hablar tan positivamente del Maestro Gilbur.

—Y yo —dijo el Príncipe Kragen— no sabía que la Imagería pudiera hacer tales cosas. ¿No es cierto que una traslación así requeriría un cristal plano? ¿Y no es cierto que la traslación a través de un cristal plano produce la locura? ¿Quién podría haber realizado el hecho que hemos presenciado?

Nadie le había dicho nada a Terisa. No estaba segura de que supieran que les estaba escuchando. Pero respondió:

—El archi-Imagero Vagel.

Por un momento, los tres hombres permanecieron inmóviles. Luego el Perdon gruñó:

—Como dijo el Maestro Eremis. Pero ¿quién en Orison, o en todo Mordant, sería tan loco o vil como para aliarse con ese enemigo?

—Echemos una mirada, mis señores. —Artagel pasó junto al Perdon y el Príncipe Kragen en dirección al más próximo de los atacantes caídos.

Terisa le siguió, caminando con cuidado ante el recuerdo de la sangre derramada. Artagel estaba arrodillándose junto al primer cuerpo cuando ella se acercó. Le dio la vuelta; Terisa retrocedió instintivamente ante la visión de la sangrante herida en su pecho. Pese a todo, observó mientras él echaba a un lado la capa a fin de inspeccionar el rostro y la armadura del hombre muerto.

El peto de cuero endurecido era tan negro que no podía ver ninguno de los detalles que al parecer Artagel estaba analizando. No supo de lo que estaba hablando cuando, bruscamente, golpeó el peto del hombre muerto a la altura del corazón y dijo:

—Aquí.

—No tengo tu vista —gruñó el Perdon—. ¿De qué se trata?

—Un sello. —Bruscamente, Artagel se puso en pie—. Lo he visto antes. —Sus ojos carecían de expresión; su rostro parecía tan duro como la piedra que les rodeaba

—. Este hombre es de Cadwal. El sello indica que se entrena con y sirve al Monomach del Gran Rey.

—¿Gart? —preguntó incrédulo el Príncipe Kragen—, ¿aquí? ¿Era Gart con quien luchaste?

—No sé con quién luché. —La voz de Artagel era como su rostro, inexpresiva y rígida—. Fuera quien fuese, me batió. Pero este hombre es uno de los Aprs de Gart. Los otros también deben serlo.

—¡Entrañas y carroña! —escupió el Perdon—. ¡Un Apr del Monomach del Gran Rey!

—Pero, ¿aquí? —insistió el Príncipe—. ¿Cómo pueden estos hombres haber llegado hasta aquí? ¿Cómo pueden haber conseguido ser admitidos en Orison? Simplemente no pueden haber entrado por las puertas. El Castellano Lebbick no es tan descuidado.

Artagel asintió secamente.

—Deben haber venido del mismo modo como se desvaneció su líder.

—¿Vagel? —El Príncipe Kragen frunció el ceño con franco desánimo—. ¿Por qué siempre creímos la historia de que estaba muerto?

El Perdon no respondió. A la mención de Lebbick, había alzado bruscamente la cabeza, como si recordara algo importante. Ahora miró rápidamente a uno y otro lado del corredor, intentando ver en ambas direcciones a la vez.

—Tengo una pregunta mejor. ¿Deseamos ser hallados aquí cuando llegue el Castellano?

El Príncipe se mostró inmediatamente alerta.

—¿Vendrá? ¿No estamos más allá del alcance de los oídos de su guardia más cercana?

—Ese débil mequetrefe, el Armigite —explicó el Perdon. Su voz chorreaba veneno—. Cuando oímos los ruidos del ataque que me trajeron a tu lado, huyó en dirección opuesta, aullando que se estaba cometiendo un asesinato. Debe haberse perdido por el camino, o de otro modo el Castellano ya estaría aquí. En cualquier caso, tenemos poco tiempo.

—Me interrogará de todos modos, haga lo que haga —meditó Kragen—. Mis hombres están muertos. Pero si no estoy aquí, no podrá conectarme con esta carnicería. —Tomó rápidamente su decisión—. Mi señor Perdon, Artagel de Domne..., os doy las gracias por salvarme la vida. Pero no me quedaré con vosotros, o tendremos todo el aire de una traición. Mi dama, adiós.

Recuperó su espada, la envainó y echó a correr. El sonido de sus pasos

desapareció rápidamente en la distancia.

—Yo también me marcharé —dijo el Perdon a Artagel—. No sé qué papel pretende representar esta mujer en nuestro destino, pero no correré el riesgo de una acusación de traición por protegerla.

Murmurando furiosamente: «¿Cadwal? ¡Meada de caballo!», desapareció rápidamente tras el príncipe.

Terisa miró a Artagel y vio que el brillo había vuelto a sus ojos; estaba sonriendo de nuevo. En respuesta a su mirada, inclinó bienhumoradamente la cabeza.

—Por lo que a mí respecta, mi dama, no tengo nada que valga la pena ocultar. Ocurra lo que ocurra, todo Orison supondrá que he tenido algo que ver con todos estos cuerpos muertos. Me temo que tengo este tipo de reputación..., no sé por qué. En cualquier caso, tengo una mejor opinión de Lebbick de la que tiene la mayoría de la gente. Pero no hay ninguna razón por la que tú tengas que pasar el resto de la noche escuchándole burlarse de ti. —Hizo un gesto hacia el fondo del corredor—. ¿Nos vamos?

—Gracias —dijo ella de nuevo. Deseó poder sujetarse a su brazo; necesitaba el apoyo—. No creo que pueda enfrentarme a él. No le gusto.

—Tonterías. —Como guiado por una inspiración, sujetó el brazo de ella con el suyo y la atrajo con camaradería hacia sí. Su tono la alegró—. No lo conoces tan bien como yo. Nuestro buen Castellano sólo insulta a la gente que le cae bien. Su esposa, que su alma descanse, era la única persona en todo Orison que fue nunca *capaz* de extraer de él educación además de afecto.

Avanzaron juntos en la penumbra hacia la siguiente linterna.

Casi inmediatamente, oyeron ruido de pies corriendo.

Terisa se sintió desmayar. Aún sonriendo, él la llevó hacia un pasillo lateral y a lo largo de un camino distinto de vuelta hacia los niveles habitados del castillo. Con aparente facilidad, evitó encontrarse con los guardias. En menos tiempo del que ella había esperado, la condujo hasta la torre donde se hallaban sus aposentos.

Por aquel entonces ella ya había recuperado al menos algo de control sobre la situación. Artagel había salvado su vida. Porque Geraden le había pedido que la vigilara y protegiera. Ahora la estaba alejando de tener que enfrentarse a una sesión con el hosco Castellano, en la que debería mentir y mentir y mentir para proteger al Maestro Eremis, al Príncipe Kragen, a los señores de los Cares. Tendría que haber empezado a pensar en gratitud hacía ya tiempo.

Pese a pensar en ello, no podía imaginar demasiadas formas de darle efectivamente las gracias a Artagel. Sin embargo, al menos tenía clara una pequeña. Hasta entonces habían tenido suerte: no habían sido vistos desde lo bastante cerca

como para que alguien reparara en las enormes manchas que la sangre y el agua sucia habían causado en su vestido. Pero para alcanzar sus aposentos tendría que pasar muy cerca de los guardias que flanqueaban su puerta...

Al pie de la escalera, se detuvo y soltó el brazo de Artagel. Un poco torpemente —no estaba acostumbrada a tomar decisiones de aquel tipo, con un hombre alto y fuerte sonriéndole interrogadoramente—, explicó:

—Puedo ir sola a partir de aquí. Hasta ahora hemos tenido suerte. No quiero que desees ser visto conmigo.

Él arqueó una ceja, divertido.

—¿De veras, mi dama? —Los acontecimientos de la noche no habían alterado seriamente su confianza en sí mismo—. Bien, admito que no vas tan limpia como deberías ir. Pero yo no elijo a mis amigos sobre la base de accidentes como ése. —Rió quedamente—. Si lo hiciera, el pobre Geraden estaría al fondo de mi lista.

Su sonrisa era desarmante, pero ella insistió:

—No es eso lo que quiero decir. Los guardias van a darse cuenta —frunció disgustada la boca— de mi aspecto. Y alguien va a pensar inmediatamente que una mujer cubierta de sangre debe tener algo que ver con todos esos hombres muertos. Si eres visto conmigo, te verás implicado.

»Ya sé que eso no te preocupa. Pero debería. ¿Cómo vas a explicárselo al Castellano?

Él no se dejó persuadir. Lebbick no le preocupaba. Y ella no podía pedirle que mintiera, ni por ella ni por el Maestro Eremis. Así que cambió a otro tema.

—¿Sabes lo que le hizo a Geraden la última vez que lo atrapó intentando darme protección independiente?

Ante aquello, Artagel frunció pensativamente el ceño.

—Un punto para ti, mi dama. Intentó explicarme por qué no confía en los guardias, pero no entendí absolutamente nada. ¿Tenía algo que ver con las órdenes que el Rey Joyse le dio al Castellano? ¿O con la forma en que él interpreta esas órdenes? —Se encogió de hombros—. Geraden siempre ha tenido una mente más sutil que la mía. ¿Es cierto que los guardias nunca preguntan dónde vais cuando abandonas tus aposentos con él?

Terisa sintió un nuevo roce de pánico. Así que no lo estaba imaginando: los guardias *trataban* a Geraden de forma distinta que a la otra gente que acudía a por ella. Asintió mudamente.

—Eso no tiene sentido —comentó Artagel. Luego sacudió su fruncimiento de ceño—. Pero estoy seguro de que finalmente lo tendrá. Ése es el único fallo de

Geraden. Quiero decir, aparte su torpeza. Es demasiado impaciente. Las cosas siempre terminan teniendo sentido, si no piensas demasiado en ellas.

Sonriendo de nuevo, añadió:

—Pero tienes razón. No quiero meterle en más problemas. Te dejaré aquí. —Por un momento, su expresión se hizo más sobria—. Voy a seguir cuidando de ti. Tomo a mi hermano en serio cuando se muestra tan preocupado. Y esta vez tiene buenas razones. El Monomach del Gran Rey está entrenando a sus Aprs mucho mejor de lo que acostumbraba a hacerlo. Si me necesitas, me encontrarás normalmente cerca.

Esbozó una gallarda sonrisa. La saludó con una graciosa y cortés inclinación de cabeza.

—Descansa bien, mi dama. —Se alejó a largas zancadas.

Ella sonrió a su espalda que se alejaba. Tan pronto como hubo desaparecido, sin embargo, empezó a temblar de nuevo, como si se hubiera subido con ella todo el frío de los niveles inferiores. El shock y la reacción se estaban apoderando de ella.

Estaba sola. No tendría ninguna defensa si más hombres de negro aparecían repentinamente de la nada para atacarla.

Iba a tener que enfrentarse por sí misma al Castellano Lebbick.

Deseó sentarse. Sus rodillas estaban demasiado débiles para sostenerla. Pero apoyó un pie en el primer escalón y obligó a sus piernas a llevarla hacia arriba.

Cuando los guardias delante de su puerta la vieron, se pusieron inmediatamente tensos por la preocupación. Uno de ellos dijo:

—Mi dama, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda?

Ella no pudo enfrentarse a sus ojos. Tan firmemente como pudo, dijo:

—No, gracias. Estoy bien.

Intentando no apresurarse, entró en sus aposentos. Inmediatamente, corrió el cerrojo de la puerta. Luego se aseguró de que la entrada al pasadizo secreto seguía bloqueada.

Después de aquello, se quitó los mocasines de dos patadas y luego el traje, en un acceso de revulsión, alarma y determinación, incapaz de soportar por más tiempo el contacto de la sangre seca contra su piel. Primero tomó un baño, echándose agua helada por encima como si pensara que así podría conseguir que su cuerpo reaccionara lo suficiente y adquiriera el valor necesario para hacer lo que tenía que hacer. Luego frotó sus ropas meticulosamente, casi brutalmente, y las puso a secar delante del fuego.

Quería estar preparada para cuando llegara el Castellano Lebbick.

Pero no podía dejar de temblar.

Vino a la mañana siguiente a primera hora, un intervalo apenas educado después de que ella hubiera terminado de desayunar. Terisa se había puesto el traje gris paloma porque un instinto cobarde le había dicho que la haría parecer más vulnerable, menos merecedora de abusos. Pero lo recibió en su saloncito tan valientemente como pudo.

Como siempre, llevaba los símbolos de su oficio: la banda púrpura en torno a su corto pelo gris, la faja púrpura sobre un hombro cruzando en diagonal su malla. Pero su auténtica autoridad era expresada en el brillo de sus ojos, la rigidez de sus movimientos, el encaje de su mandíbula. Aunque no hubiera tenido ninguna posición en absoluto en Orison, hubiera dominado igualmente la habitación apenas entrar.

—Mi dama. —Su tono era tan sutil como una barra de hierro—. Confío que hayas dormido bien después de tus aventuras de ayer por la noche.

Ella estaba decidida a mentirle. Hubiera sido mejor enfrentarse a él directamente, pero aquel gran despliegue de valor estaba más allá de ella. Después de todo, nunca le había mentado a un hombre furioso en su vida.

—¿Qué aventuras? —Se maldijo a sí misma su voz tan pequeña y débil, pero quizás en el fondo eso fuera una ventaja para ella.

El Castellano Lebbick, sin embargo, no parecía tener la menor simpatía hacia las mujeres pequeñas y débiles.

—No seas esquiva conmigo, mi dama. Hago mi deber bajo gran número de desventajas, pero la estupidez no es una de ellas.

—No estoy siendo esquiva. —Eso era cierto, al menos. Estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para impedirse echar a correr a la habitación contigua y esconderse debajo de la cama. O por dejar brotar toda la verdad—. Salí con el Maestro Eremis. Volví sola. No tuvimos ninguna aventura. Puedes preguntarle a él. Te dirá lo mismo que yo.

—Mi dama —fingió un cansancio que no se reflejó en sus ojos—, no tengo deseos de comer estiércol esta mañana. Estuvieras lo que estuvieras haciendo, mi noche fue más larga que la tuya y, cuando me fui a la cama, estaba fría. Hazme la cortesía de ser sincera.

Su resolución se estaba desmoronando: podía sentirlo. Las promesas que se había hecho a sí misma estaban muy bien, pero..., ¿qué tenía que ver con ella nada de aquello? Su padre no la había educado para ser fuerte.

—Estoy *siendo* sincera —dijo sin convicción, retrocediendo ya instintivamente en anticipación a su respuesta. Vino con rapidez.

—¡Mierda de perro! No has dicho una sola palabra sincera desde que llegaste.

¡Por las estrellas, mujer, que vas a responderme! El Armigite apareció chillando como una rata desde los abandonados cimientos de Orison, donde en primer lugar nunca hubiera debido meterse, e insistió que se estaba librando una batalla allí. Naturalmente, él no tenía la menor idea de quién se hallaba implicado. Tiene frutas podridas por sesos. Pero era necesaria una investigación, así que se hizo. Hallamos a dos hombres muertos, los guardaespaldas del Príncipe Kragen, por alguna sorprendente coincidencia, y sangre suficiente como para ser el resultado de una pequeña guerra. Pero no hallamos ninguna explicación.

Durante dos o tres latidos de su corazón, la mente de Terisa quedó completamente en blanco. ¿Dos hombres muertos? Hubieran debido ser seis. Cuatro de Cadwal. Estuvo a punto de exclamar: Lo siento yo no lo quería no fue culpa mía ¿qué pasó con los cuatro de Cadwal?

Afortunadamente, Lebbick no hizo ninguna pausa.

—Interrogué al Príncipe Kragen. Adoptó una actitud de farisaica indignación y acusó a *alguien* de haber asesinado a sus hombres. *Alguien*, dijo, desea provocar una guerra. *Alguien* —la referencia del Castellano al Rey Joyse era inconfundible— desea asegurarse de que regrese a Alend con todas las provocaciones posibles a sus espaldas. Además de todo eso, aquellos guardaespaldas eran *amigos* suyos.

Apretó los puños.

—Mi dama, sé cómo extraer la verdad de hombres como él. Algunos de los antiguos instrumentos de tortura han sido conservados. Desgraciadamente, es un embajador. No puedo tocarle.

»Tú eres otro asunto.

Bruscamente, la cabeza de Terisa se aclaró. No por ello tuvo menos miedo, pero una sensación de urgencia hizo que lo que estaba pensando fuera más nítido y exacto. Faltaban cuatro cuerpos. Alguien los había retirado. Probablemente de la misma forma en que se había desvanecido su atacante. De modo que el Castellano Lebbick desconocía que había hombres de Cadwal en Orison. No tenía el menor indicio de la verdad. El Maestro Eremis estaba a salvo. Artagel estaba a salvo. Si ella no perdía los nervios.

Su voz era casi firme cuando preguntó:

—¿Quieres decir que piensas torturarme?

En vez de responder directamente, él gruñó:

—Después de mi discusión con el Príncipe Kragen, imagina mi sorpresa cuando supe que habías regresado *sola* —su tono era vitriolo puro— de tu cena con el Maestro Eremis y el mediador de la Cofradía..., y cubierta de sangre.

Clavó los puños en sus caderas.

—No querrás que crea que los guardaespaldas del Príncipe Kragen se mataron el uno al otro en un duelo por tus favores. ¿Pretenderás que crea que pasaste *por casualidad* por esa parte de Orison, y encontraste *por casualidad* esos dos cuerpos en todos los kilómetros de corredores que hay ahí abajo, y resbalaste *por casualidad* y caíste mientras su sangre aún estaba fresca..., todo ello dentro de la más monumental coincidencia? No, mi dama. No lo acepto. Regresaste aquí sola y cubierta de sangre. Pero no le dijiste a nadie lo que había ocurrido, cuando incluso el sentido común de un perrito pequeño te hubiera impulsado a informar de todo a los guardias. En consecuencia, deseabas mantener en secreto lo ocurrido. Tienes algo que ocultar. Sabré *qué es*, mi dama.

El latigazo de su indignación extrajo una inesperada furia de entre los secretos del corazón de Terisa. ¿Cuánto sarcasmo se esperaba que aceptara en toda su vida?

—Tus guardias debieron equivocarse —respondió—. Quizá las sombras los engañaron. O tal vez estuvieran medio dormidos. Yo no estaba cubierta de sangre. Nunca he estado ahí abajo. No sé de lo que estás hablando.

Cuando terminó, sintió deseos de lanzar un grito de alegría para anunciarle al mundo lo que había conseguido.

Pero el Castellano Lebbick se comportó como si ella no hubiera dicho nada..., o como si él no lo hubiera oído. Bajó la voz hasta que sonó como las correas de un mayal manejado por dedos ansiosos y dijo:

—Soy el Castellano de Orison y el comandante de las fuerzas del Rey en Mordant. ¿No te preguntas cómo llegué a esta alta posición? Es simple. A la mitad de sus guerras por la libertad de Mordant, el Rey Joyse me halló prisionero en la empalizada de una guarnición de Alend, cerca de la frontera con el Care de Termigan. Yo apenas era algo más que un muchacho, pero llevaba casado —su garganta se anudó— desde hacía casi diez días. Nuestras familias eran granjeros y campesinos de Termigan, y esa gente se casa pronto. Así que yo era un hombre casado desde hacía diez días..., y de éstos había pasado seis en la empalizada. Había ocurrido que el comandante de la guarnición había pasado a caballo por mi pequeña granja, había observado a mi esposa, y se había encaprichado de ella. Puesto que yo fui tan estúpido como para resistirme, fui detenido.

»Pero no fui maltratado. No me hicieron ningún daño. —Mostró sus dientes en una sonrisa lobuna—. Simplemente fui retenido como espectador, y así tuve que presenciar la gran variedad de cosas que le hacían a mi mujer, tanto por parte del comandante como de la mayor parte de la guarnición.

»El Rey Joyse sorprendió a la guarnición. Fuimos liberados.

La voz del Castellano se fue haciendo más baja a medida que hablaba.

—Cuando observó el celo con el que me vengué del comandante, me dio un trabajo que extrajo una utilidad de ese celo. Y, cuando mostré gran talento por ese trabajo, fui ascendiendo a su servicio.

»Ahora se ha vuelto loco —Lebbick apenas susurraba ahora—, y es mi deber conservar su vida y su poder para el día en que se recupere y necesite todo lo que me enseñó. No me cuentes mentiras, mi dama. Si no me dices la verdad, te la arrancaré por la fuerza.

La garganta de Terisa estaba seca. Tuvo problemas en hallar su voz.

—El Rey Joyse te dijo que me dejaras tranquila.

—Mi dama —un toque de látigo— estoy perdiendo rápidamente mi paciencia con respecto a las instrucciones de un loco. Mi Rey estaba en plena posesión de sus facultades cuando me hizo Castellano y comandante. Ésa es la responsabilidad que pretendo cumplir.

Sorprendentemente, la asustó y emocionó al mismo tiempo. Pero no podía permitirse sentir ni miedo ni simpatía. Tenía que hallar alguna forma de defenderse.

—Estoy segura de que lo harás —dijo, como si el pequeño depósito de ira que había hallado pudiera igualar al de él—. Pero creo que aprendiste más sentido moral de ese comandante de guarnición. Ya te he dicho lo que hice. Antes de que me llames mentirosa, deberías descubrir si te estoy diciendo o no la verdad. Examina mis ropas. Están limpias. Pregúntale al Maestro Eremis. *Pregúntale* a él. ¿O has decidido ya que también es un mentiroso, sin molestarte en comprobar lo que tenga que decir? Quieres hacer tu trabajo de la manera fácil, incriminando a la persona más débil que puedes encontrar. Si trabajaras un poco, tal vez descubrieras algo completamente distinto.

Se detuvo y contuvo la respiración, mientras su corazón latía precipitadamente.

Una expresión de dolor nubló el brillo de los ojos del Castellano.

—Ya basta, mujer —dijo con voz densa—. Cuando hayas sufrido lo que sufrió mi esposa, te permitiré que me acuses de eso. Hasta entonces, no tienes derecho. Eres un enemigo de Mordant y del Rey Joyse, y no tienes *derecho*.

Ella deseó balbucear: Sé que no debí hablar de este modo. La presión de abandonarlo todo y contarle lo que él deseaba saber era enloquecedora. De alguna forma, sin embargo, consiguió mantener el control. En vez de ello respondió:

—No, eso no es cierto. No soy enemigo de nadie. Ni siquiera tuyo. Tú y yo tenemos una cosa en común. Yo sólo soy una espectadora. No tengo nada que ver con todo esto.

Por un momento las mandíbulas del Castellano se encajaron, sus ojos se oscurecieron, y ella pensó que iba a dejar escapar un estallido que la desgarraría hasta

el mismo hueso. Pero no lo hizo. Era más peligroso que eso: sabía qué hacer con su ira.

—Que sea a tu manera, mi dama. Hablaré con el Maestro Eremis,... comprobaré tu historia. *Persuadiré* —la palabra fue casi un gruñido— a ese sesos de cerdo del Armigite de que vuelva a relatarme paso a paso lo sucedido. Hablaré con todos los guardias de Orison que puedan haberse encontrado con los guardaespaldas del Príncipe Kragen..., o hayan visto dónde ibas tú con el Maestro Eremis. Ya he estudiado el lugar donde murieron esos hombres. No pudieron perder tanta sangre. Al menos cuatro personas pisaron la sangre mientras aún estaba fresca. Una de ellas tenía pies del tamaño de una dama. —Aunque la amenaza ya era de por sí inconfundible, la remarcó alzando una mano y apoyándola ligeramente sobre la mejilla de ella—. Conseguiré la verdad. No me preocupa cómo.

Se volvió secamente y salió a paso vivo de la habitación. La puerta resonó fuertemente a sus espaldas. Era capaz de golpearla de aquel modo. Si el Maestro Eremis no le convencía de algún modo de que ella le decía la verdad, estaría a su merced.

Pero había mantenido las promesas que se había hecho a sí misma. Lo había hecho, lo había *hecho*; había alejado a Lebbick de la verdad. Todavía había esperanzas para Mordant. Gracias a lo que ella había hecho. Ella, Terisa Morgan..., una mujer que nunca había aprendido a creer en sí misma. Había conseguido una *diferencia*. La idea le hizo desear ponerse a cantar. Se imaginó a sí misma dirigiéndose a la ventana, abriendo de par en par los batientes y gritándole al mundo a sus pies, el lodoso patio, los techos cegados por la nieve, las humeantes chimeneas, los guardias patrullando por las almenas:

—¡Lo hice! ¡Le mentí al Castellano!

La visión la golpeó como algo tan ridículo que se echó a reír. Estaba tan alegre consigo misma que la rápida llamada a la puerta no la interrumpió.

—¡Adelante! —exclamó, sin siquiera hacer una pausa para preguntarse quién podía ser.

Era el Maestro Eremis.

Llevaba de nuevo consigo a Geraden.

El Apr exhibía una expresión desconcertada: no sabía por qué estaba allí. Sin embargo, Terisa se alegró de inmediato al verle. Aunque no podía decirle lo que acababa de realizar, era libre de sonreírle, y eso hizo, con un placer poco familiar.

Él le devolvió la sonrisa en medio de su confusión, luego se encogió de hombros en dirección al Maestro Eremis.

El Imagero tenía el ceño fruncido, como si deseara que nadie se diera cuenta de

que jamás en su vida había sido tan feliz.

Cerró rápidamente la puerta y avanzó con paso apresurado hacia ella. Parecía emitir una electricidad de excitación y urgencia, de tal modo que simplemente estar en la misma habitación con él hizo que los nervios de Terisa hormiguearan y vibraran, listos para saltar en cualquier dirección.

—El Castellano —preguntó en un medio susurro rápido mientras cruzaba las alfombras de pavo real—. Acaba de estar aquí. ¿Por qué?

La pregunta cerró su garganta como una mano apretada en torno a su tráquea.

Supo inmediatamente detrás de qué iba: Quería saber cuánto de sus actividades nocturnas había sido traicionado a Lebbick. Pero no supo cómo contestar. Geraden la miraba fijamente, perplejo y alarmado por su consternación. Le habían advertido que lo mantuviera todo secreto de él. ¿Cómo podía responder sin poner su vida en peligro..., y sin dejar al descubierto lo que el Maestro estaba intentando hacer?

Eremis llegó junto a ella y la sujetó por los hombros, apretando tan fuerte que casi la alzó del suelo.

—¡Dímelo! —siseó furioso, con los ojos destellando—. ¿Para qué vino Lebbick aquí?

Ella sintió tan fuertemente su poder que por un momento, quizá no más de uno o dos latidos de su corazón, se vio casi abrumada por un deseo irracional de decir: ¿Por qué me dejaste ayer por la noche? Yo deseaba volver a tus aposentos. Pero él necesitaba más que eso de ella. Y Geraden estaba mirando. Él necesitaba algo mejor..., y no merecía ser herido.

Se enfrentó a la extraña mirada del Maestro y dijo, tan claramente como le fue posible:

—No sabe nada.

—¿Nada? —Arqueó una ceja, aflojó la presión sobre sus hombros—. Entonces, ¿por qué estuvo aquí?

Ante aquello, su tensión se elevó al nivel del terror. De pronto, una nueva dimensión de incertidumbre se añadió a la situación. Quizás el Maestro Eremis no supiera lo que había ocurrido después de que él abandonara la reunión. Si no lo sabía, debía decírselo, hacer que comprendiera que los Aprs del Monomach del Gran Rey tenían el poder de aparecer y desaparecer en Orison. Pero tampoco podía hablar de estas cosas delante de Geraden.

Geraden estaba observándola con franca preocupación. Si sentía algún dolor personal ante el hecho de que ella y el Maestro Eremis compartían secretos, era algo secundario ante su preocupación directa por ella.

Tenía que decir menos de lo que pretendía. Buscando un tono intrascendente, respondió:

—Los guardias le dijeron que salí contigo —lanzó una rápida mirada a Geraden — y volví sola. Eso le hizo sentir curiosidad.

El Maestro la estudió durante otro segundo, buscando la verdad detrás de sus palabras. Luego la soltó, se dio la vuelta, y empezó a reír como si estuviera disfrutando de los mejores momentos de su vida.

—¿Curiosidad? —cloqueó—. Ese viejo lascivo. Apostaría doblones de oro contra cobres a que siente algo más que curiosidad. Debe sentirse ávido.

Geraden apartó la vista. Un leve enrojecimiento cubrió su rostro.

Inmediatamente, Terisa se sintió avergonzada de sí misma.

Por fortuna, el regocijo del Maestro Eremis no tardó en calmarse.

—Bien, las estrellas nos han sonreído —dijo, reanudando su precipitación—. Estoy seguro de que el Fayle habló con el Rey Joyse. De ello se deduce que el Rey no le dijo nada a Lebbick. O bien nuestro ilustre soberano ha perdido la capacidad de comprender lo que oye, o no lo cree, o es incapaz de alcanzar una decisión. Debemos actuar mientras aún nos deja tiempo.

Se dirigió inmediatamente hacia la puerta. Dijo, por encima del hombro:

—Los Maestros se están reuniendo. Ven.

Terisa permaneció donde estaba. Aquello era demasiado rápido. Aún se sentía oscuramente avergonzada. Y no le había dicho al Maestro Eremis todas las cosas que necesitaba saber.

Incidentalmente, ¿por qué la Cofradía tenía tanta prisa en reunirse? ¿No la había detenido el Maestro Eremis de llamar al campeón la otra noche? ¿Qué había cambiado desde entonces?

Pero Eremis no estaba preparado para esperar. Restalló desde la puerta:

—¡Geraden, tráela! —y salió rápidamente de la habitación.

Aquello hizo que el Apr volviera su mirada hacia ella. Apresuradamente también, susurró:

—Terisa —como si las palabras le fueran arrancadas una a una—, ¿qué ocurre?

—No puedo decírtelo —replicó ella. Estaba intentando extraer sentido de todo aquello—. Desearía hacerlo. Es demasiado para mí. —Pero lo que realmente deseaba era tranquilizarle—. No sé de qué se estaba riendo. No pasé la noche con él.

Él desvió la vista. Al principio, Terisa pensó que aún estaba dolido. Luego se dio cuenta de que sólo estaba intentando ocultar su alivio. Cuando se volvió hacia ella de nuevo, su expresión era limpia.

—Deberíamos irnos. —Intentó no sonreír—. Me dijo que te llevara. No seré un Apr mucho tiempo más si empiezo a desobedecer órdenes tan simples.

Aquello la hizo sentir mejor.

—De acuerdo —dijo—. Realmente, no sé lo que piensa hacer la Cofradía. Pero será mejor que no nos metamos en problemas.

Disfrutando con su irremediable sonrisa idiota, Terisa se cogió de su brazo. Juntos, fueron tras el Maestro Eremis.

En su camino bajando las escaleras de piedra, echó en falta sus mocasines. Eran más cálidos y protegían mejor sus pies que los delicados borceguíes que Saddith le había recomendado. Pero su incomodidad no era suficiente como para hacerla volver atrás.

Cuando ella y Geraden abandonaron la torre y entraron en los salones principales, alcanzaron al Maestro Eremis: se había detenido para hablar con alguien. Su figura oscureció por unos momentos de quién se trataba: cuando su ángulo de visión cambió, sin embargo, Terisa reconoció a Artagel.

—Es Artagel —susurró rápidamente Geraden—. Ya te he hablado de él. Es uno de mis hermanos. Le pedí que te vigilara..., te diera un poco de protección extra. Te lo presentaré, si no se supone que tenemos prisa.

Sus palabras dejaron un rastro de electricidad en su mente. Así que Artagel no le había contado a Geraden nada de lo ocurrido la noche anterior. Y, si no se lo había dicho a Geraden, lo más probable era que no se lo hubiera dicho a nadie. Había una auténtica posibilidad de que el Maestro Eremis no supiera que ella había sido atacada.

Artagel estaba apoyado casualmente contra la pared, con una sonrisa en los labios y la espada asomando prominentemente en su cadera. Parecía estar riendo educadamente a algo que acababa de decir el Imagero.

El Maestro Eremis sacudió la cabeza.

—Artagel, Artagel —murmuró tristemente—, creí que éramos amigos.

—Yo también. —La sonrisa de Artagel podía ser muy bien un insulto—. Pero Geraden me asegura que tú no eres amigo suyo..., así que yo no soy amigo tuyo.

El Maestro volvió hacia Geraden una mirada que Terisa no pudo interpretar. Luego miró de nuevo a Artagel.

—¿Siempre has dejado que él elija a tus amigos?

Artagel rió intrascendentemente.

—Siempre. Es mi hermano.

Por un momento el Maestro Eremis permaneció inmóvil. Estaba de espaldas a Terisa; el único rostro que ella podía ver era el de Artagel. De alguna forma, la

confiada malicia en sus ojos incrementaba su parecido con su hermano. Bruscamente, Eremis se alejó. Mientras lo hacía, dijo:

—Geraden está equivocado. Soy un amigo mucho mejor de lo que él piensa.

Artagel miró más allá de Geraden y Terisa y se encogió elocuentemente de hombros. Como si estuviera hablándole al aire, comentó:

—Quiere contratarme. Cree que necesita protección. En Orison, entre todos los lugares posibles. Me pregunto de qué tiene miedo.

Geraden bufó.

—Probablemente de sus amigos.

Artagel no abandonó su sonrisa.

—Hablando de amigos, ¿sabes que Nyle está aquí?

—No. —Geraden sonó sorprendido.

—Lo encontré por accidente. No pareció muy complacido de verme. Pero le obligué a admitir que lleva aquí ocho o diez días ya. No tengo la menor idea de por qué hizo un viaje así en pleno invierno. Dijo que simplemente deseaba alejarse de Houseldon por un tiempo.

—Suenas como una de tus expediciones —murmuró Geraden. Luego añadió—: Debe estar ocultándose. De otro modo hubiera tropezado con él. ¿Supones que se halla en algún tipo de problema?

—Eso es lo que pensé. —Artagel se apartó de la pared—. Deberías irte. No creo que el Maestro Eremis se sienta paciente hoy.

»Mi dama. —Hizo una inclinación de cabeza hacia Terisa y se alejó en dirección contraria al laborium.

Inmediatamente, Geraden la hizo seguir avanzando.

—Tiene razón. Será mejor que nos apresuremos.

Fue con él tan rápidamente como le permitía su falda, pero su cerebro estaba girando locamente. Al cabo de un momento preguntó:

—Ese Nyle, ¿no es uno de tus hermanos? ¿Por qué ha venido aquí en pleno invierno y luego no ha intentado verte?

Él se encogió de hombros sin mirarla, como si la pregunta le resultara dolorosa.

Ella lo dejó correr. En vez de ello, preguntó:

—¿A qué tipo de «expediciones» se dedica Artagel?

Aquello proporcionó un tema seguro de conversación.

—¿No te he hablado de él? Dice que es demasiado perezoso para ser un soldado regular, pero la verdad es que odia recibir órdenes. Así que se dedica a lo que podrías

llamar trabajo independiente para el Castellano Lebbick. Cuando le entran ganas, se presenta voluntario para algo. El Castellano lo envía por todo Mordant..., y probablemente también a Cadwal y Alend, aunque esto último nadie lo dice en voz alta. Precisamente regresó hace unos días de detener a un contrabandista que estaba vendiendo nuestras cosechas a los proveedores del ejército del Gran Rey Festten.

»Cuando supe que estaba aquí, no pude resistirme a pedirle su ayuda. ¿Te he dicho que es el mejor espadachín de todo Mordant?

Ella le lanzó una mirada de preocupación y simpatía en la que él —afortunadamente— no reparó. Su hermano podía ser el mejor espadachín de todo Mordant, pero el hombre de negro era mejor.

La idea de que Artagel podía ser derrotado por un hombre que aparecía y desaparecía en Orison a voluntad la hizo estremecer.

Poco después, ella y Geraden cruzaban la vacía sala de baile hacia el corredor que daba entrada al laborium y descendían las escaleras hasta las antiguas mazmorras. Pronto recorrían el pasillo que conducía a la sala de reuniones de la Cofradía. Delante de ellos, Eremis y otro Maestro entraban en la sala. Los guardias saludaron correctamente..., no traicionaron ninguna señal de que el Rey Joyse o el Castellano Lebbick supieran lo que los Imageros tenían en mente. De todos modos, Terisa sintió una opresión en el pecho cuando ella y Geraden siguieron al Maestro Eremis.

Dos o tres Maestros más llegaron después de ella y Geraden; luego, todas las puertas fueron cerradas y los cerrojos corridos, y los Imageros se agruparon en torno al curvado círculo de bancos entre las columnas. Terisa reconocía cada vez más de ellos a simple vista. Todos los rostros familiares estaban allí. Excepto el Maestro Quillon. Aquello la sorprendió. Esperaba que... No, ahí estaba, sentado ya a medio camino del círculo de donde estaba ella. Cabeceaba hacia el suelo, como si estuviera medio dormido.

Era el único hombre en la estancia que no miraba a Geraden, Terisa y el Maestro Eremis con un cierto grado de confusión, curiosidad o indignación.

La luz de las lámparas de aceite y las antorchas parpadeaba, haciendo que los Maestros aparecieran con ojos ardientes y mejillas huecas, espectrales.

Entonces la atención de Terisa fue atraída hacia el abierto centro de la cámara. Algunos de los Maestros que estaban delante de ella se sentaron; otros se echaron a un lado para hacerle sitio a Eremis. Pudo ver el alto espejo que había sido preparado en la baja plataforma de piedra.

El espejo del campeón.

La escena en el cristal había cambiado: la espacionave había desaparecido. ¿Pero no le había dicho Geraden que los espejos se enfocaban en *lugares*, no en *personas*?

¿Había despegado la nave? ¿O simplemente estaba fuera de la vista? El paisaje alienígena parecía ciertamente el mismo, pese al cambio de los detalles: era más nítido, rojo y penumbroso, compuesto por viejas rocas irregulares y arena bajo la luz de un muriente sol.

Las figuras metálicas estaban agrupadas en el centro de la Imagen..., y estaban luchando a vida o muerte.

Unas llamas negras tan líquidas como el agua y tan flexibles como látigos les lamían desde todas direcciones. Tres o cuatro cuerpos estaban tendidos en torno a la escena, con sus maquinarias y su carne humeando aún por grandes y terribles boquetes. Los hombres que quedaban utilizaban tanto como podían las rocas como protección, y respondían a las llamas negras con el fuego incesante de sus armas.

El campeón era claramente visible entre ellos. Sus gestos dirigían el fuego de sus compañeros, y su enorme rifle lanzaba estallidos que devoraban los bordes del paisaje creando nuevas configuraciones.

Daba una impresión de desesperación que Terisa no había visto antes en él. Por primera vez se dio cuenta de que él también era alguien que podía ser derrotado.

Pero el Maestro Eremis veía el asunto desde otro ángulo. Se frotó vigorosamente las manos y dijo:

—¡Excelente! Tanto si existe por derecho propio como si es una creación del cristal, no tendrá motivos de queja de nuestra traslación.

—¡Maestro Eremis, presumes demasiado! —El mediador de la Cofradía estaba de pie al lado del espejo, con los puños apoyados en su amplia cintura y su rostro color pino moteado por la furia. Al parecer, su miedo ante lo que el Maestro Gilbur y los otros proponían se había concentrado en ira—. Tu arrogancia es ofensiva. Nos reúnes a toda prisa, haces traer este espejo delante nuestro y haces venir de nuevo contigo a Geraden sin nuestro permiso..., como si ya estuviera todo decidido. Por supuesto que *no* está decidido. Fuiste delegado para que hablaras por nosotros delante de los señores de los Cares. No nos has dicho el resultado de ese encuentro. No nos has contado qué se dijo..., qué postura tomaron los señores. No podemos decidir nuestra línea de acción hasta que hayamos oído un informe completo, tanto de tus labios como de los del Maestro Gilbur.

»Y la dama tampoco tiene ningún lugar aquí —añadió hoscamente—. Corrige tu presunción enviándolos a ella y al Apr fuera.

—¡Oh, presunción! —gruñó la voz gutural del Maestro Gilbur antes de que Eremis pudiera replicar—. No es presunción. Es supervivencia. Debemos actuar o morir. Deja de intentar hacer más pequeña la situación, Barsonage. La mujer no importa. ¡Pero mira a Geraden! —Hizo un gesto cortante con una poderosa mano.

Todos los ojos en la cámara se volvieron hacia el Apr—. Tiene el pie torpe y es desastroso. Pero nunca ha sido estúpido. *Mírale*.

Geraden parecía no darse cuenta de la forma en que era examinado. Estaba mordisqueándose el labio inferior y pensando tan intensamente que el esfuerzo hacía que sus ojos parecieran alocados.

—¿En qué otro lugar lo queréis? Ya le has soltado toda la información que necesita. Dentro de un momento adivinará la importancia de lo que proponemos..., y entonces irá directamente a informar al Rey. Aquí, al menos, no tendrá a nadie a quien decírselo.

Como si quisiera demostrar que Gilbur tenía razón, Geraden se volvió bruscamente hacia Terisa. En aquel momento, nadie más en la habitación parecía existir para él. Lo que estaba pensando lo llenaba de desánimo.

—¿Es eso lo que no podías decirme? —susurró—. ¿Que han decidido llamar al campeón? ¿Y que el Maestro Eremis tenía algún tipo de reunión con los señores de los Cares? —Un instante después prosiguió—: Pero aguardaron hasta después de la reunión. El Maestro Eremis fue a sugerir algún tipo de alianza. ¿La Cofradía y los señores contra el Rey Joyse?

No podía ayudarle. Su corazón latió en su garganta como si de repente sintiera el peligro condensarse a su alrededor, pero no había nada que pudiera hacer.

—Tengo que ir a advertirle.

Tan rápidamente que no tuvo oportunidad de intentar detenerle, Geraden se encaminó hacia la puerta más cercana.

Con una inesperada rapidez, el Maestro Gilbur saltó tras el Apr. En su esfuerzo por alcanzarle, Gilbur le golpeó desde atrás. El golpe hizo que Geraden tropezara y cayera contra una de las columnas; cayó de bruces al suelo.

Inmediatamente, el Maestro Gilbur cerró un gran puño en la parte de atrás del cuello de su chaquetilla de piel y lo alzó en pie.

—No, mozalbeta —gruñó—. Has oído demasiado. Ahora vas a oírlo todo.

Un hilillo de sangre goteaba de la sien de Geraden. El impacto de su cabeza había dejado una pequeña mancha roja en la columna. Por un momento, se agitó como si su corazón se estuviera rompiendo en pedazos. Pero no pudo librarse de la poderosa presa de Gilbur..., y su chaquetilla se negaba a desgarrarse. Abandonó la lucha y se rindió.

Terisa sintió deseos de gritarle al Maestro Gilbur. El hecho de que creyera que Geraden estaba equivocado no importaba. Sintiéndose miserable, cruzó sus ojos con los del joven, en velado dolor.

—Lo siento.

—No es culpa tuya —respondió él huecamente—. Alguien te dijo que podían matarme si sabía lo que estaba ocurriendo. Fuera quien fuese, es culpa *suya*.

Terisa miró rápidamente a su alrededor. El Maestro Gilbur no había alzado la cabeza. Pero el rostro del Maestro Eremis mostró un instante de honesta sorpresa.

Sin embargo, se recuperó con rapidez. Frunció el ceño y dijo:

—Lo que le dijeron es verdad, Geraden. No lo creerás..., pero te he traído aquí para salvar tu vida. Ahora que no puedes marcharte, vivirás.

Inmediatamente, se volvió para enfrentarse al resto de los Imageros.

—Maestros, si os sentáis y os componéis lo suficiente para oírme, os diré lo que ocurrió en mi encuentro con los señores de los Cares..., y por qué debemos actuar sin retraso en nuestra decisión de trasladar a nuestro campeón.

Su actitud era imperiosa; emanaba urgencia. Al cabo de un momento, el Maestro Barsonage dijo con los dientes apretados:

—Muy bien, Maestro Eremis. Hasta ahora estoy contigo. Pero hay tanto que espero que expliques.

Con el ceño hoscamente fruncido, abandonó el centro del círculo a Eremis.

Los demás Maestros siguieron su ejemplo. Antes de que pudiera ser separada de él, Terisa sujetó a Geraden por el brazo. La presa de control del Maestro Gilbur obligó a los dos a sentarse en el banco. Al mismo tiempo, el Maestro Eremis se dirigió a la plataforma.

Casi inmediatamente empezó a hablar.

—Maestros, puedo hacer esto muy simple. —Su tono era suave, pero parecía transportar un eco de los más apartados rincones de la estancia—. Nuestro encuentro con los señores de los Cares se vio roto sin ningún resultado concreto porque no confían en nosotros. Creen que servimos al Rey Joyse y sólo deseamos atraparlo. O creen que nos servimos a nosotros mismos y sólo deseamos conseguir que él nos sirva también.

—Y el Maestro Eremis es acusado de arrogancia —dijo uno de los Imageros jóvenes—. ¿Acaso los señores no son arrogantes?

En voz tan baja como le fue posible, Terisa susurró al oído de Geraden:

—No te preocupes. El Rey Joyse ya lo sabe.

Él se la quedó mirando, boquiabierto por la sorpresa.

—Por supuesto —siguió el Maestro Eremis con su engañoso sarcasmo—, la discusión en sí no fue tan simple como eso. Primero debo informaros que fui más «presuntuoso» de lo que imagináis. Cuando supe el resultado de su embajada entre

nosotros, invité al Príncipe Kragen de Alend a la reunión.

Varios Maestros se envararon ante aquel anuncio. Eremis había conseguido ahora toda su atención. El mediador le miró furiosamente, pero no interrumpió.

—Honestamente, no puedo decir que confíe en ningún representante del Monarca de Alend. Pero él protesta que desea la paz. Y yo estoy seguro de que desea defendernos de Cadwal. Por esa razón, consideré que su presencia no costaría nada en el peor de los casos, y en el mejor de ellos abriría la posibilidad de una alianza mucho más fuerte que una que uniera solamente a la Cofradía con los señores.

—El Fayle se lo dijo —explicó Terisa a Geraden—. Lo del campeón, al menos. No lo de la reunión.

—Entonces, ¿por qué...? —por un segundo, olvidó hablar en un susurro. Pero las severas miradas de los maestros y la tensión del puño del Maestro Gilbur en su cuello se lo recordaron—. ¿Por qué no hace algo?

Visiblemente ablandado, el Maestro Barsonage murmuró:

—Te superas a ti mismo, Maestro Eremis. Eres enteramente presuntuoso..., pero no eres torpe. Temí que esa jugada predispusiera en contra a los señores. ¿Estaba equivocado?

Eremis suspiró.

—Ése es el segundo asunto que debo explicar. Los señores se mostraron por supuesto en contra mía, pero no a causa de la presencia del Príncipe Kragen. A decir verdad, creo que le hubieran escuchado si yo no hubiera estado allí. Su odio hacia Alend es menor que su desconfianza hacia los Imageros.

Varios Maestros expresaron su sorpresa. Otros murmuraron furiosas maldiciones. Pero el Maestro Eremis alzó las manos para frenar sus reacciones.

—No quiero ser injusto. El propio Príncipe Kragen estaba muy interesado en nuestra proposición. El Perdon estaba interesado también, incluso ansioso. Pero en cuanto a los demás... —Se encogió de hombros—. El Armigite tiene demasiado poco sentido como para saber lo que quiere. Y el Tor estaba demasiado empapado en vino para saber siquiera si quería algo.

—¿No lo entiendes? —Terisa se volvió hacia Geraden, intentando hacer que éste la comprendiera claramente—. Es por eso que el Maestro Eremis no tiene otra elección.

Los ojos del Apr estaban oscurecidos por el dolor. Al parecer, no deseaba comprenderla tanto como la comprendía realmente.

—Creo que el Termigan hubiera podido ser persuadido, bajo otras circunstancias —prosiguió el Maestro Eremis—. Junto con el Perdon, hubiera sido suficiente:

hubiéramos tenido una base sobre la que edificar. Pero todo se derrumbó ante la intensidad de los prejuicios del Fayle contra la Imagería.

—¿El Fayle? —preguntó el Maestro Barsonage—. Tiene la reputación de ser un hombre razonable.

El Maestro Quillon estaba prestando ahora una intensa atención. Sus ojos brillaban ante todo lo que estaba viendo.

—Oh, es *razonable* —intervino Gilbur—, si llamas razonable al hecho de que rechazó todo lo que propusimos simplemente porque tenemos intención de llamar a nuestro campeón sin la aprobación previa del Rey Joyse.

Otro Maestro protestó:

—¿Lo dices en serio? ¿Por qué creía que os estabais reuniendo en secreto? ¿Por qué aceptó tu invitación, si la aprobación del Rey es tan importante para él?

—Para espiarnos —gruñó el Maestro Gilbur—. ¿Para qué otra cosa?

El mediador parecía abrumado.

—¿Es eso cierto?

—Lo es —dijo Eremis con voz firme—. Admitió su intención de informar al Rey Joyse, a fin de que pudiera estar prevenido contra cualquier ejercicio de nuestro propio juicio o voluntad.

Sacada por sorpresa de su concentración sobre Geraden, Terisa pensó: No es así realmente como ocurrió. ¿O sí? Sí. Cuanto más intentaba recordar, más tenía que estar de acuerdo con el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur. Era sólo su reacción personal ante la dignidad del Fayle lo que la había confundido.

—Entonces —inquirió inesperadamente el Maestro Quillon—, ¿por qué no ha hecho nada el Rey para detenernos?

Repentinamente furioso, el Maestro Eremis se volvió para enfrentarse a Quillon.

—¿Me pides que explique *su* decisión? Si yo tuviera *ese* poder, podría salvar Mordant sólo con mis manos.

—No podemos explicar nada —dijo urgentemente un Imagero que no había hablado antes—. Tenemos que actuar..., antes de que Lebbick y sus hombres entren aquí para detenernos.

El rostro de Geraden estaba intensamente fruncido, como si estuviera escuchando con mucha atención.

—Muy bien. —El Maestro Barsonage se puso pesadamente en pie—. He admitido todo lo demás. —Su aire era de derrota; incluso sus cejas parecían caídas—. Admitiré también la necesidad de apresurarnos. Sé llano, Maestro Eremis. ¿Qué es lo que propones?

Eremis se volvió hacia el mediador. La forma como giró, equilibrándose al mismo tiempo, y se enfrentó al Maestro Barsonage, mostraba una energía tan grande que pareció echar chispas. Su expresión era demasiado intensa para que Terisa pudiera interpretarla.

—Traslada a tu campeón —dijo—. Ahora.

El Maestro Barsonage asintió. Por un momento, no dijo nada. Luego preguntó:

—¿Por qué?

El Maestro Eremis estaba preparado.

—Para probar nuestra buena fe. No somos respaldados porque se cree que no nos preocupa nada excepto nosotros mismos. O porque, como instrumentos del Rey que somos, hemos perdido nuestras mentes tanto como él la suya.

Entonces alzó la voz de modo que resonara en toda la cámara, tan aguda y vibrante como el sonido de una trompeta.

—No tenemos ninguna otra forma de convencer a nadie de que no es así excepto emprendiendo una acción desprendida por nuestra cuenta en defensa de Mordant. Sólo oponiéndonos por nosotros mismos al mal podemos demostrar que somos merecedores de confianza y alianza.

Aquello hubiera podido ser suficiente para conseguir lo que deseaba. Lo era al menos para Terisa: la electricidad y la pasión que brotaban de él la arrastraron. Pero el Maestro Gilbur tenía algo más que decir.

—Además —dijo con voz rasposa—, debemos considerar la posibilidad de que el Príncipe Kragen y los señores acudieran a nuestra reunión por una razón completamente distinta. Fuimos creados por Joyse. Estableció un ejemplo para que Cadwal y Alend lo siguieran. Creen que debemos ser usados como ellos creen conveniente, y maniobran unos contra otros a fin de *poseernos*. —Sus manos se cerraron en feroces puños sobre la barandilla que tenía delante—. Quieren tenernos como si fuéramos cosas en vez de hombres.

»Nosotros no tenemos ni espadas ni soldados. —Su voz carecía de resonancia, pero tenía la fuerza suficiente como para sonar terrible—. Nunca podremos protegernos, *¡a menos que demostremos nuestro poder!*

En medio del silencio que siguió a sus palabras, todos pudieron oír el martilleo en la puerta. Sonaba como la empuñadura de una espada o el mango de una pica golpeando contra la madera.

Luego, todos oyeron la orden:

—¡En nombre del Rey, abrid esta puerta! Por una fracción de segundo, Terisa tuvo tiempo de preguntarse por qué el Rey Joyse había cambiado de opinión.

Entonces Geraden alzó bruscamente la cabeza.

—*El Castellano*. —Intentó ponerse bruscamente en pie y gritó—: ¡Castellano Lebbick! ¡Derriba la puerta! ¡Detenlos!

Gilbur lo obligó a sentarse de nuevo de un tirón. Con un puño de piedra, el Maestro le golpeó tan fuerte en un lado de la cabeza que todo su cuerpo se derrumbó blandamente de costado. Sus ojos se velaron.

Terisa se inmovilizó. Todo estaba ocurriendo a la vez. El Rey Joyse había adoptado finalmente una decisión. Los planes del Maestro Eremis estaban en peligro. *Geraden había sido herido*.

La mayor parte de los Imageros estaban en pie, gritándose frenéticamente unos a otros; pero el Maestro Barsonage se dejó caer en su banco. Su rostro ya no tenía fuerzas: parecía perdido.

—Entonces, hay que hacerlo —murmuró, a nadie en particular—. O de otro modo dejaremos de existir.

—¡Gilbur! —ladró el Maestro Eremis. Una sonrisa desnudó sus dientes—. ¡Hazlo ahora!

El Maestro Gilbur dejó caer a Geraden y se apresuró hacia el centro de la cámara, hacia el estrado y su espejo.

Varios de los Imageros lo vitorearon. Otros se estremecieron, alarmados. Todos, sin embargo, se apartaron del camino de Gilbur. Se apiñaron más allá de las columnas, hacia las paredes, tan lejos como era posible del martilleo del Castellano Lebbick y del espejo.

Eremis ocupó el lugar del Maestro Gilbur, alzando a Geraden de las piedras del suelo y sujetándolos tanto a él como a Terisa con una presa que no podían romper.

El espejo les miraba directamente. Geraden, evidentemente, no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo —ni siquiera podía alzar la cabeza—, pero Terisa podía verlo todo perfectamente.

El Maestro Gilbur apoyó su mano en el marco y, diestramente, empezó a ajustar el foco del cristal. Al cabo de un latido de corazón, el campeón estaba centrado en la Imagen. Un segundo más tarde, pareció avanzar a toda velocidad hasta que llenó todo el espejo.

El golpeteo en la puerta se había convertido en un pesado y rítmico resonar. Terisa pudo oír el crujir de la madera. Pero los maderos reforzados con hierro eran demasiado recios para ceder fácilmente. Entre golpe y golpe, el Castellano Lebbick gritó:

—¡Maestro Barsonage! ¡Imageros! ¡Por las estrellas, abriré esta puerta!

El Maestro Gilbur lanzó una rápida mirada al Maestro Eremis.

—¡*Trasládalo!* —siseó Eremis.

Geraden se agitó, sacudió la cabeza. Parpadeó rápidamente e intentó aclarar su visión.

El Maestro Gilbur apretó las manos contra los bordes del espejo, como si se estuviera preparando para tirar del campeón y sacarlo de allí por la fuerza. Su voz gutural jadeaba palabras que Terisa no pudo comprender.

—Tengo que detenerlo. —Geraden sonaba como si se estuviera ahogando. De alguna forma, cayó hacia delante por encima de la barandilla. Se puso vacilantemente en pie y avanzó con paso incierto hacia el Maestro Gilbur.

El Maestro Eremis ya no sujetaba a Terisa. ¿Había intentado agarrar a Geraden y había fallado? ¿Y había perdido al mismo tiempo su presa sobre ella? No tenía la menor idea: no le veía. Su atención estaba centrada en Geraden.

Pasó rápidamente las piernas por encima de la barandilla y fue tras él.

Era demasiado tarde. Si no estuviera tan atontado por el golpe del Maestro Gilbur, se habría dado cuenta de que no podía alcanzar el espejo a tiempo.

Frente a él, la superficie del espejo se volvió oscura mientras el campeón brotaba a su través.

Su armadura le daba una estatura de al menos dos metros. Su cabeza no mostraba ningún rostro, sino sólo una gruesa placa que debía ser un visor. La piel metálica que lo protegía estaba ennegrecida, como chamuscada, en varios puntos; había sido agrietada al menos dos veces en distinto lugares. Un humo acre ascendía en volutas de esas rajadas. Avanzó como si estuviera herido.

Pero su enorme rifle estaba preparado. Apenas recuperó el equilibrio sobre la plataforma, apuntó su cañón directamente hacia el pecho de Geraden.

Terisa pasó sus brazos por los hombros de Geraden. Éste estaba tan aturdido y debilitado que el peso de ella lo derribó con ella al suelo.

El primer disparo pasó por encima de sus cabezas. Los Maestros gritaron. Al menos uno de ellos dejó escapar un alarido.

Mientras intentaba apoyar de nuevo los pies en el suelo para levantarse, Terisa se halló de pronto mirando directamente al cañón del rifle.

Por un período de tiempo tan rápido e intenso como una crisis cardíaca, observó la mano del campeón, enguantada en metal, cerrarse sobre el mecanismo de disparo.

Luego el campeón alzó bruscamente el cañón, y el disparo golpeó contra el techo.

Por toda la cámara empezaron a caer grandes trozos de piedra.

El campeón separó una mano de su rifle, agarró con una tenaza de hierro el cuello

de Terisa, y la obligó a permanecer tendida encima de Geraden.

—Quédate aquí. —Su voz sonó como un megáfono, pero apenas fue audible entre el resonar de piedras derrumbándose—. No disparo contra las mujeres.

Al instante siguiente estaba disparando de nuevo.

En medio de un estruendo infernal, todo el techo se derrumbó.

FIN DEL LIBRO PRIMERO DE
LA NECESIDAD DE MORDANT



STEPHEN R. DONALDSON.

Nació en Cleveland, hijo de James R. Donaldson, un médico misionero, y Mary Ruth Reeder, especialista en prótesis. Desde los tres a los dieciséis años vivió en la India, donde su padre se encargaba del tratamiento a leproso. Donaldson se tituló como Master of Arts en inglés en la universidad de Kent State en 1971.

A menudo se le ha comparado con J. R. R. Tolkien por su magnífica construcción de mundos y culturas, además de su espléndida escenificación de batallas y prodigios. Por otro lado se señalan influencias de William Shakespeare, Mervyn Peake y las óperas de Richard Wagner. Tanto las Crónicas de Thomas Covenant, el Incrédulo como La necesidad de Mordant hacen uso del paradigma del «otro mundo» ya usado por C.S. Lewis.

Su serie *The Gap Cycle*, no traducida aún al castellano, es una ambiciosa incursión de Donaldson en el género de la ciencia ficción. Como en Las crónicas de Thomas Covenant, el autor muestra la debilidad y la crueldad humanas ante situaciones de supervivencia y brutalidad.

Obras traducidas al castellano

Crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo

La ruina del amo execrable (1977)

La guerra de Illearth (1977)
El poder que preserva (1977)

Segundas crónicas de Thomas Covenant

El reino herido (1980)
El árbol único (1982)
El portador del oro blanco (1983)

La Necesidad de Mordant

Espejo de sus Sueños (1986)
Los Muros de Orison (1986)
El Acoso de Mordant (1987)
El Jinete a través del Espejo (1987)

Obras no traducidas al castellano

Últimas crónicas

Las runas de la tierra (2006)
Fatal Revenant (2007)

The Gap Cycle (ciencia ficción)

The Gap into Conflict: The Real Story (1990)
The Gap into Vision: Forbidden Knowledge (1991)
The Gap into Power: A Dark and Hungry God Arises (1992)
The Gap into Madness: Chaos and Order (1994)
The Gap into Ruin: This Day All Gods Die (1996)